HARLAN COBEN

LA COINCIDENCIA

RBA

Table of Contents

HARLAN COBEN

LA COINCIDENCIA

Traducción de Jorge Rizzo

RBA

Título original inglés: *The Match*.

Diseño de la cubierta: Luz de la Mora.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com
Primera edición: enero de 2024.
REF.: OBDO269
ISBN: 978-84-1132-529-5
AURA DIGIT • COMPOSICIÓN DIGITAL

ÍNDICE

EN MEMORIA DE PENNY HUBBARD

1966-2021

1

A una edad que rondaría entre los cuarenta y los cuarenta y dos años —no sabía exactamente cuántos años tenía—, Wilde encontró por fin a su padre.

Wilde no había visto nunca a su padre. Ni a su madre. Ni a ningún pariente. No sabía cómo se llamaban, ni dónde había nacido ni cuándo o cómo había acabado viviendo y arreglándoselas solo en los bosques de los montes Ramapo, cuando todavía era un niño. Ahora, más de tres décadas después de que lo «rescataran» —«¡abandonado y salvaje!», proclamaba un titular; «¡el nuevo Mowgli!», destacaba otro —, Wilde se encontraba a menos de veinte metros de un pariente de sangre y de todas aquellas respuestas que siempre había buscado y nunca había encontrado acerca de su misterioso origen.

Por lo que acababa de descubrir, su padre se llamaba Daniel Carter. Carter tenía sesenta y un años y estaba casado con una tal Sofia. Tenían tres hijas adultas —Wilde supuso que debía considerarlas sus hermanastras—: Cheri, Alena y Rosa. Carter vivía en un rancho de cuatro dormitorios en Sundew Avenue, en Henderson, en el estado de Nevada. Ocupaba el puesto de director de obras de su propia empresa, la DC Dream House Construction.

Treinta y cinco años antes, cuando descubrieron al pequeño Wilde viviendo solo en el bosque, los médicos calcularon que tendría entre seis y ocho años de edad. Él no recordaba a sus padres, ni a nadie que le hubiera cuidado, ni ninguna otra vida anterior a la que había llevado en esas montañas, buscándose el sustento por sí mismo. Aquel niño consiguió sobrevivir colándose en cabañas y casas de verano desocupadas, vaciando las neveras y las despensas. A veces dormía en casas sin habitar o en tiendas de campaña que robaba de algún garaje,

pero la mayoría de las veces, si el tiempo lo permitía, el joven Wilde prefería dormir al raso, bajo las estrellas.

Y aún lo hacía.

Después de que lo «rescataran» de aquella vida indómita, el Servicio de Atención a la Infancia asignó al niño a una familia de acogida temporal. Con toda la repercusión mediática que había tenido la noticia, la mayoría pensaba que alguien reclamaría enseguida al «Pequeño Tarzán». Pero los días se convirtieron en semanas. Y luego en meses. Y en años.

Y luego en décadas.

Tres décadas.

No se presentó nadie.

Corrían rumores, por supuesto. Había quien creía que Wilde había nacido en el seno de una tribu de las montañas, misteriosa y secreta, que el pequeño había huido o había sido entregado a alguien de forma encubierta, por lo que los miembros de la tribu no se atrevían a reconocer que era de los suyos. Otros sostenían que los recuerdos del niño no eran fiables, que era imposible que hubiera sobrevivido solo en el bosque durante todos esos años, que tenía la mente demasiado clara y era demasiado inteligente como para haberse criado sin padres. Al pequeño Wilde debía de haberle ocurrido algo terrible, suponían; algo tan traumático que su mecanismo de supervivencia había bloqueado todos los recuerdos del incidente en cuestión.

Eso no era cierto, Wilde lo sabía. Pero qué más daba.

Sus únicos recuerdos de infancia le llegaban en forma de visiones fugaces y sueños: una barandilla roja, una casa oscura, el retrato de un hombre con bigote y, a veces, cuando las visiones decidían ir acompañadas de sonido, una mujer chillando.

Wilde —su padre de acogida le había puesto aquel nombre, que le iba al pelo—* se convirtió en una especie de leyenda urbana. En un ser temible de los bosques. A él recurrían muchos padres y madres para asegurarse de que sus hijos no regresaran tarde a casa, o de que

no se adentraran solos en el monte: bastaba con recordarles que, cuando caía la noche, el Chico del Bosque salía de su escondrijo, sediento de sangre.

Habían pasado tres décadas y nadie, ni siquiera el propio Wilde, había encontrado ni una sola pista sobre su origen.

Hasta ese momento.

Desde su coche de alquiler aparcado al otro lado de la calle, Wilde observó a Daniel Carter, que abría la puerta de casa y se dirigía a su camioneta. Hizo zoom con la cámara de su iPhone para ver mejor la cara de su padre y tomó unas fotos. Sabía que Daniel Carter estaba trabajando en una nueva urbanización —doce casas, cada una con tres dormitorios, dos baños, un aseo y, según el sitio web, una cocina con «armarios de color lignito». En la web de DC Dream House Construction, bajo el epígrafe «Acerca de nosotros», decía «desde hace veinticinco años, DC Dream House Construction diseña, construye y vende viviendas de máxima calidad, personalizadas para que se ajusten a tus gustos y necesidades».

Wilde le envió tres de las fotos por SMS a Hester Crimstein, conocida abogada de Nueva York y probablemente lo más parecido que tenía a una figura materna. Quería saber si ella veía algún parecido entre él y el hombre que se suponía que era su padre biológico.

Cinco segundos después de apretar el botón de envío, Hester le llamó.

—¿Y bien?

—¡Caray!

—¿«Caray» en el sentido de que se me parece?

—Si se te pareciera más, Wilde, pensaría que has usado una de esas aplicaciones de envejecimiento virtual.

—Así que tú crees…

—Es tu padre, Wilde.

Wilde se quedó con el teléfono pegado a la oreja.

—¿Estás bien? —le preguntó Hester.

—Sí, bien.

—¿Cuánto tiempo llevas observándolo?

—Cuatro días.

—¿Y qué vas a hacer?

Se lo pensó un momento.

—Podría dejarlo estar, sin más.

—No.

Wilde no dijo nada.

—¿Wilde?

—¿Qué?

—Eres un cagón —dijo Hester.

—¿Cagón?

—Me lo ha enseñado mi nieto. Significa cobarde.

—Sí, ya lo he pillado.

—Ve a hablar con él de una vez. Pregúntale por qué abandonó a un niño en el bosque. Ah, y luego llámame inmediatamente, porque me muero de la curiosidad.

Hester colgó.

Daniel Carter tenía el cabello blanco, la piel morena y los antebrazos musculosos, probablemente a consecuencia de toda una vida de trabajo manual. Por lo que había observado Wilde, la familia parecía estar bastante unida. Ahora mismo su esposa, Sofia, se despedía de él moviendo la mano y sonriendo, mientras él se subía a la camioneta.

El domingo anterior, Daniel y Sofia habían celebrado una barbacoa en el patio trasero, y habían acudido sus hijas Cheri y Alena con sus respectivas familias. Daniel se había dedicado a la parrilla, luciendo un gorro de cocinero y un delantal que decía «Marido Florero». Sofia servía sangría y ensalada de patata. Cuando el sol cayó, Daniel encendió el fuego del jardín y toda la familia se puso a tostar nubes de azúcar y a jugar a juegos de mesa, como si fuera un cuadro de

Rockwell. Wilde esperaba sentir una especie de punzada al observarlos y darse cuenta de todo lo que se había perdido, pero la verdad es que no sentía gran cosa.

No era una vida mejor que la suya. Simplemente era diferente.

Algo en su interior le decía que se dirigiera al aeropuerto y que tomara el avión de vuelta a casa. Se había pasado los últimos seis meses viviendo una vida más o menos familiar en Costa Rica, con una madre y su hija, pero había llegado el momento de volver a su ecocápsula en el bosque de los montes Ramapo. Aquel era su lugar, donde se sentía en casa.

Solo. En el bosque.

Tal vez Hester Crimstein y el resto del mundo «se murieran» de curiosidad por conocer el origen del «Niño del Bosque», pero el niño del bosque no. Aquello no le había inquietado nunca. Para él, sus padres estaban muertos o le habían abandonado. ¿Qué importaba saber quiénes eran o cuáles habían sido sus motivos? Eso no iba a cambiar nada; o al menos no para mejor.

Wilde estaba bien, muchas gracias. No había motivo para crear una agitación innecesaria en su vida.

Daniel Carter puso en marcha su camioneta. Recorrió Sundew Avenue y giró a la izquierda por Sandhill Sage Street. Wilde le siguió. Unos meses antes, Wilde había sucumbido a la tentación y había mandado a regañadientes una muestra de ADN a una de esas bases de datos genealógicas que tan de moda estaban. «Eso no significa nada», se dijo. Si aparecía alguna coincidencia, podía decidir no hacer caso. Era un primer paso que no le obligaba a nada, solo eso.

Cuando llegaron los resultados, no encontró nada revelador. La coincidencia más cercana era con alguien que tenía las iniciales PB, que según el sitio web debía ser su primo segundo. Poca cosa. PB quiso ponerse en contacto con él. Pero cuando Wilde estaba a punto de responder, su existencia dio un vuelco y Wilde se sorprendió incluso a sí mismo dejando el bosque que había sido su hogar hasta

entonces para intentar iniciar una vida en familia en Costa Rica.

No había salido como pensaba.

Y ahora, dos semanas atrás, mientras hacía el equipaje para volver de Costa Rica, el sitio web de análisis de ADN le había enviado un correo electrónico con el asunto: «¡actualización importante!». Habían encontrado una coincidencia con «un familiar que compartía mucho más ADN» que «ningún otro en tu cadena de parentesco». La persona en cuestión tenía las iniciales DC. Y al final del correo, un hipervínculo le proponía «descubra más». Pese a que su instinto le decía que no debía hacerlo, abrió el vínculo.

Por la edad, el sexo y el porcentaje de coincidencia, DC tenía que ser el padre de Wilde. Al leer aquello, se quedó mirando la pantalla, sin reaccionar.

¿Y ahora qué? Tenía delante una puerta abierta a su pasado. Lo único que había que hacer era girar el pomo. Aun así, vaciló. Este sitio web tan indiscreto funcionaría también en el otro sentido, ¿no? Si Wilde había recibido una notificación diciéndole que habían localizado a su padre, ¿no era lógico pensar que su padre también habría recibido un aviso diciéndole que habían encontrado a su hijo?

¿Por qué no se ponía en contacto con él el tal DC?

Wilde dejó pasar dos días. En un momento dado estuvo a punto de borrar todo su perfil genealógico. De ahí no podía salir nada bueno. Eso lo tenía claro. A lo largo de su vida, había barajado una y otra vez todas las hipótesis posibles para que un niño acabara en el bosque, abandonado durante años, condenado a una muerte casi segura.

Cuando llamó a Hester para contarle lo de la coincidencia genética paterna y que tenía muchas dudas de si seguir la pista, ella le dijo: —¿Quieres que te diga lo que pienso?

—Claro.

—Eres un bobo.

—Eso me ayuda mucho.

—Escúchame bien, Wilde.

—Vale.

—Soy mucho mayor que tú.

—Es cierto.

—Calla. Estoy a punto de verter algo de conocimiento en tu mente.

—¿Esa frase la has sacado de *Hamilton*?

—Pues sí.

Se frotó los ojos.

—Sigue.

—La verdad más fea es mejor que la mentira más bonita.

—Y eso lo has sacado de una galletita de la suerte, ¿no? —dijo él, frunciendo el ceño.

—No seas listillo. No puedes darle la espalda a esto. Y lo sabes. Necesitas saber la verdad.

Por supuesto, Hester tenía razón. Quizá Wilde no quisiera girar aquel pomo, pero tampoco podía pasarse el resto de la vida contemplando la puerta. Volvió a abrir el sitio web y le escribió un mensaje a DC. Un mensaje conciso y directo: Podría ser tu hijo. ¿Podemos hablar?

Cuando apretó enviar, recibió al momento una respuesta automática. Según el sitio web, DC ya no estaba en la base de datos. Eso era, a la vez, raro y sospechoso —que su padre decidiera borrar su cuenta—, pero hizo que de pronto aumentara su necesidad de obtener respuestas. A la mierda eso de girar el pomo; era hora de derribar la maldita puerta de una patada. Volvió a llamar a Hester.

Si a alguien le resulta familiar el nombre de Hester, quizá sea porque es la famosa abogada televisiva Hester Crimstein, presentadora del programa *Crimstein on Crime*. Ella hizo unas llamadas, recurrió a sus contactos. Wilde también aprovechó contactos que tenía de los años en que había trabajado en una «empresa de seguridad». Tardaron diez días, pero al final consiguieron un nombre: Daniel Carter, 61 años, de Henderson, Nevada.

Hacía cuatro días que Wilde había volado desde Liberia, Costa Rica, hasta Las Vegas, Nevada. Y ahí estaba, en un Nissan Altima azul de alquiler, siguiendo la camioneta Ram de Daniel Carter hasta llegar a un terreno en obras. Había pospuesto aquello demasiado tiempo. Cuando Daniel Carter aparcó frente a la casa en construcción, Wilde paró y salió del coche. Las obras hacían un ruido tremendo, ensordecedor. Wilde estaba a punto de pasar a la acción cuando vio a dos obreros que se acercaban a Carter. Wilde esperó. Un hombre le dio a Carter un casco de obras. El otro le entregó una especie de tapones para los oídos. Carter se puso ambas cosas y se llevó a sus acompañantes a algún sitio en el interior del solar. Las botas de trabajo de los tres levantaron tanto polvo del desierto que al final resultaba difícil verlos. Wilde se quedó observando. Un cartel apoyado en listones de cinco por diez anunciaba con una tipografía de lo más vistosa que Vista Mews —¿podían haber escogido un nombre más genérico para la urbanización?— contaría con «casas de lujo de tres dormitorios» desde 299.000 dólares. Y una tira roja que cruzaba en diagonal, de izquierda a derecha, decía: «¡Disponibles muy pronto!».

Daniel Carter sería el jefe de obras, el constructor o comoquiera que se llame al que manda, pero desde luego no le importaba mancharse las manos. Wilde se quedó mirando cómo daba ejemplo a sus obreros. Encajó una viga con el mazo. Se puso gafas protectoras y taladró. Inspeccionó la obra, asintiendo ante las cosas que veía bien y señalando los defectos que encontraba. Los obreros le respetaban, eso estaba claro. O quizá Wilde estuviera proyectando algo. Era difícil de decir.

Lo vio dos veces solo y quiso acercarse, pero siempre llegaba alguien antes. En el solar había mucha gente, mucho movimiento y mucho ruido. Wilde odiaba el ruido. Desde siempre. Decidió esperar y salir al encuentro de su padre cuando volviera a casa.

A las cinco de la tarde los obreros empezaron a marcharse. Daniel Carter fue uno de los últimos. Saludó con la mano y se subió a su

camioneta. Wilde le siguió otra vez hasta el rancho en Sundew Avenue.

Cuando Daniel apagó el motor y salió de la camioneta, Wilde se situó junto a la acera y aparcó delante de la casa. Carter vio a Wilde y se paró. La puerta delantera del rancho se abrió. Su esposa, Sofia, le saludaba desde la distancia, con una sonrisa casi celestial.

Wilde salió del coche y se dirigió a él.

—¿Señor Carter?

Su padre se mantuvo cerca de la puerta abierta de la camioneta, casi como si se planteara volver a meterse en ella para alejarse de allí. Se tomó su tiempo, observando al intruso de arriba abajo. Wilde no tenía muy claro qué decir, así que optó por lo más directo: —¿Podríamos hablar un momento?

Daniel Carter echó una mirada a Sofia. De algún modo se entendieron, en el lenguaje sin palabras de una pareja que lleva junta más de tres décadas, supuso Wilde. Sofia volvió al interior y cerró la puerta.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Wilde —dijo, y se acercó unos pasos para no tener que levantar la voz—. Creo que usted es mi padre.

2

Daniel Carter no dijo gran cosa.

Permaneció en silencio mientras Wilde le hablaba de su pasado, del sitio web de análisis de ADN, de que había llegado a la conclusión de que muy probablemente fueran padre e hijo. Carter mantuvo un gesto neutro todo el rato, asintiendo de vez en cuando, quizá retorciéndose las manos, palideciendo ligeramente. El estoicismo de Carter impresionó a Wilde, y curiosamente se vio reflejado en él.

Seguían en el patio delantero. Carter no dejaba de echar miradas fugaces a su casa. Al final dijo: —Vamos a dar una vuelta.

Se subieron a la camioneta y condujo en silencio; ninguno de los dos sentía la necesidad de hablar. Wilde supuso que sus palabras habrían aturdido a Carter, que estaría usando el paseo en camioneta como un boxeador aprovecha la cuenta del árbitro hasta el ocho. Pero quizá no fuera así. No siempre es fácil interpretar las reacciones de la gente. Podría estar aturdido, o podría estar tramando algo.

Diez minutos más tarde se sentaron en un cubículo en el Mustang Sally's, un *diner* ambientado en los años sesenta situado en el interior de un concesionario Ford. El cubículo tenía los asientos de vinilo rojo e intentaba evocar el ambiente de otra época, pero, cuando vienes de Nueva Jersey, los *diners* de falsa temática retro no cuelan.

—¿Vienes a por dinero? —le preguntó Carter.

—No.

—Ya me lo parecía —dijo, y soltó un suspiro prolongado—. Supongo que para empezar podría poner en duda lo que dices.

—Podría —concordó Wilde.

—Podríamos hacer una prueba de paternidad.

—Podríamos.

—Pero lo cierto es que no veo la necesidad. Es evidente el parecido.

Wilde no dijo nada.

Carter se pasó la mano por el blanco cabello.

—Caray, chico, qué raro es esto. Tengo tres hijas. ¿Lo sabías?

Wilde asintió.

—Son lo mejor que me ha pasado en la vida. —Meneó la cabeza—. Vas a tener que darme unos minutos para que me haga a la idea, ¿vale?

—Vale.

—Supongo que tienes un montón de preguntas. Yo también.

Una camarera joven se acercó y saludó:

—Hey, señor C.

—Hey, Nancy —dijo Carter, con una sonrisa afable.

—¿Cómo está Rosa?

—Está muy bien.

—Salúdela de mi parte.

—Lo haré.

—¿Qué les puedo traer?

Daniel Carter pidió un sándwich club con patatas fritas. Señaló a Wilde con la mano, y él pidió lo mismo. Nancy les preguntó si querían algo de beber. Ambos negaron con la cabeza a la vez. Nancy recogió las cartas y se fue.

—Nancy Urban fue al instituto con mi hija pequeña —dijo Carter cuando se hubo alejado—. Una chica estupenda.

—Ajá.

—Ambas jugaban en el mismo equipo de voleibol.

—Ajá —repitió Wilde.

Carter se le acercó un poco.

—La verdad es que no lo entiendo.

—Pues ya somos dos.

—No puedo creerme lo que me estás contando. ¿De verdad eres ese niño que encontraron en el bosque hace tantos años?

—Sí.

—Recuerdo las noticias. Te llamaban el Pequeño Tarzán, o algo así. Te encontraron unos excursionistas, ¿no?

—Sí.

—¿En los Apalaches?

Wilde asintió.

—En los montes Ramapo.

—¿Y eso dónde está?

—En Nueva Jersey.

—¿En serio? ¿Los Apalaches llegan hasta Nueva Jersey?

—Pues sí.

—No tenía ni idea. —Carter volvió a menear la cabeza—. No he estado nunca en Nueva Jersey.

¿Cómo? Su padre biológico no había estado nunca en el estado donde él había vivido toda la vida. Wilde no sabía qué pensar, si es que había algo que pensar.

—Uno no se imagina que en Nueva Jersey haya montañas —dijo Carter, intentando encontrar sentido a algo de todo aquello—. Más bien te vienen a la cabeza imágenes de ciudades atestadas, polución, Springsteen y *Los Soprano*.

—Es un estado complicado —dijo Wilde.

—Nevada también. No te creerías los cambios que he visto.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en Nevada? —preguntó Wilde, intentando redirigir la conversación con suavidad.

—Nací cerca de aquí, en un pueblo llamado Searchlight. ¿Has oído hablar de él?

—No.

—Está a unos setenta kilómetros al sur de aquí. —Señaló con el dedo, como si eso aclarara las cosas, pero luego se miró el dedo, meneó la cabeza y bajó la mano—. Estoy hablando de cosas insustanciales sin motivo. Lo siento.

—No pasa nada —dijo Wilde.

—Es que es… un hijo —dijo, y dio la impresión de que los ojos se le humedecían—. Me cuesta asimilarlo.

Wilde no dijo nada.

—Antes de nada, déjame que te diga una cosa, porque estoy seguro de que te lo estás preguntando. —Bajó la voz—. Yo no sabía nada de ti. No sabía que tenía un hijo.

—Cuando dice «no sabía»…

—Quiero decir nunca. Hasta este mismo momento. Todo esto es una sorpresa tremenda para mí.

Wilde sintió algo frío que le atravesaba el cuerpo. Se había pasado toda la vida esperando respuestas. Pero había bloqueado ese deseo, fingiendo que no le importaba, y en cierto sentido no le importaba, aunque claro, no podía evitar sentir curiosidad. En un momento dado había decidido que no permitiría que lo desconocido le afectara. Lo habían abandonado en el bosque, condenándolo a muerte, y de algún modo había logrado sobrevivir. Eso evidentemente cambia a cualquiera, lo moldea, se convierte en parte de lo que hace o de lo que es.

—Como ya te he dicho, tengo tres hijas. Descubrir a estas alturas, después de tantos años, que tuve un hijo antes de que ellas nacieran… —Meneó la cabeza y parpadeó—. Caray, chico, aún tengo que hacerme a la idea. Dame un momento para recuperar el aliento.

—Tómese su tiempo.

—¿Dijiste que te llamaron Wilde?

—Sí.

—¿Quién te puso ese nombre?

—Mi padre de acogida.

—Te va al pelo —dijo Carter—. ¿Se portó bien contigo? ¿Tu padre de acogida?

A Wilde no le apetecía tener que dar respuestas sobre eso, pero dijo que sí, sin más.

Carter aún llevaba su camisa de trabajo. Estaba cubierta de una

película de polvo. Se llevó las manos al bolsillo del pecho y sacó un bolígrafo y las gafas de cerca.

—Dime otra vez cuándo te encontraron.

—Abril de 1986.

Carter lo escribió en el mantel individual de papel.

—¿Y qué edad dijeron que podías tener?

—Seis o siete años, algo así.

Eso también lo apuntó.

—Así que eso significa que, año arriba o abajo, naciste hacia 1980.

—Sí —dijo Wilde.

Daniel Carter asintió, con la vista fija en lo que había escrito.

—Yo calculo, Wilde, que serías concebido en algún momento del verano de 1980 y que nacerías nueve meses más tarde, entre marzo y mayo de 1981.

Una pequeña vibración sacudió la mesa. Carter cogió su teléfono móvil y frunció los párpados para ver mejor la pantalla.

—Sofia —dijo en voz alta—. Mi mujer. Más vale que responda.

Wilde le indicó con un gesto que lo hiciera.

—Hola, cariño… Sí, estoy en el Mustang Sally's —dijo Carter, mirando de vez en cuando a Wilde—. Un proveedor. Está haciéndome una oferta para las tuberías de PVC. Sí, claro. Ya te lo contaré más tarde. —Hizo otra pausa antes de añadir un «te quiero» de corazón.

Colgó y volvió a dejar el teléfono sobre la mesa. Se lo quedó mirando un buen rato.

—Esa mujer es lo mejor que me ha ocurrido nunca —dijo. Y sin apartar la mirada del teléfono, añadió—: Debe de haber sido duro para ti, Wilde. No saber nada de tu pasado. Lo siento.

Wilde no dijo nada.

—¿Puedo confiar en ti? —preguntó Carter. Pero antes de que Wilde pudiera responder siquiera, hizo un gesto con la mano dejando claro que no tenía que contestar—. Qué pregunta más tonta. Casi insultante. No tengo ningún derecho a pedirte nada. Y un hombre puede

mantener su palabra o no independientemente de que se lo preguntes. Los mayores embusteros que he conocido son los que menos problemas tienen para hacer promesas y mirarte a los ojos.

Carter juntó las manos y las apoyó en la mesa.

—Supongo que has venido buscando respuestas.

Wilde no sabía si le fallaría la voz, así que asintió.

—Te diré lo que pueda, ¿vale? Aún no sé muy bien por dónde empezar. Supongo que con… —Levantó la vista, parpadeó y se lanzó—: Sofia y yo empezamos a salir durante el último año de bachillerato. Nos enamoramos enseguida. Aunque éramos unos críos. Ya sabes cómo es eso. En cualquier caso, Sofia es mucho más lista que yo. Cuando nos graduamos, ella se fue a la universidad. A otro estado. A Utah. Era la primera de su familia en ir a la universidad. Yo me alisté en la aviación. ¿Has estado en el ejército?

—Sí.

—¿En qué rama?

—Tierra.

—¿Entraste en acción?

A Wilde no le gustaba hablar de eso.

—Sí.

—Yo no. Mi generación tuvo suerte. Después de Vietnam, en los años setenta y hasta que Reagan bombardeó Libia, en 1986, daba la impresión de que no volveríamos a ir a la guerra. Sé lo raro que suena eso, pero es cierto. Vietnam dejó secuelas en todo el país. Nos provocó un síndrome postraumático colectivo, lo cual quizá no sea tan malo. Yo serví sobre todo en Nellis, a una media hora de aquí, pero también me enviaron al extranjero, en misiones breves. A Ramstein, en Alemania. A Mildenhall, en Reino Unido. Yo no pilotaba, ni nada por el estilo. Trabajaba en Pavimentación y en el equipo de Construcción, básicamente levantando bases. Ahí es donde aprendí el trabajo de constructor. La camarera Nancy le interrumpió: —Las patatas fritas ya están, así que os las traigo antes. Están mejor recién hechas.

Carter volvió a mostrarle su encantadora sonrisa.

—Vaya, todo un detalle. Gracias, Nancy.

Nancy Urban colocó una gran cesta de patatas fritas entre los dos hombres y les puso unos platitos delante. El kétchup ya estaba en la mesa, pero la camarera colocó la botella en el centro, como para recordarles que estaba ahí. Cuando se fue, Carter alargó la mano y cogió una sola patata frita.

—Sofia y yo nos prometimos justo antes de que me mandaran a mi misión de verano de Ramstein. Aún éramos muy jóvenes, y me preocupaba perderla. Ella estaba conociendo a un montón de gente interesante en la universidad. Todas las parejas del instituto ya habían cortado, o se habían casado a toda prisa porque ella se había quedado embarazada. El caso es que compré un anillo de compromiso. En una tienda de empeños, nada menos. —Frunció los párpados—. ¿Has tenido problemas con el alcohol, Wilde?

—No.

—¿Drogas? ¿Algún tipo de adicción?

Wilde cambió de posición.

—No.

—Me alegro de oír eso —dijo Carter, sonriendo—. Yo tuve un problema con el alcohol, aunque ahora llevo veintiocho años sobrio. Pero no puedo echarle la culpa a eso. En pocas palabras: viví un verano loco en Europa. Era mi última oportunidad como hombre soltero, y seguramente pensé que debía vivir la vida, o cualquier otra tontería que justificara mi actitud. Ese verano fue la única vez que engañé a Sofia, y a veces, incluso después de todos estos años, la miro mientras duerme y me siento culpable. Pero lo hice. Planes de una noche, solíamos llamarlos. Bueno, supongo que siguen llamándolos así, ¿no?

Miró a Wilde como si esperara que le diera una respuesta.

—Supongo —dijo él, para no frenar la conversación.

—Ya. ¿Estás casado, Wilde?

—No.

—Perdona, no es asunto mío.

—No pasa nada.

—El caso es que durante el verano de 1980 me acosté con ocho chicas. Sí, sé el número exacto. Patético, ¿verdad? Son las únicas mujeres con las que me he acostado en toda mi vida, aparte de Sofia. Así que la conclusión obvia es que tu madre debe ser una de esas ocho mujeres.

«Concebido durante un plan de una noche», pensó Wilde. ¿Importaba eso? No veía por qué iba a importar. Quizá fuera irónico que Wilde se sintiera más cómodo en relaciones cortas o, por decirlo más directamente, en planes de una noche. Había tenido novias, mujeres con las que había intentado conectar, pero, por algún motivo, nunca había funcionado.

—Esas ocho mujeres —dijo Wilde.

—¿Qué?

—¿Tiene sus nombres o direcciones?

—No. —Carter se frotó la barbilla y levantó la vista—. Solo recuerdo algunos nombres de pila, lo siento.

—¿Alguna de ellas se puso en contacto con usted?

—¿Quieres decir después? No, no volví a saber nada de ellas. Tienes que pensar que era el año 1980. No había teléfonos móviles, ni correo electrónico. Yo no sabía sus apellidos; ellas no sabían el mío. ¿Escuchas alguna vez a Bob Seger y la Silver Bullet Band?

—La verdad es que no.

Una sonrisa nostálgica le atravesó el rostro.

—Oh, vaya, pues te estás perdiendo algo bueno. Apuesto a que habrás oído alguna vez «Night Moves» o «Turn the Page». Bueno, pues en «Night Moves», Bob canta: «La utilicé, ella me utilizó, pero a ninguno de los dos nos importó». Así es como viví yo ese verano.

—¿Así que todas fueron planes de una noche?

—Bueno, una de ellas fue más bien un rollito de fin de semana. En

Barcelona. Fueron tres noches.

—Y ellas solo le conocían como Daniel —dijo Wilde.

—Suelo presentarme como Danny, pero sí.

—Nada de apellidos. Ni de direcciones.

—Exacto.

—¿Les dijo que era soldado o dónde estaba destinado?

Se quedó pensando.

—Quizá sí.

—Pero aunque lo hubiera hecho —prosiguió Wilde—, Ramstein es enorme. Hay más de cincuenta mil estadounidenses.

—¿Lo conoces?

Wilde asintió. Había pasado tres semanas entrenando para una misión secreta en el norte de Irak.

—Así que si una joven se quedaba embarazada y decidía ir en busca del padre a la base, preguntando por un tal Danny o Daniel…

—Un momento —le interrumpió Carter—. ¿Tú crees que tu madre iría en mi busca?

—No lo sé. Era el año 1980. Estaba embarazada. Tal vez sí. O tal vez no. Quizá ella también buscara planes de un día, o más de uno, y hubiera estado con varios tíos, o quizá no le importara quién era el padre. No lo sé.

—Pero tienes razón —dijo Carter, y de pronto pareció que su rostro palidecía—. Aunque hubiera intentado localizarme, nunca habría podido encontrarme en la base. Y solo estuve allí ocho semanas. Para cuando se enteró de que estaba embarazada, tal vez yo ya estuviera de vuelta en casa.

Nancy regresó con los sándwiches. Colocó un plato delante de Carter y otro delante de Wilde. Los miró a los dos, pero se dio cuenta de que hablaban de algo serio y se fue enseguida.

—Ocho mujeres —dijo Wilde—. ¿Cuántas de ellas eran estadounidenses?

—¿Y eso qué importa? —Pero luego añadió—: Oh, claro, ya veo. Te

dejaron en un bosque en Nueva Jersey. Tendría lógica que tu madre fuera estadounidense.

Wilde esperó.

—Solo una. A la mayoría las conocí en España. Por aquel entonces era como un destino de vacaciones para todo tipo de europeos.

Wilde intentó mantener la calma.

—¿Qué recuerda de ella?

Carter cogió otra patata, la sostuvo entre el pulgar y el índice y se la quedó mirando como si pudiera darle la respuesta.

—Creo que se llamaba Susan.

—Vale —dijo Wilde—. ¿Dónde conoció a Susan?

—En una discoteca de Fuengirola. Es un pueblo de la Costa del Sol. Recuerdo que le dije hola y me sorprendió su acento, porque había muy pocos estadounidenses de vacaciones por allí.

—Así que en una discoteca —insistió Wilde—. Intente recordar. ¿Con quién estaba?

—Con algunos tipos de mi regimiento, supongo. No lo recuerdo. Lo siento. Quizá estuvieran ahí. Solíamos ir de discoteca en discoteca.

—¿Le dijo Susan de dónde era?

Carter meneó la cabeza.

—De hecho, ni siquiera estoy seguro de que fuera estadounidense. Tal como te he dicho, raramente veíamos a chicas americanas por allí. En 1980 no solía haber muchas. Pero su acento era claramente estadounidense, así que yo supongo que sería americana. Por otra parte, yo había bebido mucho. Recuerdo que bailé con ella. Eso es lo que solíamos hacer. Bailábamos como locos y luego nos íbamos a otro sitio.

—¿Y a dónde fueron?

—Había alquilado una habitación en un hotel a medias con un colega.

—¿Recuerda el nombre del hotel?

—No, pero estaba muy cerca de la discoteca. Un rascacielos.

Recuerdo que el edificio era redondo.

—¿Redondo?

—Sí. Cilíndrico. Tenía una forma muy particular. Nuestra habitación tenía balcón. No me preguntes por qué me acuerdo, pero me acuerdo. Si viera fotografías de hoteles en internet, probablemente lo reconocería. Si es que sigue ahí.

«Como si eso sirviera de algo», pensó Wilde. Como si pudiera tomar un avión hacia España, presentarse en un hotel y preguntarles si una joven americana llamada Susan había pasado una noche allí en 1980.

—¿Recuerda cuándo ocurrió exactamente?

—¿Quieres decir la fecha?

—Lo que sea, sí.

—Creo que fue hacia el final de mi estancia allí. Sería la sexta o séptima chica, así que probablemente agosto. Pero no es más que una suposición.

—¿Ella también se alojaba en ese rascacielos redondo?

—No lo sé —dijo él con una mueca—. Lo dudo.

—¿Con quién viajaba ella?

—No lo sé.

—Cuando empezó a hablar con ella, ¿estaba con alguien?

Él meneó la cabeza lentamente.

—Lo siento, Wilde. No lo recuerdo.

—¿Qué aspecto tenía?

—Cabello castaño. Guapa. Pero… —Se encogió de hombros y pidió perdón otra vez. Hablaron de otras posibilidades. De una tal Ingrid de Ámsterdam. De Rachel o Racquel de Mánchester. De Anna de Berlín. Pasó una hora. Luego otra. Al final se comieron los sándwiches y las patatas fritas, que ya estaban frías. El teléfono de Daniel Carter vibró varias veces. Él no hizo caso. Hablaron, aunque sobre todo fue Carter quien lo hizo. Wilde no era propenso a abrirse a los demás.

Cuando el teléfono volvió a vibrar una vez más, Daniel Carter le hizo un gesto a Nancy para pedirle la cuenta. Wilde dijo que pagaría

él, pero Carter se negó.

—Te diría que es lo mínimo que puedo hacer, pero sería demasiado insultante.

Volvieron a subirse a la camioneta y se encaminaron a la casa de Sundew Avenue. El silencio era tan denso que se podía tocar. Wilde fijó la mirada en el cielo nocturno, del otro lado del parabrisas. Se había pasado la vida mirando las estrellas, pero allí, al anochecer, el cielo tenía un color particular, un tono turquesa que solo se ve en el suroeste de Estados Unidos.

—¿Dónde vas a dormir? —le preguntó su padre.

—En el Holiday Inn Express.

—Está muy bien.

—Sí.

—Necesito pedirte un favor, Wilde.

Wilde observó el perfil de su padre. El parecido era innegable. Carter tenía la mirada puesta en el parabrisas, y sus nudosas manos agarraban el volante en una posición perfecta de dos menos diez.

—Te escucho.

—Tengo una familia estupenda —dijo—. Una mujer que me quiere, unas hijas magníficas, incluso nietos.

Wilde no dijo nada.

—Somos gente bastante sencilla. Trabajamos duro. Intentamos hacer lo correcto. Hace tiempo que tengo mi propio negocio. Nunca engaño a nadie. Doy un buen servicio a mis clientes. Dos veces al año Sofia y yo nos vamos de vacaciones en caravana a un parque nacional, siempre a uno diferente. Antes las chicas solían venir con nosotros, pero ahora… Bueno, ahora ya tienen sus propias familias.

Carter accionó el intermitente con delicadeza y giró el volante. Luego miró a Wilde.

—No querría soltar una bomba que lo pusiera todo patas arriba —dijo—. Lo entiendes, ¿verdad?

Wilde asintió.

—Lo entiendo.

—Cuando volví a casa después de aquel verano, Sofia vino a verme a la base. Me preguntó qué había hecho por allí. Yo la miré a los ojos y le mentí. Puede parecer que hace mucho tiempo, y así es, no me malinterpretes, pero si ahora Sofia se enterara de que nuestro matrimonio se construyó sobre una mentira…

—Lo entiendo —dijo Wilde.

—¿Puedo… puedo tomarme un tiempo? ¿Para pensar en ello?

—¿Pensar en qué?

—En si debo contárselo. En cómo debo contárselo.

Wilde se quedó pensando. Tampoco estaba seguro de que quisiera nada de eso. ¿Quería tener de pronto tres hermanas? No. ¿Quería o necesitaba un padre? No. Era un espíritu libre. Había escogido vivir solo en el bosque. Prefería seguir alejado de todo. La única persona de la que se sentía responsable era su ahijado, Matthew, que estaba acabando el bachillerato. Y eso era solo porque David, el padre de Matthew y único amigo de Wilde, había muerto a causa de una negligencia de Wilde. Estaba en deuda con el chaval. Siempre lo estaría.

Había otras personas en su vida. Ningún hombre, ni siquiera Wilde, es una isla. ¿Pero necesitaba todo eso?

Cuando pararon en Sundew Avenue, Wilde sintió que su padre se ponía tenso. Sofia y su hija Alena estaban frente a la puerta.

—¿Qué te parece si hacemos una cosa? —propuso Daniel Carter—. Quedamos mañana a las ocho en el Holiday Inn Express para desayunar. Lo hablamos y trazamos un plan.

Wilde asintió, y Carter entró con la camioneta en la vía de acceso a la casa. Ambos bajaron. Sofia se acercó enseguida a su marido, que empezó a soltarle el rollo del contrato de las tuberías de PVC, pero a juzgar por cómo ella lo miraba, Wilde no tenía nada claro que se lo estuviera tragando. Sofia no le quitaba los ojos de encima.

Esperó un momento, para no parecer maleducado, y luego Wilde

miró ceremoniosamente su reloj, para añadir a continuación que tenía que marcharse. Se dirigió a su coche de alquiler a paso ligero. No volvió la vista atrás, pero sentía las miradas puestas en él. Se acomodó en el asiento del conductor y apretó el acelerador. No se giró ni una sola vez. Cuando llegó al Holiday Inn Express, preparó la bolsa. No había traído muchas cosas. Pagó la cuenta, se fue al aeropuerto y dejó el coche en la agencia de alquiler.

Luego cogió el último vuelo de Las Vegas a Nueva Jersey. Se sentó junto a la ventana y repasó la conversación. No quería soltar ninguna bomba sobre aquella familia. Tampoco quería tirarse ninguna bomba encima.

«Se acabó», pensó.

Pero se equivocaba.

3

Chris Taylor, antes llamado el Desconocido, dijo:

—El siguiente: Jirafa.

Jirafa se aclaró la garganta.

—No quiero parecer melodramático.

—Siempre pareces melodramático —intervino Pantera. Todos soltaron unas risitas.

—Ya, vale. Pero esta vez… Bueno, este tío se merece una acción devastadora.

—Del nivel de un huracán de categoría 5 —confirmó Alpaca.

—Del nivel de la peste negra —añadió Gatito.

—Si alguien se merece que nos empleemos a fondo —dijo Pantera—, es este tipo.

Chris Taylor se recostó en la silla y observó los rostros en el monitor gigante de la pared. A simple vista aquello parecía un videochat al estilo Zoom, cargadito de esteroides. Sin embargo, la reunión se estaba celebrando a través de un programa de videoconferencias seguras que había diseñado el propio Chris. En la pantalla había seis personas, tres arriba y tres abajo. Sus imágenes reales quedaban ocultas tras unos animojis digitales de cuerpo entero de —obviamente— una jirafa, una pantera, una alpaca, un gatito, un oso polar y la máscara del Desconocido, el líder del grupo: un león. Chris, que se escondía en plena ciudad, en un elegante *loft* de Franklin Street, con vistas al Tribeca Grill de Manhattan, no quería ser el león. Le parecía que el león era una imagen algo chulesca para el líder, que lo distanciaba, por decirlo así, de la manada.

—No nos adelantemos —dijo Chris—. Por favor, presenta el caso, Jirafa.

—La solicitud la ha rellenado una madre soltera, o exmadre soltera, llamada Francine Courter —empezó a explicar Jirafa. El animoji de la jirafa siempre le recordaba a Chris la tienda de juguetes a la que solía ir de niño: Geoffrey la Jirafa había sido la mascota de la cadena de jugueterías Toys «R» Us. Sus padres solo lo llevaban allí en las ocasiones más especiales, y nada más entrar quedaba prendado por la magia de aquel lugar maravilloso. Era un recuerdo feliz, y a menudo se preguntaba si Jirafa, quienquiera que fuera (podía ser hombre o mujer), habría escogido aquel animoji por ese mismo motivo.

—Francine solo tenía un hijo. Se llamaba Corey y fue asesinado en el tiroteo de Northbridge el pasado mes de abril. Corey tenía quince años. Hacía teatro. Tenía talento para la música. Estaba en un ensayo para el concierto de primavera cuando el pistolero entró y le disparó en la cabeza. Dieciocho chavales fueron alcanzados por las balas, no sé si lo recordáis. Doce murieron. —Jirafa hizo una pausa y recuperó el aliento—. ¿León?

—¿Sí?

—¿Debo dar más detalles sobre el tiroteo?

—Creo que no, Jirafa —dijo Chris/León—. Todos nos acordamos de la noticia. A menos que alguien diga lo contrario…

Nadie dijo nada.

—Vale, pues dejadme continuar —dijo Jirafa—. Incluso con la app de transformación de la voz, Chris podía percibir el temblor en las palabras de Jirafa. Todos usaban alguna tecnología para cambiar la voz. Formaba parte de las medidas de seguridad para garantizar el anonimato. Y los animojis no solo les cubrían la cara: reemplazaban su imagen por completo.

»Después de enterrar a su único hijo, Francine cayó en un estado de profunda tristeza. Os lo podéis imaginar, claro. Y para canalizar esa tristeza intentó hacer algo que contribuyera a que otros padres no tuvieran que pasar por aquel calvario. Se convirtió en activista en defensa de las leyes de control de las armas.

—¿Jirafa?

Era Oso Polar.

—¿Sí, Oso?

—Quizá no debería sacar el tema, pero yo estoy a favor de la Segunda Enmienda. Si alguien más está en contra del punto de vista de esta mujer, por mucho que haya sufrido la pérdida de su hijo…

Jirafa le cortó en seco:

—No se trata de eso.

—Vale. Es que no querría que nos metiéramos en política con este asunto.

—En eso estamos todos de acuerdo —intervino Chris—. Nuestra misión es la de castigar la crueldad y los abusos, no meternos en política.

—Esto no tiene que ver con la política —insistió Jirafa—. Alguien realmente malvado está atacando a Francine Courter.

—Sigue —le dijo Chris.

—¿Dónde estaba? Ah, sí… Bueno, ella se une a la causa. Naturalmente, como ha dicho Oso, había quien no estaba de acuerdo con ella. Eso era previsible. Pero lo que empezó como un crudo debate acabó convirtiéndose en una campaña de terror en su contra. Francine empezó a recibir amenazas de muerte. Usaron bots para perseguirla y acosarla por internet. Hicieron pública su dirección. Tuvo que irse a vivir con la familia de su hermano. Pero lo que nunca hubiera imaginado es lo que ocurrió después.

—¿Y qué ocurrió?

—Un conspiranoico colgó un vídeo según el cual el tiroteo en realidad nunca se produjo.

—¿En serio? —dijo Gatito.

—Supongo que a esos psicópatas no les bastaron las grabaciones de circuito cerrado en las que se ve cómo matan a los niños —añadió Pantera.

—Un *fake* —dijo Jirafa—. Eso decía el vídeo del conspiranoico. Un

montaje de los defensores del control de las armas, para así usurparles la posibilidad de ir armados. Francine Courter era una «actriz de crisis», sea lo que sea lo que eso signifique, y ahora viene lo peor, el vídeo llegaba a afirmar que Corey no había existido nunca.

—Dios mío. ¿Cómo lo…?

—Básicamente se inventaron la información. O manipularon la narrativa hasta niveles increíbles. Por ejemplo, encontraron otra Francine Courter que vive en Canadá y que no tiene hijos, y grabaron una conversación por teléfono en la que «Francine Courter» afirmaba que nunca había tenido un hijo llamado Corey y que, por lo tanto, evidentemente, no había perdido a ningún hijo en ningún tiroteo. Conclusión: es un montaje.

—No puedo con esta gente —exclamó Alpaca.

—Ya es suficientemente duro perder a un hijo —dijo Gatito, que tenía acento inglés, aunque también eso podía ser obra de su app de distorsión de voz—, para luego tener que sufrir el ataque de esos lunáticos…

—¿Y hay alguien tan tonto como para creerse todas esas teorías? —preguntó Oso Polar.

—Te sorprenderías —respondió Jirafa—. O quizá no tanto.

—¿Qué más dice el vídeo conspiranoico? —preguntó Chris.

—Nada con sentido. Dejan preguntas en el aire, como: «¿Por qué algunos de los vídeos de circuito cerrado del instituto son en blanco y negro y otros en color?», como si eso demostrara que son falsos. Luego manipulan fotografías, o muestran imágenes falsas. Así, por ejemplo, y esto es de una mezquindad…, un bot colgó una foto en que se ve a alguien que se parece levemente a Corey en un partido de los Mets que tuvo lugar después del tiroteo. Y escriben: «¡Aquí está el actor que interpreta el papel de Corey Courter en el tiroteo de Northbridge, en un partido de béisbol la semana pasada!» y otros responden con comentarios del tipo: «Vaya, esto demuestra que fue todo un montaje. A mí no me parece nada afectada, es un fraude, y la gente se lo traga

sin pensar. ¡Dejad de creeros lo que os cuentan los medios e investigad un poco! Francine Courter es una traidora», y cosas así.

—Por terrible que sea este asunto —dijo Oso Polar—, a mí me parece que hay demasiadas personas implicadas como para poder hacer algo efectivo.

—A mí también me preocupaba eso —dijo Jirafa—, hasta que di con el segundo vídeo.

—¿Segundo vídeo?

—Sí. El primer vídeo colgado en YouTube diciendo que el tiroteo fue un montaje estaba en una cuenta llamada Bitter Truth. Con el tiempo lo retiraron, pero, como siempre ocurre con estas cosas, ya era demasiado tarde. Para entonces, acumulaba más de tres millones de visualizaciones. Había sido copiado y difundido, ya sabéis cómo funciona todo esto. Pero luego salió otro vídeo bajo el nombre de Truth de Bitter.

—Como pseudónimo no es gran cosa —observó Chris.

—No, desde luego. Pero con una leve variación en el concepto «verdad amarga», parecía querer dejarnos claro que se trataba del mismo tipo.

—Has dicho «tipo» —señaló Pantera.

—Sí.

—¿Así que es un hombre?

—Sí.

Ninguno de ellos se mostró sorprendido. Sí, hay mujeres que trolean. Pero no como los hombres. Y eso no es sexismo. Son datos.

—Su segundo vídeo… —Jirafa se detuvo, sobrecogida.

Silencio. Pantera lo rompió. Con delicadeza, dijo:

—¿Estás bien, Jirafa?

—Tómate tu tiempo —dijo Chris.

—Sí, solo un segundo. Es que solo verlo ya resulta duro. Encontraréis el vínculo en mi informe, pero el caso es que el tipo va a donde está enterrado Corey. A la tumba de un chico de quince años.

Lleva un traje ninja negro y una máscara, así que no se le puede reconocer. Acarrea consigo un aparato, que recuerda a uno de esos detectores que algunos llevan a la playa. Y probablemente lo sea. Pero él afirma que es un «DCE»: un Detector de Cadáveres Enterrados. Y muestra cómo, pasándolo por el suelo de otras tumbas, da una lectura. Un sonido parecido al de una descarga de electricidad estática. Así es como el aparato señala que hay realmente un cadáver bajo la lápida, afirma. Cuando lo pasa sobre la tumba de Corey, ¿imagináis qué ocurre?

—Oh, Dios mío —dijo Alpaca.

—Exacto. Afirma que la lectura demuestra que ahí no hay ningún cadáver.

—¿Y la gente se lo traga?

—Si encaja con sus ideas —intervino Chris—, la gente se cree lo que sea. Eso lo sabemos todos.

—Pero, desgraciadamente, la cosa no acaba ahí —dijo Jirafa, soltando un suspiro prolongado—. Al final del vídeo, el tipo se orina sobre la tumba de Corey.

Silencio.

—Y luego, en todas las páginas relacionadas con Francine Courter, cuelga el vídeo donde se le ve meando.

Silencio. Chris es el primero en romperlo:

—¿Y cómo se llama el tipo? —preguntó, con los dientes apretados.

—Kenton Frauling. Me llevó un tiempo, pero conseguí rastrear al menos diez de los bots y vincularlos con la misma cuenta, como Bitter Truth y Truth de Bitter.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Envié un correo electrónico haciéndome pasar por periodista y diciendo que creía su historia. Él hizo clic en el vínculo, y bueno, el resto ya lo sabéis…

—Así que el tal Frauling no solo creó esos dos vídeos terribles…

—También escribió la mayoría de comentarios, sí. Recreó

conversaciones falsas consigo mismo. Un ataque orquestado. También alquiló una granja de bots en el extranjero para que el incesante acoso a Francine aún fuera mayor. Además de colgar montones de posts en Twitter, Facebook y otras redes, también se dedica a llamar a Francine a todas horas. Le manda cartas a casa con fotografías de Corey, e incluso le deja volantes en el coche.

—¿Y a qué se dedica Frauling?

—Es director de ventas de una gran compañía de seguros. Gana cientos de miles de dólares al año.

Inconscientemente, Chris apretó los puños. Esa información, que el tal Kenton Frauling tuviera una vida propia, tendría que haberle sorprendido, pero no fue así.

La mayoría se imagina que los trols destructivos que acosan a la gente son perdedores sin empleo que dan rienda suelta a su rabia colgando posts desde el sótano de mamá, pero en casi todos los casos son personas con cultura, empleo y solvencia económica. Lo que tienen en común es una visión distorsionada de la realidad, un resentimiento ficticio, la sensación de que son víctimas de algo que en verdad es imaginario.

—Frauling tiene dos hijos. Se ha separado hace poco. Esas son las líneas básicas del caso. Os he enviado a todos un archivo con los vídeos y los posts.

—En nombre de todos los miembros de Boomerang —dijo Chris—, quiero dar las gracias a Jirafa por su dedicación a este caso.

Se oyeron murmullos de aprobación.

—Votemos —añadió Chris—. ¿Todos a favor de ir a por Kenton Frauling?

Todos votaron que sí. Era el sexto y último caso que se presentaba en aquella asamblea de los Boomerang. La norma era que, si dos miembros votaban en contra, no se actuaba contra el trol. De los seis casos del día, cinco se habían aprobado. El único que se había rechazado era el que afectaba a un chico guapo convertido en estrella

de un reality show, que sufría acoso mediático. Lo había presentado Pantera, pero la víctima no caía nada bien al público en general, así que decidieron emplear sus energías en alguien que se lo mereciera más.

La elección del nombre del grupo, Boomerang, era por motivos bastante evidentes: el karma es como un búmeran; lo que das es lo que recibes. El grupo escogía cuidadosamente a sus objetivos tras un proceso de candidatura y de veto. En su versión anterior, cuando era el Desconocido, Chris había aprendido por las malas que solo hay que buscar justicia cuando no hay duda —ninguna duda— de que el que ha causado el mal se lo merece. Para estar completamente seguro, ahora estudiaría a fondo el dosier presentado por Jirafa, para garantizar que todos los detalles coincidían con su presentación. Aunque la verdad es que no tenía dudas de que sería así. Jirafa era el más metódico de todo el grupo.

—Muy bien —dijo Chris—. Pues responderemos. Jirafa, ¿qué categoría de huracán aplicarías tú?

Jirafa no vaciló:

—Si hay algún monstruo que se merezca una categoría 5…

—Desde luego —interrumpió Pantera—. Categoría 5.

Los demás enseguida se mostraron de acuerdo.

Los Boomerang no aplicaban la categoría 5 a menudo. La mayoría de trols encajaban más en una categoría 2 o 3, en cuyo caso el castigo implicaba alterar sus informes bancarios o vaciarles alguna cuenta, o quizá hacerles chantaje, algo para que aprendieran la lección, pero que no les destruyera.

La categoría 5, en cambio, suponía un cataclismo. La categoría 5 no provocaba daños, sino la aniquilación total.

Dios podía ser piadoso, pero con Kenton Frauling los Boomerang no iban a tener compasión.

4

CUATRO MESES MÁS TARDE

Hester Crimstein, famosa abogada defensora, observó a su oponente, el fiscal Paul Hickory, que se ajustaba la corbata mientras se disponía a iniciar su alegato final.

—Damas y caballeros del jurado, este no es solo el caso de asesinato más claro y evidente al que me he enfrentado en mi vida, sino que es el más claro y evidente que ha visto nunca nadie de mi departamento.

Hester hizo un esfuerzo por no poner los ojos en blanco. No era lo más oportuno.

«Déjale que disfrute de su momento».

Hickory levantó el mando a distancia con un gesto afectado, lo enfocó hacia el televisor y apretó el botón con el pulgar. La pantalla cobró vida. Podría haber tenido lista la imagen en el monitor, pero no, a Paul Hickory le gustaba generar un poco de suspense, hacer un poco de espectáculo. Hester puso cara de aburrimiento, de modo que si alguno de los miembros del jurado la miraba, se diera cuenta de lo poco que la impresionaba todo aquello.

Al lado de Hester se sentaba su cliente, Richard Levine, el acusado en este caso por asesinato. Ya había discutido en profundidad con Richard cómo debía comportarse, cuál debía ser su actitud, cómo debía reaccionar (o, lo más importante, cómo no debía reaccionar) ante el jurado. Ahora mismo, su cliente, que se iba a pasar el resto de su vida entre rejas si Hickory se salía con la suya, tenía las manos cruzadas y apoyadas sobre la mesa, y la mirada fija.

«Buen chico».

En la pantalla se veía a una docena de personas concentradas junto

al famoso arco del parque de Washington Square, en Nueva York. Paul Hickory apretó ceremoniosamente el botón de puesta en marcha y el vídeo arrancó. Hester no se alteró lo más mínimo.

«No muestres ninguna reacción», se recordó mentalmente.

Por supuesto, Paul Hickory ya había puesto ese vídeo antes. Varias veces. Pero, tal y como dictaba el sentido común, no hasta el punto de crear una sobreexposición y que el jurado se volviera insensible ante la brutalidad de las imágenes.

El fiscal quería que siguiera provocándoles un nudo en el estómago. Quería que siguiera siendo algo visceral.

En la grabación, Richard Levine, el cliente de Hester, llevaba un traje azul, sin corbata, y unos mocasines negros Cole Haan. Se acercaba a un hombre llamado Lars Corbett, levantaba una mano en la que empuñaba una pistola y, sin la menor vacilación, le disparaba dos tiros en la cabeza.

Chillidos.

Lars Corbett caía a plomo, muerto antes incluso de tocar el suelo.

Paul Hickory apretó el botón de pausa y abrió los brazos.

—¿Realmente hay algo más que decir?

Hizo una pausa de varios segundos, dejando que su pregunta retórica resonara en la sala, mientras recorría de un extremo al otro los asientos del jurado, mirando a los ojos a todo aquel que encontraba en su trayectoria.

—Eso, damas y caballeros, es una ejecución. Es un asesinato a sangre fría en las calles de nuestra ciudad, en el corazón de uno de nuestros parques más queridos. Nada más. No admite discusión. Tenemos a la víctima, Lars Corbett, ahí mismo —añadió, señalando en la pantalla al hombre tendido en el suelo, en un charco de sangre—. Tenemos a nuestro acusado, Richard Levine, ahí mismo, disparando una Glock 19, que balística ha confirmado que fue el arma del asesinato, una pistola que Levine compró solo dos semanas antes del crimen en un almacén de armas en Paramus, en Nueva Jersey. Hemos

traído al estrado a catorce testigos que presenciaron el asesinato y que han identificado al señor Levine como el autor de los disparos. Hemos presentado otros dos vídeos de fuentes independientes que muestran los hechos desde diferentes ángulos.

Hickory meneó la cabeza.

—Por Dios…, ¿qué más necesitamos?

Suspiró con una carga melodramática que a Hester le pareció algo excesiva. Paul Hickory era joven, tendría menos de cuarenta años. Hester había estudiado Derecho con el padre de Paul, un espléndido abogado defensor llamado Flair (sí, Flair Hickory era su nombre real), que actualmente era uno de sus mayores competidores. El hijo era bueno, y aún sería mejor —la manzana nunca cae lejos del árbol—, pero todavía no era como su padre.

—Nadie, ni siquiera la señora Crimstein o la defensa, ha negado ninguno de los hechos clave. Nadie ha sostenido que él —dijo, señalando la imagen del vídeo en pausa— no es Richard Levine. Nadie ha proporcionado una coartada al señor Levine, ni ha demostrado de ningún otro modo que no fuera él quien mató brutalmente al señor Corbett. —Hizo una pausa y se acercó a la tribuna del jurado.

—Esto. Es. Todo.

Lo dijo así, como en tres frases independientes. Hester no pudo aguantar más. Cruzó una mirada con una de los miembros del jurado —una mujer llamada Marti Vandevoort, que le parecía la más vulnerable— y puso los ojos en blanco.

Como si la hubiera pillado, Paul Hickory se giró de pronto hacia ella:

—Ahora la señora Crimstein hará todo lo que pueda por embarrar esta simple narrativa. Pero, por favor, todos somos lo suficientemente inteligentes como para no caer en su trampa. Las pruebas son apabullantes. No puedo imaginarme un caso más claro. Richard Levine compró una pistola. La llevó ilegalmente hasta Washington Square el 18 de marzo. Sabemos por los testimonios y por los informes

forenses que el señor Levine sentía una obsesión destructiva hacia el señor Corbett. Lo planeó, fue a por su víctima y ejecutó al señor Corbett en plena calle. Es un caso de libro de asesinato en primer grado, damas y caballeros. Y, aunque no creo que haga falta decirlo, el asesinato es un delito. Va contra la ley. Pongan a este asesino entre rejas. Es su deber y obligación como ciudadanos. Gracias.

Paul Hickory se dejó caer en la silla.

El juez David Greiner, viejo amigo de Hester, se aclaró la garganta y la miró.

—¿Señora Crimstein?

—Un segundo, señoría —dijo Hester, abanicándose con la mano—. Aún estoy sobreponiéndome del alegato de la fiscalía, tan recargado y aun así tan completamente irrelevante.

Paul Hickory se puso en pie de golpe.

—Protesto, señoría…

—Señora Crimstein —la advirtió el juez, sin mucho énfasis.

Hester se disculpó agitando la mano en el aire como para quitarle importancia y se puso en pie.

—El motivo por el que digo que el alegato del señor Hickory es recargado y completamente irrelevante es… —Hester frenó de golpe —. En primer lugar, déjenme que les dé las buenas tardes a todos. —Era uno de los recursos de Hester a la hora de iniciar su alegato final. Primero les daba algún indicio, les dejaba preguntándose a dónde quería ir a parar, y luego les hacía esperar un momento—. La labor de un jurado es seria y de gran importancia, y el equipo de la defensa les da las gracias por estar ahí, por participar, por mostrarse diligentes y abiertos en un caso que la fiscalía querría cerrar por la vía rápida. Dios sabe que no es mi primer juicio. —Hester sonrió, y se fijó en quiénes le devolvían la mirada, apuntando mentalmente que eran tres, Marti Vandevoort entre ellos—. Pero no creo haberme encontrado nunca con un jurado que haya afrontado un caso con tanta seriedad e inteligencia.

Todo eso eran tonterías, por supuesto. Todos los jurados son más o menos iguales. Se aburren en los mismos momentos. Se emocionan en los mismos momentos. Su experta en jurados, Samantha Reiter, sentada tres filas detrás de ella, opinaba que ese jurado era más maleable de lo habitual, pero la defensa de Hester también era más desesperada de lo habitual. Las pruebas, tal como había señalado Paul Hickory, eran realmente apabullantes. La fiscalía le sacaba kilómetros de ventaja. Era consciente de ello.

—Un momento, ¿por dónde iba?

Eso era para recalcar que ella no era ninguna jovencita. Siempre que podía, Hester no perdía la ocasión de jugar el papel de la tía o la abuela ideal. Lista, justa, estricta, algo olvidadiza, adorable. La mayoría de los miembros del jurado la conocían por su programa de televisión por cable *Crimstein on Crime*. La fiscalía siempre intentaba seleccionar para el jurado a personas que no la identificaran, pero, aunque el candidato afirmara que no conocía el programa —poca gente lo veía con regularidad—, casi todos la habían visto en televisión alguna vez, como invitada o analista en algún otro espacio. Y si algún candidato a jurado decía que no sabía quién era Hester, la mayoría de veces mentía, lo cual lo hacía idóneo a los intereses de Hester, ya que, por algún motivo, quería decir que deseaba estar en el juicio, y que probablemente se pondría de su lado. Con el paso de los años, los fiscales se habían dado cuenta de eso, de modo que ya no lo preguntaban.

—Ah, sí. Estaba calificando el alegato del señor Hickory de «recargado y aun así completamente irrelevante». Probablemente querrán saber por qué.

Hablaba en voz baja. Siempre procuraba iniciar su alegato final así para que el jurado se echara hacia delante. Eso también le daba espacio para subir el volumen, para construir una narrativa.

—El señor Hickory no ha dejado de repetir lo que ya sabíamos, ¿verdad? Básicamente se ha remitido a las pruebas. No vamos a

discutir que la pistola pertenecía a mi cliente ni nada de todo eso, así que… ¿por qué perder el tiempo con eso?

Se encogió de hombros con fingido sentimiento, pero no esperó a que Hickory intentara responder.

—Pero todo lo demás que ha dicho el señor Hickory… Bueno, no diré que son mentiras descaradas porque sería de mala educación. Pero el cargo de fiscal es un cargo político, y como ocurre en los peores políticos (de esos tenemos muchos últimamente, ¿verdad?), el señor Hickory ha usado un enfoque subjetivo para que ustedes solo oigan su versión sesgada y distorsionada. Yo, al menos, ya estoy cansada de eso. ¿Ustedes no? Estoy harta de oírlo en los políticos. En los medios de comunicación. Estoy harta de verlo en las redes sociales. Y no es que yo use las redes sociales, pero mi nieto Matthew sí, y a veces me enseña lo que corre por ahí, y les puedo decir que es una locura. ¿A que tengo razón? Manténgase alejados.

Breves risas.

Todo aquello era una puesta en escena, claro. A todo el mundo le caen mal los políticos y los periodistas, igual que les caen mal los abogados, así que eso convertía a Hester en una persona autocrítica y cercana a la vez. Era, no obstante, una interesante dicotomía. Si le preguntas a alguien qué piensa de los abogados, los dejará por los suelos. Sin embargo, si le preguntas qué piensa de su abogado, dirá maravillas.

—Tal como ustedes ya saben, la mayor parte de lo que ha dicho el señor Hickory no cuadra. Y eso se debe a que las cosas no son, como quiere que pensemos el señor Hickory, blancas o negras. Todos lo sabemos, ¿verdad? Forma parte de la condición humana. Nos creemos seres de lo más complejo, que nadie puede leer nuestros pensamientos, pero que nosotros sí podemos leer los de los demás. ¿Hay algo blanco o negro en el mundo? Por supuesto. Volveremos a eso dentro de un momento. Pero, casi todas las veces, la vida se vive en tonos de gris, y todos lo sabemos.

Sin girarse hacia el televisor, Hester accionó su mando a distancia y apareció una imagen aportada por la defensa. Su televisor era intencionadamente más grande que el de la fiscalía —setenta y dos pulgadas, frente a las cincuenta del de Hickory—. El mensaje subliminal que recibía el jurado era que no había nada que esconder.

—Por algún motivo, el señor Hickory ha decidido no mostrarles esto.

El jurado fijó la vista en la imagen, como era natural. Ella no se giró a mirar. Quería demostrarles que la conocía bien; en lugar de eso, se dedicó a observar sus rostros.

—Odio tener que señalar lo evidente, pero eso es un primer plano de una mano. Más específicamente, la mano derecha del señor Lars Corbett.

La imagen era borrosa. En parte se debía a la tecnología —era un primer plano muy ampliado— y en parte era intencionado. Si le hubiera favorecido mejorar la iluminación o la definición, lo habría hecho. Un juicio es una competición entre dos historias. A ella lo que le interesaba era presentarlo de esta manera, sacrificando la calidad.

—¿Ven lo que lleva en la mano?

Algunos miembros del jurado fruncieron los párpados.

—Es algo difícil de distinguir, lo sé —prosiguió Hester—. Pero se ve que es negro. Es metálico. Miren ahora.

Hester apretó el botón de puesta en marcha. La mano empezó a levantarse. Como la imagen estaba tan ampliada, daba la impresión de que se movía muy rápido. Una vez más, era intencionado. Se acercó a la mesa de pruebas y recogió una pequeña pistola.

—Esto es una pistola Remington RM380 de bolsillo. Es negra. Es metálica. ¿Saben por qué se compra alguien una pistola de este tamaño?

Esperó un momento, como si el jurado fuera a responder. No lo hicieron, por supuesto.

—Bueno, es evidente, ¿no? Lo dice el mismo nombre de la pistola.

«De bolsillo». Se pueda llevar encima sin que se note. ¿Y qué más sabemos? Sabemos que Lars Corbett poseía al menos una Remington RM380.

Hester volvió a señalar hacia la imagen borrosa.

—¿Es esa la pistola que lleva Lars Corbett en la mano?

De nuevo hizo una pausa, esta vez más breve.

—Bien, exacto, así que tenemos una duda razonable. ¿No? Eso bastaría para acabar. Ahora mismo podría sentarme ahí sin decir una palabra más, y ustedes votarían la no culpabilidad del acusado. Pero sigamos adelante, ¿quieren? Porque tengo más. Mucho más.

Hester señaló hacia la mesa de la defensa sin demasiado afán.

—Hemos oído declarar que la Remington RM380 de Lars Corbett fue «hallada» —Hester le puso a la palabra unas comillas sarcásticas con las manos— en su sótano. ¿Pero de verdad fue así? ¿Podemos estar seguros? Corbett poseía numerosas pistolas. Ya las han visto durante el juicio. Tenía una obsesión por todo tipo de armas destructivas: espantosos rifles de asalto, metralletas, revólveres y Dios sabe qué más. Déjenme que se lo enseñe.

Apretó el mando a distancia. La fiscalía había intentado mantener esa fotografía, hallada en la página de Facebook de Corbett, fuera del caso. No importaba, había argumentado Paul Hickory, el aspecto que tuviera la víctima, cómo se vistiera o cómo decorara su casa. Durante el proceso de admisión de pruebas, Hickory le había preguntado al juez Greiner: «Si esto fuera un caso por violación, ¿dejaría que la señora Crimstein mostrara al jurado una fotografía de la joven víctima en ropa atrevida? Pensaba que ya habíamos superado esa fase». Pero Hester había argumentado que tenía valor probatorio, porque resultaba plausible que un hombre que mostraba en público su enorme colección de armas fuera más propenso a sacar un arma o, al menos, porque eso podría explicar mejor la «posición» de Richard Levine —su convicción de que Corbett podía hacerle algún daño—. Pero había un motivo aún más importante que explicaba que Hester

quisiera que el jurado viera esa fotografía.

—¿De verdad piensan que este hombre —dijo, señalando a Corbett— solo compraba armas legalmente? ¿De verdad vamos a descartar que tuviera varias pistolas de mano y que lo que agarra —dijo, ampliando la masa negra borrosa en la mano de Corbett— sea una de ellas?

El jurado escuchaba con gran atención.

Hester no quería que se quedaran mirando aquella mancha negra demasiado tiempo, así que apretó un botón del mando a distancia y pasó a la fotografía de Corbett con el rifle de asalto. Regresó lentamente a su mesa para que pudieran observar la foto unos segundos más. Lars Corbett llevaba un corte de pelo militar y sonreía, socarrón. Pero la clave era el fondo de la imagen.

Detrás de Corbett había una bandera roja con una esvástica en el centro.

La bandera de la Alemania nazi.

Pero Hester no dijo nada al respecto por el momento. Intentó mantener un tono de voz contenido, neutro, razonable.

—Bueno, el señor Hickory ha afirmado, sin aportar demasiadas pruebas, que lo que lleva Lars Corbett en la mano no es una pistola, sino un iPhone.

En realidad, Paul Hickory tenía pruebas muy sólidas de que era un iPhone. Durante el juicio había echado por tierra, de forma bastante concluyente, la teoría de que «él había visto una pistola». Había presentado otras fotografías de la mano y había recurrido a varios vídeos y testimonios que apoyaban su afirmación de que era efectivamente un iPhone, que Lars Corbett lo estaba levantando para grabar el encuentro, y que, después de que la bala le atravesara la cabeza, todos habían podido ver el teléfono de Corbett en el suelo.

Hickory había resultado convincente, así que Hester no insistió en el tema. Prefirió darle la vuelta.

—Bueno, quizá el señor Hickory tenga razón —concedió Hester, con

su mejor tono de «miren qué considerada soy, que acepto su posición»—. Quizá sea un iPhone. Pero yo no puedo estar segura de ello. Y ustedes tampoco. Piensen en esa imagen de la mano que les he enseñado. Ahora imagínense que disponen de una fracción de segundo. El corazón les late con fuerza. Temen por su vida. Están delante de ese hombre… —Hester señaló la fotografía de Lars Corbett, con su sonrisa socarrona, frente a la bandera nazi— que quiere acabar con ustedes y con toda su familia.

Volvió a girarse hacia el jurado.

—¿Apostarían la vida a que es un iPhone? Yo tampoco.

Hester siguió andando en círculos hasta situarse detrás de su cliente y apoyó ambas manos en los hombros de Richard Levine en un gesto cálido, maternal.

—Quiero presentarles a mi amigo Richard —dijo, con una tierna sonrisa. Bajó la vista y lo miró—. Richard es un abuelo de sesenta y tres años. No tiene antecedentes penales. Nunca había sido arrestado. Ni una sola vez. No le han multado nunca por conducir bajo los efectos del alcohol. Solo le han puesto una multa en su vida, y fue por exceso de velocidad. Ya está. Es lo que podríamos llamar… no me gusta mucho el término, pero en este caso tengo que usarlo: un ciudadano modelo. Tiene dos hijos, Ruben y Max, y una hija, Julie. Y dos nietas, las gemelas Laura y Debra. Su esposa, Rebecca, murió el año pasado tras una larga batalla contra el cáncer de mama. El señor Levine pidió una larga excedencia en el trabajo para poder cuidar de su mujer y acompañarla en su lecho de muerte. Hace veintiocho años que trabaja como director comercial de una popular cadena de farmacias, gestionando gran parte de las cuentas de la empresa. Richard ha sido elegido tres veces concejal en el ayuntamiento de Livingston, Nueva Jersey, donde vive. Colabora como voluntario en el cuerpo de bomberos y dedica tiempo y dinero a muy variadas causas benéficas. Este, damas y caballeros, es un buen hombre. Nadie ha podido declarar lo contrario. Todo el mundo adora a Richard Levine.

Hester volvió a sonreír, le dio unas palmaditas en los hombros a Levine y volvió a situarse junto a la fotografía de Lars Corbett.

—La exmujer de Corbett, Delilah, se divorció de él porque abusaba físicamente de ella. La pegaba constantemente. Tuvo que ser hospitalizada tres veces en un año. Delilah, gracias a Dios, consiguió la custodia de su hija de tres años y una orden de alejamiento en su contra. Lars Corbett arrastra un historial de numerosas detenciones y sentencias en firme por agresiones y desórdenes públicos y… quiero subrayar esto: por posesión ilícita de armas. Vean esta fotografía, damas y caballeros. ¿Qué ven? No ahorremos en calificativos. Ven escoria.

Paul Hickory se puso rojo de rabia. Estaba a punto de ponerse en pie, pero Hester levantó una mano.

—Quizá usted no vea escoria, señor Hickory, no lo sé. Eso no importa. Probablemente Richard Levine tampoco viera escoria. Sino algo mucho peor. El abuelo de Richard fue una víctima del Holocausto. Los americanos lo rescataron de Auschwitz. Medio muerto de hambre. Pero no llegaron a tiempo de salvar a su familia. Su madre, su padre y hasta su hermana pequeña, todos, murieron en Auschwitz. Fueron asesinados. Gaseados. Quiero que piensen en ello un momento.

Hester se acercó a la pantalla, a la foto de Lars Corbett.

—Ahora quiero que se imaginen algo. Imaginen que un hombre entra en su casa y mata a toda su familia. A toda. Les dice lo que va a hacer, y luego lo hace. Mata a todos sus seres queridos y promete que volverá para matarles a ustedes. Deja claro que ese es su objetivo final. Pasan unos años. Crean una nueva familia. Y de pronto ese hombre vuelve a su casa. Está subiendo por las escaleras. Y lleva en la mano algo que parece una pistola.

Hester hizo una pausa, creando un silencio que se extendió por toda la sala, antes de añadir:

—¿Le concederían a ese monstruo el beneficio de la duda? El señor

Hickory —dijo, adoptando un tono airado, acusatorio— no deja de decir que esto no es defensa propia, que Lars Corbett no amenazó en ningún momento con agredir a nadie. ¿Está de broma? ¿Es que el señor Hickory es así de cándido o… bueno, tonto? Lars Corbett era el líder de una milicia nazi en este país. Su mensaje de odio tiene miles de seguidores en las redes sociales. Los nazis no son nada sutiles, damas y caballeros. Dejan claro su objetivo: matar. Asesinar. Exterminar a ciertas personas, entre ellas a mi amigo Richard. ¿Es que alguien es tan inocente como para no verlo? Por eso desfilaba ese día Lars Corbett: para aleccionar a sus tropas a que maten y gaseen a buenas personas como Richard, sus tres hijos y sus dos nietas.

Ahora la voz de Hester resonaba con fuerza, temblorosa.

—Y el señor Hickory les dirá que Lars Corbett tenía «derecho» (otra vez con comillas en el aire) de hablar de meter a gente en la cámara de gas y de descuartizar a toda su familia, igual que los precursores nazis de Corbett hicieron con los seres más queridos de mi cliente. Pónganse en el lugar de Richard y pregúntense: ¿ustedes qué harían? ¿Se quedarían sentados en casa esperando a que los nazis vuelvan a asesinar? ¿Tienen que esperar a que les metan en la cámara de gas para empezar a defenderse? Sabemos cuál era el objetivo de Corbett. Él y su chusma lo proclaman con total transparencia. Y de pronto uno de ustedes, un ciudadano preocupado, un ser humano empático, un padre amoroso y abuelo cariñoso, con una vida ejemplar, se encuentra en el parque de Washington Square y oye lo que van escupiendo esos asesinos por ahí. Por supuesto, se asusta. Por supuesto, siente el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Y de pronto este hombre malvado, este hombre que ha jurado matarle, ese hombre que todo el mundo sabe que acumula montones de pistolas y rifles, empieza a levantar la mano con algo negro y metálico en ella y…

La voz de Hester se fue apagando, rompiéndose en un sollozo contenido, con los ojos húmedos. Bajó la cabeza y cerró los ojos.

—Claro que es defensa propia.

Hester dejó que le cayera una lágrima por la mejilla.

—Es el caso de defensa propia más evidente que nadie podría imaginar. Y los argumentos que lo confirman no empiezan en este momento, sino que nacieron hace setenta años y han llegado hasta nosotros a través del océano. La razón de la defensa propia se encuentra en el ADN del señor Levine. Está en su ADN y en el mío también. Este… —Hester volvió a señalar a Lars Corbett, frente a la bandera con la esvástica—. Este hombre —dijo, prácticamente escupiendo la palabra— quiere matarles a ustedes y a sus seres queridos. Tiene algo negro en la mano. Lo levanta hacia ustedes y todo eso (todo ese horrible pasado, los campos de concentración, las cámaras de gas, todo el horror, la sangre y la muerte que quería resucitar Corbett) regresa de la tumba y se abalanza sobre ustedes y sobre sus seres queridos.

Hester volvió a la mesa de la defensa, se situó otra vez detrás de su cliente y apoyó las manos sobre los hombros de Richard Levine una vez más.

—Yo no preguntaré por qué apretó el gatillo Richard.

Hester cerró los ojos, dejó caer una lágrima más, volvió a abrirlos y miró fijamente al jurado.

—Mi pregunta es: ¿quién no lo habría hecho?

Mientras el juez impartía sus últimas instrucciones, Hester vio a su nieto Matthew, de pie contra la pared negra. El corazón le dio un vuelco. No podía traer nada bueno. La última vez que Matthew la había sorprendido presentándose en el juzgado era para pedirle ayuda porque una compañera suya de clase había desaparecido.

¿Por qué habría venido esta vez?

Matthew era estudiante de primero en la Universidad de Michigan. O por lo menos hasta ahora. Hester dedujo que, si había vuelto, es que el curso universitario ya había terminado. Estaban en mayo. ¿Era en mayo cuando acababa el curso? No lo sabía. Nadie le había informado

de que estuviera de vuelta, y eso le molestaba. Ni Matthew ni su madre, Laila, le habían dicho que su nieto hubiera regresado. Laila era la nuera de Hester. ¿O sería más correcto decir la exnuera?

¿Cómo llamas a la mujer que ha quedado viuda tras la muerte de tu hijo pequeño?

—Todos en pie.

Hester y Richard Levine se pusieron en pie mientras el jurado entregaba el resultado de su deliberación. Richard Levine mantuvo la mirada al frente.

—Gracias —le susurró.

Hester asintió mientras los guardias se llevaban a Levine para ponerlo de nuevo bajo custodia. En ese momento crítico del juicio, la mayoría de abogados se dedican a hacer de comentaristas, analizando los puntos fuertes y débiles del caso, intentando interpretar el lenguaje corporal de los miembros del jurado, prediciendo el resultado. Hester se ganaba la vida —al menos en parte— haciendo eso en la televisión. Se le daba muy bien. Además era divertido, un buen ejercicio para la mente sin implicaciones en el mundo real, pero, cuando se trataba de sus propios casos —como en este, en el que había puesto tanto empeño y tanta energía—, Hester se dejaba llevar. Es sabido que los jurados son, en el fondo, impredecibles, como lo es la vida, si lo pensamos bien. Pensemos en esos analistas que se presentan como «genios» en la televisión por cable. ¿Alguna vez aciertan algo? ¿Quién predijo que un hombre se prendería fuego en Túnez, dando lugar a la Primavera Árabe? ¿Quién predijo que nos pasaríamos la mitad de nuestro tiempo mirando la pantallita de un smartphone? ¿Quién predijo la llegada de Trump, de Biden, del COVID o de nada en absoluto?

Tal como dice el proverbio yidis: «El hombre planea, Dios se carcajea».

Hester había hecho todo lo posible. Ahora todo dependía de la decisión del jurado. Eso era otro concepto clave que había aprendido

con la edad: preocúpate de lo que puedas controlar. Si no puedes controlarlo, olvídate.

Ese era su mantra de la serenidad, solo que sin la serenidad.

Hester salió corriendo al encuentro de su nieto. Que ese chico tan apuesto, ya casi adulto, fuera el vivo reflejo de su hijo David no era algo que hubiera aprendido a gestionar con el paso del tiempo. Matthew tenía dieciocho años, era más alto que su David, y más moreno, puesto que Laila era negra, de modo que el chico era birracial. Pero sus gestos, la manera que tenía de apoyarse en la pared, el modo en que vacilaba antes de hablar, de mirar a la izquierda cuando le daba vueltas a una pregunta…, eran de David. A Hester le encantaba, aunque le hiciera daño.

Cuando llegó a la altura de Matthew preguntó:

—Bueno, ¿qué pasa?

—Nada.

Hester frunció el ceño con el clásico gesto de la abuela escéptica.

—¿Tu madre…?

—Está bien, Nana. Todos están bien.

Eso ya se lo había dicho la última vez que la había sorprendido presentándose de aquel modo. Y resultó que no era así.

—¿Cuándo has vuelto de Ann Arbor? —le preguntó.

—Hace una semana.

—¿Y no me has llamado? —dijo, intentando que no se le notara que estaba dolida.

—Ya sabemos cómo te afecta el final de un juicio —dijo Matthew.

Hester no tenía muy claro cómo responder a eso, así que se saltó las reprimendas y optó por abrazar a su nieto con fuerza. Matthew, que siempre había sido un chico cariñoso, le devolvió el abrazo. Hester cerró los ojos e intentó que se detuviera el tiempo. Por un segundo o dos, casi lo consiguió. Con los ojos aún cerrados y la cabeza presionada contra el pecho de su nieto, volvió a preguntar:

—Bueno, ¿qué ha pasado?

—Me preocupa Wilde.

5

—Hace mucho que no sé nada de Wilde —dijo Matthew.

Estaban sentados en el asiento trasero del Cadillac Escalade de Hester. Tim, chófer de Hester y guardaespaldas de casi toda la vida, iba al volante y tomó el nivel inferior del puente George Washington. Se dirigían a Nueva Jersey, y más específicamente a Westville, un pueblo cerca de la ciudad pero en la falda de la montaña. Allí, muchos años atrás, Hester y su difunto marido Ira habían criado a sus tres hijos: Jeffrey, que era dentista y vivía en Los Ángeles; Eric, analista financiero que vivía en Carolina del Norte; y el más joven, David, el padre de Matthew, que murió en un accidente de tráfico cuando Matthew tenía siete años.

—¿Cuándo hablaste con él por última vez? —preguntó Hester.

—El día que me llamó desde el aeropuerto, diciéndome que estaría un tiempo fuera.

Hester asintió. Eso debía de ser cuando Wilde se fue a Costa Rica.

—Así que hace casi un año.

—Sí.

—Ya sabes cómo es Wilde, Matthew.

—Ya.

—Sé que es tu padrino. —Wilde era el mejor amigo de David y, para Wilde, probablemente David fuera su único amigo—. Y sí, debería esforzarse un poquito más en estar ahí cuando lo necesitas…

—No es eso —protestó Matthew—. Tengo dieciocho años.

—¿Y?

—Pues que ya soy adulto.

—Ya. Repito: ¿y?

—Pues que Wilde siempre ha estado ahí cuando era un crío —dijo

Matthew—. Aparte de mamá, es el que más ha estado ahí.

Hester se apartó un poco.

—Aparte de mamá —repitió—. Vaya.

—No quería decir…

—Aparte de mamá. —Hester meneó la cabeza—. Un golpe bajo, Matthew.

Él bajó la cabeza.

—No intentes usar esa táctica pasiva-agresiva con tu abuela. Conmigo no funciona. ¿Entendido?

—Lo siento.

—Yo vivo y trabajo en Manhattan —añadió—. Tu madre y tú vivís en Westville. Yo venía todo lo que podía.

—Lo sé.

—Un golpe bajo —repitió.

—Lo sé. Perdona. Es solo… —Matthew la miró a los ojos, y los ojos de Matthew se parecían tanto a los de David que Hester tuvo que contenerse para no hacer una mueca—. No quiero que te metas con él, ¿vale?

Hester miró por la ventana.

—Me parece bien.

—Estoy preocupado, eso es todo. Está en un país extranjero y…

—Wilde volvió hace meses —dijo Hester.

—¿Cómo lo sabes?

—Hemos estado en contacto. Me encargué de que alguien le cuidara ese tubo metálico al que él llama casa mientras estaba fuera.

—Un momento. ¿Así que ha vuelto al bosque?

—Supongo.

—¿Pero no has hablado con él?

—No desde que volvió. Pero, antes de eso, habíamos estado seis años sin hablar. Así son las cosas entre él y yo.

Matthew asintió.

—Pues ahora sí que estoy preocupado.

—¿Por qué?

—Porque hace seis meses no estaba en casa. Ahora sí. Llevo una semana por aquí.

Hester vio a dónde quería ir a parar. Cuando Wilde vivía en el bosque de las montañas, detrás de su casa, estaba pendiente de Matthew y de Laila. A menudo desde lo alto de la colina, otras veces sentado a oscuras en el patio, y en otras ocasiones —al menos por un breve período—, desde la cama de Laila.

—Si estuviera aquí y todo fuera bien, nos habría dicho algo —dijo Matthew.

—Eso no lo sabes con seguridad.

—No, claro.

—Últimamente no lo ha tenido fácil.

—¿Qué quieres decir?

Hester se preguntó si debía contárselo, pero enseguida llegó a la conclusión de que no podía hacerle ningún daño saberlo.

—Encontró a su padre biológico.

Matthew abrió los ojos como platos.

—¡Hala!

—Sí.

—¿Dónde estaba? ¿Qué pasó?

—No lo tengo muy claro, y aunque lo tuviera no me correspondería a mí decírtelo. Pero creo que no salió demasiado bien. Wilde volvió a casa, tiró el teléfono de prepago que tenía para contactar con él y desde entonces no he tenido noticias suyas.

Tim tomó la carretera 17 Norte. Hester se había pasado tres décadas haciendo este mismo recorrido, yendo y viniendo de Manhattan. Ira y ella habían sido felices allí. Habían conseguido mantener el mejor equilibrio posible entre sus respectivos trabajos y la familia. Cuando los chicos se independizaron, Hester e Ira vendieron la casa y se compraron un piso en Manhattan. Era el plan que tenían desde el principio: trabajar duro, procurar que a los chicos no les faltara de

nada y luego pasar sus «años dorados» juntos en la ciudad. Lástima, no pudo ser. A Hester le gustaba la expresión «El hombre planea, Dios se carcajea», pero en su caso parecía más pertinente la traducción libre: «Si quieres que Dios se carcajee, cuéntale tus planes».

—¿Nana?

—¿Sí?

—¿Cómo te pusiste en contacto con Wilde la última vez?

—¿Quieres decir cuando me pediste que encontrara a Naomi?

Matthew asintió.

Hester soltó un largo suspiro y pensó en qué hacer.

—¿Tu madre está en casa?

Matthew consultó el reloj en su teléfono.

—Probablemente. ¿Por qué?

—Voy a dejarte en casa. Y si a ella le parece bien, volveré dentro de una hora.

—¿Por qué no iba a parecerle bien?

—Quizá tenga sus planes —dijo Hester—. Ya sabes cómo soy. No me gusta molestar.

Matthew soltó una carcajada.

—A nadie le gustan los sabihondos, Matthew.

—Tú eres una sabihonda —replicó él.

—Exacto.

Matthew le sonrió, y esa sonrisa le partió el corazón a Hester.

—¿Dónde vas a ir después de dejarme en casa?

—A ver si puedo encontrar a Wilde.

—¿Y por qué no puedo venir?

—Hagámoslo a mi manera, de momento.

A Matthew aquello no le gustó demasiado, pero el tono de su abuela dejaba claro que cualquier intento de resistencia sería en vano. Abandonaron la carretera de Nueva Jersey, con sus concesionarios de coches a los lados, y dos minutos más tarde era como si hubieran entrado en otro mundo. Tim giró a la derecha, luego a la izquierda, y

finalmente dos veces más a la derecha. Hester conocía muy bien el camino. Aquella bonita cabaña de madera había sido esculpida en la ladera de los montes Ramapo, una estribación de los Apalaches.

En el camino de acceso a la casa vio aparcado un Mercedes SL 550.

—¿Mamá se ha comprado un coche nuevo? —preguntó Hester.

—No, ese es de Darryl.

—¿Quién es Darryl?

Matthew se limitó a mirarla. Hester intentó no sentir esa punzada profunda en el pecho.

—Oh —dijo.

Tim paró detrás del Mercedes de Darryl.

—¿Me lo dirás, si lo encuentras? —le preguntó Matthew.

—Te llamaré.

—No llames —dijo él—. Tú vuelve cuando puedas. Sé que mamá quiere que lo encuentres.

Hester asintió, quizá algo más despacio de lo normal.

—¿Te gusta Darryl?

Por toda respuesta, Matthew le dio a su abuela un beso en la mejilla y salió del coche.

Hester se quedó mirando a su nieto mientras este entraba en la casa con el mismo caminar que su padre. Ira y ella habían construido aquella cabaña cuarenta y tres años atrás. El tópico encajaba a la perfección: daba la sensación de que había sido ayer y, al mismo tiempo, parecía que hubiera pasado una eternidad. La casa se la vendieron a David y Laila. Al principio, Hester había tenido sus dudas. Le parecía raro que David criara a su familia en el mismo lugar donde se había criado él. Aun así, aquello tenía sentido por varios motivos. A David y a Laila les encantaba el lugar. Transformaron el interior por completo y lo hicieron suyo. Ira estaba encantado con que la casa siguiera siendo de la familia, e iba a menudo para hacer excursiones, salir a pescar y hacer todas esas actividades al aire libre que a Hester no le interesaban en absoluto.

Pero una vez más, aunque ella no creyera en el efecto mariposa… ¿Y si les hubiera insistido a David y Laila para que se compraran otra casa? Pensar en esas cosas te puede volver loco, y ella sabía perfectamente que nada de lo ocurrido era culpa suya, pero si lo hubiera hecho, la línea de los acontecimientos habría cambiado un poco, ¿no? David no habría estado en aquella carretera de montaña tan resbaladiza. El coche no se habría despeñado. Ira no habría muerto de un infarto —después de que se le hubiera roto el corazón, según ella creía—, poco después.

«Se me da fenomenal eso de olvidar lo que no puedo controlar», pensó.

—Supongo que Laila tiene novio —le dijo a Tim, su chófer.

—Laila es una mujer muy guapa.

—Lo sé.

—Y ha pasado mucho mucho tiempo.

—Lo sé.

—Además, Matthew está en la universidad. Ella está sola. Debería estar contenta por ella.

Hester hizo una mueca.

—No te contraté para que me dieras una visión empática de las dinámicas de mi familia.

—No se lo cobraré aparte —dijo Tim—. ¿Adónde vamos?

—Ya sabes.

Tim asintió, dio la vuelta en la calle sin salida y se puso en marcha. Tardaron más de lo que pensaba Hester en encontrar el sitio. Wilde siempre mantenía bien camuflado el camino que salía de Halifax Road, para que así resultara difícil de encontrar. Pero en esta ocasión la vegetación había crecido hasta tal punto que Tim no pudo entrar con el Escalade. Tuvo que parar en el arcén.

—No creo que Wilde haya estado utilizando este camino.

Si eso era cierto, a Hester no se le ocurrían muchas más opciones. Podía hablar con Oren, su novio, para que los guardabosques peinaran

la zona en busca de Wilde, pero si él no quería ser encontrado, no lo encontrarían, y si le había pasado algo malo, bueno… Probablemente ya era demasiado tarde.

—Iré a pie —dijo Hester.

—No, no irá sola —respondió Tim, saliendo por la puerta del conductor a una velocidad impensable para alguien de sus dimensiones.

Tim era un grandullón con un corte de pelo militar y un traje que le quedaba algo apretado. Se abotonó la americana —él insistía en llevar americana al trabajo— y le abrió la puerta trasera.

—Quédate aquí —le ordenó Hester.

Tim hizo una mueca y miró a su alrededor.

—Podría ser peligroso.

—Tienes tu pistola, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo él, llevándose la mano al costado.

—Magnífico. Pues vigila desde aquí. Si alguien intenta secuestrarme, dispara a matar. Bueno, a menos que esté buenorro; si es así, olvídate de mí.

—¿Wilde no está buenorro?

—Alguien que esté buenorro y que tenga la edad apropiada, Tim. Ah, y gracias por la precisión.

—Por cierto, ¿aún se dice «buenorro»?

—Yo sí.

Hester caminó hasta llegar a un claro en el bosque. La última vez que había estado allí, había espacio suficiente para pasar con el coche. En aquella ocasión, el vehículo entró y activó algún tipo de sensor de movimiento instalado por Wilde. Solo habían tenido que esperar un momento, y enseguida apareció. Con Wilde normalmente ocurría así. Vivía fuera del sistema, y había convertido aquello en casi una forma de arte. Lo hacía, en parte, por motivos de seguridad personal. Durante sus años de trabajo clandestino tanto en el ejército como en el sector de la seguridad privada, en compañía de su hermana de

acogida, Rola, Wilde se había hecho unos cuantos enemigos. Más de uno quería dar con él y verlo muerto. Pero no lo iba a tener fácil.

Pero Hester sabía que todo aquello tenía más que ver con el trauma de infancia de Wilde. Por algún motivo Wilde se había pasado sus primeros años solo. En aquellos bosques, buscándose la vida. Casi nada. Por lo que le había contado él mismo cuando aún era un niño, la única persona con la que había hablado directamente en todos aquellos años era otro niño de su misma edad, que Wilde había encontrado jugando solo en el patio trasero de su casa. Wilde se había acercado y los dos habían entablado una amistad extraña y clandestina. Cuando la madre del niño oyó que su hijo hablaba en voz alta, él le dijo que era su amigo imaginario, y la madre, ingenua para ciertas cosas, le creyó. La verdad no salió a la luz hasta que encontraron a Wilde.

El niño en cuestión —atención: spoiler— era el hijo menor de Hester, David.

Efectivamente, la vegetación había crecido en el perímetro, pero el claro del interior —donde Tim había aparcado el coche la última vez — seguía ahí. Hester no tenía muy claro qué hacer. Buscó sensores de movimiento y cámaras, pero, por supuesto, Wilde era lo suficientemente listo como para que no estuvieran a la vista. Se planteó llamarle, pero no era así como funcionaban las cosas con él. O estaba bien y aparecía enseguida, o tenía algún problema. En cualquier caso, lo sabría pronto.

A los quince minutos más o menos, Tim se abrió paso hasta el claro y se puso a su lado. Hester examinó los mensajes de su teléfono. El jurado del caso Levine ya se había retirado. No había veredicto, lo cual no resultaba en absoluto sorprendente. La deliberación proseguiría por la mañana. Matthew le había envidado dos mensajes de texto, pidiéndole noticias e insistiendo en que podía pasarse por casa después.

Pasaron otros quince minutos.

Hester se debatía entre la preocupación (¿y si le pasaba algo a Wilde?) y la rabia (si estaba bien, ¿por qué tenía abandonado a su ahijado?). Por una parte, lo entendía. El diagnóstico estaba claro: Wilde nunca había superado que lo abandonaran de niño, así que no conseguía crear vínculos profundos. Eso tenía sentido, pero al mismo tiempo sabía que Wilde era capaz de dejarlo todo por Matthew o por Laila. Sin pensárselo dos veces. Wilde podía entregarse completamente si se trataba de proteger a sus seres queridos, y, sin embargo, no lograba vivir con ellos o tener relaciones estables con ellos. Podía ser una paradoja, una contradicción, y no obstante, la mayoría somos así, si lo pensamos bien. Queremos que las personas sean consistentes, predecibles y fáciles, pero nunca lo son.

Hester miró a Tim, que se encogió de hombros.

—¿Ya es suficiente?

—Sí, supongo que sí.

Atravesaron el matorral otra vez. Y cuando se dieron la vuelta para regresar al coche, se encontraron, apoyado en el capó y con los brazos cruzados, a un hombre con barba y el pelo largo.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó Wilde.

Hester y Wilde se miraron unos segundos. Fue Tim quien rompió el silencio: —Esperaré en el coche.

Ver a Wilde fue como abrir todas las compuertas. Los recuerdos vinieron a su mente como un torrente arrollador y de olas incesantes, de esas que te golpean en la playa cuando no miras y que, cuando has logrado volver a ponerte en pie, te tiran de nuevo. Podía ver al niño recién encontrado en el bosque, al adolescente en la cocina con David, al campeón en cualquier deporte durante sus años de instituto, al cadete de West Point, al padrino en la boda de David y Laila, tan incómodo en su esmoquin, al padrino que sostenía al pequeño Matthew después de nacer, al hombre que le confesó, con la mirada gacha, que la muerte de David había sido culpa suya.

—Te has dejado barba —dijo Hester.

—¿Te gusta?

—No.

Seguía estando impresionante, por supuesto. Cuando encontraron al niño en el bosque, los periódicos lo habían bautizado como el Tarzán de los tiempos modernos, y físicamente desde luego encajaba en el papel. Wilde era todo músculo y rasgos angulosos. Tenía el cabello castaño claro, los ojos con manchitas doradas y la piel bronceada. Estaba completamente inmóvil, como un felino listo para el ataque, y en este caso el símil podía parecer pertinente.

—¿Ha desaparecido alguien? —preguntó. De hecho, era lo que había pasado la última vez que Hester se había presentado de aquel modo.

—Sí —dijo Hester—. Tú.

Wilde no respondió.

—Adivina quién ha denunciado tu desaparición —añadió—. Adivina quién estaba tan preocupado que me ha pedido que te buscara.

Wilde asintió lentamente.

—Matthew.

—¿Qué demonios, Wilde?

Él no dijo nada.

—¿Cómo puedes olvidarte de tu propio ahijado?

—No me olvido de él.

—Él te quiere. Eres lo más parecido que tiene a… —Hester no acabó la frase. Prefirió cambiar de tema—. Hice todo lo que me pediste, ¿no?

—Sí —dijo Wilde—. Gracias.

—Bueno, ¿y qué pasó cuando encontraste a tu padre?

—Un callejón sin salida.

—Lo siento. ¿Y ahora cuál es el paso siguiente?

—No hay paso siguiente.

—¿Te vas a rendir?

—Ya hemos hablado de esto antes. Descubrir cómo acabé en el bosque no es importante.

—¿Y qué hay de Matthew?

—¿Qué hay de él?

—¿Él sí es importante? Ya sé que se supone que todos tenemos que pasar por alto tus excentricidades, diciendo eso de «Oh, ya sabes cómo es Wilde», pero aun así no es excusa para que te olvides de Matthew.

Wilde se lo pensó un momento. Luego asintió.

—De acuerdo.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Matthew está en la universidad.

—Ahora está en casa, de vacaciones.

—Sí, lo sé.

Hester asintió.

—Sigues vigilando la casa.

Wilde no respondió.

—Entonces, ¿por qué…? —Hester meneó la cabeza—. No importa. Sube al coche. Iremos juntos.

—No.

—¿En serio?

—Me pondré en contacto con él antes de que acabe el día —dijo Wilde—. Díselo a Matthew.

Se giró y se encaminó al bosque.

—¿Wilde?

Se detuvo.

Hester intentó mantener un tono de voz tranquilo. No tenía pensado sacar el tema, al menos de momento. Esperaba verlo unas cuantas veces, ir planteándoselo poco a poco, pero ese no era su estilo, ni tampoco el de él. Una parte de ella tenía miedo de que hablar de aquello, del trágico acontecimiento que les había unido para siempre, no iba a conseguir más que hacerlo desaparecer definitivamente en el

bosque.

—Justo antes de que te fueras del país… —se dio cuenta de que se le quebraba la voz, pero intentó que no se le notara— … le pedí a Oren que me llevara a ese lugar de Mountain Road. Al terraplén.

Wilde no se movió, no se giró a mirarla.

—Ahí sigue la cruz improvisada. Al lado de la carretera. Después de tantos años. Desgastada por el tiempo, supongo, pero aún señala el lugar por el que se salió de la carretera el coche de David. Probablemente lo sepas. Que la cruz sigue allí. Supongo que vas de vez en cuando, ¿no?

Wilde seguía sin girarse.

—Miré por el terraplén. El lugar por donde derrapó el coche. Me hice una idea mental de la situación, de toda la escena. La carretera cubierta de hielo. La oscuridad.

—Hester.

—¿Quieres que te diga qué pasó realmente esa noche?

—Ya te lo dije.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Tú siempre dijiste que fue culpa tuya.

—Y lo fue.

—Ya no te creo.

Wilde no se movió.

—Bueno, nunca me lo creí del todo, supongo. Pasé mucho tiempo en shock. Y no veía la necesidad de conocer la verdad. Como haces tú. Con tu pasado. «¿Qué va a cambiar?», me dices siempre: siempre serás el niño que abandonaron en el bosque. «¿Qué va a cambiar?», me dije: mi hijo seguirá muerto.

—Por favor —dijo Wilde, girándose lentamente. Se miraron fijamente—. Lo siento.

—Eso ya lo has dicho antes. Pero yo nunca te culpé. Y no quiero tus disculpas.

Él se quedó ahí de pie, con gesto desconcertado.

—¿Wilde?

—Dile a Matthew que me pondré en contacto —dijo Wilde, y desapareció tras los matorrales.

6

Hester tenía razón con respecto a Matthew, y Wilde lo sabía. No tenía que haberse mantenido alejado tanto tiempo.

Las cosas habían cambiado. Ese era el motivo, o eso es lo que se decía a sí mismo. Matthew había crecido, ya estaba en la universidad. Y además, ahora Laila tenía novio, el primero que le duraba desde la muerte de David, once años atrás. Wilde no tenía voz ni voto en todo aquello. No quería ningún protagonismo. En el pasado, su presencia la había reconfortado, o eso quería pensar. Tuvo un papel. Ahora ese papel ya no existía. Solo podía estropear las cosas.

Así que se había mantenido alejado.

Por supuesto, Wilde seguía observando y protegiendo a Laila y a Matthew desde el bosque —por eso sabía que Matthew había vuelto—, pero sus rondas se estaban volviendo cada vez menos frecuentes. De la vigilancia activa al acoso solo había un paso, y esa era una fina línea que no quería cruzar.

Aun así, Laila era una cosa. Matthew era otra. Tal vez todo aquello no eran más que excusas. Quizá se tratara de simple egoísmo. El último año había corrido demasiados riesgos en cuanto a las relaciones personales. No quería jugársela más.

Por otra parte, Hester le había sorprendido sacando el tema del accidente de coche. ¿Por qué? ¿Y por qué ahora?

Wilde paró junto a un árbol en concreto y desenterró una de sus cajas de seguridad de acero inoxidable, oculta en el suelo. Tenía seis de ellas repartidas por el bosque, cada una con documentos de identidad falsos, dinero en efectivo, pasaportes, armas y teléfonos desechables.

Wilde se colocó la caja bajo el brazo y regresó a su microcasa, una

vivienda alternativa y de vanguardia denominada ecocápsula. Era modernísima, pero también minúscula: el espacio habitable no llegaba a los siete metros cuadrados, y aun así cubría todas las necesidades de Wilde: una cama plegable, mesa, armarios, una cocina auxiliar, ducha y un retrete con incinerador que convertía todos los desechos en ceniza. La ecocápsula funcionaba con energía solar y eólica. Tenía forma de píldora, y no solo minimizaba la pérdida de calor, sino que facilitaba la recogida de agua de lluvia, que se almacenaba en unos depósitos, donde se filtraba y quedaba lista para su uso inmediato. La cápsula era móvil y tenía una cobertura de camuflaje —a lo que se sumaban los mecanismos de seguridad que había instalado Wilde—, por lo que resultaba muy difícil de localizar.

Abrió la caja y sacó el teléfono desechable, que era como los que usa el ejército. Su tecnología lo hacía prácticamente imposible de rastrear, si bien esa era la palabra clave: «prácticamente». Por mucho que nos digan, en la tecnología siempre hay una puerta trasera, siempre hay un modo de rastrear y descubrir, siempre hay un ser humano que puede ver lo que haces si no te andas con cuidado. Wilde intentaba reducir todas esas posibilidades a través de varios VPN y de técnicas de enmascaramiento de datos.

Una vez instalados los protocolos de protección, Wilde encendió el aparato y comprobó sus mensajes de texto y correos electrónicos. Por un segundo se preguntó si recibiría noticias de su padre, Daniel Carter, pero eso era imposible. Wilde no le había facilitado ninguna forma de contacto. Al saltar las alarmas —cuando Hester penetró en el bosque por el camino cubierto de maleza— por un momento pensó que tal vez fuera Daniel Carter. Después de marcharse sin despedirse, Carter habría investigado dónde estaba Wilde, o acudido a Hester en busca de ayuda, o…

No importaba.

Wilde revisó sus mensajes por primera vez en meses. Vio varios de Matthew, siempre escuetos, básicamente preguntándole dónde estaba.

Había dos de Rola, su hermana de acogida, el primero preguntándole dónde estaba, y el segundo diciendo:

Desde luego… No seas así, Wilde.

También tendría que llamarla a ella.

No había ninguno de Ava. Ni de Naomi. Ni de Laila.

Entonces vio un mensaje que le sorprendió.

Era de PB, a través del servicio de mensajería de DNAYourStory. El mensaje era del 10 de septiembre, hacía ocho meses. Wilde apretó el vínculo del mensaje. Le apareció todo el hilo de mensajes intercambiados con PB, en orden cronológico ascendente.

El primero era un mensaje de PB a Wilde de hacía un año, antes de que se fuera a Costa Rica:

A: WW
De: PB

Hola. Perdona si no te digo mi nombre, pero tengo motivos para no comunicar mi identidad real. En mi pasado familiar hay demasiados huecos y mucha confusión. Tú eres el pariente más cercano que he encontrado en este sitio, y me pregunto si en tu pasado también hay huecos y confusión. Si es así, puede que yo tenga alguna respuesta.

Wilde había tardado meses en responder, desde el aeropuerto de Liberia, mientras esperaba para volar a Las Vegas y buscar a su padre:

A: PB
De: WW

Perdona que no haya respondido antes. He encontrado a mi padre en esta web.

Te paso el vínculo de su perfil. ¿Puedes decirme si también aparece como familiar tuyo? Si es así, sabremos si estamos relacionados por la rama de mi madre o la de mi padre. Gracias.

Pero tras la visita a Las Vegas, había decidido no seguir la investigación ni revisar los correos electrónicos. ¿Qué sentido tenía? Sabía que alguien podría interpretarlo como autocompasión, pero no era eso. Le gustaba aislarse. Él era así. Los psicólogos dijeron que su infancia había determinado su modo de ser, que los primeros cinco años de vida son de suma importancia, y que no haber establecido vínculos durante esa época, no tener contacto físico ni emocional,

haber permanecido apartado de otros seres humanos, le había provocado daños irreparables.

«Quizá sí», pensó Wilde.

No lo sabía, y tampoco tenía muy claro que le importara. Nunca había puesto mucho interés en investigar su verdadera identidad porque no veía de qué le serviría. Eso no iba a cambiar sus cinco primeros años, y aunque sabía que no era una persona «normal», tampoco era infeliz. O tal vez sí lo fuera, y se estaba engañando. Vivir en el bosque no te hace menos susceptible al autoengaño, tan frecuente en el resto de la humanidad.

Demasiadas reflexiones para un solo día. Eso tenía que ver con Matthew, por supuesto. Y con Laila.

Especialmente con Laila.

La inscripción en rojo intenso decía ¡TIENES UN NUEVO MENSAJE! APRIETA AQUÍ PARA VERLO. Wilde lo hizo y apareció el mensaje:

A: WW
De: PB

El perfil de tu padre no está vinculado con el mío, así que supongo que estamos relacionados por parte de tu madre. Espero que puedas ver a tu padre. Ya me contarás cómo ha ido.

Desde que te envié el último mensaje mi vida ha dado un giro para mal. Cuando descubras quién soy, probablemente me odiarás como todos los demás. Ya me advirtieron de que podía ocurrir. Lo que sube acaba bajando. Es lo que siempre dicen. Cuanto más alto llegas, más dura es la caída. Bueno, yo estaba en las alturas, viviendo sin preocupación alguna, así que ya te puedes imaginar el tortazo.

Perdona si da la impresión de que todo esto no tiene ni pies ni cabeza. No sé por dónde empezar. Por ahí se cuentan muchas mentiras sobre mí. Por favor, no te las creas.

Estoy en las últimas. No veo cómo salir hacia delante. De pronto, cuando me llegó tu mensaje, fue como un salvavidas lanzado a un náufrago. ¿Crees en el destino? Yo, hasta ahora, nunca lo había hecho. No tengo familiares en los que pueda confiar. Todo lo que me contaron sobre mí y sobre mi pasado resultó ser mentira. Eres mi primo. Sé que eso no significa nada, aunque, a pesar de todo, tal vez signifique algo. Puede que signifique mucho. Y quizá mi destino sea que respondas a este mensaje.

Nunca me he sentido tan solo ni tan perdido. El mundo se me cae encima, y no puedo

escapar. Solo quiero dormir. Solo quiero encontrar la paz. Que desaparezca todo. Probablemente pienses que estoy loco, al escribirte a ti, a un extraño, para contarte estas cosas. Quizá lo esté. Primero me mintieron a mí. Ahora mienten sobre mí. Son implacables. Ya no puedo seguir luchando. Lo intento, pero solo consigo que las cosas empeoren aún más.

¿Podrías llamarme? ¿Por favor? Aquí abajo tienes el número de mi teléfono móvil. No se lo des a nadie. Por favor. Lo entenderás cuando hablemos.

Wilde levantó la vista y miró al cielo a través de las ramas. El mensaje había sido enviado casi cuatro meses atrás. Fuera cual fuera la crisis a la que se había enfrentado PB, ya habría pasado. Y aunque no hubiera pasado, Wilde no veía cómo podría ayudarle. Daba la impresión de que lo que necesitaba PB era un hombro sobre el que llorar. Y ese no era el punto fuerte de Wilde.

Hester ya estaría con Matthew. No estaba bien hacerles esperar.

Por otra parte, ¿qué podía perder haciendo una llamada telefónica?

No le hacía ninguna gracia, por supuesto. Tener que explicarse. Decirle a PB que él era WW. Pedir disculpas por no haber respondido antes. ¿Y luego qué? ¿Adónde le llevaría la conversación?

Wilde echó a caminar hacia el otro lado de la montaña, hacia la casa de David. Para él aún era la casa de David, aunque David llevara once años muerto. Cuando llevaba recorridos doscientos metros, Wilde paró, sacó el teléfono y marcó el número de teléfono de PB. Se llevó el móvil a la oreja y sintió el corazón golpeándole contra el pecho mientras oía el tono. De algún modo, sabía que esa decisión —la decisión de ponerse en contacto con ese ser atormentado llamado PB — lo iba a cambiar todo. No creía en lo sobrenatural ni en nada de todo eso, pero cuando vives entre animales, empiezas a confiar en algunos instintos. La sensación de peligro es real. La tenemos todos. Si nuestro linaje ha sobrevivido hasta ahora, es porque ese instinto primitivo forma parte de nuestro ADN, aunque no seamos conscientes de ello.

Y hablando de ADN…

El teléfono sonó seis veces hasta que una voz robótica le anunció que el titular de ese número no había activado el contestador

automático. Interesante.

Wilde colgó. ¿Y ahora qué?

Se planteó enviar un mensaje de texto anónimo, pero tampoco tenía muy claro qué decir. ¿Quería revelar que el mensaje era de WW?

¿O sería mejor dejarlo, sin más?

Esa no era una opción. Esta vez no. Dejando a un lado que aquella pista tal vez pudiera llevarle hasta su madre, PB le había escrito pidiéndole ayuda. Estaba desesperado y no tenía a nadie a quien acudir, y Wilde había hecho caso omiso a su llamada de socorro durante cuatro meses.

Le envió un breve mensaje de texto:

Soy WW. Siento el retraso, PB. Escríbeme o llámame cuando puedas.

Se metió el teléfono en el bolsillo delantero e inició el descenso por la ladera.

7

Quince minutos más tarde, Wilde se encontraba junto a la fila de árboles que separaba los montes Ramapo del patio trasero de los Crimstein. Había movimiento en la ventana de la derecha del primer piso. El dormitorio de Laila. Resultaba raro pensar en ello, pero la verdad era la verdad: Wilde había pasado las mejores noches de su vida ahí dentro.

Recordó la primera vez que había estado bajo aquellos árboles, aunque las imágenes eran ya borrosas. David tenía seis años y había estado jugando en el patio con sus dos hermanos mayores. Tenían una instalación de juegos infantiles bastante elaborada, hecha en madera de cedro, con toboganes, una caseta y barras para colgarse. Wilde tenía —después de conocer a su padre ya podía calcularlo con certeza— cinco años. Era la primera vez que hablaba con otro ser humano.

O al menos que él recordara.

El pequeño Wilde sabía hablar. Se había pasado la mayor parte de aquel invierno en una cabaña a orillas de un lago, cerca de la frontera entre los estados de Nueva York y Nueva Jersey. La mayoría de personas que tenían ese tipo de viviendas solo las usaban en verano. Wilde recordaba haber ido de casa en casa, tanteando puertas y ventanas, decepcionado al habérselas encontrado todas cerradas. Finalmente, le dio una patada a un ventanuco de un sótano, abriendo un orificio que apenas dejaba espacio para que pasara un niño. Por suerte la cabaña estaba equipada para el invierno. Y aunque eso significaba una amenaza constante de que pudiera presentarse alguien, también quería decir que el pequeño Wilde disponía de agua corriente y electricidad. La familia que vivía allí tenía hijos o nietos. Había juguetes y, sobre todo, cintas de vídeo de programas educativos

como *Barrio Sésamo* o *Reading Rainbow*. Wilde se pasó horas viéndolos, hablando en voz alta, de modo que, pese a las comparaciones con Tarzán o Mowgli, Wilde había recibido la educación suficiente como para comprender que había un mundo ahí fuera, que el mundo seguía más allá del bosque.

Se suponía que los hermanos mayores debían cuidar del pequeño David, pero estaban demasiado ocupados con un juego que, al parecer, consistía en tomar la caseta. Wilde los estuvo observando. No era la primera vez que se aventuraba hasta la fila de árboles, y que espiaba a sus compañeros de especie. Algunos excursionistas, campistas e incluso propietarios de casas de la zona le habían visto varias veces, pero Wilde siempre había salido corriendo. Probablemente alguno habría informado a las autoridades, pero… ¿qué iban a decir? «He visto a un niño en el bosque». ¿Y qué? No es que fuera por ahí corriendo con un taparrabos: había robado ropa de las casas en las que se había colado, así que a ojos de cualquiera no era más que un chaval que se paseaba por ahí solo.

Corrían historias sobre el «niño salvaje», pero la mayoría no les daba ninguna credibilidad, atribuyéndolas a los efectos del sol, del agotamiento, de las drogas, de la deshidratación, del alcohol, de lo que fuera. Ahora los dos hermanos Crimstein más mayores estaban armando un buen jaleo en el césped, riendo, peleándose y tirándose por el suelo. Wilde los observaba, absorto. Se abrió la puerta trasera y su madre gritó: —Se cena en un cuarto de hora, y no habrá segundo aviso.

Wilde seguía observando cómo los hermanos rodaban por el suelo, cuando una voz muy cerca le dijo: —Hola.

Era un niño de su edad, más o menos.

Wilde estuvo a punto de echar a correr. Aunque quisiera alcanzarle, era imposible que aquel chico pudiera seguirle la pista por el laberinto que era el bosque.

Pero el mismo instinto que normalmente le decía que saliera

corriendo, aquella vez le dijo que se quedara. Fue así de simple.

—Hola —respondió.

—Yo me llamo David. ¿Tú cómo te llamas?

—No tengo nombre —dijo Wilde.

Y así nació su amistad.

Ahora David estaba muerto. Su viuda y su hijo vivían en esa casa.

La puerta trasera se abrió. Matthew salió al patio y le saludó: —Hey, Wilde.

Los dos hombres —sí, tenía que admitir que, aunque le resultara raro, Matthew ya era algo más que un chaval— se acercaron el uno al otro y se encontraron frente a frente en el centro del patio. Cuando Matthew le rodeó con sus brazos, Wilde se preguntó cuánto hacía que no tenía contacto físico con otra persona. ¿Había tocado a alguien desde Las Vegas?

—Lo siento —dijo Wilde.

—No pasa nada.

—No, sí que pasa.

—Tienes razón, sí que pasa. Me preocupo por ti, Wilde.

Matthew se parecía tanto a su padre que resultaba doloroso. Wilde decidió cambiar de tema.

—¿Cómo te va en la universidad?

—Fantásticamente.

La puerta trasera se abrió otra vez. Era Laila. Cuando sus ojos se encontraron, Wilde sintió que el corazón le daba un vuelco. Laila llevaba una blusa blanca con un escote discreto y una falda negra de tubo. Wilde se imaginó que acababa de volver del bufete, se había quitado la americana y los zapatos de tacón y se había puesto aquellas deportivas blancas. Pasaron un par de segundos, en los que no pudo dejar de mirarla. La verdad es que no le importaba si alguien se daba cuenta.

Laila bajó los escalones que llevaban el patio, como si flotara, y al llegar le besó en la mejilla.

—Me alegro mucho de verte —dijo.

—Yo también.

Le cogió de la mano, y Wilde notó que se ruborizaba. La había dejado, sin más. Sin una llamada, ni un mensaje de correo electrónico, ni de texto.

Unos segundos más tarde, Hester se asomó por la puerta y gritó: —¡Pizza! Matthew, ayúdame a poner la mesa.

Matthew le dio una palmada en la espalda a Wilde y se volvió hacia dentro al trote. Cuando se hubo ido, Laila se giró hacia Wilde.

—No me debes ninguna explicación —dijo—. Puedes pasar de mí todo lo que quieras.

—No era…

—Déjame acabar. A mí no me debes nada, pero a tu ahijado sí.

Wilde asintió.

—Lo sé. Lo siento.

Laila parpadeó y se dio la vuelta.

—¿Cuánto tiempo hace que has vuelto?

—Unos meses.

—Así que supongo que sabes de la existencia de Darryl.

—No me debes ninguna explicación —dijo Wilde.

—Por supuesto.

Volvieron dentro. Los cuatro —Wilde, Laila, Matthew y Hester— se sentaron en torno a la mesa de la cocina. Había dos pizzas de Calabria's. Una se la repartieron entre los tres mayores; la otra fue prácticamente toda para Matthew. Entre bocado y bocado, Hester atosigó a Wilde con preguntas sobre su estancia en Costa Rica. Wilde esquivó la mayoría. Laila no dijo nada.

—Los Nets juegan contra los Knicks —dijo Matthew, dándole un codazo a Wilde.

—¿Y alguno de los dos está jugando bien este año?

—Tío, desde luego has estado apartado de todo.

Todos cogieron un trozo de pizza y se trasladaron al salón familiar,

frente a la enorme pantalla. Wilde y Matthew se pusieron a ver el partido en un silencio cómodo. Wilde nunca había sido un gran seguidor de los deportes-espectáculo. Le gustaba practicar deporte. Pero lo cierto era que no le veía la gracia a asistir como público. Al padre de Matthew todo aquello le iba mucho: coleccionaba cromos y recuerdos, iba a los partidos con sus hermanos mayores, seguía las estadísticas y veía partidos como aquel hasta bien entrada la noche.

Laila y Hester se les unieron, pero ambas acabaron pasando más tiempo mirando el teléfono que el partido. Al llegar la media parte, Hester se puso en pie y dijo: —Más vale que me vuelva a la ciudad.

—¿No te quedas en casa de Oren? —preguntó Laila.

Oren Carmichael era el jefe de policía de Westville, aunque estaba a punto de jubilarse. Él también había criado a su familia allí, y había sido amigo de Hester e Ira; incluso había hecho de entrenador de dos de los hijos de Hester, entre ellos, David. Ahora Hester era viuda y Oren estaba divorciado, de modo que habían empezado a salir.

—Esta noche no. Puede que el jurado del caso Levine dé a conocer el veredicto por la mañana.

—Te acompaño al coche —dijo Wilde.

Hester frunció el ceño. Y una vez estuvieron en la calle, cuando los demás ya no podían oírles, le preguntó: —¿Qué es lo que quieres?

—Nada.

—Nunca me acompañas al coche.

—Es cierto —reconoció Wilde.

—¿Entonces?

—Entonces… ¿cuánto te costó conseguir la dirección de mi padre a través de DNAYourStory?

—Mucho. ¿Por qué?

—Necesito los datos personales de otro perfil de ese sitio.

—¿Otro pariente?

—Sí. Un primo segundo.

—¿No puedes responder directamente a sus mensajes y quedar con

ellos como hace la gente normal?

—Es más complicado que eso —dijo Wilde.

Hester suspiró.

Contigo siempre lo es.

Wilde esperó.

—Vale, mándame un mensaje de texto con los detalles.

—Eres la mejor.

—Sí, sí, soy la bomba —dijo Hester. Luego se giró hacia la casa—. ¿Cómo lo llevas?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que veo el modo en que miras a Laila. Y veo cómo te mira ella a ti.

—No hay nada entre nosotros.

—Está saliendo con un tipo.

—Lo sé.

—Me lo imaginaba.

—No pienso interferir.

Tim le abrió la puerta a Hester. Ella abrazó a Wilde con sentimiento y le susurró: —No vuelvas a desaparecer, ¿vale? Puedes vivir en el bosque o donde quieras, pero quiero que des señales de vida de vez en cuando. —Se apartó y le miró a los ojos—. ¿Me has entendido?

Él asintió, y Hester se dejó caer en el asiento de atrás. Wilde se quedó mirando cómo retrocedía el coche por la calle sin salida. Sacó el teléfono y llamó a su hermana de acogida. Cuando le respondió, oyó la habitual cacofonía familiar. Rola Naser tenía cinco hijos.

—¿Diga?

No había podido reconocer su número porque llamaba de un teléfono prepago.

—¿Podemos saltarnos la parte en la que me pones de vuelta y media por no haber mantenido el contacto?

—Demonios, no —dijo ella.

—Rola…

—Qué porras… —y digo «porras» porque hay niños presentes, pero la verdad es que tengo muchas muchas ganas de usar otra palabra—. ¿Qué porras pasa contigo, Wilde? Espera. No respondas. ¿Quién lo sabe mejor que yo?

—Nadie.

—Exacto. Nadie. Y la última vez ya me prometiste que no volverías a hacer algo así.

—Lo sé.

—Es como Lucy dándole una patada a la pelota cuando llega Charlie Brown.

—Lucy no le da una patada a la pelota.

—¿Qué?

—Lucy sostiene la pelota y la aparta cuando Charlie Brown está a punto de chutarla.

—¿Te estás quedando conmigo? ¿De verdad quieres seguir por ahí, Wilde?

—Estás sonriendo, Rola. Te lo oigo en la voz.

—Estoy furiosa.

—Furiosa pero sonriendo.

—Ha pasado más de un año.

—Lo sé. ¿Vuelves a estar embarazada?

—No.

—¿Me he perdido algo gordo?

—¿En el último año? —Rola suspiró—. ¿Qué es lo que quieres, Wilde?

—Necesito que me encuentres al titular de un teléfono móvil.

—Dime el número.

—¿Ahora?

—No, espera otro año y luego me lo das.

Wilde le dio el número que le había proporcionado PB. Diez segundos más tarde, Rola dijo: —Interesante.

—¿Qué?

—Está a nombre de una empresa pantalla llamada PB&J.

—¿Propietarios? ¿Dirección?

—No hay propietarios. La dirección es de las islas Caimán. ¿De quién es este número?

—De mi primo. Creo.

—¿Cómo dices?

Después de que el pequeño Wilde apareciera en el bosque, lo llevaron a una casa de acogida, la de los Brewer, un matrimonio amable y generoso. Por la casa de los Brewer habían pasado más de treinta niños de acogida, y todos habían ganado con la experiencia. La mayoría se quedaban solo unos meses. Algunos, como Wilde y Rola, se pasaban allí varios años.

—Es una larga historia —dijo él.

—¿Estás buscando a tus padres biológicos?

—No. Bueno, antes sí.

—¿Pero has enviado tu ADN a uno de esos sitios de genealogía?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Qué parte de «es una larga historia» te resulta difícil de entender?

—Tú nunca has contado historias largas. No creo que seas capaz. Cuéntamela a grandes rasgos.

Él le habló de sus mensajes con PB. No le habló de su padre.

—Léeme la nota —dijo Rola, cuando hubo acabado.

Wilde se la leyó.

—¿Así que el tal PB es famoso?

—O eso cree él.

—Espero que solo se haya puesto melodramático.

—¿Qué quieres decir?

—Que casi suena a nota de suicidio.

Wilde se había dado cuenta de la desesperación que transmitía aquel mensaje, por supuesto.

—¿Puedes intentar obtener algún dato de la empresa pantalla?

—¿Vendrás a verme y a ver a los niños?

—Sí.

—Esto no es un *quid pro quo*. Te conseguiré la información igualmente.

—Lo sé —dijo Wilde—. Te quiero, Rola.

—Sí, ya sé. ¿Has vuelto de Costa Rica?

—Sí.

—¿Solo?

—Sí.

—Vaya. Siento oír eso. ¿Vuelves a estar en el bosque?

—Sí.

—Vaya.

—Todo va bien.

—Lo sé —dijo Rola—. Ese es el problema. Veré que puedo sacar de PB&J, pero dudo que nos lleve a ningún sitio.

Wilde colgó y volvió a entrar. Laila había salido del salón. Matthew estaba medio viendo la segunda mitad, medio navegando o haciendo alguna otra cosa con su portátil. Wilde se dejó caer en el sofá, a su lado.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó.

—Está arriba, trabajando. ¿Ya sabes que tiene novio?

Wilde decidió responder a la pregunta con otra pregunta.

—¿Y a ti te parece bien?

—¿Por qué no me iba a parecer bien?

—Solo preguntaba.

—No es cosa mía.

—Cierto —dijo Wilde.

Tras la publicidad se reanudó el juego. Matthew se cruzó de brazos y fijó la vista en la pantalla.

—Darryl es un poco finolis.

—Oh —se limitó a decir Wilde.

—Usa palabras rimbombantes. Por ejemplo, no te dice que estás distraído, sino que «pareces absorto».

Wilde no dijo nada.

—Se pone pijamas a juego. Negros. Parecen un traje. Hasta cuando hace deporte va conjuntado.

Wilde siguió sin decir nada.

—¿No tienes nada que decir?

—Parece un ogro —dijo Wilde.

—¿Verdad?

—No, nada de eso. Vamos a dejar que tu madre decida lo que le hace feliz.

—Si tú lo dices.

Se sumieron en un cómodo silencio, como solían hacer años atrás Wilde y el padre de Matthew.

—Una observación —dijo Matthew, unos minutos más tarde.

—¿Cuál?

—Estás distraído, Wilde. O, como diría Darryl, pareces absorto, Wilde.

Wilde no pudo evitar sonreír.

—Ya veo que puede acabar siendo molesto.

—¿A que sí?

—He visto a mi padre biológico.

—Un momento. ¿Qué?

Wilde asintió. Matthew levantó la cabeza y fijó toda su atención en Wilde. Su padre también solía hacer eso: era una de esas personas que tenían la capacidad de hacerte sentir que eres la persona más importante del mundo. Desde luego a Wilde no se le daba nada bien abrir el corazón a nadie, pero pensó que le debía al menos eso a Matthew, después de haber desaparecido de un modo tan injustificado.

—Vive en Las Vegas.

—Qué guay. ¿En un casino?

—No. Es constructor.

—¿Cómo lo encontraste?

—A través de uno de esos sitios de búsqueda por ADN.

—Guau. ¿Así que te fuiste a Las Vegas?

—Pues sí.

Matthew abrió los brazos.

—¿Y?

—Él no sabía nada de mi existencia ni sabe quién es la madre.

Matthew se quedó callado mientras Wilde se lo explicaba todo. Cuando acabó, Matthew frunció el ceño y dijo: —Qué raro.

—¿El qué?

—Que no recuerde su nombre.

—¿Por qué te parece tan raro?

Matthew volvió a fruncir el ceño.

—Vale, de acuerdo, tú también te acuestas con muchas mujeres, y quizá no recuerdes todos sus nombres, eso lo pillo. Es feo por tu parte, Wilde. Pero lo pillo.

—Gracias.

—¿Pero tu padre? ¿Ese Daniel Carter? Antes de eso solo se había acostado con una mujer, siempre con la misma. Lo lógico es que recordara los nombres de las otras chicas.

—¿Tú crees que me mintió?

Matthew se encogió de hombros.

—Simplemente me parece raro, eso es todo.

—Eres joven.

—También lo era tu padre cuando te concibieron.

Wilde asintió.

—Ahí llevas razón.

—Deberías llamarle y presionarle un poco.

Wilde no respondió.

—No te rindas, Wilde.

—No me he rendido. Más bien lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Por eso he sacado el tema. Quiero que me des tu opinión sobre una cosa.

—Claro —dijo, y en su rostro afloró una sonrisa.

—A través del sitio web he tenido noticias de otra persona emparentada. Se hace llamar PB.

Wilde le mostró a Matthew el último mensaje de PB. Matthew lo leyó dos veces.

—Un momento. ¿Cuándo llegó este mensaje?

—Hace cuatro meses.

—¿Tiene fecha exacta?

—Está aquí mismo. ¿Por qué?

—¿Por qué no respondiste antes? —dijo Matthew, sin apartar la vista del mensaje.

—Porque no lo había visto.

Matthew siguió mirando la pantalla.

—Pues ahí está.

—¿Ahí está?

—El motivo de que estés tan distraído.

—No te sigo.

—Te sientes culpable. —Matthew seguía leyendo—. Este pariente te mandó un mensaje pidiendo ayuda. Y tú ni siquiera permitiste que te llegara.

—Qué duro —dijo Wilde, mirándole.

—¿Pero?

—Pero justo. Por lo que dice es como si fuera famoso. ¿No te parece?

—Podría ser una exageración.

—Podría ser.

—Bueno, es lo que pasa con las redes sociales. Un chico de mi clase colgó una canción y tuvo cincuenta mil visualizaciones en su canal de YouTube. Ahora se cree que es Drake, o algo así.

Wilde no sabía quién era Drake, así que no dijo nada.

—Pero hay algo en todo esto…

—¿El qué?

—Sutton lo sabría, seguro.

—¿Sutton, la niña de la que estabas enamorado desde segundo de secundaria?

En los labios de Matthew se intuía una sonrisa.

—Desde primero, en realidad.

—¿La que sale con Crash Maynard?

—Salía —le corrigió Matthew, sin poder contener más la sonrisa—. Has estado mucho tiempo fuera, Wilde.

—¿Ah, sí?

—Sutton y yo llevamos casi un año saliendo juntos.

Wilde también sonrió.

—Me alegro.

—Sí. —Matthew se ruborizó—. Sí, es bastante guay.

—Bueno… no tenemos que tener esa charla, ¿verdad?

Matthew se rio al oír eso.

—No, está bien.

—¿Seguro?

—Sí, ese barco ya ha zarpado, Wilde.

—Perdona.

—Mamá se ocupó de ello. Todo controlado.

El partido se interrumpió con otro corte publicitario.

—Y hablando de eso… —dijo Matthew.

—¿Qué?

—Voy a darme una ducha —dijo Matthew, poniéndose en pie—. Odio irme así de pronto, pero esta noche duermo en casa de Sutton.

—Oh —dijo Wilde. Y luego añadió—: ¿A tu madre eso le parece bien?

Matthew hizo una mueca.

—¿En serio?

—Tienes toda la razón. No es para nada asunto mío. —Wilde también se levantó—. Será mejor que me ponga en marcha.

Matthew subió los peldaños de la escalera de dos en dos, a la carrera, y desapareció en su dormitorio. Wilde estaba a punto de levantarse para despedirse de Laila cuando sonó su teléfono. Era Rola.

—¿Qué hay?

—Bingo —dijo Rola.

—Te escucho.

—Tengo una dirección de PB&J. Pero no tiene mucho sentido.

8

La dirección postal de PB&J correspondía a un apartamento de lujo en la planta setenta y ocho de un esplendoroso rascacielos llamado simplemente Sky, situado en Central Park South, en Manhattan, cerca del Hotel Plaza. El edificio tenía 425 metros de altura, lo que lo convertía en el segundo edificio residencial más alto de Nueva York.

—No solo es rico —dijo Rola—. Apestosamente rico.

—¿Apestosamente?

—Sí, ahora se dice así. Lo he oído en la tele.

Wilde no quiso profundizar en el tema.

—¿PB&J son los propietarios del apartamento?

—No lo sé. Ahora mismo solo me consta como dirección postal.

—¿No puedes investigar quién es el propietario?

—No hay datos sobre la venta, pero el caso es que el apartamento más barato de ese edificio cuesta diez millones.

—¿De dólares?

—No, de pesos bolivianos —respondió Rola—. Pues claro, de dólares. El ático dúplex de la última planta está a la venta por setenta y cinco millones.

Wilde se frotó la cara y miró el reloj.

—Supongo que podría llegar en una hora.

—Cuarenta y seis minutos, si sales ahora en coche, según Waze.

—Veré si Laila me deja el suyo.

—Uuuuuuuh —dijo Rola, con tono burlón—. ¿Estás con Laila?

—Y con Matthew —respondió Wilde—. Y también estaba Hester.

—No te pongas a la defensiva.

—No lo he hecho.

—Me gusta Laila —dijo Rola—. Me gusta mucho.

—Tiene novio.

—Ya, ¿pero sabes qué podrías tener tú?

—¿Qué?

—Un pariente supermegarrico que vive en el Sky. Llámame cuando sepas algo más.

Wilde se acercó a las escaleras y anunció que se iba. Matthew bajó corriendo, chocó los cinco con Wilde sin frenar lo más mínimo y se fue hacia la puerta.

—¡Hasta luego! —gritó Matthew antes de salir y cerrar de un portazo.

Wilde se quedó ahí de pie un momento. Desde el rellano superior, Laila dijo: —Ha crecido.

—Sí.

—Y es un asco.

—Sí.

—Va a pasar la noche con su novia.

—Ya me lo ha dicho.

—Me juré que no sería de ese tipo de madres, pero…

—Lo entiendo. —Wilde se giró hacia ella—. ¿Puedes dejarme el coche?

—Claro.

—Te lo traeré esta misma noche.

—No te preocupes. No lo necesito hasta el mediodía.

—Vale.

—Ya sabes dónde está la llave.

Wilde asintió.

—Gracias.

—Buenas noches, Wilde.

—Buenas noches, Laila.

Ella se dio la vuelta y se volvió a su estudio. Wilde cogió la llave de la cestita que había junto a la puerta. Laila había cambiado su BMW por un Mercedes-Benz SL 550, el mismo tipo de coche que tenía

Darryl. Wilde frunció el ceño al pensar en eso, puso una emisora de rock clásico en la radio y se dirigió hacia la ciudad. El tráfico en el puente George Washington era sorprendentemente ligero. Wilde se subió al nivel superior y frenó un poco en el carril derecho. Incluso a aquella distancia, más de cien manzanas al norte de Central Park South, pudo distinguir el Sky alzándose entre las nubes.

Dejó el coche en el aparcamiento situado bajo el Park Lane Hotel. El Sky era una torre fría, toda de cristal. El vestíbulo era un espacio resplandeciente, todo transparencias, blancos y cromados. Por el camino Wilde había estado pensando en cómo iba a afrontar aquello, y en qué podía esperar de su visita. Entró.

Un guardia de seguridad miró a Wilde como si fuera una flema regurgitada por algún vagabundo.

—Las entregas de comida por la puerta de atrás.

Wilde levantó las manos vacías.

—¿Acaso llevo algo de comida?

Una mujer bien vestida salió de detrás del mostrador y fue a su encuentro.

—¿Puedo ayudarle?

Quien no arriesga no gana:

—Apartamento setenta y ocho, por favor.

La recepcionista cruzó una mirada con el guardia de seguridad.

—¿Su nombre?

—WW.

—¿Perdón?

—Dígales que es WW.

Miró de nuevo al guardia. Wilde intentó interpretar sus gestos. Un edificio como aquel debía tener mucha seguridad. Eso no le sorprendía. Si de algún modo conseguía dejar atrás a aquel guardia, tendría a otros dos esperándole junto a los ascensores. Por sus gestos y su actitud parecían más aburridos y resignados que alarmados o preocupados. Era como si ya hubieran vivido aquella situación antes,

como si hubieran interpretado ese papel mil veces y se limitaran a repetir los movimientos aprendidos.

La recepcionista volvió a su mesa y cogió el teléfono. Se llevó el auricular al oído y lo sostuvo quizá un minuto sin decir nada. Luego volvió.

—No hay nadie.

—Qué raro. PB me dijo que viniera.

Ni el guardia ni la recepcionista dijeron nada.

—PB es mi primo —añadió Wilde.

—Ya… —dijo el guardia, como si hubiera oído la misma canción cien veces—. ¿No eres un poco mayorcito para esto?

—¿Para qué?

—Frank —dijo la recepcionista.

Frank el Guardia meneó la cabeza.

—Quizá sea hora de que se marche, eh… —Mueca de hastío—… WW.

—¿Puedo dejarle un mensaje? —preguntó Wilde.

—¿A quién?

—A PB.

Ambos se lo quedaron mirando.

—Es consciente de que no podemos confirmar ni desmentir que alguien viva en este edificio, ¿verdad? —dijo la recepcionista.

Intentó leerles la expresión. Allí pasaba algo raro.

—Entonces, ¿puedo dejar una nota o no?

Wilde no tenía muy claro qué escribir. Lo más fácil sería explicar que era WW, del sitio web del ADN, y dejar el número de uno de sus teléfonos imposibles de rastrear. ¿Pero quería hacerlo? ¿Quería ponerse en evidencia? Ahora que lo pensaba, ¿qué estaba haciendo allí? No conocía a PB. No era responsabilidad suya. Wilde había vivido la mar de bien hasta entonces sin conocer todas las respuestas al misterio de su identidad.

¿Qué estaba haciendo ahí?

—Por supuesto —dijo la recepcionista, sacando papel y pluma—. ¿Me enseña un documento identificativo, por favor?

Tenía uno con el nombre de Jonathan Carlson, pero eso no haría más que plantear preguntas sobre WW y sobre su relación de parentesco. Además, ¿qué sentido tenía? ¿Quería sacrificar una identidad falsa que podía resultarle útil en otra ocasión?

No, no quería.

—Probaré a llamarle al móvil más tarde.

—Sí —dijo Frank—. Haga eso.

Wilde se dirigió al oeste por Central Park South. Sería lógico pensar que el «chico del bosque» se sentiría incómodo en las calles de Manhattan, pero en realidad era al revés. Le encantaba Nueva York. Le encantaban las calles, los sonidos, las luces, la vida. ¿Era una contradicción? Tal vez. O quizá era el atractivo de lo diferente. Tal vez, del mismo modo que no se puede tener un momento álgido sin un bajón, u oscuridad sin luz, el ambiente urbano le ayudaba a apreciar el entorno rural. Quizá fuera porque aquella ciudad, enorme y atestada, le hacía sentir solo, le permitía pasear y observar en soledad aunque estuviera rodeado de una multitud.

Y tal vez fuera hora de que Wilde dejara de filosofar y se fuera a por una taza de café y un cruasán de chocolate en Maison Kayser, en Columbus Circle.

De camino paró en un cajero automático y sacó su máximo diario, que eran ochocientos dólares. Tenía algo parecido a un plan: esperar a que uno de los empleados —como el guardia de seguridad o la recepcionista— salieran del edificio y sobornarles para que le dieran información sobre el ocupante del apartamento. ¿Iba a funcionar? Más bien no. El guardia parecía una víctima mejor que la recepcionista, pero quizá esa fuera una apreciación sexista.

Cruzó hacia el lado de la calle donde empezaba el parque y se sentó cerca del murete de piedra, desde donde podía ver a los empleados que salían. Se bebió su café. Estaba buenísimo. Le dio un mordisco al

cruasán de chocolate y se preguntó por qué no salía del bosque más a menudo. Se cuestionó qué debía querer PB, por qué estaba tan desesperado, qué habría impulsado a un hombre que vivía en aquella torre resplandeciente a ponerse en contacto con un completo desconocido, aunque ese desconocido compartiera parte de su ADN.

Wilde llevaba allí una hora cuando sonó su teléfono.

Era Laila.

Lo cogió.

—Hey.

—Hey.

Silencio.

—Matthew pasará toda la noche fuera —dijo.

—Lo sé.

—¿Wilde?

—¿Sí, Laila?

—Cuando hayas acabado con lo que estés haciendo, ven.

No tuvo que decírselo dos veces.

Una vez saciados, Wilde se sumió en el más profundo de los sueños. Se despertó poco antes de las seis de la mañana. Laila dormía a su lado. Se la quedó mirando un momento y volvió a tenderse boca arriba, se puso las manos detrás de la nuca y miró al techo. A Laila le gustaban las sábanas blancas lujosas, con hebras infinitas. A él le parecía un gasto obsceno, pero había momentos, como aquel, en que lo entendía.

Laila se giró y apoyó la mano en el pecho de Wilde. Estaban desnudos.

—Hey —dijo ella.

—Hey.

Laila se acercó un poco más. Él la rodeó con el brazo.

—Así que Costa Rica —dijo ella.

—¿Qué le pasa a Costa Rica?

—¿No funcionó?

—Funcionó —dijo Wilde—. Solo que no duró.

Wilde la quería. Laila lo quería a él. Al principio habían intentado llevar una vida de familia. No había funcionado. Por culpa de él. Algunos lo achacaban al fantasma de David —era lógico que interfiriera— o al miedo al compromiso. Pero no era eso. No exactamente. Wilde no estaba hecho para lo que la mayoría consideraría una relación normal. Y Laila necesitaba más. El ciclo era el siguiente: Laila empezaba una nueva relación. Wilde se hacía a un lado y daba su bendición. Quería que fuera feliz. Pero al final la relación perdía fuerza, no porque Laila echara de menos a Wilde, sino porque no conseguía superar la muerte de David, su alma gemela. Cualquier otra relación no estaba a la altura. Así que Laila cortaba con el tipo y entonces se sentía sola, y allí, solo en el bosque, esperando, estaba Wilde, un valor seguro, práctico y con incapacidad para el compromiso.

Y vuelta a empezar.

Wilde había hecho un último intento de tener una «relación normal» en Costa Rica, con otra mujer y su hija. La vida doméstica había ido sorprendentemente bien, hasta que dejó de hacerlo. Todas las relaciones acaban muriendo, se decía. Solo que las suyas morían más rápido, nada más.

—¿Qué hora es? —preguntó Laila.

—Son casi las seis.

—Dudo que Matthew llegue a casa antes de mediodía.

—Pero debería irme igualmente.

—Sí.

Una pequeña parte de él quería preguntar por Darryl; pero la mayor parte de su ser no tenía ningún interés. Salió de entre las lujosas sábanas de seda. Sintió que Laila lo seguía con la mirada mientras se dirigía a la ducha. Ser tan respetuoso con el medioambiente estaba muy bien, pero pocos lujos había en la vida que disfrutara más que el chorro a presión y el agua caliente aparentemente infinita de la ducha

de Laila. Esperaba que viniera a ducharse con él, pero eso no ocurrió. Cuando salió, Laila se había puesto una bata y estaba sentada en el borde de la cama.

—¿Todo bien? —preguntó él.

—Sí. —Y luego—: Te quiero, Wilde.

—Yo también te quiero, Laila.

—¿En parte te fuiste a Costa Rica por mí?

Él nunca le había mentido.

—En parte, sí.

—¿Por mí? ¿O por ti?

—Sí.

Laila sonrió.

—Te quedaste con ella mucho tiempo.

—Con ellas —precisó Wilde—. Sí.

—Las cosas deberían ser más sencillas, ¿no?

Wilde se vistió. Se sentó junto a ella en la cama y se abrochó las deportivas. El silencio era cómodo. Había más cosas de las que hablar, pero podían esperar. Se puso en pie. Ella también. Se abrazaron un buen rato. En ese abrazo había mucha historia. David también estaba en la habitación. Siempre había estado. Ninguno de los dos lo negaba, pero tampoco les preocupaba ya su presencia. Hacía años que no sentían que lo traicionaran por acostarse juntos.

Wilde no le dijo que llamaría. Tampoco le pidió a ella que llamara. Ambos comprendían bien la situación. El siguiente movimiento dependía de ella.

Wilde bajó las escaleras solo y cruzó el salón. Cuando abrió la puerta de la cocina, le sorprendió ver a Matthew. Estaba sentado a la mesa de la cocina frente a un bol de cereales.

Matthew se lo quedó mirando.

—Parece que es cosa de familia.

—¿El qué?

—Lo de ir de cama en cama, poner los cuernos, o lo que sea.

Wilde no respondió a eso. Su madre le daría explicaciones o no, según lo que considerara conveniente. No era cosa suya. Se dirigió hacia la puerta trasera.

—Nos vemos.

—¿No quieres saber qué quiero decir con eso de que es «cosa de familia»?

—Si me lo quieres decir.

—Muy sencillo —dijo Matthew—. Sé quién es PB.

9

Wilde se sentó a su lado. Matthew no apartaba la vista de los cereales que tenía delante, ya fríos.

—Pensaba que ya no había nada entre mamá y tú.

Wilde no dijo nada.

—Sé que solías quedarte. ¿Creías que no te oía al salir?

—No voy a hablar de esto contigo.

—Entonces quizá yo no quiera hablar de PB.

Wilde guardó silencio. Cogió la caja de cereales y se echó unos cuantos en la palma de la mano. Se los comió mientras esperaba a que se le pasara el enfado a Matthew.

—Ahora mismo tiene una relación con alguien —dijo Matthew—. Ya te lo dije.

—No voy a hablar de esto contigo.

—¿Por qué no? Ya no soy un crío.

—Pues te estás comportando como si lo fueras.

—Oye, no soy yo el que sale de casa a hurtadillas a las seis de la mañana.

Matthew cogió una cucharada de cereales y se la metió en la boca con rabia.

—¿Qué querías decir con eso de que es «cosa de familia»?

—Tú y PB.

—¿Qué?

—¿Nunca ves los reality shows de la tele?

Wilde no reaccionó.

—Vale —dijo Matthew—. Pregunta tonta. Pero has oído hablar de ellos, ¿no? ¿Programas como *El soltero* o *Supervivientes*?

Wilde siguió mirándolo sin reaccionar.

—El nombre real de PB es Peter Bennett. Ganó un reality show importante.

—¿Ganó?

—Sí.

—¿Como un concurso de la tele?

—No exactamente. Quiero decir que no es uno de esos de preguntas y respuestas. ¿Has oído hablar de *El amor es un campo de batalla*?

—Claro —dijo Wilde—. Pat Benatar.

—¿Quién?

—Cantaba esa canción.

—¿Qué canción? *El amor es un campo de batalla* es un reality show.

—¿Donde se gana?

—Sí, por supuesto. Caray, Wilde, ¿dónde has estado escondido? Es como un concurso. El programa empieza con tres mujeres y veintiún hombres que aseguran que buscan a su amor verdadero. Pero el camino no es nada fácil. La competición es salvaje, como dice siempre el presentador. El amor es como una guerra. ¿Adivinas dónde tiene lugar?

—¿En un campo de batalla? —respondió Wilde, con la lengua pegada a la mejilla.

—Pues sí.

—¿Lo dices en serio?

Matthew asintió.

—Al final, una de las mujeres selecciona a un hombre. Están hechos el uno para el otro. Son los únicos que quedan. Se prometen allí mismo. En el capítulo final.

—¿En un campo de batalla?

—Sí. La última temporada fue en Gettysburg.

—Y este pariente mío, PB…

—Peter Bennett.

—Sí. ¿Ganó?

—Él y Jenn Cassidy, su gran amor.

—¿Jenn?

—Exacto.

—Dime que estás de broma —dijo Wilde.

—¿Qué?

—Peter Bennett y Jenn —dijo Wilde—. ¿Eso es lo que significa PB&J?

—Inteligente, ¿verdad?

Wilde meneó la cabeza.

—Me parece que ya no quiero conocerlos.

Eso hizo que Matthew soltara una risa.

—Son bastante famosos. O lo eran. Eso fue hace uno o dos años.

—¿Cuando ganó el concurso?

—Sí.

—Supongo que PB y J ya no están juntos —dijo Wilde.

—¿Por qué supones eso?

—Porque, en primer lugar, imagino (y desde luego podría ser una suposición mía) que probablemente ese no sea el mejor modo de encontrar al amor de tu vida. En televisión, en un concurso.

—¿Ahora eres un experto en relaciones?

—Vale —dijo Wilde—. Tampoco tenías que ser tan duro, pero te lo acepto.

—¿Y en segundo lugar?

—En segundo lugar, te has cabreado conmigo y me has dicho que es «cosa de familia». Así que supongo que ese tal PB —Pierce Brosnan, o como se llame— le puso los cuernos a esa tal Jenn.

—Eres bueno, tío —dijo Matthew.

—¿Cómo has descubierto todo esto? —preguntó Wilde.

—He visto un par de episodios, pero Sutton y sus compañeras de residencia lo siguen religiosamente. Ven el programa juntas, comen algo y se parten de la risa.

—¿Y ahora dónde está?

—¿Quién? ¿Peter Bennett?

—Sí.

—De eso se trata. Nadie lo sabe. Ha desaparecido.

Se abrió la puerta de la cocina y apareció Laila vestida con un albornoz y con el ceño fruncido.

—Vaya —dijo Laila—. Me había parecido oír voces.

Los dos hombres la miraron, pero fue Matthew quien rompió el silencio.

—¿Puedes explicarme qué está pasando?

Laila se dio la vuelta y lo miró.

—¿Tengo que responder ahora?

—Quizá deberías.

—No. Seguiré siendo la madre, y tú seguirás siendo el hijo.

—¿Has roto con Darryl?

Laila le echó una mirada a Wilde y luego miró a Matthew otra vez.

—¿Y a todo esto tú qué estás haciendo aquí? Pensaba que ibas a pasar la noche en casa de Sutton.

—Bien esquivado, Mamá.

—No necesito esquivar nada. Soy tu madre.

—Bueno, mi plan era quedarme en casa de Sutton, pero tenía que decirle algo a Wilde. Así que he vuelto a casa para recoger las llaves del coche y he oído ruido en el piso de arriba.

Silencio.

Laila miró a Wilde de un modo que dejaba claro lo que esperaba de él. Wilde se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Os dejaré solos.

Y sin girarse siquiera a mirar, Wilde salió por la puerta trasera, cerró los ojos y respiró hondo. Se preguntó por un momento qué consecuencias tendría lo de la noche anterior. Se preguntó qué quería Laila, por qué le había llamado, adónde quería llegar a parar. Quizá lo más sensato fuera desaparecer de nuevo, no complicarle la vida, pero ese planteamiento era un insulto hacia Laila. Ella no era tonta. Podía decidir lo que quería o lo que necesitaba sin que él se erigiera en su

salvador.

Al llegar al bosque llamó a Rola. Era temprano, pero se imaginó que ya estaría levantada, y que si no lo estaba, tendría el teléfono apagado. Respondió al primer tono. De fondo se oía la cacofonía del desayuno y a los cinco niños.

—¿Qué tal? —dijo Rola.

Él le contó lo que había descubierto Matthew sobre Peter Bennett.

—¿Desde cuándo dices que está desaparecido?

—No lo sé. Yo también tengo que investigar un poco.

—Bueno, ahora tenemos su nombre. Con eso debería bastar. Comprobaré sus tarjetas de crédito, facturas telefónicas, lo habitual. Estoy segura de que no será tan difícil rastrearlo.

—Vale.

—Ahora además tenemos a un tipo nuevo en CRAW, un tal Tony, que es bueno en cosas de árboles genealógicos.

—¿Por qué iba a necesitar una empresa de seguridad alguien especializado en árboles genealógicos?

—¿Te crees que eres el único que busca a sus padres biológicos?

—¿Hijos adoptados?

—Cada vez menos. Lo que ocurre es que mucha gente se apunta a uno de esos sitios web de ADN, en la mayoría de los casos por diversión. Para profundizar en su historia familiar o lo que sea. Y acaban descubriendo que su padre (en la mayoría de casos es el padre, aunque también puede ser la madre, o incluso ambos progenitores) no es en realidad su padre. Eso destroza a las familias.

—Me lo imagino.

—Muchas veces, el padre ni siquiera lo sabe. Pensaba que el hijo era suyo y lo crio, y ahora que el chico ha crecido (a los veinte, treinta o cuarenta años de edad) se da cuenta de que su mujer se acostó con otro hombre y que toda su vida es una mentira.

—Eso debe dar lugar a situaciones complicadas.

—No te haces idea. En cualquier caso, le diré a Tony que empiece a

investigar el perfil genealógico de Peter Bennett. Quizá encuentre a alguien vinculado contigo.

—Gracias.

—Te llamaré cuando tenga algo —dijo, antes de colgar.

Wilde sacó su ordenador portátil de la ecocápsula y encontró un sitio a tres kilómetros donde podía conectarse a internet sin que pudieran rastrearlo. Buscó en Google «Peter Bennett» y «PB&J». Se quedó atónito al ver la cantidad de resultados que obtenía. *El amor es un campo de batalla* había dado origen a miles, si no millones, de páginas de seguidores, entradas en redes sociales, pódcasts, foros de Reddit, de todo.

Peter Bennett.

Wilde se quedó mirando las innumerables imágenes que había en internet con el rostro de su primo. ¿Veía algún parecido entre ambos? Pues sí. O eso creía. Tal vez era una proyección de su voluntad, pero la piel morena, los párpados gruesos, la forma de la boca… Ahí había algo. El perfil de Instagram de Peter Bennett tenía 2,8 millones de seguidores. Wilde supuso que eso era mucho. Había más de tres mil posts. Wilde les dio un vistazo. La mayoría mostraban, simplemente, a un Peter Bennett sonriente con una Jenn Cassidy radiante: la composición de la fotografía dejaba claro que los dos eran ricos y estaban enamorados, y seguro que muchos pensaban que querían aparentar y dar envidia a su público. Wilde hizo clic en el vínculo que llevaba al perfil de Jenn Cassidy y vio que tenía 6,3 millones de seguidores.

Interesante. ¿Sería que las mujeres que triunfaban en los reality shows tenían más tirón?

Volvió a la página de Peter Bennett para profundizar un poco más. En la imagen de perfil, Bennett aparecía sin camiseta. Tenía el pecho completamente depilado. El vientre era una tableta de chocolate perfecta, modelada en el gimnasio, pensada más para la cámara que para conseguir unos músculos fuertes. Durante un par de años, Peter

Bennett había colgado al menos una fotografía al día —Jenn y él de vacaciones en las Maldivas, asistiendo a inauguraciones y estrenos, probándose ropa de diseño, disfrutando de extravagantes banquetes, haciendo ejercicio, cenando en restaurantes de moda o bailando en discotecas—. Pero los posts se habían ido reduciendo durante, más o menos, el último año. El último era de cuatro meses atrás, y mostraba la imagen de un vertiginoso despeñadero con una enorme cascada. La foto estaba localizada en el barranco Adiona, en la Polinesia Francesa. El pie de foto decía: Solo quiero paz.

Esas eran exactamente las mismas palabras que aparecían en el mensaje desesperado de PB. Ahora no había ninguna duda: Peter Bennett era PB.

Wilde hizo clic en el último post y leyó los comentarios: ¡Pues salta ya!

¡Bah, adiós!

No veo la hora de que te mueras.

Espero que caigas sobre una roca, que sobrevivas y que agonices, y que luego venga algún animal y empiece a comerte por la piel, y que unas hormigas rojas se te cuelen por el recto y…

Wilde se echó hacia atrás. «¿Qué demonios…?».

Recapituló. En las fotos de Bennett de los meses anteriores aparecía él solo. No estaba Jenn. Wilde retrocedió aún más. La última imagen con el hashtag #PB&J en la que salían los dos era del 18 de mayo. La pareja de ensueño, como la describía el hashtag #DreamCouple, que tan frecuentemente acompañaba a las fotos, aparecía sentada en unas tumbonas de playa en Cancún. En una mano, llevaban una margarita helada; en la otra, la botella de una marca de buen tequila. Hacían publicidad, obviamente. Casi todas las fotografías tenían esa doble función.

Después de la última foto de la bella pareja, no había nuevos posts durante tres semanas, lo cual, aparentemente, en el mundo de las redes era una eternidad. Y luego, una cita escrita sobre un fondo simple: No te creas tan rápido

lo que oyes

porque las mentiras corren más
que la verdad.

¿El número total de likes de esa última foto con Jenn en Cancún? 187.454.

¿El total de likes de la cita? 743.

Wilde se pasó las dos horas siguientes buscando en internet todo lo que pudo encontrar sobre su posible primo. Leyó en foros, en redes sociales y en las cloacas de todas las cloacas: los comentarios. Todo aquello hizo que le vinieran ganas de ducharse y desaparecer en lo más profundo del bosque.

Dejando a un lado —de momento— los detalles, esto es lo que Wilde consiguió sacar en limpio: Peter Bennett había participado en un reality show llamado *El amor es un campo de batalla*. Era guapo, tenía encanto, educación y era modesto, por lo que enseguida se convirtió en el concursante más popular del grupo. Los índices de audiencia del último capítulo de la temporada —cuando Jenn Cassidy escogió a Peter Bennett, descartando a Bob «Big Bobbo» Jenkins, el chico malo del programa, en la batalla final—, fueron los más altos de la cadena en la última década.

De eso hacía tres años.

A diferencia de la mayoría de las parejas que se conocen en programas así, Peter y Jenn —sí, PB&J— desafiaron todas las convenciones y siguieron juntos. Su boda —por no mencionar la fiesta de compromiso, las correspondientes despedidas de solteros, la *couple's shower* para la recogida de regalos de los prometidos, el almuerzo de las damas de honor, la noche de puros de los padrinos, algo llamado «Stag and Doe» (otra fiesta, seguro), el ensayo del convite, el *brunch* de después de la boda, la luna de miel…—, todo eran grandes eventos sociales televisados. Estaba claro que su vida entera era un artículo comercial, destinado al consumo público, y no parecía que a la feliz pareja le importara lo más mínimo.

La vida era una fiesta. Lo único que faltaba, a primera vista, era un bebé. Los foros empezaron a especular sobre cuándo se quedaría

embarazada Jenn. Se publicaron encuestas e incluso apuestas sobre si tendría primero un niño o una niña. Pero cuando pasó un año y el embarazo no llegaba, Peter y Jenn anunciaron conjuntamente, con una gravedad inusitada en las redes sociales, que estaban teniendo problemas de fertilidad y que los afrontarían tal como lo hacían con todo en la vida: unidos y con mucho amor.

Y con mucha publicidad.

Lo siguiente fue empezar a difundir los procedimientos médicos a los que tenían que someterse: las inyecciones, los tratamientos, las intervenciones, la extracción de óvulos, hasta la recogida de esperma. Pero las tres primeras rondas de fecundación *in vitro* fallaron. Jenn no se quedaba embarazada.

Y entonces estalló la bomba.

Sucedió en el videopódcast Reality Ralph, del modo más cruel posible. Ralph había invitado a Jenn a su programa, supuestamente para hablar de su lucha contra la infertilidad, de modo que otras personas con el mismo problema se sintieran apoyadas.

Ralph: ¿Y qué tal lleva Peter todo este estrés?

Jenn: Peter es increíble. Soy la mujer más afortunada del mundo.

Ralph: ¿De verdad, Jenn?

Jenn: Por supuesto.

Ralph: ¿De verdad?

Jenn: (risa nerviosa) ¿Qué intentas decir?

Ralph: Lo que digo es que quizá Peter Bennett no sea quien todos imaginábamos. Lo que digo es que podrías echar un vistazo a estas…

Ralph le enseñó a Jenn, que no salía de su asombro, mensajes de texto, pantallazos, primeros planos del pene… todo, según afirmaba Ralph, enviado por Peter Bennett. Jenn agarró la botella de agua con una mano temblorosa.

Ralph: Siento tener que enseñarte todo esto…

Jenn: ¿Tú sabes lo fácil que es falsificar todas estas cosas?

Ralph: Hemos contratado a un equipo forense para que examine la información. Siento decírtelo, pero todo procede del teléfono de Peter, del ordenador de Peter. Las fotos más… íntimas… ¿vas a decirnos que no son de tu marido?

Silencio.

Ralph: Y la cosa se pone peor, amigos. Tenemos a una de esas mujeres aquí, con nosotros.

Jenn se quitó el micrófono y se levantó de la silla, enfadada.

Jenn: No voy a quedarme aquí sentada a…

Ralph: Invitada, por favor, pase.

Invitada/Marnie: ¿Jenn?

Jenn se quedó helada.

Invitada/Marnie: ¿Jenn? (sollozos) Lo siento tanto…

Jenn no podía ni hablar. Resultaba que Marnie era la hermana menor de Jenn Cassidy. Mostrando algunos de aquellos mensajes de texto y pantallazos, Marnie contó una historia según la cual Peter la perseguía incansablemente, hasta que, una noche terrible, Marnie se emborrachó en presencia de Peter. Bebió demasiado. O tal vez —no lo tenía muy claro— la drogaron.

Invitada/Marnie: Cuando me desperté… (sollozos)… estaba desnuda y dolorida.

La reacción no se hizo esperar. El hashtag #cancelaapeterbennett se mantuvo en el top ten de Twitter durante al menos una semana. Diversos exconcursantes de *El amor es un campo de batalla* empezaron a aparecer en diferentes cadenas de radio, pódcasts, canales de streamers y plataformas de redes sociales para hacer saber a sus fans más fieles que ellos siempre habían sospechado que Peter Bennett tenía algo «raro». Algunas filtraciones anónimas «confirmaron» que Peter Bennett había engañado al productor del programa para que pensara que era un buen tipo; otros afirmaban que los productores habían «creado» al Peter Bennett buen chico porque sabían que era un sociópata que podía interpretar cualquier papel.

Por su parte, Peter Bennett defendía su inocencia, pero sus declaraciones no lograron parar la campaña lanzada en su contra, cada vez más masiva. Por su parte, Jenn Cassidy declinó hacer ninguna declaración y prefirió desaparecer del mapa, aunque «fuentes cercanas» revelaron que estaba «destrozada» y que «iba a pedir el divorcio». Jenn emitió un comunicado pidiendo «respeto a su intimidad durante estos momentos tan dolorosos», pero, cuando publicas por todas partes tus alegrías, es difícil mantener la intimidad durante las tragedias.

Wilde sintió que su teléfono vibraba. Era Rola.

—Malas noticias —dijo ella.

—¿Qué?

—Creo que Peter Bennett está muerto.

10

—¿Has tenido tiempo de informarte sobre tu primo en Google? —le preguntó Rola.

—Sí.

—¿Así que ya estás al día de la sórdida historia de PB&J?

—Lo suficiente.

—Aj, ¿verdad?

—Verdad.

—La mayoría cree que se tiró al vacío desde un acantilado.

—¿Y tú estás de acuerdo?

—Sí, la verdad es que sí.

—¿Por qué?

—Porque o Peter Bennett está muerto o se le da estupendamente esconderse, y a la mayoría de la gente no se le da tan bien esconderse. Yo sigo buscando información, y hasta ahora no he encontrado actividad en sus tarjetas de crédito, cuentas bancarias, teléfono, ni reintegros en el cajero automático, nada. Así que si a todo esto le añades los posts en las redes sociales, el mensaje críptico que te envió, el acoso, merecido o no, el dolor de verse cancelado y, reconozcámoslo, de sentirse odiado por todo el mundo… Si metes todo eso en la batidora y presionas «mezclar», el resultado probablemente sea algo muy malo.

Wilde se quedó pensando en eso.

—¿Has encontrado algo en su árbol genealógico? —preguntó.

—El padre de Peter Bennett murió hace cuatro años. Su madre, Shirley, vive en una residencia de ancianos en Albuquerque.

—Uno de ellos es pariente de sangre mío.

—Exacto. También tiene tres hermanos mayores. La apuesta más

segura para ti es su hermana, Vicky Chiba. Además Vicky es su mánager, o representante, o lo que sea. Vive con su marido, Jason Chiba, en West Orange.

—Vale.

—Wilde, ¿tú sabes lo cerca que está West Orange de mi casa?

—Lo sé.

—Ahora mismo te mando un mensaje con la dirección de Vicky Chiba. ¿Crees que después de verla…?

Rola no vio la necesidad de acabar la frase. West Orange estaba a solo media hora en coche, si no había tráfico. Wilde alquiló un coche en la agencia Hertz de la carretera 17 y se plantó en la casa de los Chiba antes de mediodía. Llamó al timbre. Vicky Chiba abrió la puerta de madera tímidamente, dejando la mosquitera cerrada.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó.

Vicky Chiba tenía el cabello de color blanco. De un blanco puro y cegador. Blanco cándido. Un blanco que debía de venir de un frasco, más que de la edad. Lo llevaba peinado con un flequillo que le caía recto, casi hasta los ojos. Tenía los brazos llenos de pulseras, y sus pendientes eran dos plumas.

—Estoy buscando a su hermano, Peter.

Vicky Chiba no parecía sorprendida.

—¿Y usted es…?

—Me llamo Wilde.

Suspiró.

—¿Es un fan?

—No. Soy su primo.

Sin abrir la mosquitera, Vicky Chiba se cruzó de brazos y lo miró de arriba abajo, como si fuera un objeto que se estuviera planteando comprar.

—Su hermano Peter…

—¿Qué le pasa?

—Se apuntó a un sitio web de análisis de ADN.

Los ojos se le iluminaron por un brevísimo instante.

—La página encontró una coincidencia —prosiguió Wilde—. Somos primos segundos.

—Un momento. ¿De qué me suena usted?

Wilde no dijo nada. Le había pasado muchas veces. La historia del niño del bosque había sido noticia hacía ya más de tres décadas. Probablemente Vicky sería una niña en aquella época. Sin embargo, una vez al año más o menos, alguna cadena de televisión por cable, desesperada por llenar la parrilla, emitía un reportaje del tipo «dónde está ahora» dedicado a él, aunque Wilde nunca colaboraba.

—Eso significa —respondió Wilde, intentando atraer su atención— que usted y yo también somos primos.

—Ya veo —respondió ella, sin mostrar ningún interés especial—. ¿Y qué es lo que quiere de mi hermano? ¿Dinero?

—Ha dicho que le resulto familiar.

—Sí.

—¿Recuerda la historia del niño del bosque?

Vicky chasqueó los dedos y le señaló.

—De eso le conozco.

Wilde esperó.

—Usted no sabe cómo acabó en el bosque, ¿verdad?

—Exacto.

—Un momento —dijo, y su boca formó una O perfecta al caer en la cuenta—. ¿Así que somos parientes?

—Eso parece.

Vicky abrió la mosquitera rápidamente.

—Entre.

La decoración de la casa, como el atuendo de Vicky, respondía a un perfil bohemio. Pautas caóticas, texturas descoordinadas y capas superpuestas, un batiburrillo de colores, un conjunto que creaba una sensación de movimiento, de flujo, aunque en realidad nada se movía ni fluía. Sobre la mesa había algo que recordaba a una bola de cristal,

unas cartas del tarot y unos libros de numerología. Una de las paredes estaba cubierta por un tapiz gigante con la silueta de una persona sentada en la posición del loto, con las siete piedras de los chakras distribuidas desde la coronilla hasta la base. ¿O era al revés? Wilde no lo recordaba.

—Pareces escéptico —observó Vicky—. ¿Podemos tutearnos? Ahora que sé que somos primos…

Él no tenía ningún interés en entrar en aquel tema, así que respondió: —¿Escéptico? No, en absoluto.

—Todo esto me ha ayudado mucho a lo largo de mi vida.

—Estoy seguro de ello.

—Que estés aquí hoy no es una coincidencia.

—Lo sé.

—Pero debo reconocer que me sorprende. ¿Entonces mi hermano se apuntó a uno de esos sitios de análisis del ADN?

—Sí.

Vicky meneó la cabeza, y las plumas de sus pendientes chocaron contra sus mejillas.

—No es propio de él. ¿Y reveló su nombre?

—No. Usó sus iniciales, nada más.

—¿No te dijo su nombre?

—Exacto.

—¿Entonces cómo has descubierto quién era?

Wilde no quería entrar en eso, así que respondió: —Tengo entendido que está desaparecido.

—Peter no está desaparecido —dijo Vicky—. Peter está muerto.

11

Vicky quería oír antes que nada la historia de Wilde, así que él se la contó.

—¡Vaya! —exclamó Vicky cuando Wilde acabó—. Bueno, a ver si lo he entendido bien: una pariente nuestra viajó a Europa en 1980. Y allí conoció a un soldado de permiso, que la dejó embarazada. ¿Voy bien?

Wilde asintió.

—Ese niño, tú, fue abandonado en el bosque, pero era tan pequeño que no recuerda nada de la época anterior a cuando se buscaba la vida solo. Al final te rescataron y te cuidaron y ahora, unos treinta y cinco años más tarde, sigues sin saber cómo acabaste en el bosque. —Vicky lo miró fijamente—. ¿Eso resume la historia?

—Sí.

Vicky levantó la vista, muy concentrada, pensando.

—Y has pensado que si esa mujer era pariente mía, tal vez haya oído hablar de ella.

—Quizá mantuviera su embarazo en secreto —apuntó Wilde.

—Podría ser. Por lo que dices, tu madre probablemente tendría… ¿cuántos años? Dieciocho como poco y veinticinco como mucho, cuando conoció a tu padre biológico.

—Sí, más o menos —confirmó él.

Vicky se quedó dándole vueltas a aquello un momento.

—Bueno, mi padre está muerto, y mamá… está y no está, no sé si me entiendes. Pero puedo intentar conseguirte un árbol genealógico. A algunos parientes de la rama de mi padre les gusta eso de la genealogía. Probablemente puedan ayudarte.

—Te lo agradecería mucho —dijo Wilde. Luego cambió de tema—: ¿Por qué crees que tu hermano está muerto?

—Dime la verdad. ¿Eres seguidor?

—¿Seguidor?

—De *El amor es un campo de batalla* o programas así. ¿Es eso lo que te ha motivado?

—No —respondió Wilde—. No había oído hablar del programa hasta esta mañana.

—¿Pero contactaste con Peter a través de ese sitio web de genealogía?

—Yo no sabía quién era él. Usaba sus iniciales —dijo Wilde. Y luego añadió—. Fue Peter quien me escribió primero.

—¿De verdad? —Vicky señaló hacia el teléfono de Wilde—. ¿Puedo ver lo que decía?

Wilde abrió la app de mensajería del sitio web de genealogía y le pasó el teléfono. Al leer las palabras de su hermano, Vicky no pudo contener las lágrimas.

—Vaya —dijo, en voz baja—. Cuesta leer todo esto.

Wilde no dijo nada.

—Cuánto dolor, cuánto sufrimiento. —Meneó la cabeza, sin apartar la vista del mensaje—. ¿Has mirado las redes de mi hermano?

—Sí.

—¿Así que ya sabes lo que le pasó?

—En parte —dijo él—. ¿Tú crees que se tiró del acantilado que sale en su último post?

—Sí, por supuesto. ¿Tú no?

Wilde optó por no responder.

—¿Dejó alguna nota de suicidio?

—No.

—¿Te envió algún mensaje?

—No.

—¿Le envió a alguna otra persona, quizá a tu madre o a Jenn Cassidy, una nota de suicidio?

—No que yo sepa.

—Y el cuerpo nunca apareció.

—Cuando alguien se tira desde el barranco Adiona, raramente encuentran el cuerpo. Es parte del encanto. Es el fin del mundo.

—Digo todo esto porque me pregunto por qué estás tan segura de que está muerto.

Vicky se quedó pensando un momento.

—Por varias razones. Una… Bueno, esta no te gustará, porque no crees en ello.

Wilde no dijo nada.

—Hay una fuerza vital en el universo. No entraré en detalles, especialmente con un escéptico que tiene los chakras bloqueados. No vale la pena. Pero sé que mi hermano está muerto. De hecho percibí que abandonaba este mundo.

Wilde contuvo un suspiro. Esperó un momento, y luego dejó que el momento pasara y fue al grano: —Has dicho «varias razones».

—Sí.

—Una es que sientes que Peter está muerto. ¿Cuáles son las otras?

Vicky abrió los brazos.

—¿Dónde iba a estar si no?

—No lo sé —dijo Wilde.

—Si Peter estuviera vivo… Bueno, ¿dónde está? O sea… ¿es que sabes algo que yo no sé?

—No. Pero me gustaría buscarlo de todos modos, si no te importa.

—¿Por qué? —Entonces Vicky Chiba lo entendió—. Oh, espera, ya lo pillo. —Levantó el teléfono de Wilde y se lo mostró antes de devolvérselo—. Porque te sientes en deuda. Peter te mandó un mensaje desesperado y tú no le respondiste.

Vicky Chiba no lo planteó como una acusación, pero su tono tampoco le dispensaba.

—Por si te sirve de algo, yo también me culpo. Mira la cara de Peter —dijo, cogiendo una fotografía enmarcada en que se veía a cuatro personas: Peter, Vicky y los que Wilde supuso que serían sus otros dos

hermanos.

—¿Esos son tu hermana y tu otro hermano?

Vicky asintió.

—Los cuatro hijos Bennett. Yo soy la mayor. Esa es mi hermana Kelly. Las dos estábamos muy unidas. Luego viene nuestro hermano Silas. Kelly y yo lo teníamos consentidísimo hasta que, bueno, hasta que llegó Peter. Mírale la cara. Solo hay que mirarlo.

Wilde lo miró.

—Lo notas, ¿verdad?

Wilde no dijo nada.

—La inocencia de Peter, su candidez, su fragilidad. Los otros tres, bueno, teníamos nuestro atractivo, supongo. Pero Peter poseía algo intangible. Esos reality shows… Sí, claro, todo es falso, todo está preparado, pero aun así el espectador percibe lo que hay detrás, ve quién eres realmente. Y Peter era todo bondad. Demasiado bueno para este mundo.

Wilde asintió. Tuvo la tentación de preguntar cómo alguien «demasiado bueno» podía acabar drogando a su cuñada, pero se imaginó que Vicky Chiba lo negaría o se cerraría en banda, y ahora mismo no le convenía ninguna de las dos cosas; así que optó por otra vía: —Dices que te sientes culpable.

—Sí.

—¿Podrías decirme por qué?

—Porque yo lo metí en esto —dijo Vicky—. Sabía que sería una estrella, y luego hice una lectura de tarot que me animaba a ser más activa y menos reactiva. Lo decía una y otra vez: «Sé activa, no reactiva», y yo siempre había sido muy reactiva, toda la vida… así que rellené el impreso de solicitud para que Peter participara en el programa. No esperaba nada. O quizá ya lo supiera. Ahora mismo ya no sé qué decir. Pero lo cierto es que no contemplé el impacto que algo así tendría a largo plazo sobre la psique de Peter.

—¿En qué sentido? —preguntó Wilde.

—La fama cambia a todo el mundo. Ya sé que suena a cliché, pero nadie sale indemne. Cuando el aura de la fama te acaricia, es cálida, reconfortante, y la droga más adictiva del mundo. Todos los famosos lo niegan, fingen estar por encima de eso, que no necesitan la fama… pero en el caso de las estrellas de realities es mucho peor.

—¿Y eso?

—Ningún famoso de realities dice que es una estrella. Tienen fecha de caducidad. Yo trabajé un tiempo en Hollywood. Y allí la gente decía: «Cuanto más famosos son, más simpáticos». ¿Y sabes qué? Es cierto: las grandes estrellas suelen ser muy agradables, ¿pero sabes la razón?

Wilde negó con la cabeza.

—Es porque pueden permitírselo. Las superestrellas saben que nunca les va a faltar la fama. En cambio, el caso de los personajes de reality show es el contrario: su estrella brilla con la máxima intensidad en el momento en que nace, con un estallido. Con el tiempo solo puede ir perdiendo intensidad.

Wilde señaló la fotografía familiar que tenía en la mano.

—¿Y eso es lo que le pasó a tu hermano?

—Yo pensaba que Peter lo llevaba todo lo bien que se puede llevar. Pensaba que había construido una vida en común con Jenn, que eran felices, pero cuando todo se vino abajo… —Su voz perdió fuerza y los ojos se le humedecieron—. ¿De verdad crees que Peter está vivo?

—No lo sé.

—No tiene sentido —dijo, intentando mostrar convicción—. Si Peter estuviera vivo, habría contactado conmigo.

Wilde esperó a que Vicky Chiba llegara por sí sola a la conclusión evidente.

—Pero, por otra parte, si Peter hubiera decidido dejar este mundo… —Vicky Chiba se detuvo, parpadeó para contener el llanto y recobró la compostura—. Yo creo que me habría dicho algo. Para comunicármelo. Para despedirse.

Se quedaron un momento allí, en silencio. Luego Wilde dijo: —¿Cuándo fue la última vez que viste a Peter?

—Estaba durmiendo en mi casa.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Y cuándo se fue?

—¿Has visto los perfiles de Peter en las redes?

—Alguno —dijo Wilde.

—Se fue tres días antes de ese último post en Instagram.

—¿El del acantilado?

—Sí.

—¿Y eso cómo fue?

—¿Qué quieres decir?

—Decías que se alojaba aquí, contigo.

—Sí.

—¿Qué es lo que precipitó su marcha? ¿Qué te dijo?

Los ojos se le llenaron de lágrimas otra vez.

—A primera vista parecía que Peter estaba algo mejor. Colgó ese post diciendo que no hay que creerse tan rápidamente lo que se oye. ¿Lo has visto?

Wilde asintió.

—Así que pensé que quizá Peter estaba pasando página, pero ahora, pensándolo bien, me doy cuenta de que era algo forzado. Como si intentara darse ánimos para luchar en una batalla que no podía ganar. —Se dirigió a un ordenador situado en una mesa de la esquina—. ¿Has leído los comentarios de alguno de sus posts?

—Sí.

—Crueles, ¿verdad?

—Sí.

—Los últimos días que estuvo aquí, los leyó todos. Hasta el último. No sé por qué. Yo le dije que no lo hiciera. Eso solo empeoraba las cosas. De modo que ese último día eso es lo que hizo. Leer

comentarios. Y cientos de MD.

—¿MD?

—Mensajes directos. Como los del servicio de mensajería de tu sitio web de genealogía. Los seguidores de Instagram te pueden escribir directamente. La mayoría de esos mensajes se quedaban sin leer. Cuando Peter estaba en el momento de máxima popularidad yo intentaba responder a todos porque era importante que se mostrara amable con sus fans, pero eran tantos que resultaba imposible. El caso es que recibió uno especialmente desagradable. Y eso… No sé… Fue la gota que colmó el vaso.

—¿Cuándo recibió ese mensaje?

—Un día o dos antes de irse. Un tipo tóxico y miserable había estado troleándole, y ese mensaje en particular… Fue la primera vez que le vi furioso. Normalmente, viendo todo aquello, Peter se quedaba confundido, atónito, pero no se enfadaba. Era como si todo el mundo le diera puñetazos en la cara, y él se limitara a intentar recuperase y tratar de comprender por qué le estaba ocurriendo aquello. Pero cuando vio ese mensaje quiso ir en busca del autor.

—¿Del tipo que le había enviado el mensaje tóxico?

—Sí.

—¿Y qué decía el mensaje?

—No lo sé. Peter no me dejó verlo. Unos días más tarde hizo las maletas y se fue.

—¿Te dijo que se iba, o adónde iba?

Vicky negó con la cabeza.

—Volví a casa después del trabajo y ya no estaba.

—Supongo que intentaste ponerte en contacto con él.

—Sí. Pero no me respondió. Llamé a Jenn. Me dijo que hacía semanas que no hablaban. Llamé a otros amigos suyos. Nada. A los tres días, fui a la policía.

—¿Y qué dijo la policía?

—¿Qué iban a decir? —respondió Vicky, encogiéndose de hombros

—. Peter era un hombre adulto. Tomaron nota de mi declaración y me despacharon.

—¿Puedes enviarme el mensaje? —preguntó Wilde—. El que le puso de tan mal humor.

—¿Por qué? —Vicky meneó la cabeza—. Hay mucho odio en las redes. Con el tiempo te resulta duro de asimilar.

—Me gustaría verlo, si no te importa.

Vicky vaciló, pero no duró mucho. Abrió Instagram y buscó el perfil de su hermano. Otra vez aquel acantilado, con el pie de foto: Solo quiero paz.

Movió el cursor hasta que apareció el post anterior. Wilde volvió a leer las palabras sobre la foto: No te creas tan rápido

lo que oyes
porque las mentiras corren más
que la verdad.

—El caso es que este desgraciado, que tiene como nombre de perfil DogLufegnev, publicaba muchos comentarios —dijo Vicky—. Siempre cosas horribles, como «La vas a pagar», o «Sé la verdad sobre ti», «Tengo pruebas», «Mereces morir», ese tipo de cosas. Pero mira lo que escribió en este post.

Bajó hasta un comentario firmado por DogLufegnev. Su fotografía de perfil era un gran botón rojo con la palabra «culpable». Y su comentario decía: Mira en tus MD.

—Quizá DogLufegnev sea *«dog lover»*, un amante de los perros, o algo así —sugirió Vicky.

—No —dijo Wilde.

—¿No?

—«DogLufegnev» es *Vengeful God* al revés. «Dios vengativo».

Ella meneó la cabeza.

—Un lunático. Un maldito lunático.

—¿Podemos ver el mensaje que le envió a tu hermano?

Vicky se quedó pensando un momento.

—¿Te puedo ser honesta?

Wilde no dijo nada.

—No me gusta. Enseñarte el mensaje, quiero decir.

—¿Por qué?

—El universo tiene su propio flujo, y tengo la sensación de que esto sería una disrupción cósmica muy negativa.

Wilde contuvo otro suspiro.

—Yo no quiero provocar ninguna disrupción cósmica pero, ¿qué hay más disruptivo que las preguntas sin respuesta? ¿No te parece que esas dudas también alteran la fuerza vital, o algo por el estilo?

Vicky se quedó pensando en ello.

—No te lo pediría si no pensara que es importante —añadió Wilde.

Ella asintió y escribió algo en el teclado. Unos segundos más tarde frunció el ceño, hizo una pausa, murmuró algo ininteligible y volvió a escribir.

—Qué raro.

—¿El qué?

—No puedo entrar en la cuenta de Instagram de Peter. —Se volvió y miró a Wilde—. Dice «contraseña incorrecta».

Wilde se acercó a ella.

—¿Cuándo fue la última vez que te conectaste?

—No lo recuerdo. Normalmente el perfil se queda abierto, no lo sé. No se me da especialmente bien la tecnología.

—¿Gestionaba Peter sus redes sociales personalmente?

—Últimamente sí. Durante una temporada, cuando Jenn y él ganaban cifras de seis dígitos al mes, contrataron a una empresa para que se ocupara de la publicidad y los patrocinios.

—¿Seis dígitos? ¿Al mes?

—Fácilmente. El año en que Peter ganó el programa yo diría que se acercaban más bien a los siete dígitos.

A Wilde le costaba asimilar aquello.

—¿Al mes?

—Claro. —Vicky lo volvió a intentar y meneó la cabeza—. Quizá

cambiara la contraseña. Quizá no quería que nadie viera esos mensajes. —Parpadeó y se giró—. Sé que lo haces con buena voluntad, Wilde, pero quizá no debiéramos estar haciendo esto.

Vicky ya no quería seguir con aquello. Pero a Wilde se le ocurrió algo.

—Vale, dejemos eso de momento —dijo—. ¿Tienes acceso a su email?

—Sí.

—¿Lo has mirado?

—Últimamente no. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Podría haber algo. Si encontramos, por ejemplo, que ha enviado algún correo en las últimas semanas…

—Casi nunca usaba el correo. Era más de mensajes de texto.

—Pero vale la pena comprobarlo, ¿no crees? Quizá se comunicara con alguien. O alguien entrara en contacto con él.

Vicky volvió a abrir el navegador e hizo clic en el icono de Gmail. Apareció su cuenta de correo, así que la borró y escribió una que empezaba por PBennett447, y luego su contraseña. Repasó la bandeja de entrada.

—¿Algo destacado? —preguntó Wilde. Ella meneó la cabeza.

—Los mensajes nuevos pertenecen a listas de correo o de negocios. No se ha abierto ningún correo desde la desaparición de Peter.

Wilde observó que había dicho «desaparición» en lugar de «muerte».

—Comprueba la carpeta de los mensajes enviados —sugirió Wilde, aunque ese no era el motivo real por el que le había pedido que abriera el correo de su hermano. No era más que una maniobra de distracción: Wilde ya tenía lo que quería de Vicky Chiba—. A ver si ha enviado algo.

Ella abrió la carpeta.

—Nada nuevo o relevante.

—¿Sabemos si habló o se comunicó con alguien después de

marcharse?

—Comprobé su teléfono. No lo había usado.

—¿Y vuestros hermanos?

Ella negó con la cabeza.

—Kelly vive en Florida con su marido y tres hijos. Me dijo que hacía meses que no hablaba con Peter. Y Silas… Bueno, eran los dos pequeños de la casa, Silas siempre ha tenido celos de Peter. Ya sabes cómo va eso. Peter era más guapo, más popular, mejor deportista. Yo diría que la última vez que Peter y Silas hablaron fue cuando aparecimos todos en el programa.

—¿Todos fuisteis a *El amor es un campo de batalla*?

Vicky asintió.

—Hacia el final del programa hay un episodio llamado «Frente interno». Los finalistas presentan a Jenn a sus familias, y eso es lo que hicieron Peter y Big Bobbo.

—¿Big Bobbo?

—Era el otro finalista. Bob Jenkins. Se hacía llamar Big Bobbo. El caso es que los productores piden la asistencia de toda la familia, y quieren que haya un poco de drama. Se suponía que debíamos mostrarnos escépticos e interrogar a Jenn, ya sabes, dar espectáculo. Los productores querían que fuéramos los tres hermanos, pero Silas no estaba de acuerdo.

—¿Y aun así fue?

—Sí. Pagaban bien, y nos alojaron gratis en un resort estupendo en Utah, así que se preguntaría «¿por qué no?». Pero una vez allí se enfurruñó. No creo que dijera más de dos palabras. Se convirtió en un meme muy popular.

—¿Un meme?

—Creo que es así como lo llaman. La gente colgaba fotos de Silas y lo llamaban Silas el Silencioso o «Morritos» Silas, y luego añadían algún comentario en referencia a su mal humor, del tipo «Yo antes del café». A Silas aquello le molestó. Quería demandar al programa.

—¿Y ahora dónde está Silas?

—No estoy segura. Es camionero, así que se pasa la mayor parte del año en la carretera. Te puedo dar su teléfono móvil.

—Eso sería genial.

—Pero no creas que Silas te va a ayudar mucho.

—¿Y qué hay de Jenn?

—¿Qué le pasa a Jenn?

—¿Peter seguía en contacto con ella?

Vicky negó con la cabeza.

—No, hacia el final ya no.

—¿Jenn y tú habláis a menudo?

—Solíamos hablar mucho. Antes de todo esto éramos íntimas. Se quedó destrozada con todo aquello de la traición.

—¿Así que tú crees que Peter lo hizo?

Vicky vaciló.

—Él decía que no.

Wilde no dijo nada. Esperó.

—¿Es que importa, a estas alturas?

—No lo estoy juzgando —dijo Wilde—. Es solo…

—¿Solo, que qué? —dijo Vicky, y ahora sí parecía algo molesta—. Esto no es cosa tuya. Te he dicho que te pasaría información sobre el árbol genealógico. Para eso has venido, ¿no? Para saber por qué te abandonaron en el bosque.

De pronto Wilde cayó en la cuenta de que, por segunda vez desde que tenía uso de razón —la primera vez había sido solo unos meses antes, con su padre—, estaba conversando con una pariente de sangre. Esperaba que no le afectara en lo más mínimo. Se había pasado la vida convencido de que hallar respuestas no iba a cambiarle la vida, especialmente después de su encuentro con un padre que, evidentemente, no quería saber nada de él. Y, sin embargo, ahora que tenía delante a alguien de su propia sangre, sentía una atracción innegable.

—¿Vicky?

—¿Qué?

—Tú hablas de chakras, sensaciones y todas esas cosas.

—No te rías de mí.

—No me río. Pero hay algo en todo esto que no cuadra.

—Aun así, no entiendo en qué te afecta a ti.

—Quizá no me afecte. Pero voy a averiguarlo, con tu bendición o no. En el mejor de los casos, obtendrás alguna respuesta. En el peor, te habré hecho perder un poco de tiempo.

—No me estás haciendo perder el tiempo —dijo Vicky Chiba—. Eres nuestro primo. Y tienes mi bendición.

12

—Lo más probable es que Bennett esté muerto —dijo Rola.

—Lo sé.

—No entiendo por qué lo buscas.

Rola Naser, hermana de acogida de Wilde, vivía con su familia en una casa de dos pisos típica de los años setenta, con un añadido enorme en la parte trasera. En el patio delantero había un montón de juguetes y equipo deportivo infantil —bicicletas, triciclos, palos saltarines, bates de béisbol de plástico de un color naranja intenso, una canasta de *lacrosse*, muñecas, camiones—, todo desparramado como si los hubieran tirado desde una gran altura.

Se sentaron en la mesa de la cocina. Uno de los niños de Rola estaba sentado sobre la rodilla de Wilde. Otro se estaba comiendo un dónut de mermelada, y tenía gran parte de la mermelada esparcida por el rostro. Los dos mayores estaban en una esquina practicando un baile de TikTok, al ritmo de una canción que preguntaba, de forma repetitiva: «¿Por qué estás tan obsesionado conmigo?».

Wilde hacía saltar al caballito al niño que tenía sobre la rodilla para evitar que llorara.

—Te pasaste años diciéndome que debía buscar a mi familia biológica.

—Cierto.

—Me insististe hasta la náusea.

—Cierto.

—¿Y?

—Bueno, pues que la hermana de Peter Bennett… ¿cómo dices que se llama?

—Vicky Chiba.

—Eso. Te ha dicho que te buscaría un árbol genealógico, ¿verdad?

—Sí.

Rola levantó las manos al cielo.

—Es mayor que su hermano, probablemente sepa más de la familia que él. Eso es todo lo que necesitas, ¿no? He leído sobre Peter Bennett en internet, y da la impresión de que era un capullo de marca mayor. ¿Por qué tenemos que ayudarle?

Explicárselo resultaría muy largo, y probablemente no tendría sentido, ni siquiera para él.

—¿Podemos pasar por alto mis motivos?

—Si quieres… ¿Te apetece algo de comer? ¿Pido más pizza?

—Estoy bien.

No importa. He pedido una de más. ¿En qué puedo ayudarte?

Wilde señaló el ordenador portátil con un gesto de la cabeza.

—¿Te importa que lo use?

Rola apretó unas cuantas teclas y le dio la vuelta, poniéndoselo enfrente. Wilde pasó la mano alrededor de la cintura del pequeño Charlie, para poder escribir y aguantar al niño a la vez. Abrió el Gmail.

—¿Qué haces?

—Vi a Vicky Chiba escribiendo la dirección de email y la contraseña de Peter.

—Déjame adivinar. Y memorizaste la contraseña.

Él asintió.

—¿Sin que se diera cuenta?

—Volvió a asentir.

—¿Cuál es la contraseña?

—LoveJenn447.

Introdujo la contraseña, apretó la tecla de *enter* y —bingo—, ya estaba dentro. Wilde se puso a rebuscar por entre los correos. Era como había dicho Vicky: nada útil, nada personal. Echó un vistazo a la papelera. Tampoco. Ya investigaría más a fondo después.

—¿Alguna idea de qué significa ese 447? —preguntó Rola.

—No.

—¿Confías en la hermana? ¿O debería decir «tu prima»?

—No es eso —dijo Wilde.

Le explicó que Vicky tuvo ciertos reparos con respecto a la invasión de la privacidad al darse cuenta de que su hermano había cambiado la contraseña de Instagram. Wilde intentó entrar en la cuenta de Instagram de Peter usando la contraseña LoveJenn447.

No. Contraseña incorrecta.

Se lo esperaba. Más abajo aparecía el clásico vínculo preguntándole si había olvidado la contraseña y si quería cambiarla. Hizo clic. Y al hacerlo, Instagram, como cualquier otro sitio web tras una solicitud de cambio de contraseña, envió un vínculo a la dirección de correo electrónico del titular.

Y la dirección del titular era —redoble de tambores— la cuenta de Gmail a la que Wilde había podido entrar viendo cómo lo hacía Vicky Chiba.

—Muy listo —dijo Rola, cuando se lo explicó—. Primitivo, pero muy listo.

—Pon eso en mi epitafio —dijo Wilde. Esperó a que llegara el correo electrónico de Instagram. Cuando lo recibió, cambió la contraseña por otra inofensiva. Luego volvió a entrar en Instagram con la nueva contraseña. Apretó en el icono de los mensajes. En la categoría «general» había montones de ellos, pero Wilde seleccionó los «principales».

Los mensajes de DogLufegnev estaban entre los más recientes.

Wilde hizo clic en la conversación, con Rola leyendo por encima de su hombro.

DogLufegnev: Si intentas volver, Peter, te destrozaré. Sé lo que hiciste. Tengo pruebas.

Peter: ¿Quién eres?

DogLufegnev: Ya lo sabes.

Peter: No lo sé.

Luego DogLufegnev le había enviado una foto, aún más gráfica que las

que Marnie había mostrado en aquel pódcast. Bajo la imagen había otro mensaje.

DogLufegnev: YA LO SABES.

No había marcas de tiempo, así que era imposible saber cuánto había tardado en responder Peter Bennett.

Peter: Quiero quedar. Este es mi número de móvil. Por favor.

Rola le tapaba los ojos al pequeño Charlie.

—Vaya.

—Pues sí.

—Muy bien iluminada, esa foto de la polla, por cierto.

—¿Quieres que te imprima una copia?

—Basta con un pantallazo. ¿Así que eso es todo? ¿DogComosellame no respondió a la propuesta de Peter para quedar?

—Aquí no. Pero Peter le dio su número de teléfono. Puede que le llamara o le enviara un mensaje de texto. ¿Hay algún modo de rastrear al tal DogLufegnev?

Rola abrió la nevera, sacó una manzana y se la tiró a su hijo Elijah.

—Lo mejor que podría pasar es que este chico, o chica, no lo sabemos, ¿verdad? Lo mejor que podría pasar es que DogLoquesea hubiera enviado un mensaje o hubiera llamado al teléfono de Peter Bennett.

—¿Y si no lo hizo?

Rola se encogió de hombros.

—Podemos intentar rastrearlo a través de su cuenta de Instagram, pero es más difícil. Hoy en día eso se hace mucho, sobre todo a nivel corporativo. Se crean muchas cuentas falsas para difamar y para acosar. Mira, si no, la cuenta de tu primo. La gente lanza amenazas de muerte. Es de locos. ¿Qué interés deben tener esos trols en gente que no conocen? El caso es que nos encontramos con cosas así constantemente, aunque por motivos más concretos.

—¿Y conseguís dar con sus identidades reales?

—A veces. Siempre hay huellas digitales. En muchos casos podemos rastrear los metadatos, o hacer análisis de vínculos, o usamos

herramientas de búsqueda avanzada, cosas así. Si el caso es grave, como una amenaza de muerte, podemos conseguir una orden para solicitar la dirección IP de la persona en cuestión. Supongo que quieres encontrar a este tal DogLoquesea.

—Sí.

—Deja que se ocupen mis chicos.

—Gracias.

—Pero… ¿Wilde?

Wilde esperó.

—Recuerda que no le debes nada a Peter Bennett.

13

Wilde comprobó sus mensajes. No tenía nada de Laila. Esperaría a ver cómo iba la cosa. Devolvió el coche de alquiler y regresó a pie por los montes Ramapo hasta su ecocápsula. Los bosques siempre sugieren serenidad y soledad, pero nunca están callados. Laten llenos de vida, aunque su voz muchas veces tan solo sea un murmullo, y eso tiene algo de majestuoso e imponente. Paseando por entre los árboles, Wilde sintió que se le relajaban los músculos de la espalda y de los hombros. Empezó a respirar más profundamente. Su caminar se volvió más laxo. Dejó que su mente relajada analizara a Peter Bennett con una perspectiva nueva.

Rola le había dicho que no le debía nada a Peter Bennett. Quizá tuviera razón. ¿Pero eso importaba? ¿Es necesario deberle algo a alguien para ayudarle?

Sacó el teléfono y marcó el número que le había dado Vicky de su hermano —y primo de Wilde—, Silas. Al tercer tono alguien descolgó.

—¿Quién es? —dijo una voz.

Wilde distinguió el murmullo sordo del tráfico y se imaginó que Silas estaría en su camión.

—Me llamo Wilde —dijo—. Me ha dado tu número tu hermana Vicky.

—¿Qué es lo que quieres?

—Soy tu primo.

Wilde le habló del test de ADN, de los mensajes de Peter, de que lo estaba buscando.

—Joder —dijo Silas, cuando acabó—. Vaya lío. ¿Así que estamos emparentados de algún modo a través de tu madre?

—Eso parece.

—¿Y ella nunca le contó nada a tu padre y te dejó en el bosque, sin más?

No era eso exactamente, pero Wilde no vio motivo para corregirle.

—Algo así.

—¿Por qué me llamas, Wilde?

—Intento encontrar a Peter.

—¿Por qué? ¿Eres poli?

—¿Un batallador?

—¿Un qué?

—Así es como llaman a los seguidores de *El amor es un campo de batalla*. Batalladores. ¿Eres un batallador?

—No.

—Porque los batalladores hicieron un meme con mi cara. Esa idiotez de programa. Casi a diario, aún hoy, algún capullo se me acerca y me dice: «¡Hey, eres «Morritos» Silas! Me toca las narices, ¿me entiendes?

—Me lo imagino.

—Por cierto, todo el mundo cree que Peter está muerto.

—¿Y tú?

—No lo sé, porque… —Silas suspiró—. Porque… es raro, ¿no?

—Un poco.

—Mira, hace tiempo que no hablo con Peter. Lo cierto es que no estamos muy unidos, aunque seguro que Vicky ya te lo habrá dicho. ¿Dices que ha salido una concordancia entre Peter y tú en un sitio web de análisis de ADN?

—Sí.

—¿Te importa decirme en cuál?

—¿En qué sitio web? En DNAYourStory.

—Oh, eso lo explica —dijo Silas.

—¿Qué es lo que explica?

—Que no haya salido una coincidencia entre tú y yo. Yo envié mi ADN a un sitio llamado MeetYourFamily.

—¿Y te salió alguna coincidencia?

—Una con un veintitrés por ciento.

—¿A qué tipo de familiar corresponde eso?

—Hay diversas posibilidades. Lo más probable es que sea un hermanastro. Mi padre era un gamberro. No se lo digas a Vicky. Ella cree que el viejo Phil fue un padre estupendo. Si lo supiera se le rompería el corazón.

—¿No crees que si tuviera un hermanastro ella querría saberlo?

—¿Quién sabe? Quizá tengas razón. Quizá debiera decírselo. Pero no sé de qué le va a servir.

—¿Contactaste con ese familiar?

—Lo intenté. Le envié un mensaje a través de la app de MeetYourFamily, pero no respondió.

—¿Podrías enviarme la información?

—¿Sobre…? ¿Sobre la coincidencia? No sé muy bien qué podría enviarte. Borraron el perfil.

«Qué curioso», pensó Wilde. «Igual que hizo Daniel Carter».

—¿Te dieron algún nombre, unas iniciales o algo?

—No, MeetYourFamily no revela ninguna identidad hasta que las dos partes dan el consentimiento, así que no sé nada de él. O de ella. O de lo que sea. Solo que la coincidencia era de un veintitrés por ciento.

—Debe de ser una sensación rara —dijo Wilde.

—¿El qué?

—Que tal vez tengas un hermanastro por ahí, y que ninguno de los dos lo sepa.

—Sí, supongo. Parece que mucha gente está descubriendo cosas raras con esas páginas web. Tengo un amigo que descubrió que su padre no era su padre de verdad. Fue un buen palo. Ni siquiera se lo dijo a su madre porque no quería que se divorciaran.

—¿Obtuviste alguna otra coincidencia?

—Nada relevante. Ya te enviaré un mensaje de texto cuando vuelva

a casa, desde el ordenador. Por cierto, primo, ¿dónde vives?

—En Nueva Jersey.

—¿Cerca de Vicky?

—No muy lejos —dijo Wilde—. ¿Y tú?

—Tengo una casa en Wyoming, pero nunca estoy allí. Ahora mismo me encuentro cruzando Kentucky con una carga de Yellow Freight. —Se aclaró la garganta—. Pero voy mucho por Nueva Jersey. ¿Hasta qué punto estamos emparentados?

—Tenemos un bisabuelo o bisabuela común.

—Eso no es mucho —dijo Silas—. Pero tampoco es nada.

—No, no es nada.

—Especialmente para ti, supongo. Quiero decir… bueno, que como tú no tienes más familia… estaría bien conocerse y tomar un café juntos, quizás.

—¿Cuándo vuelves por Nueva Jersey?

—Bastante pronto. Suelo dormir en casa de Vicky.

—La próxima vez que vengas llámame —dijo Wilde.

—Lo haré, primo. E intentaré pensar en nuestra familia y ver qué se me ocurre.

—Te lo agradezco.

—¿Vas a seguir buscando a Peter?

—Sí.

—Buena suerte con eso. No quiero culpar a nadie, pero Vicky fue quien lo metió en esa mierda de los reality. Seguro que lo hizo con buena intención, pero Peter no estaba hecho para ese mundo. Si puedo ayudarte a encontrarlo…

—Te lo haré saber.

Silas colgó. Wilde se metió el teléfono en el bolsillo de atrás y siguió con su caminata. Respiró hondo, llenándose los pulmones con el aire fresco de la montaña. Levantó el rostro lentamente hacia el sol y dejó que sus pensamientos volaran libremente. Y volaron, como solía pasar cuando no hacía nada por impedirlo, hacia un rostro familiar, bello y

reconfortante.

El de Laila.

La vibración del teléfono le sobresaltó. Era Hester.

—Hey —dijo Wilde, procurando mantener en lo posible aquel agradable estado de paz.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Por la voz parece como si te hubieras tomado una pastilla, o algo.

—Tengo un subidón de vitalidad. ¿Qué hay de nuevo?

—Recibí tu mensaje —dijo Hester—. ¿Así que ya has conocido al pariente que encontraste a través del sitio web de análisis de ADN?

—He descubierto su identidad. Pero no he podido conocerlo.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Alguna vez has visto un *reality show* llamado *El amor es un campo de batalla*?

—Todos los episodios —dijo Hester.

—¿De verdad?

—No, claro que no. Ni siquiera entiendo el concepto. ¿Telerrealidad? Yo veo la tele para huir de la realidad. ¿Por qué me lo preguntas?

La caminata iba a ser larga, así que tenía tiempo. Le puso al día sobre Peter Bennett y todo el culebrón de los escándalos y desapariciones. Cuando acabó, Hester dijo: —Vaya jaleo.

—Sí.

—Has encontrado a tu familia, y resulta que es tan disfuncional como todas las demás.

—Me abandonaron en el bosque cuando era niño —dijo Wilde—. Tampoco esperábamos encontrar una familia normal.

—Tienes razón. ¿Así que vas a buscar a tu primo desaparecido?

—Sí.

—Quizá solo consigas confirmar que se suicidó.

—Quizá.

—Y supón que es así.

—Entonces esa será la respuesta.

—¿Y lo dejarás estar?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Bueno, pues veamos qué es lo que tienes que hacer ahora —dijo Hester, yendo al grano—. A mí me parece que la que podría aportar algo de información es su esposa, exmujer o lo que sea, Jenn Comosellame.

—Cassidy.

—¿Como David? Con lo que me gustaba a mí hace años…

—¿Quién?

—David Cassidy. ¿Te suena *Mamá y sus increíbles hijos*? ¿La familia Partridge?

—Ah, ya.

—Las chicas se fijaban en su pelo y su sonrisa, pero también tenía un buen culo.

—Es bueno saberlo —dijo Wilde—. ¿Y cómo podríamos llegar a Jenn Cassidy?

—Conozco a muchos agentes de Hollywood. Veré si consigo que hable con nosotros.

—Bien.

—Supongo que le habrás encargado a Rola que investigue la identidad de ese trol.

—Sí.

—Por cierto —dijo Hester, intentando adoptar un tono indiferente, pero sin lograrlo en absoluto—, ¿anoche te tiraste a Laila?

—Hester…

—¿Lo hiciste?

—¿Tú te has tirado a Oren? —contraatacó.

—Cada vez que puedo. Oren tiene un culo aún mejor que el de David Cassidy —dijo, y añadió—: ¿Se supone que esa pregunta debe evitar que yo te pregunte por lo tuyo con mi exnuera?

Wilde seguía caminando por la montaña.

—¿Dónde estás?

—En mi despacho, esperando a que emitan el veredicto del caso Levine.

—¿Alguna idea de cuándo llegará?

—No, ni idea. —Y luego—: ¿Se supone que esa pregunta debía evitar que yo te preguntara por lo tuyo con mi exnuera?

Wilde guardó silencio.

—Vale, vale, no es asunto mío. Déjame que haga unas llamadas, a ver si me entero de algo. Luego te digo.

Wilde hizo algunas labores de mantenimiento en la ecocápsula. Desde su regreso había llovido poco, así que se llevó el depósito de agua al arroyo más cercano para llenarlo. La ecocápsula tenía ruedas, de modo que Wilde podía moverla cada pocas semanas para que no la localizaran, pero siempre la situaba cerca de alguno de los cursos de agua de la montaña, por si había sequía.

Cuando acabó, se dirigió al punto que usaba como mirador, desde donde podía ver la casa de Laila, al final de la calle sin salida. No se veían coches. Ningún movimiento.

El teléfono volvió a vibrar. Era Rola.

—Hemos tenido suerte. Más o menos.

—Cuéntame.

—Hemos conseguido localizar el proveedor de internet de DogLufegnev. Parece que tiene una buena red de bots, varios de los cuales trolearon a tu primo fingiendo ser diferentes personas. Así que el tal Dog no solo publicó mensajes tóxicos sobre Peter Bennett, sino que hizo que el fenómeno creciera, fingiendo que mucha otra gente estaba de acuerdo con él.

—No me sorprende —dijo Wilde.

—Pero aun así es horroroso. ¿Qué le pasa a la gente?

—¿Encontraste un nombre o dirección de DogLufegnev?

—Algo así. ¿Sabes cómo funcionan los proveedores de internet?

—Más o menos.

—He encontrado la dirección a la cual remite las facturas ese proveedor. Podría ser cualquiera que viva allí.

—Vale.

—El proveedor factura sus servicios al domicilio de Henry y Donna McAndrews, en el 972 de Wake Robin Lane, en Harwinton, Connecticut. Está a dos horas en coche de tu casa.

—Voy para allá.

Esta vez Wilde no alquiló un coche. Sabía de un lugar donde podía «tomar prestado» un coche con una matrícula imposible de rastrear: el equivalente a un teléfono de prepago, pero en vehículo. Pensó que sería lo mejor. También cogió ropa oscura, un pasamontañas, guantes y un disfraz, por si le hacían falta. Wilde sabía que la línea que separa la precaución de la paranoia es muy fina. Y quizá él estuviera yendo hacia el lado de la paranoia, pero le parecía el modo más prudente de actuar.

Cogió la carretera 287 Este y cruzó por donde antes pasaba el puente Tappan Zee, que había sido demolido y reemplazado por el «puente del gobernador Mario M. Cuomo». Aunque Wilde no tenía ningún problema con Mario Cuomo, se preguntaba por qué habían renunciado a un nombre tan perfecto —«Tappan» se refería a la tribu de nativos americanos y «Zee» significa «mar» en holandés— para hacerle un homenaje a un político.

El paisaje se volvía cada vez más rural. El condado de Litchfield es muy extenso, con una gran extensión cubierta de imponentes bosques. Cinco años atrás, cuando Wilde había sentido la necesidad de huir de los montes Ramapo, pero sin alejarse de la costa este, había vivido en aquellos bosques durante dos meses.

Ya anochecía para cuando llegó a Wake Robin Lane. La calle estaba tranquila, en silencio. Redujo la velocidad. Más que una calle era un camino: todas las casas tenían varias hectáreas de terreno. Las luces centelleaban a través del denso follaje.

Pero en el 972 de Wake Robin Lane no había luces.

Wilde volvió a sentir ese cosquilleo primitivo, ese instinto de supervivencia que la mayoría hemos acallado o dejado morir a medida que hemos ido «progresando» y nos hemos instalado en sólidas casas con puertas de seguridad, poniendo toda nuestra confianza en las figuras de la autoridad. Siguió conduciendo hasta el final de la calle y giró a la derecha por Laurel Road. Pasó el estanque de Wilson y encontró un lugar discreto junto a la Reserva Natural Kalmia, que, según el cartel, había sido creada por una entidad local, la Sociedad Audubon. Wilde ya iba vestido de negro. Se puso los guantes, una gorra de béisbol negra, y se metió en el bolsillo un pasamontañas fino por si lo necesitaba. Ya estaba oscuro, pero eso no le arredró. Conocía el cielo y las estrellas lo suficientemente bien como para recorrer a pie ese kilómetro y medio atravesando el terreno boscoso. También llevaba una linterna por si la necesitaba —el hecho de ser un experto en supervivencia no te da visión nocturna—, pero el cielo estaba lo suficientemente claro como para orientarse.

Quince minutos más tarde, Wilde se plantó en el patio trasero de los McAndrews. Antes de salir había buscado la casa en Zillow. Los McAndrews la habían comprado en enero de 2018 por 345.000 dólares. Tenía 240 metros cuadrados, tres dormitorios, tres baños, era de construcción bastante reciente y contaba con una hectárea de terreno cercado.

Como suele decirse, era un lugar tranquilo. Demasiado tranquilo.

No había luces en la parte de atrás.

O todos los miembros de la familia McAndrews estaban ya en la cama —solo eran las nueve— o, más probablemente, no había nadie en casa. Wilde sintió que le vibraba el teléfono. Llevaba un AirPod en la oreja izquierda. Le dio un golpecito para responder. No hacía falta que dijera nada. Rola ya sabía lo que tenía que hacer.

—Henry McAndrews tiene sesenta y un años, su esposa Donna tiene sesenta —dijo Rola—. Tienen tres hijos, todos varones, de veintiocho,

veintiséis y diecinueve años. Sigo buscando.

Rola colgó.

Wilde no tenía muy claro qué significaría aquello. Por edad y sexo, los hijos tenían más probabilidades de ser DogLufegnev que los padres. La pregunta era: ¿seguiría viviendo alguno de ellos en la casa paterna?

Wilde se puso el pasamontañas. No se le veía ni un centímetro de piel. Hoy en día la mayoría de las casas cuenta con algún sistema de seguridad o cámaras de vídeo. No todas. Pero sí muchas. Se acercó un poco más a la casa. Si lo viera alguien, o lo enfocara alguna cámara, lo único que verían sería a un hombre vestido de negro de la cabeza a los pies. Nada más. Y Wilde sabía que con eso no podían hacer nada.

Se acercó más, se agachó y cogió unos guijarros. Sin levantarse, los tiró contra el cristal de la puerta corredera y esperó.

Nada.

Hizo lo mismo con las ventanas del piso de arriba, tirando más guijarros, esta vez con mayor rapidez. Era un recurso a la antigua, un método burdo pero efectivo para ver si había alguien en casa. Si se encendían las luces, podía marcharse, sin más. Antes de que pudieran seguirle el rastro ya habría desaparecido de nuevo en el bosque.

Tiró más piedras, algunas más grandes, varias a la vez. Hicieron bastante ruido. Era lo que pretendía, por supuesto.

No hubo reacción. Ni gritos ni chillidos ni luces. No aparecieron siluetas mirando por la ventana.

Conclusión: no había nadie en casa.

Por supuesto, no era seguro del todo. Podía haber alguien que tuviera el sueño muy profundo, pero aquello tampoco le preocupaba especialmente. Buscaría una puerta o ventana que no estuviera cerrada con llave. Y si eso no funcionaba, contaba con las herramientas necesarias para entrar en cualquier vivienda. Llevaba colándose en casas ajenas desde que era niño. En aquel entonces, por supuesto, el «niño del bosque» no usaba herramientas. Simplemente

tanteaba las ventanas y las puertas y, si no se abría ninguna, pasaba a la casa siguiente. Una vez —probablemente tuviera cuatro o cinco años—, tenía muchísima hambre y no conseguía encontrar ninguna casa vacía que no estuviera cerrada con llave, así que rompió la ventana de un sótano con una piedra y se coló por ahí. La mente le transportó a aquel recuerdo, a los retortijones de hambre, al miedo y la desesperación, que se habían impuesto a la precaución. Al atravesar aquella ventana del sótano se había cortado en la barriga con los restos de cristal. Era algo que había olvidado completamente. Hasta aquel momento. ¿Qué había hecho después de cortarse? ¿Tenía aquel niño el sentido común necesario como para ir a buscar un botiquín al baño de la planta superior? ¿O se había limitado a presionarse las heridas con la camisa? ¿Eran heridas profundas o superficiales?

No lo recordaba. Solo recordaba que se había cortado con los fragmentos de cristal. Así era como solían llegarle los recuerdos: en fragmentos. Sus primeros recuerdos eran la barandilla roja, la madera oscura, el retrato de un hombre con bigote y el chillido de una mujer. Había soñado con aquellas imágenes toda su vida, pero seguía sin saber qué significaban, si es que significaban algo.

Probó primero con las ventanas de la planta baja de la casa de los McAndrews. Cerradas. Probó la puerta de atrás. Cerrada. Probó la puerta corredera de cristal.

Bingo.

Eso le sorprendió un poco. ¿Por qué iba a cerrar alguien todas las ventanas y no la puerta corredera? Podía ser un descuido o una falta de atención, por supuesto. Tampoco era gran cosa. Aun así…

Aquel cosquilleo otra vez.

Wilde se agachó. Abrió la puerta corredera solo un par de centímetros. Luego otro par de centímetros. La puerta se deslizó suavemente por la guía. Sin hacer ruido. Wilde mantuvo la cabeza gacha y la abrió un poco más. Lentamente. Quizá estuviera exagerando, pero el exceso de confianza podía ser más traicionero que

un adversario temible. Esperó y escuchó.

Nada.

Cuando hubo abierto la puerta lo suficiente, entró sigilosamente. Se planteó cerrar la puerta una vez dentro, pero, si tenía que huir corriendo, una puerta abierta le ahorraría tiempo. Wilde se quedó todo un minuto perfectamente inmóvil, atento a cualquier sonido.

No oyó nada.

En el escritorio de la esquina localizó un ordenador de sobremesa.

Bingo otra vez.

No había nadie en casa. Ahora ya estaba seguro de eso. Pero no conseguía quitarse aquel cosquilleo de encima. No era un hombre supersticioso. En realidad no creía en nada de eso. Y, sin embargo, sentía algo flotando en el ambiente.

—¿Qué estaba pasando por alto?

No lo sabía. Quizá no fuera más que su imaginación. No podía descartarlo. Aunque un exceso de precaución no iba a hacerle ningún daño. Wilde siguió agachado y avanzó hacia el escritorio. Aquel era su objetivo, el motivo por el que se había colado en casa de los McAndrews: descargar todo lo que pudiera del ordenador y luego llevárselo a los expertos de Rola para que hicieran un análisis en profundidad. En algún momento también quería interrogar a la familia McAndrews, aunque dudaba de que pudiera sacar nada en claro. La clave era descubrir cómo había conseguido el trol DogLufegnev esas fotos comprometidas que habían hecho que Peter Bennett cayera en picado.

El ordenador era un PC con sistema operativo Windows y protección con contraseña. Wilde sacó dos lápices de memoria. Conectó el primero al puerto USB. El lápiz de memoria era una herramienta completa para piratas informáticos. Contenía programas autoejecutables como mailpv.exe o mspass.exe, y, una vez conectado al puerto USB, recopilaba contraseñas de Facebook, Outlook, datos bancarios, lo que fuera.

Aunque Wilde no necesitaba nada de todo eso.

Solo necesitaba la contraseña del sistema operativo, para poder descargar todo el contenido del ordenador en la segunda memoria externa. En las películas, eso lleva un tiempo relativamente largo. En realidad, los programas pirata dan con la contraseña en segundos y el contenido del disco duro se puede copiar en menos de cinco minutos.

Con el ordenador desbloqueado, Wilde abrió el navegador para ver el historial. Sabía que los ordenadores ya no son tan indiscretos como antes, que dejaban todo al descubierto. Hoy en día la gente usa sobre todo el teléfono móvil para navegar. Se pueden investigar los correos electrónicos y los mensajes de texto, pero lo jugoso suele estar oculto en apps de mensajería protegida como Signal o Threema.

Primer sitio web en la lista de marcadores: Instagram.

Qué raro. Instagram es una app que se usa sobre todo desde el teléfono, no es algo que la gente consulte desde el ordenador. Wilde hizo clic enseguida en el vínculo y apareció Instagram. Esperaba ver el nombre de DogLufegnev en el cuadro de perfil, pero el nombre que apareció en la pantalla fue NurseCaresLove24. La foto de perfil era la de una mujer de aspecto asiático y de no más de treinta años. A la derecha, Wilde encontró la opción de cambiar de perfil. Seleccionó el vínculo.

Aparecieron decenas de cuentas.

Era un popurrí de perfiles de todo tipo, estaban representados todas las religiones, géneros, nacionalidades, ocupaciones y tendencias. Wilde fue bajando y contando nombres. Sacó el teléfono e hizo fotografías de los perfiles, por si no aparecían registrados en la memoria externa. Ya había contado más de treinta nombres cuando por fin vio el de DogLufegnev.

Hizo clic en el perfil y vio cómo se cargaba la página. DogLufegnev solo había publicado doce fotografías en total, todas de paisajes. Tenía cuarenta y seis seguidores, y, por lo que parecía, todos se correspondían con las cuentas configuradas en ese ordenador. Wilde

hizo clic en el icono de mensajería. Encontró la misma correspondencia entre DogLufegnev y Peter Bennett que había visto en casa de Rola, pero lo más curioso, mucho más curioso aún, era el mensaje que había arriba, el último que había recibido DogLufegnev.

Era de alguien llamado PantherStrike88. El mensaje era tan simple como escalofriante: Te he pillado, McAndrews. La vas a pagar.

«Vaya», pensó Wilde. Esa tal Panther había descubierto a McAndrews.

La memoria externa parpadeó dos veces, indicando que ya había acabado la descarga. Wilde la desconectó y se la metió en el bolsillo. Hizo clic en el perfil de PantherStrike88, pero ya no existía. Quienquiera que hubiera creado la cuenta —y que hubiera enviado ese mensaje amenazador— ya la había eliminado.

¿Qué estaba pasando?

Por primera vez desde que había entrado en la casa oyó un ruido.

Un coche.

Fue corriendo hasta la ventana de delante y llegó justo a tiempo para ver las luces de atrás de un coche, desapareciendo por la izquierda. No era nada. Un coche que pasaba. La calle volvió a quedar en silencio.

Pero sentía otra vez el cosquilleo.

Wilde regresó sin hacer ruido a la habitación del ordenador, preguntándose si debía seguir buscando en el ordenador o si era mejor irse ya, cuando de pronto le llegó aquel olor…

Se quedó paralizado.

Sintió un nudo en el estómago. Estaba junto a una puerta que supuso que llevaría al sótano. Se acercó y aspiró más hondo.

Oh, no.

Wilde no quería abrirla. Quería huir. Pero no podía. Ahora no.

Con la mano protegida por el guante agarró el pomo y lo giró. Abrió la puerta. Ya. No necesitaba más indicios. El hediondo olor a descomposición le arrolló, como si hubiera estado llamando a la puerta para que le dejaran salir.

Wilde encendió la luz y miró hacia el final de las escaleras.

Había sangre.

Mucha.

14

Cuando llamó Wilde, Hester estaba tendida boca arriba, en la cama, *posflagrante delicto* y aún recuperando el aliento. A su lado, mirando al techo con una sonrisa, estaba su… —¿era demasiado mayor como para llamarlo «novio»?—… pareja, Oren Carmichael.

—Ha sido… —dijo Oren, justo antes de que sonara el teléfono—… increíble.

Estaban en el dúplex de Hester, en Manhattan. Al igual que Hester, Oren había vendido la casa de Westville donde había criado a sus hijos, ya adultos, con su ex, Cheryl. Oren se había pasado mucho tiempo en la periferia de la vida de Hester. Fue entrenador de béisbol de dos de sus hijos. También era uno de los policías que encontraron al pequeño Wilde en el bosque.

Oren le sonrió.

—¿Qué? —dijo Hester.

—Nada —respondió Oren.

—¿Entonces a qué viene esa sonrisa?

—¿Qué parte de «increíble» es la que no te queda clara?

A la muerte de Ira, Hester pensó que ya no habría más hombres en su vida. No era una decisión fruto de la rabia, la amargura o el disgusto, aunque había mucho de todo eso. Quiso mucho a Ira. Era un hombre cariñoso, bueno, inteligente y divertido. Fue un compañero maravilloso. Y Hester no se veía saliendo con nadie más. Había tenido una carrera profesional muy movida y una vida muy llena, y la idea de tener que prepararse para salir con una persona nueva le daba escalofríos. Simplemente le parecía demasiado trabajo. Pensar en desnudarse delante de un hombre que no fuera Ira la aterraba y la agotaba al mismo tiempo. ¿Quién necesitaba algo así? Ella no, desde

luego.

Así que Oren Carmichael, jefe de policía de Westville, había sido toda una sorpresa. Oren, un poli macizo de anchos hombros y uniforme ajustado, no estaba hecho para Hester, ni ella para él. Pero al final había sucedido, y ahí estaban. Hester no podía evitar preguntarse qué le habría parecido a Ira. Le gustaba pensar que se alegraría por ella, del mismo modo que ella se habría alegrado por Ira si hubiera acabado con Cheryl, la aún voluptuosa exmujer de Oren, que a su edad seguía colgando fotografías en bikini en las redes —aunque, pensándolo bien, tal vez hubiera vuelto del más allá para atormentar a Ira como Fruma-Sarah en la secuencia del sueño de *El violinista en el tejado*.

Ella habría querido que Ira fuera feliz con otra persona. ¿No hubiera deseado Ira lo mismo para ella? Esperaba que sí. Ira podía ser muy celoso, y en el pasado a Hester le había gustado bastante flirtear. A pesar de todo, era tremendamente feliz con Oren. Estaban listos para comprometerse más, pero a su edad, ¿qué significaba eso? ¿Hijos? Ja, ja, ja. ¿Matrimonio? ¿Quién lo necesitaba? ¿Irse a vivir juntos? Más bien no. A ella le gustaba tener su propio espacio. No quería tener a un hombre pegado a sus talones todo el día, aunque fuera un hombre maravilloso como Oren. ¿Significaba eso que le quisiera menos? No sabía decir. Hester quería a Oren todo cuanto podía querer a alguien, pero no al nivel de cuando tenía dieciocho años, ni como cuando tenía cuarenta.

Sin embargo, algo no dejaba de llamarle la atención: la relación con Oren era física, más física —aunque no fuera correcto hacer comparaciones— que con Ira. Y eso le hacía sentirse culpable. La vida sexual que tenía con Ira había ido perdiendo fuerza. Eso era normal, por supuesto. Construyes tu vida, dos trabajos, te quedas embarazada, crías a los niños, estás agotada, no hay espacio para la vida íntima. Lo clásico. Pero aun así Ira se enfadaba. «Echo de menos la pasión», solía decirle, y aunque ella no le prestó atención en su momento,

interpretándolo como la clásica manipulación del hombre que pide más sexo, ahora tenía sus dudas.

Una noche, poco antes de que David muriera en el accidente de coche, Ira estaba sentado a oscuras con un vaso de whisky en la mano. Casi nunca bebía, y cuando lo hacía se le subía enseguida a la cabeza. Ella entró en la habitación y se situó detrás de él, de pie. No estaba ni siquiera segura de que él se hubiera dado cuenta.

—Si yo muriera y volvieras a salir con alguien —le dijo—, ¿querrías que tu vida sexual con ese nuevo hombre fuera como la nuestra?

Ella no respondió. Pero era una pregunta que no había olvidado.

Quizá a Ira no le hiciera ninguna gracia lo que estaba pasando en su antigua cama. O quizá lo entendiera. Cuando eres joven esperas demasiado de una relación; un día, miras hacia atrás y te das cuenta.

El teléfono volvió a sonar.

—¿El veredicto? —preguntó Oren.

Un rato antes, mientras cenaban, habían estado hablando del caso de asesinato de Richard Levine.

—O crees en el sistema —dijo Oren, como miembro de un cuerpo de seguridad—, o no.

—Yo creo en nuestro sistema —había dicho ella.

—Los dos sabemos que lo que hizo tu cliente no fue en defensa propia.

—Nosotros eso no lo sabemos.

—Si se libra, ¿significa que nuestro sistema no funciona?

—Puede que signifique lo contrario —dijo ella.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Puede que signifique que nuestro sistema tiene cierta flexibilidad.

Oren se quedó pensando.

—Levine tenía sus motivos. ¿Es eso lo que quieres decir?

—En cierto sentido.

—Todo asesino cree que tiene un motivo para matar.

—Es verdad —dijo Hester.

—¿Y tú crees que está bien matar a alguien si se tiene un motivo?

—Solamente cuando se trata de nazis —dijo, dándole un beso en la mejilla—. Si se trata de nazis, eso no me supone ningún problema.

Hester se sentó en la cama y miró el teléfono.

—No es el veredicto —dijo. Apretó el botón de respuesta y se llevó el teléfono al oído—. ¿Sí?

—¿Estás sola? —preguntó Wilde.

No le gustó el temblor de su voz.

—No.

—¿Puedes estarlo?

Le indicó con gestos a Oren que se iba a otra habitación. Oren asintió. Cuando estuvo en el salón y hubo cerrado la puerta del dormitorio, preguntó: —Vale. ¿Qué pasa?

—Tengo una hipótesis que plantearte.

—No me va a gustar, ¿verdad?

—Lo dudo.

—Adelante.

—Pongamos, hipotéticamente, que he encontrado un cadáver.

—Sabía que no me iba a gustar. ¿Dónde?

—En una casa privada en la que no debería estar.

Wilde le explicó lo de la búsqueda de su primo, y cómo había acabado en la puerta de la residencia de los McAndrews.

—¿Sabes de quién es el cuerpo?

—Del padre. Henry McAndrews.

—¿Aún estás en la casa?

—No.

—¿Hay alguna posibilidad de que la policía descubra que has estado en la casa?

—No.

—Pareces muy seguro de ello —observó Hester.

Wilde no respondió.

—¿Cuánto tiempo dirías que lleva muerto?

—No soy forense.

—¿Pero…?

—Supongo que al menos una semana.

—Interesante —dijo Hester—. Lo lógico sería que su esposa o sus hijos lo hubieran denunciado, ¿no? Supongo que me has llamado para pedirme asesoramiento legal.

Wilde no respondió.

—Hay dos opciones —prosiguió—. Opción uno: soltar la bomba y denunciarlo.

—Me he colado en la casa.

—Eso podríamos justificarlo. Pasabas por ahí. Te pareció que olía raro.

—Así que vestido de negro de los pies a la cabeza, con pasamontañas y guantes, abro la puerta trasera de una casa en un lugar remoto con varias hectáreas de terreno, lejos de cualquier lugar por el que alguien pueda pasear…

—Todo eso podría explicarse —dijo Hester.

—¿En serio?

—Podría llevar algo de tiempo. Pero sabrían que no lo has matado, porque la autopsia demostraría que lleva muerto al menos una semana. No te pasaría nada.

—¿Y la opción dos?

—¿Te preocupa que la policía no te crea?

—Si declaro, escarbarán en mi pasado, lo sacarán todo otra vez. Quizá incluso revisen el caso Maynard.

En eso Hester no había pensado. De cara a la galería el caso Maynard había sido un secuestro «normal»; pero de normal no tenía nada. Y era algo que habían mantenido en silencio por una serie de buenas razones.

—Ya veo.

—Y en el mejor de los casos, si no me hacen nada, ¿quién sería su principal sospechoso?

—No te sigo… Oh, espera. ¿Tu primo?

—¿Quién si no?

—Sí, ya, pero venga, Wilde… ¿querrías protegerlo si hubiera matado a ese tipo?

—No.

—Que fuera un trol no es justificación para un asesinato —dijo Hester.

—A menos que fuera un nazi.

—¿Es una broma?

—No es muy buena, pero sí. No sé si Peter Bennett tiene algo que ver. No tengo ni idea de qué está pasando.

—No puedes dejar un cadáver ahí, pudriéndose, sin más —dijo Hester—. Mi consejo como abogada es que lo denuncies.

—¿Y cuál es la segunda opción?

—Esa es la segunda opción. La opción uno era declarar. La opción dos es denunciarlo de forma anónima. Yo recomendaría la opción uno, pero tengo un cliente algo tozudo.

—Y entiendes su punto de vista —añadió Wilde.

—Sí, lo entiendo. —Hester se cambió el teléfono de mano—. Te diré lo que voy a hacer. Llamaré yo. No pueden obligarme a dar un nombre, por el privilegio abogado-cliente, y así quizá me tengan informada. Supongo que no hay modo de rastrear esta llamada, ¿no?

—Ninguno.

—Vale. Cuando sepa algo ya te diré.

Colgó. Cuando volvió al dormitorio, Oren se estaba vistiendo. No lo impidió. No le importaba que se quedara a dormir, pero era algo que ninguno de los dos solía buscar.

—¿Estás bien? —preguntó Oren, mientras metía aquellos hombros en la camiseta.

—¿Conoces a algún poli en el condado de Litchfield?

—¿Puedo preguntar por qué?

—Tengo que informar del descubrimiento de un cadáver.

15

Wilde le devolvió el coche a Ernie, que ya se encargaría de hacer lo necesario para que no pudieran rastrearlo. Eso significaba que el coche acabaría siendo desguazado para venderlo por piezas. Ernie no le pediría detalles a Wilde, y Wilde no le haría preguntas a Ernie. Era lo más seguro para ambas partes.

Rola fue a recogerlo, y él le entregó el lápiz de memoria. Ella, a su vez, le puso al día mientras iban en el monovolumen Honda, lleno de sillitas de bebé. A medida que hablaba, iba poniéndose más seria.

—Esa memoria externa… —dijo—. Más vale que el análisis en profundidad lo haga yo misma.

—¿Puedes hacerlo?

—Si no es demasiado complicado, sí. No me malinterpretes, confío en mis expertos. Saben ser discretos.

—Pero no quieres colocarles en una posición complicada.

—No, si hay un cadáver de por medio.

Wilde asintió.

—Lo entiendo.

—Aun así, no podemos ser los malos de la película. Si encontramos algo que pueda ayudar a la policía a encontrar al asesino, se lo damos, ¿no?

—Sí.

—¿Aunque el asesino sea tu primo?

—Sobre todo si es él.

Rola tomó la salida de la carretera 17.

—Si quieres, te puedes quedar a dormir en casa. La conexión a internet es estupenda.

—No te preocupes.

Diez minutos más tarde Rola paró el coche en el arcén y encendió los cuatro intermitentes, en la oscuridad más total. Wilde le dio un beso en la mejilla, bajó del coche y desapareció en el bosque. Por esa noche el trabajo estaba hecho. Volvería a la ecocápsula y dormiría un poco. Le faltaban apenas cien metros para llegar cuando le vibró el teléfono. Era un mensaje de texto de Laila: **Laila:** Ven.

Wilde tecleó una respuesta: ¿Has hablado con Matthew?

Laila: Déjalo.

Wilde: ¿Qué?

Laila: Pues que, si tengo que escribirte «ven» dos veces, las cosas deben de haber cambiado. Déjalo.

Sonrió en la oscuridad y se encaminó hacia el patio trasero de Laila. En realidad no le preocupaba Darryl. Eso era asunto de Laila, no suyo. No le preocupaba hacer lo correcto, manteniendo las distancias o cosas por el estilo, porque no era él quien debía decidir en su lugar. Él era transparente con ella, y ella entendía la situación. ¿Quién era él para «rescatarla» y tomar decisiones por ella, aun cuando las cuestionara?

Bonita racionalización.

Laila salió a su encuentro, en la puerta de atrás. Matthew no estaba en casa. Se dirigieron directamente al piso de arriba. Wilde se desnudó y se metió en la ducha. Laila fue con él. A las siete de la mañana, tras un sueño reparador, el más largo en mucho tiempo, Wilde parpadeó, abrió los ojos y vio a Laila sentada en el borde de la cama, mirando por la ventana en dirección al bosque, que se extendía más allá del patio trasero. Él observó su perfil sin decir nada. Sin volverse, Laila dijo: —Tendremos que hablar de esto.

—Vale.

—Pero hoy no. Aún tengo que pensar en algunas cosas.

Wilde se incorporó.

—¿Quieres que me vaya?

—No.

Laila se giró, lo miró de frente y, cuando lo hizo, Wilde sintió una

presión en el pecho.

—¿Quieres hablar de ello?

En realidad no quería. Hay gente a quien le gusta hablar de sus cosas. Les ayuda a encontrar una solución a sus problemas. A Wilde le ocurría lo contrario. Había comprobado que muchas veces aprendía más guardándose los problemas, dejando que la presión creciera hasta que afloraran las respuestas. Cuando exteriorizaba las cosas, en cambio, era como si el globo se deshinchara y perdiera fuerza.

Aun así, entendía el valor de abrirse a otro ser humano, especialmente a alguien tan perspicaz como Laila, por no hablar de que sabía que a ella eso le iba a gustar. Le contó lo que pudo sobre Peter Bennett, dejando a un lado el descubrimiento del cadáver.

—La navaja de Occam —dijo Laila, cuando hubo acabado.

Él esperó a que continuara.

—La hipótesis más probable es que tu primo estuviera enormemente afectado después de un escándalo que había acabado con su matrimonio, su fama y, probablemente, lo que él consideraba toda su vida… y que decidiera acabar con todo.

Wilde asintió.

—Pero esa explicación a ti no te convence.

—No lo sé.

—No sé qué puede haberle pasado a Peter Bennett, pero probablemente tenga algo que ver con el hecho de ser una estrella de realities.

—Es lo más probable.

—Y supongo que tus conocimientos sobre ese mundo son más bien limitados.

—¿Has tenido alguna idea?

—Pues sí.

—¿Cuál?

—Que vamos a iniciarte en el tema.

—¿Cómo?

—Matthew y Sutton estarán aquí en una hora.

—¿Quieres que me vaya?

—No, quiero que te quedes. Son ellos los que van a iniciarte.

Los cuatro —Wilde, Laila, Matthew y Sutton— dedicaron las horas siguientes a ver episodios en streaming de la temporada de *El amor es un campo de batalla* en la que aparecían PB&J.

Sutton observaba a Wilde.

—No te gusta nada, ¿verdad?

Él no vio motivo para mentir.

—No, ni pizca.

Wilde sabía que era un tópico señalar que el programa era insustancial, repetitivo, deshonesto, guionizado y que incluso manipulaba y abusaba de los concursantes: prácticamente no había ninguno que no acabara siendo objeto de burlas, que no fuera ridiculizado o que no apareciera como un ser malvado, perturbado o con el corazón destrozado; pero la línea que separa el tópico de la verdad en algunas ocasiones puede ser muy fina. Wilde había intentado ver el programa con la mente abierta y sin grandes expectativas, comprendiendo que él no era el tipo de espectador al cual iba dirigido. Pero, aun así, *El amor es un campo de batalla* resultó ser más malo y destructivo de lo que había imaginado.

Matthew y Sutton veían la tele cogidos de la mano. Wilde estaba sentado en una butaca, a su derecha. Laila no paraba de entrar y salir del salón.

—Mi padre dice que esto significa el fin de nuestra civilización —dijo Sutton.

Wilde sonrió.

—Pero lo cierto es que nosotros nos damos cuenta —añadió Sutton—. Cuando los padres ven esto, piensan: «Estos concursantes son unos ejemplos horribles para nuestros hijos, y bla, bla, bla». Pero es lo contrario. Nos dan una lección.

—¿Y eso por qué?

—Porque nadie quiere ser como esos despojos humanos —dijo ella, señalando hacia la pantalla—. Es como decir que por ver una serie sobre asesinatos te van a venir ganas de empezar a matar gente. La mayoría, cuando vemos a esta gente, lo que pensamos es: «Venga ya, yo no querría ser como ellos».

Un planteamiento interesante, pensó Wilde, aunque eso no justificaba el horrible componente voyeurístico que tenía el programa. Por otra parte, los concursantes sabían dónde se metían, y Wilde no tenía un especial interés en juzgar a nadie. Si no causaban ningún daño, ¿quién era él para criticar?

Aunque… ¿de verdad no causaban ningún daño?

¿No seleccionaba el programa a gente joven e inexperta, en muchos casos personas sensibles y vulnerables, lanzando sus cuerpos bañados en gasolina al fuego de la fama, listos para meterse en problemas?

¿Era el programa lo que había destruido a Peter Bennett?

El guion de *El amor es un campo de batalla* contaba más o menos con todos los elementos previsibles, aunque potenciados hasta un extremo ridículo. Sin embargo, ver unos cuantos episodios le ayudó a comprender la mecánica. Había un montón de participantes (habían tenido el buen criterio de poner sus nombres en una lista al pie de la pantalla) y toneladas de drama precocinado. Sin embargo, al final todo se reducía a una historia muy simple, a la que se ha recurrido muchas veces. Jenn tenía que escoger entre dos hombres. El primero era peligrosamente sexi: «Big Bobbo», así era como se hacía llamar Bob Jenkins, el tío duro del programa, que además, durante las insustanciales «entrevistas» que se intercalaban en el drama, siempre hablaba de sí mismo en tercera persona: «A Big Bobbo le gustan las chicas con un buen culo, nenas. Nada de culos planos para Big Bobbo, ¿vale?». La segunda opción era Peter Bennett, atractivo, dulce y amable, al que presentaban como el chico bueno que les encanta a papá y a mamá. Al principio Peter aparecía como la alternativa

«aburrida» para Jenn, pero, a medida que iban pasando los episodios —y basándose en la reacción de la audiencia—, el programa había acabado mostrando a Big Bobbo como el villano lisonjero y de falso encanto, y a Peter como el caballero andante, la mejor opción que tenía Jenn si quería encontrar el amor verdadero, en caso de que quisiera abrir los ojos.

Las cuñas avanzando el desenlace, cada vez más largas y frecuentes a medida que se acercaba el final, apuntaban tanto a que Jenn iba a seleccionar a Big Bobbo que resultaba imposible pensar que eligiera a Peter. A pesar de ello, los productores lograron imprimir todo el «suspense» posible a la batalla final, incluida una escena de «lucha» con montones de humo en la que daba la impresión de que había ganado Big Bobbo, antes de que Jenn lo descartara y escogiera en su lugar «dueño de su corazón» a Peter Bennett.

Música de violines.

—La familia de Bobbo es tremenda, ¿verdad? —dijo Sutton—. Seleccionaron a su madre para *La batalla sénior*.

—¿Sénior? ¿Eso es…?

—Básicamente el mismo programa, pero con gente más madura. Las visitas de los familiares son la bomba. ¿Has visto a Silas, el hermano de Peter? El tipo no dice una palabra en todo el rato. Lo único que hace es calarse ese sombrero de camionero. Se ha convertido en el cascarrabias más conocido del país. Sus hermanas parecen majas, pero ninguna de ellas tiene potencial para el estrellato. Pero la madre de Big Bobbo es brutal.

—¿Big Bobbo se quedó muy afectado por la derrota? —preguntó Wilde.

—No mucho —dijo Sutton—. No puedo creerme que nunca hayas oído hablar de Big Bobbo.

Wilde se encogió de hombros.

—En cualquier caso, Big Bobbo fue seleccionado inmediatamente para el spinoff, *Zona de combate*.

—¿Hay un spinoff?

Básicamente cogen a los concursantes más populares de entre los que no han ganado y los meten en una isla, donde empiezan a ligar. Muchos chismes y mucho drama. Big Bobbo estaba siempre en la línea de ataque, con diferentes mujeres. Hizo que tanto Brittany como Delia se enamoraran de él, y luego las sacrificó en el pelotón de fusilamiento, en el primer episodio. A las dos. Yo creo que fue la primera vez que se vio una doble eliminación en el programa.

Wilde se ahorró las muecas.

—¿Y Jenn y Peter?

—Se convirtieron en PB&J —dijo Sutton—, quizá la pareja más querida de la historia del programa. Ya sé que piensas que el programa es una tontería, y nosotros también, pero vamos a fiestas donde lo ponen, lo comentamos, nos reímos y… nos divertimos, Wilde. ¿Entiendes lo que te digo?

—Creo que sí.

—Hay otra cosa. Puede ser solo una convicción personal, pero yo creo que es cierta.

—¿El qué?

—Sí, los personajes están manipulados, todo está editado para crear una historia, y todo lo que quieras, pero los concursantes no pueden engañar al público constantemente.

—No te sigo.

—Tu primo Peter. Yo no creo que esté interpretando un papel. Es una buena persona de verdad. Y Big Bobbo es un capullo. No están actuando. Al cabo de un tiempo, por mucho que intenten ocultar su personalidad, la cámara acaba mostrando quiénes son realmente.

Wilde sintió su teléfono vibrar. Era un mensaje de Hester, con una sola palabra: Llama.

Se disculpó y salió afuera. Ya había consultado en internet si había alguna denuncia por asesinato en Connecticut, o algo sobre McAndrews. De momento no había nada. Llamó a Hester, que le

respondió al primer tono.

—Te voy a dar primero la buena noticia —dijo Hester—, porque la mala noticia es realmente mala.

—Vale.

—He contactado con el agente de Jenn Cassidy. Jenn está en la ciudad por algún asunto de promoción y ha accedido a verme.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Cariño, trabajo en la tele. Eso es todo lo que necesitaba saber el agente de Jenn. Quizá piensen que voy a hacerle publicidad, o lo que sea. No importa. Voy a verla. Y le podré preguntar por tu primo Peter. Esa es la buena noticia.

—¿Y la mala noticia?

—La víctima del asesinato de Connecticut era, efectivamente, Henry McAndrews.

—Vale.

—Henry McAndrews —repitió Hester—, que también fue jefe adjunto del Departamento de Policía de Hartford.

Wilde sintió un nudo en el estómago.

—¿Es un poli?

—Jubilado y condecorado.

Wilde no dijo nada.

—Es uno de los suyos, Wilde. Ya sabes cómo va a ir la cosa.

—Ya te he dicho que no tengo ningún interés en proteger a un asesino.

—Al asesino de un poli.

—Vale, tomo nota —dijo Wilde.

—Oren está muy molesto.

—Dime qué has podido averiguar.

—McAndrews llevaba muerto al menos dos semanas.

—¿Habían denunciado su desaparición?

—No. Henry y Donna estaban separados. Él se quedó en esa casa, y ella vivía en Harford. No tenían contacto.

—¿Causa de la muerte?

—Tres disparos en la cabeza.

—¿Qué más?

—Eso es todo. Los medios no tardarán en echarse encima. Wilde…

—¿Qué?

—Puedes hablar con Oren. *Off the record.*

—Aún no puedo, pero dile que puede sugerir a los polis que investiguen el ordenador de McAndrews. —De pronto algo hizo clic—. También me gustaría saber a qué se dedicaba McAndrews desde que se había jubilado.

—¿Qué quieres decir?

—Pues… ¿Seguía trabajando? ¿O vivía de la pensión sin hacer nada más?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Si su asesinato está relacionado con mi primo…

—Que parece probable, ¿no?

—Quizá, no lo sé. Pero en cualquier caso, ¿qué es lo que hacía McAndrews? ¿Era tan solo el típico fan convertido en trol? ¿O le pagaban por hacer de trol?

—Sea como sea, ya sabes quién va a ser el principal sospechoso.

Lo sabía. Peter Bennett.

16

Chris Taylor estaba echando un vistazo a Twitter cuando se encontró con el titular: HALLADO HOMBRE ASESINADO EN CONNECTICUT

La historia no le llamó especialmente la atención. No era más que un asesinato en otro estado, nada que ver con él, pero Chris se preguntó por qué tendría tanta repercusión en los medios. Hizo clic en el vínculo y sintió que se le helaba la sangre: El exjefe adjunto de la Policía de Hartford, Henry McAndrews, ya jubilado, fue hallado muerto en el sótano de su casa en Harwinton, CT.

Vale, era un jefe de policía jubilado. Eso explicaba que el artículo tuviera más repercusión que si se tratara de cualquier otro asesinato.

Henry McAndrews.

Ese nombre le sonaba. Y no le sonaba bien.

Chris cogió su sombrerito de hípster. También se había dejado crecer una barba de hípster. Llevaba unos vaqueros ajustados de hípster, deportivas y camiseta lisa, todo ello en un intento —bastante bien logrado— de alejarse del *look* del cerebrito del Desconocido. Era algo que solía funcionar bastante bien, especialmente cuando raramente sales de tu *loft*. En su encarnación anterior, Chris había revelado secretos que consideraba dañinos para la humanidad. Esos secretos le estaban destrozando la vida, así que aplicó una filosofía muy simple: sacarlos a la luz del día. Una vez hechos públicos, los secretos acabarían apagándose y muriendo.

Pero se equivocó.

Efectivamente, a veces los secretos acababan apagándose y muriendo, pero otras se hacen más fuertes, demasiado fuertes, se alimentaban de la luz a la que están expuestos y provocan el caos. Esas repercusiones pillaron a Chris por sorpresa. Él creía que con la

verdad se pueden enmendar los errores, pero a largo plazo también puede tener consecuencias dañinas. Y eso lo había aprendido por la vía más dura: con sangre y violencia. Hubo heridos e incluso muertos. Y cuando intentas hacer el bien y te sale el tiro por la culata, ¿qué haces? ¿Te rindes y decides que no hay nada que hacer? ¿Levantas las manos y te entregas al mal que nos acecha a todos? Eso habría sido lo más fácil. Chris logró salir indemne del desastre al que había contribuido. Tenía dinero acumulado de sus anteriores hazañas. Vivía cómodamente y habría podido seguir así, sin preocuparse de enmendar ningún error. Pero esa no era su forma de ser. Al principio intentó desconectar, pero eso no duró mucho.

Así que ahora Chris ayudaba a la gente de otro modo.

Creó Boomerang para ayudar a los que eran víctimas de algún ataque y no podían defenderse. Castigaba no solo a los que difundían secretos, sino también a los que mentían, abusaban, acosaban… y lo hacía de forma anónima. Iba a por aquellos que no aportaban nada a la sociedad, limitándose a erosionar y destruir a los que eran buenos. Trabajaba duro para asegurarse de minimizar errores como los que había cometido cuando era el Desconocido. Su antigua misión era como un compuesto orgánico volátil: no podía controlarlo. Con esta otra —con Boomerang— la seguridad estaba garantizada.

Aunque no siempre. No en el cien por ciento de los casos. Siempre cabía la posibilidad, a pesar de todos sus esfuerzos, de que acabaran castigando a una persona inocente. Era consciente de ello. No era ciego, ni tonto. Por eso insistía en el doble control, el triple control. Si Boomerang iba a ir a por ti, Chris quería asegurarse de que eras merecedor de lo que se te venía encima. Sí, claro, lo habría podido dejar en manos de las autoridades, a las que, en el nuevo mundo de internet, tanto costaba defender a quienes sufren ataques. Pero, ¿acaso dejamos de hacer lo correcto solo por miedo a cometer algún error? Nuestro sistema de justicia es imperfecto, y aun así a nadie se le pasa por la cabeza eliminarlo porque a veces cometa errores, ¿no? No nos

rendimos. Intentamos mejorarlo. Hacemos todo lo que podemos, con la esperanza de que el balance final demuestre que hemos hecho más bien que mal.

Boomerang ayuda a la gente. Protege a los inocentes y castiga a los culpables.

Pero ahora leía de nuevo aquel nombre.

Henry McAndrews.

Chris buscó por el nombre y encontró el dosier.

Eran malas noticias. Muy malas.

Chris —el León— cogió su teléfono de prepago. Tenía instalada una aplicación de comunicación que funcionaba a través de la web oscura, lo cual hacía prácticamente imposible el rastreo. Y escribió un mensaje que solo Alpaca, Jirafa, Gatito, Pantera y Oso Polar podían entender.

CATEGORÍA 10

Era la señal de máxima urgencia. Y luego añadió, para asegurarse: NO ES UN SIMULACRO.

17

—Cómo me alegro de conocerla —le dijo Jenn Cassidy a Hester—. Me encanta verla cuando analiza esos casos en televisión.

—Gracias.

—Soy fan suya desde hace años.

Jenn tenía una voz algo melosa. Hester solía calar enseguida a la gente, pero en esta ocasión no tenía muy claro si la estrella de realities estaba siendo honesta o no. Jenn Cassidy era la clásica guapa americana: rubia, sonrisa con muchos dientes y ojos de un azul intenso. Su maquillaje, siguiendo la tendencia del momento, era algo excesivo para el gusto de Hester, con las consabidas y no disimuladas pestañas postizas, que parecían dos tarántulas panza arriba, cociéndose en el asfalto. Sin embargo, tenía un aire amistoso y se la veía abierta, genuina. Hester entendía por qué la habían seleccionado como la niña buena perfecta para ese reality show. No tenía nada que resultara intimidatorio.

El portero les abrió la puerta. Jenn condujo a Hester hasta el otro extremo del vestíbulo del edificio Sky, la colosal torre de cristal. Una vez en el ascensor, apretó el botón de la segunda planta.

—Solíamos estar más arriba —explicó Jenn.

—¿Perdón?

—Sigo hablando en plural, cuando pienso en Peter y en mí. Tengo que dejar de hacerlo. El caso es que, cuando Peter y yo estábamos juntos, nos dieron un dúplex de cuatro dormitorios en el piso setenta y ocho. Ahora estoy en el apartamento número dos. Debe de ser tres veces más pequeño.

—¿Tuviste que reducir el espacio tras la ruptura?

—Yo no. Ellos. En este caso, los dueños del edificio. Los edificios

como este siempre tienen apartamentos sin vender. Dado que están vacíos, los ceden a los influencers gratis con la condición de que colguemos fotos.

—Ya veo —dijo Hester—. ¿Haces propaganda del edificio?

—Sí.

—Y así es como te ganas la vida. Haciendo patrocinios con tu imagen. Te pones el vestido de algún diseñador o visitas una nueva discoteca, y millones de personas lo ven, así que esas marcas te pagan por ello.

—Sí. O se hace un trueque, como en este caso. Cuando Peter y yo estábamos en el punto álgido de nuestra popularidad, Sky nos ofreció dos años gratis en la *suite* setenta y ocho, con la condición de que saliera en nuestros perfiles de las redes sociales al menos una vez a la semana. Cuando llegó el momento de renovar el pacto, nos trasladaron —bueno, ya a mí sola— aquí abajo.

—Menos fama, menos piso —dijo Hester, sin rodeos.

—No me malinterprete —dijo Jenn, apoyando la mano en el brazo de Hester. No me quejo. Sigue siendo maravilloso vivir aquí. —Sonó una campanilla y se abrió la puerta del ascensor—. Entiendo cómo funciona este negocio. La vida de influencer tiene poco recorrido. Hay que usarla como trampolín para el futuro.

—¿Y cuáles son tus planes de futuro, Jenn?

La puerta del apartamento se abrió acercando un mando, en lugar de introducir una llave.

—Oh —dijo Jenn, quizá algo decepcionada—. Pensé que era por eso por lo que quería verme. Antes de *El amor es un campo de batalla* trabajé en derecho.

—¿Y a qué te dedicabas?

—Era auxiliar en un bufete, y había conseguido plaza en la facultad de derecho.

—Impresionante.

Jenn sonrió tímidamente, con un gesto entrañable.

—Gracias.

—¿Tienes pensado matricularte ahora que se ha acabado el programa?

—En realidad me gustaría ser comentarista televisiva sobre temas de derecho.

—Ah —dijo Hester. Me encantaría hablar de eso en otro momento, pero no es ese el motivo de mi visita.

Jenn le indicó que se sentara en un sofá de un blanco cándido. De las paredes colgaban espejos y cuadros neutros. No había fotografías, nada personal; el ambiente no era nada cálido, parecía más un hotel decorado con gusto que la casa de alguien. Hester se preguntó si sería el piso piloto del edificio.

—Estoy aquí por Peter Bennett —dijo Hester.

Jenn parpadeó, sorprendida.

—¿Peter?

—Sí, estoy intentando localizarle.

La joven influencer tardó un segundo o dos en asimilar aquello.

—¿Puedo preguntarle por qué?

Hester dudó un momento cómo jugar sus cartas.

—Es para un cliente.

—¿Uno de sus clientes está buscando a Peter?

—Sí.

—¿Entonces es un asunto legal?

—En realidad no puedo decirte más —respondió Hester—. Como profesional del derecho con experiencia, estoy segura de que lo entiendes.

—Sí, sí que lo entiendo —dijo Jenn, aún perpleja—. Hace meses que no sé nada de Peter.

—¿Podrías ser más específica?

—No sé dónde está, señora Crimstein. Lo siento.

—Llámame Hester —dijo, adoptando su sonrisa más irresistible—. Estabais casados.

—Sí —dijo ella, bajando la voz.

—¿De verdad? ¿No solo para la televisión?

—Sí. Legalmente y en todos los sentidos.

—Vale. Todos sabemos lo que ocurrió en ese pódcast de Reality Ralph. ¿Fue eso lo que acabó con vuestra relación?

—Todo esto es… —Jenn no levantaba la vista del suelo de madera clara—. Me pilla un poco por sorpresa.

—¿Por qué? Me has dicho que no sabes dónde está Peter…

—Y no lo sé.

—… pero estoy segura de que has oído los rumores, ¿verdad?

Jenn no dijo nada. Hester presionó:

—Hablo de los rumores de que Peter estaba tan afectado tras la arremetida de ese hater que se suicidó.

Jenn cerró los ojos.

—¿Has oído esos rumores?

Jenn bajó la voz aún más.

—Por supuesto.

—¿Y tú crees que es verdad?

—¿Que Peter se suicidó?

—Sí.

Tragó saliva.

—No lo sé.

—Estabais casados. Lo conocías bien.

—No, señora Crimstein. Pensaba que lo conocía bien —dijo ella, endureciendo de pronto el tono y levantando la mirada—. Pero luego me di cuenta de algo.

—¿De qué?

—De que quizá nunca le conociera. A lo mejor nunca acabamos de conocer a nadie.

Hester decidió no reaccionar ante esa declaración tan dramática y al mismo tiempo comprensible.

—El caso es que he escuchado ese pódcast, en el que tu hermana

ponía en evidencia a tu marido.

—¿Señora Crimstein?

—Hester.

—Hester, creo que ya he hablado suficiente.

—Pero aún no has dicho nada. ¿Te enfadaste con ella?

—¿Con ella?

—Con tu hermana. ¿Te enfadaste con ella?

—¿Qué? No, ¿por qué iba a enfadarme con ella? Ella también era una víctima.

—¿Y eso?

—Puede que Peter la drogara.

—¿Puede? Sí, pero antes de eso, tu hermana… ¿cómo se llama? Siempre se me olvida.

—Marnie.

—Marnie, gracias. Bueno, pues esto es lo que me parece raro, Jenn, y dado que ambas tenemos experiencia en temas legales, quizá podamos ayudarnos mutuamente a entenderlo. Marnie dijo que tu marido le había enviado fotografías íntimas antes de ese incidente en el que «puede que» la drogara. ¿Por qué no te lo dijo enseguida?

—No es tan sencillo.

—A mí me lo parece —dijo Hester—. Explícamelo.

—Marnie es una víctima. Está culpando a la víctima.

—No, cariño. Cuando culpe a la víctima lo sabrás. No habrá giros de lenguaje. Esto es lo que no entiendo, así que quizá me lo puedas explicar: pongamos que te llamas Marnie Cassidy. Quieres a tu hermana mayor, la superexitosa Jenn, que se acaba de casar con el superestupendo Peter. Un día Peter, su marido, te manda —¿puedo ser cruda?— una foto de su polla. ¿Tú, Marnie, no le dices nada a tu querida hermana Jenn? ¿No le adviertes de que está casada con un pervertido que le está poniendo los cuernos? —Hester meneó la cabeza—. ¿Ves lo que quiero decir? Dale la vuelta. Imagínate que Marnie se hubiera enamorado y se hubiera casado con un chico que

hubiera conocido en un programa de televisión. Ese tipo te manda selfies de su badajo. ¿No se lo dirías a Marnie?

—Se lo diría —dijo Jenn, lentamente. Pero insisto: no es tan sencillo.

—Vale, pues complícamelo. Dime qué me estoy perdiendo.

—Marnie no es fuerte. Es fácil manipularla.

—Vale, ¿pero cómo podrían manipularla para que no se lo contara a su querida hermana?

Jenn empezó a retorcerse las manos.

—Yo también me lo he preguntado.

—¿Y?

—No quiero hablar de esto.

—Ya, es duro. Pero cuéntamelo.

—Yo creo que Marnie tenía la impresión (o quizá Peter la convenciera) de que si me hablaba de las fotos, yo la culparía.

—¿Qué culparías a tu hermana?

—Sí.

—¿En lugar de culpar a tu marido?

—Sí.

—Oh, eso es interesante —dijo Hester—. Como si, por algún motivo, pudieras pensar que era Marnie quien había dado el primer paso.

—O que le hubiera animado a hacerlo, o lo que fuera.

—Así, entre nosotras, de mujer a mujer, ¿tú crees que es eso lo que ocurrió?

—¿Qué?

—¿Tú crees que Marnie dio el primer paso?

—Qué? No, yo no he dicho eso.

—Pues así es como me ha sonado. Y quizá no sea casualidad. Quizá tu hermana se dedicó a flirtear con Peter, y él se lo tomó de un modo equivocado.

—No diga eso. Es horrible.

—Bueno, la teoría es tuya, no mía. En cualquier caso, Marnie nunca te dijo nada de las fotos marranas. No te dijo que hubiera tenido algún contacto prohibido con tu marido, ¿es correcto?

Jenn no dijo nada.

—De hecho —prosiguió Hester—, la primera vez que tuviste conocimiento de la terrible verdad sobre tu marido fue cuando Marnie lo hizo público en ese pódcast. No te lo dijo antes a ti. Se lo dijo al mundo entero. ¿No te parece raro?

—¿Qué está insinuando exactamente?

—Yo creo que es bastante obvio. Marnie es lo que antes solía llamarse una «buscona en busca de fama», aunque ahora quizá sea políticamente incorrecto.

—Oiga, un momento…

—Deja de actuar como si no tuvieras ni idea. Es insultante para las dos. Tu hermana se había presentado a castings para participar en todo tipo de reality shows, pero nunca la seleccionaron. Nadie le hizo caso, nadie pensó en ella. Lo único que consiguió fue participar en un spinoff sin ninguna trascendencia en una tele por cable, y solo porque era la hermana de Jenn Cassidy, y la eliminaron a la primera semana. La poca fama que tenía se desvaneció en muy poco tiempo. Pero, mira tú por dónde, desde que puso en evidencia a tu marido y destruyó tu matrimonio… Bueno, ahora Marnie es una gran estrella. Hasta la han llamado como jurado en el programa de RuPaul…

—¿A qué viene todo esto?

—Quizá Marnie mintiera. Quizá se lo inventara todo.

Jenn cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No. Marnie no mintió sobre Peter.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Abrió los ojos.

—¿No cree que yo también desconfié?

—¿De tu hermana?

—De todo. ¿Es que no sabe cómo funcionan los realities?

—No.

—Todo es una ilusión. Es un teatro, sí, pero más bien es un juego de magia. No puedes confiar en nada de lo que ves. Yo vivo con eso a diario. Así que sí, confiaba en mi hermana. Aún confío en ella, y siempre lo haré. Pero no estaba dispuesta a tirar mi matrimonio a la basura tan solo por un escándalo publicado en un pódcast.

—Has dicho que a tu hermana era fácil manipularla. Pensarías que quizá…

—No pensé que quizá nada —replicó Jenn—. Quería una confirmación.

—¿Y la encontraste?

—Sí.

—¿De quién?

Jenn respiró hondo.

—Peter no miente nada bien.

Hester solía lanzar las preguntas en plan metralleta, pero hizo una pausa para que Jenn se explicara.

—Peter lo reconoció. Aquí mismo. En este mismo sofá.

—¿Cuándo?

—Una hora después de la emisión del pódcast.

Hester bajó la voz.

—¿Qué te dijo?

—Al principio insistió en que era todo mentira. Yo me quedé aquí, mirándolo, mirándolo fijamente, intentando que me mirara él a mí, y no pudo. Yo quería creerle, desde luego. Quería creerle con todas mis fuerzas. Pero se lo vi en la cara. Y me di cuenta de lo tonta, lo cándida que había sido.

—¿Intentó explicarse?

—Dijo que no era lo que yo pensaba. Que no lo entendería.

—¿Y con eso qué quería decir?

Jenn levantó las manos.

—¿No es eso lo que dicen todos los hombres en estas situaciones?

Quizá fuera el estrés de estar en el programa, siempre en el foco de todas las miradas. Eso, sumado a nuestros problemas para tener hijos. Con su historia personal, eso se convertía en un problema especialmente delicado. Él deseaba con todas sus ganas tener hijos propios.

—¿Qué historia personal?

—¿A qué se refiere?

—Has dicho que con su historia personal, eso se convertía en un problema especialmente delicado. ¿Qué querías decir?

—¿No lo sabe?

Hester dejó claro que no tenía ni idea encogiéndose de hombros.

—Bueno, claro… ¿cómo iba a saberlo? Peter lo mantenía en secreto. Ni siquiera yo lo supe hasta que nos casamos.

—¿Saber el qué?

—Que Peter era adoptado. No tiene ni idea de quiénes son sus padres biológicos.

18

Cuando Katherine Frole me abre la puerta, llevo encima la ropa que se pondría un famosillo de la tele (lo que ahora llamamos una *celebrity*) fingiendo que no quiere que lo reconozcan.

¿Que qué quiere decir eso?

Muy sencillo. Gorra de béisbol y gafas de sol.

Porque todos los famosos de la tele —vale, seamos justos y digamos «la mayoría» en lugar de «todos»— lo hacen, aunque no consigan engañar a nadie. Cuando ves a alguien con gorra de béisbol y gafas oscuras en un sitio cerrado o en algún lugar donde no hace sol, bueno… ¿Lo hacen para que no los reconozcas… o simplemente están diciendo, como si llevaran un cartel luminoso, que son importantes, que son alguien a quien deberías prestar atención?

Aunque protesten, no les creas: esas falsas celebridades quieren que los reconozcas. Siempre. Sin eso no serían nada.

Sin embargo, yo no tengo ningún interés en que me reconozcan. Especialmente hoy.

Katherine se alegra de verme. Eso es bueno. Eso significa que no sabe aún lo de Henry McAndrews. Curiosamente, me señala —señala la gorra y las gafas de sol, para ser más concretos— y me pregunta: —¿Por qué ese disfraz?

—Oh, por nada —digo, colándome en su despacho—. Ya sabes cómo es esto.

—Me sorprende verte otra vez. Ya rompí una vez el protocolo por ti…

—Y te lo agradezco —me apresuro a responder, con una gran sonrisa.

Por un momento no dice nada. Eso me preocupa un poco, porque

trabaja en los cuerpos de seguridad, y más específicamente en el FBI. Lo cual plantea sus problemas, pero ahora no puedo preocuparme de eso. Katherine lleva una blusa ceñida y vaqueros ajustados. Vamos, que puedo ver perfectamente que no va armada.

Yo, por mi parte, llevo un cortavientos amarillo holgado. Que esconde perfectamente mi Glock 19.

Solo he disparado una pistola una vez. Bueno, en realidad fueron tres veces. Pero los tres disparos fueron seguidos, bang, bang, bang, así que lo cuento como si fuera solo una vez. Siempre había oído decir que en la vida real cuesta mucho apuntar, a diferencia de lo que se ve en la televisión y en las películas: hace falta mucho entrenamiento y experiencia.

Pero en mi caso los tres disparos dieron en el blanco.

Por supuesto, estaba a muy poca distancia.

Katherine no deja de sonreírme, como si estuviera aturdida por mi presencia. Eso es lo que me resulta tan raro de la fama. Katherine Frole es una mujer importante. Es forense del FBI. Tiene dos hijos estupendos y un marido que se ocupa de la casa, lo que le da libertad para dedicarse a su trabajo. Están juntos desde que se conocieron, en segundo de carrera, en el Dartmouth College, hace unos veinte años. Vamos, que Katherine Frole es una mujer culta, realizada y de éxito… y aun así es una superfán de *El amor es un campo de batalla*.

Todos estamos llenos de contradicciones, ¿no?

—Vine a verte la semana pasada —le digo—, pero no estabas.

—Sí. —Se aclara la garganta—. Barbados con la familia.

—Qué bien.

—Acabo de volver.

Y ese es el motivo por el que estoy aquí, claro.

—Bueno… —Katherine se deja caer en la silla de su escritorio—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Cuando investigabas mi caso…

—No sigas —me interrumpe, levantando la mano—. Como he dicho

antes, ya violé el protocolo una vez, porque… bueno, ya sabes por qué.

Lo sé.

—Pero se acabó. No puedo decirte nada más.

—Lo sé. —Me aseguro de que la sonrisa se vea también en mis ojos —. Y te agradezco todo lo que has hecho. De verdad. Simplemente tenía curiosidad por saber si te habías enterado de algo más.

Por primera vez la veo dudar.

—No sé a qué te refieres.

—Esto lo hacéis mucho —digo—. ¿No es así?

—Eso no es relevante —responde, y las palabras le salen algo forzadas—. No puedo decir nada más. Rompí el protocolo. No debía hacerlo. Y no lo puedo volver a hacer.

—Tengo una confesión que hacerte —digo.

—¿Ah, sí?

—Tienes que entenderlo. No podía quedarme de brazos cruzados, sabiendo de quién se trataba.

La sonrisa le desaparece del rostro al instante.

—¿Qué quieres decir?

—Tuve que ir en su busca.

—Oh, Dios santo.

—Para obtener respuestas. Quiero decir… ¿cómo no iba a hacerlo?

—Pero me prometiste…

—Solo el nombre… no me bastaba. Tienes que entenderlo. Necesitaba hablar con él.

—Oh, no —exclama Katherine, con la voz convertida en un susurro. Cierra los ojos, se toma un segundo y se aclara la garganta—. ¿Hablaste con McAndrews?

—Sí.

—¿Y qué te dijo?

—Que trabajaba solo —respondo.

—¿Y ya está?

—Ya está. Por eso necesito saber más, Katherine. Después de haberme apoyado y haber investigado tanto para mí, tengo que preguntarte: ¿has descubierto algo más?

Katherine guarda silencio.

—Tienes una bonita casa y un despacho en el cuartel general del FBI —añado, ladeando ligeramente la cabeza—. Y aun así conservas este lóbrego despachito del que nadie sabe nada. ¿Por qué?

—Voy a tener que pedirte que te marches.

—¿Es aquí donde guardas tus secretos? ¿Es por eso? ¿Están todos en ese ordenador?

Su móvil está sobre la mesa. Lo coge. En ese mismo momento bajo la cremallera de mi cortavientos amarillo y saco la pistola. En realidad no he practicado el movimiento, pero me queda muy fluido. Siempre se me han dado bien los deportes, y tengo una buena coordinación mano-ojo. Será por eso.

—Deja el teléfono —le digo. Katherine abre los ojos como platos.

—Henry McAndrews está muerto, Katherine.

—Oh, Dios. ¿Tú…?

—Lo he matado, sí. ¿No crees que se lo merecía?

Es demasiado lista como para responder.

—¿Qué es lo que quieres?

—El resto de los nombres.

—Pero él era el principal responsable del caso.

—No me refiero solo a los implicados en esto.

Parece confundida.

—Quiero los nombres de todos los que has considerado que no valía la pena castigar.

—¿Por qué?

Yo creo que es bastante evidente, pero no voy a entrar al trapo.

—No voy a hacerte daño —le digo con mi tono más tranquilizador —. ¿Has oído hablar de la destrucción mutua asegurada? Pues ese es nuestro caso, Katherine. Tú y yo. Si intentas colgarme el asesinato de

McAndrews, no te irá nada bien. Fuiste tú quien me dio el nombre. Te estarías poniendo en evidencia. Así que… ¿lo ves? Tú me das una cosa, y yo te doy otra.

—Está bien —dice ella, asintiendo con un dramatismo exagerado—. Puedes irte. Te prometo que no diré nada.

Se cree que me chupo el dedo.

—Primero necesito los nombres.

—No los tengo.

—Por favor —insisto—. No te conviene mentirme. ¿No estabas de acuerdo en que McAndrews debía ser castigado?

—Castigado, sí, pero…

Levanto el arma. Katherine deja de hablar y fija la mirada en la pistola. Así es como funciona la cosa. Ahora apenas me ve. Todo su mundo se ha encogido y se ha vuelto del tamaño del silenciador.

—Oh… vale —responde, tartamudeando—. Tienes razón. Te daré los nombres. Pero baja la pistola, por favor.

—Si no te importa la mantendré así hasta que hayamos acabado. —Apunto con la pistola hacia la pantalla del ordenador—. Abre los archivos. Quiero ver qué tienes ahí.

Los humanos somos una suma de conductas diversas, ¿no? Así que no puedo evitar preguntarme: de no ser por el pódcast de Reality Ralph y las terribles consecuencias que tuvo, ¿dónde estaría yo ahora? Supongo que estaría viviendo mi vida «normal» —aunque fuera un normal entre comillas— en lugar de prepararme para cometer mi segundo asesinato. De no ser por ese pódcast, nunca me habría decidido a investigar la identidad del hombre que envió aquellos terribles mensajes y fotografías. Nunca habría comprado una pistola. Nunca habría acabado con una vida.

Aun así —y aquí es donde la cosa se pone interesante— matar a McAndrews podría haber sido —y tendría que haber sido— el final del camino. Había obtenido mi venganza. Nunca podrían relacionar su asesinato conmigo. Todo quedaría arreglado.

Ese era mi plan.

Pero resultó que, al encontrarme cara a cara con McAndrews, cuando apreté aquel gatillo la primera vez, y luego una segunda, y luego una tercera…

¿Sabéis lo que descubrí?

Si tengo que hablar con absoluta franqueza, ¿sabéis lo que descubrí?

Que me gustó. Mucho.

Me gustó matarlo.

Todos hemos leído libros y visto películas sobre asesinos psicópatas que no pueden parar, que desarrollan una adicción a ese subidón de adrenalina, que empiezan ya de niños, con animales pequeños. Oyes hablar del gato de un vecino que ha desaparecido. Luego un perro. Dicen que es así como funciona. Poco a poco. Yo también pensaba que era así.

Pero ya no.

Yo creo que, si no me hubiera visto obligado a matar, nunca habría descubierto este subidón. Habría seguido viviendo mi vida, sin más. Como vosotros. Como la mayoría de la gente. Esa necesidad, ese ansia, se habría mantenido latente.

Pero en cuanto apreté ese gatillo…

¿Podría hablarse de «éxtasis»? ¿O es más bien una compulsión?

No lo sé.

Cuando maté a Henry McAndrews —cuando pude experimentar lo que era—, supe que no había vuelta atrás.

Aquello me cambió. No podía dormir. No podía comer. Y no por la culpa. Eso no me afectaba lo más mínimo. Solo podía pensar en el momento en que había apretado el gatillo, en cómo le había explotado la cabeza, en cómo se había teñido todo de rojo. Es más, no podía dejar de pensar —y no puedo dejar de pensar— en cuándo podré volver a experimentar esa sensación.

Así que pienso: de no ser por el pódcast de Reality Ralph, de no ser

por la vergüenza, el acoso y la traición, habría vivido toda mi vida sin descubrir esta sensación, sin experimentar este subidón… y el consiguiente bajón.

¿Habría sido una vida mejor o peor? No estoy seguro. Lo que está claro es que habría sido una vida menos auténtica.

Sonrío mientras pienso en todo eso, y eso a Katherine la aterra. He abandonado mi viejo estilo, las buenas palabras, la máscara del día a día. Y resulta jodidamente liberador, vivir la vida tal como viene.

En realidad no quiero matar a Katherine. Mi objetivo a partir de ahora —el modo en que pienso justificar lo que estoy haciendo— es el de matar únicamente a los que lo merezcan. Por eso necesito esa lista de nombres. Mataré a los que acosan y a los que disfrutan hiriendo a los demás desde el anonimato.

No es el caso de Katherine Frole. Ella es una buena persona.

Pero también reconozco que mi argumento de «Tú me das una cosa, y yo te doy otra» es extraordinariamente débil. Lo más probable es que con el tiempo ella acabe contándoselo a las autoridades, aunque eso suponga un problema para ella.

Ergo, de ningún modo puedo dejarla con vida.

Ahora Katherine se muestra de lo más solícita. Escribe algo en el ordenador y gira la pantalla para que la vea.

—Aquí están todos los nombres —dice, con la voz entrecortada—. No diré una palabra. Te lo prometo. Por favor, tengo familia, tengo hijos…

Aprieto el gatillo tres veces.

Como la última vez.

19

Cuando llegó Wilde, Vicky Chiba, la hermana de Peter Bennett, estaba arreglando el jardín del patio trasero. Llevaba unos guantes de jardinería tan gruesos que sus manos parecían las de Mickey Mouse. Tenía la mirada fija en la tierra, que removía con una palita.

Wilde había decidido que iría al grano. Antes incluso de que ella pudiera mirarle, le dijo: —Me mentiste.

Vicky giró la cabeza.

—¿Wilde?

—Dijiste que me buscarías información sobre vuestro árbol genealógico.

—Sí, por supuesto. Lo haré, te lo prometo. ¿Qué pasa?

—Una colega mía fue a ver a Jenn.

—Vale. ¿Y?

—Le dijo que Peter era adoptado.

Se quedó boquiabierta.

—¿Vicky?

—¿Jenn dijo eso?

—Sí.

Cerró los ojos.

—Así que Peter se lo dijo. No lo sabía.

—¿Es cierto?

Vicky asintió lentamente.

—Así que tú y yo no tenemos ninguna relación genética. Tus padres, tus otros dos hermanos, no comparten sangre conmigo.

Vicky se lo quedó mirando.

—¿Por qué me mentiste? —le preguntó Wilde.

—No te mentí —dijo, algo incómoda—. Simplemente me pareció

que no me correspondía a mí decírtelo. Peter no quería que nadie lo supiera.

—¿Sabes algo de su familia biológica?

Vicky exhaló, se puso en pie y se sacudió la tierra.

—Vamos dentro. Te lo contaré todo. Pero dime algo primero: ¿has encontrado a Peter?

—¿No estabas tan segura de que estaba muerto?

—Sí que lo estaba. Pero ya no.

—¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de idea?

—Pensaba que Peter se había suicidado por la ruptura de PB&J y por ese pódcast.

—¿Y ahora?

—Ahora mi hermano tiene una relación de sangre contigo.

—¿Y qué?

—Pues que ahora creo que, sea lo que sea lo que le haya ocurrido —lo dijo masticando las palabras—, quizá no tenga que ver con Jenn y con ese pódcast. Quizá haya algo más.

—¿Como qué?

—Como tú, Wilde. Como lo que te ocurrió de niño, sea lo que sea. No sé, tal vez, de algún modo, años más tarde el eco de todo aquello ha acabado por arrollarlo a él.

Wilde se quedó inmóvil, sin saber muy bien qué decir.

—Necesito un segundo —dijo—. Esto es muy incómodo. Pero te lo contaré todo.

Vicky Chiba preparó una «infusión de hierbas curativas» que, según dijo, tenía «poderes medicinales mágicos». Wilde quería que fuera al grano, pero hay momentos en los que uno tiene que saber dar espacio a los demás. Esperó y la observó. Estaba totalmente concentrada en la preparación del té, con movimientos seguros. En lugar de las bolsitas de supermercado usaba hojas sueltas y un filtro. Su hervidor de agua tenía unos acabados en piedra gris y un asa que imitaba la madera, y emitía un potente silbido cuando el agua estaba caliente. Una de las

tazas de cerámica llevaba la inscripción «Om Namaste» (esa fue la que le dio a él), mientras que la otra decía «Somos lo que pensamos — Buda».

Vicky le dio un sorbo a la infusión. Wilde hizo lo propio. Tenía un toque de jengibre y de lila. Ella dio otro sorbo. Él esperó. Luego Vicky dejó la taza en la mesa y la apartó.

—Un día, hace casi treinta años, mis padres regresaron de lo que se suponía que eran unas vacaciones en Florida. No recuerdo cuánto tiempo habían estado fuera. Nosotros tres, Kelly, Silas y yo, nos quedamos con la señora Tromans, que nos hacía de canguro en aquella época. Era una señora mayor, muy agradable. —Vicky meneó la cabeza, alargó de nuevo la mano para coger la taza, pero se detuvo y volvió a apoyar la mano en el regazo—. En esa época vivíamos en Memphis. Recuerdo que mi padre nos vino a buscar a los tres a casa de la señora Tromans. Estaba raro, mostraba una excitación algo fingida. Dijo que íbamos a mudarnos a una casa nueva, más grande. Silas solo tenía dos o tres años, pero Kelly y yo ya teníamos edad para entenderlo. Recuerdo que miré a Kelly, que se echó a llorar. Estaba preocupada porque su amiga Lilly iba a celebrar la fiesta de su undécimo cumpleaños ese viernes en el Chuck E. Cheese, y tenía muchas ganas de ir. Yo pregunté dónde estaba mamá. Papá dijo que estaba en la nueva casa, y que tenía muchas ganas de vernos. El caso es que el viaje en coche fue muy largo. Kelly se pasó horas llorando. Cuando por fin llegamos, mamá estaba ahí… con un bebé. Nos dijo que era nuestro nuevo hermano, Peter.

Vicky levantó una mano.

—Ya sé que tendría que habértelo dicho, pero tienes que entenderlo. Era algo de lo que no se hablaba. Ni siquiera por aquel entonces. Decírtelo habría sido… No sé, una traición a la familia. Sé que parece una locura, pero mi madre y mi padre dijeron simplemente «Este es vuestro hermano Peter». Sin más explicaciones, al menos al principio. Recuerdo que sonreían mucho y que se les veía

emocionados, pero pese a ser tan pequeñas, Kelly y yo nos dábamos cuenta de que todo aquello era un poco forzado. Intentaban convencernos, ya sabes, con frases del tipo: «Qué bien que Silas tenga un hermanito pequeño, ¿no?» o «¿No es una sorpresa estupenda?». Y recuerdo que Kelly preguntó que de dónde había salido el bebé, y mi padre se limitó a responder: «Oh, cariño, del mismo sitio que tú».

Se detuvo y, con una mano temblorosa, agarró su taza de té. Wilde fue con pies de plomo: —¿Vuestros padres no os dijeron que era adoptado?

—No. En aquel momento no. Pero al final tuvieron que hacerlo.

—¿Qué dijeron?

—Solo eso. Dijeron que era una adopción privada, pero que el trato era que nadie tenía que saberlo nunca. Mis padres nos hicieron jurar que no se lo diríamos nunca a nadie. Y ya sé que suena raro, pero al cabo de un tiempo dejamos de pensar en ello. Todos queríamos muchísimo a Peter.

—¿Peter sabía que era adoptado?

Meneó la cabeza lentamente.

—Mis padres nunca se lo dijeron. Era un bebé cuando lo trajeron a casa. Nunca supo que había sido adoptado.

—¿Cuándo se enteró?

—No supo nada hasta que fue a *El amor es un campo de batalla*.

—¿Quién se lo dijo?

—Probablemente tendría que habérselo dicho yo. Era adulto. Tenía derecho a saberlo. —Bajó la mirada y la fijó en la taza de té—. Se enteró por los productores.

—¿Los productores de *El amor es un campo de batalla*?

Vicky asintió.

—Eso es lo que me dijo. Hacen un examen médico en profundidad a todos los concursantes. Apareció algo que demostraba que no podía ser hijo biológico de nuestros padres.

—Eso debió de ser todo un shock.

No respondió.

—¿Cómo reaccionó Peter?

—Estaba enfadado, desorientado, confundido, incluso deprimido, que es algo que no había visto nunca en él. Pero también me dijo que era un alivio. Saber la verdad después de tanto tiempo. Dijo que siempre había tenido la sensación de que no pertenecía a la familia, que no encajaba. Yo empecé a escuchar pódcasts sobre el tema. Hay uno llamado *Secretos de familia*, cuya autora descubrió, cuando era adulta, que el hombre que la había criado no era su padre biológico. Escuché un montón de historias como la suya y la de Peter, de gente que había descubierto, en la mayoría de los casos a través de test de ADN, que había sido adoptada o que su nacimiento era fruto de una donación de esperma o de un lío extramatrimonial y cosas por el estilo. Todos parecían compartir una constante sensación de desarraigo, como si no pudieran encontrar su hogar en ningún sitio. No sé si es cierto o no.

—¿No crees que esos sentimientos son de verdad?

—¿Tú los tienes, Wilde? Hablo de sentirse fuera de lugar, de sentir rabia, confusión. Tú fuiste abandonado del peor modo posible cuando eras niño.

—No estamos hablando de mí.

—¿Ah, no? Mira, no sé si los sentimientos de Peter eran reales o no. No sé si se sentía fuera de lugar, aunque a mí siempre me pareció bastante centrado, o si de algún modo, a nivel celular, o de ADN, notaba que algo no iba bien. No importa. Descubrir que había vivido todos aquellos años engañado le hizo daño. Por eso introdujo su nombre en diversos sitios web de análisis de ADN. Quería descubrir la verdad sobre su familia biológica.

—¿Y sabes si descubrió algo?

—No. Nunca me lo dijo.

—¿Le dijo a Kelly que lo sabía?

—No.

—¿Y a Silas?

—Tampoco.

—Un momento. ¿Cuántos años tenía Silas cuando vuestros padres adoptaron a Peter?

—No había cumplido los tres.

—Así que… —Wilde no tenía muy claro adónde conducía todo aquello—. ¿Silas sabía que Peter había sido adoptado?

Vicky meneó la cabeza lentamente.

—Nunca se lo dijimos.

—Cuando dices «nunca»…

—Hasta ahora. Hasta el día de hoy. Era Peter quien tenía que contárselo. Me hizo prometer que no se lo diría a nadie.

—¿Ni siquiera a su propio hermano?

—Su relación es complicada. ¿Tú tienes hermanos? Espera, perdona, pregunta tonta, lo siento. Silas iba dos cursos por delante de Peter, y, sin embargo siempre estaba a su sombra. Peter era más popular, mejor deportista, todo eso. Silas tenía celos de él y quizá estaba algo resentido, y luego con el programa, y toda la fama de Peter… Eso no hizo más que empeorar las cosas.

Wilde se paró a pensar, pero no se le ocurrió nada. Cambió de táctica.

—¿El nombre Henry McAndrews te dice algo?

—No. —Vicky ladeó la cabeza—. ¿Es el padre biológico de Peter?

—No, no lo creo.

—¿Entonces quién es?

—DogLufegnev.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Has encontrado a ese maníaco? ¿Cómo?

—Eso no importa.

—¿Lo pueden detener? Quiero decir… Sé que las leyes sobre ciberacoso no son demasiado estrictas, pero si hay pruebas de los ataques…

—Henry McAndrews está muerto. Fue asesinado.

Vicky se llevó la mano a la boca.

—Oh, Dios mío.

—Ahora se encarga la policía

—¿De qué?

Le dio un segundo. Hasta que cayó en ello.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que podrían sospechar de Peter?

Wilde no dijo nada.

—Claro, por supuesto —dijo ella, respondiéndose a sí misma—. Pero él no lo hizo. Tú tienes que saberlo.

Wilde pensó en todas las cosas a las que se enfrentaba Peter Bennett en el momento de su desaparición. El salto al estrellato, el descubrimiento de su adopción, las duras revelaciones de su cuñada en ese pódcast, las implacables acusaciones en la era del #metoo, el fin de su matrimonio, de su fama, de su carrera, de toda su vida. Qué solo debía de haberse sentido. Qué desesperado. Desesperado hasta el punto de convertirse en PB y ponerse en contacto con WW… pero WW ni siquiera se molestó en responder.

—¿Cómo se ganaban la vida tus padres?

—Papá era funcionario de prisiones. Cuando nos mudamos, entró a trabajar en la universidad de Penn State, gestionando el complejo residencial Pollock. Mamá trabajaba a media jornada en el departamento de admisiones.

Wilde retuvo aquella información. Le pediría a Rola que investigara su pasado en la Penn State, pero, ¿qué podía encontrar? Como mucho la partida de nacimiento y alguna otra documentación sobre Peter Bennett. Aunque la adopción fuera privada, tendría que haber algún dato sobre sus padres biológicos.

De no ser porque los Bennett habían decidido mudarse.

Así, de repente. Sin aviso previo. Dejan a sus hijos con una canguro, el padre vuelve a casa, se los lleva a algún lugar remoto donde nadie

los conoce, y de pronto aparece un nuevo hijo.

Algo no cuadraba.

—Me dijiste que tu padre estaba muerto y que tu madre está… Creo que tus palabras fueron «está y no está».

—Demencia. Probablemente Alzheimer.

—Creo que valdría la pena hablar con ella.

Vicky negó con la cabeza.

—¿De qué serviría eso, Wilde?

—Queremos respuestas.

—Tú quieres respuestas. Eso ya lo veo. Pero sea lo que sea lo que ocurrió, y lo que hizo que Peter llegara hasta nosotros, bueno… ¿De qué sirve remover todo eso ahora? Es una anciana. Frágil. Con un estado mental delicado. Se ponía tan nerviosa cada vez que le preguntaba por el nacimiento de Peter que dejé de hacerlo.

No valía la pena insistir. Rola podía descubrir dónde vivía la madre. Y luego ya decidirían qué hacer.

—¿Wilde?

La miró.

—No sé cómo decir esto, pero para mí y para mi familia creo que todo esto se acaba aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Dijiste que Peter es sospechoso del asesinato de McAndrews.

—Lo será, supongo, sí.

—Pues piénsalo. Peter ya ha sufrido mucho. Lo ha perdido todo. Supongamos que ambos pensamos que es posible. Que Peter encontró al tal McAndrews y que de algún modo acabó estando relacionado en la muerte de ese hombre. Un accidente. Defensa propia. O incluso, aunque me cueste creerlo, asesinato. Sería ya la puntilla, ¿no te parece? Algo así podría llevar a alguien a salir corriendo, encontrar un acantilado, o una cascada, y…

Wilde meneó la cabeza.

—¿Y qué me dices de su último post?

—¿Qué le pasa?

—Peter dijo que las mentiras corren más que la verdad y que no hay que creerse enseguida lo que se oye. Me dijo lo mismo en su mensaje: que la gente mentía sobre él.

—Eso fue antes.

—¿Antes de qué?

—Creo que deberías marcharte.

—Si hay algo más…

—No lo hay, Wilde. Es solo… que ya está. Peter está muerto.

—¿Y si no lo está?

—Entonces es que ha huido y no quiere que lo encontremos. En cualquier caso, creo que deberías irte.

20

Chris Taylor esperó a que toda la fauna de Boomerang se conectara a la videoconferencia protegida. Primero llegó Jirafa, seguida de Gatito y Alpaca. Un minuto más tarde apareció Oso Polar. Con eso ya había *quorum* suficiente. Cuando empezaron, acordaron una serie de reglas para proteger sus identidades, al grupo en general y su actividad. También establecieron normas sobre el *quorum* mínimo necesario: es decir, que, para discutir de cualquier cosa, debían estar presentes cinco de los seis. Si dos de ellos no podían conectarse, se aplazaba la reunión.

—Esperemos un segundo a ver si llega Pantera.

Fue más que un segundo. Chris le envió un nuevo recordatorio. También por motivos de seguridad, ningún miembro del grupo podía enviar mensajes directos a otro miembro. Todos los mensajes tenían que ir al grupo Boomerang.

—Pantera no responde —señaló Jirafa.

—Tampoco respondió a la llamada anterior —añadió Gatito.

En el grupo no se identificaban por sexo, y en caso de tener que elegir uno, usaban el masculino genérico, no por cuestiones de lenguaje inclusivo, sino porque aquello suponía una protección adicional. Chris no tenía ni idea de qué género tenía cada uno. Podían ser todo mujeres menos él, o todo hombres, o cualquier otra combinación posible. No tenía ni idea de dónde vivían, aparte del hecho de que Gatito les había dicho que estaba en la zona horaria de Europa Central, para facilitar la programación de las reuniones en horas en que todos estuvieran despiertos.

—No hay motivo para alarmarse —dijo Oso Polar—. El mensaje de León ha llegado hoy mismo.

Eso era cierto, pero a Chris aquello no le gustaba. No le gustaba en absoluto. Que faltara algún otro era una cosa. Le hubiera preocupado, sí, pero… ¿tenía que faltar justamente Pantera?

—Hay *quorum* —insistió Jirafa—. ¿Quieres decirnos qué pasa ahora o prefieres esperar a que esté Pantera?

Chris se lo pensó.

—Me gustaría más que estuviera Pantera.

—¿Por qué?

—Porque esto le afecta.

—¿Y eso?

Reflexionó un momento y añadió:

—Voy a compartir la pantalla para enseñaros algo.

Les mostró un artículo de portada del *Hartford Courant*. Mostraba un primer plano de Henry McAndrews en uniforme azul. El titular sobre su rostro sonriente decía: El exjefe adjunto de la Policía de Hartford, Henry McAndrews, ya jubilado, fue hallado muerto en el sótano de su casa en Harwinton, CT.

EXJEFE ADJUNTO DE LA POLICÍA ASESINADO

Le disparan a quemarropa en su casa de Harwinton, al estilo pandillero Oso Polar fue el primero en hablar:

—Henry McAndrews. ¿De qué me suena?

—Salía en un dosier —dijo Chris.

—¿Víctima o agresor? —preguntó Jirafa.

Chris apretó otro botón del ordenador.

—Acabo de enviaros todo el dosier. Pantera presentó el caso. McAndrews era un agresor.

—Dios mío, ¿y qué nivel de castigo le dimos?

—Ninguno —dijo Chris.

—No lo pillo —dijo Jirafa.

—Os pongo al día. Pantera presentó el caso de una estrella de un reality show troleado en internet.

—Ah, sí —dijo Oso Polar—. El tal PB de PB&J. Mi hija es muy fan. —Oso Polar se detuvo, probablemente por miedo a dar demasiada

información personal—. Conozco el programa.

—Peter Bennett —dijo Chris—. Se vio implicado en un escándalo tras finalizar el reality show y, como siempre, internet se llenó de mensajes de odio, hasta el punto de que le arruinaron la vida. Se rumorea que se suicidó, o quizá lo fingiera, no lo sé.

—Lo recuerdo —dijo Gatito—. ¿Pero Peter Bennett no era también un cabrón?

—Probablemente —dijo Chris—. Le pusieron en evidencia en un pódcast, donde se habló de cuernos e incluso de que pudiera haber drogado a una mujer. Sin pruebas ni nada. Acusaciones tan solo. Pero todos decidimos, en mi opinión con motivo, que teníamos víctimas que se merecían mucho más nuestra atención.

—¿No hicimos caso?

—Exacto.

—Y si mal no recuerdo, a Pantera eso no le hizo mucha gracia —dijo Gatito—. Sugirió una reprimenda de bajo nivel para ese tal McAndrews, aunque solo fuera de categoría 1. Para que aprendiera a no ser tan capullo.

—¿Sabíamos que el trol era poli? —preguntó Oso Polar.

—No llegamos tan lejos porque decidimos no seguir adelante —dijo Chris—. ¿Eso habría importado?

—Supongo que no.

—Silencio.

—Un momento —dijo Gatito—. Todos hemos presentado muchos casos que no han llegado a la fase de castigo. Estábamos de acuerdo. ¿Estás sugiriendo que Pantera se ha rebelado y ha actuado por su cuenta?

—Yo no sugiero nada.

—McAndrews era policía urbano —dijo Oso Polar—. Me imagino que tendría unos cuantos enemigos. Así que su muerte podría ser una coincidencia. A lo mejor no tiene nada que ver con nosotros.

—Quizá —dijo Chris, sin ningún entusiasmo.

—El titular habla de un asesinato al estilo «pandillero». Quizá fuera exactamente eso. O tal vez el tipo fuera un trol especialmente activo.

—¿Y?

—Pues que quizá troleó a alguien más y fueron a por él.

—Tal vez —respondió Jirafa—. O también pudo ser un robo que salió mal. O, tal como han sugerido Oso Polar y Gatito, puede que McAndrews fuera un cabrón con una pistola, uno de esos cuyo complejo de inferioridad los convierte en troles.

—Exacto —dijo Gatito—. Sabemos que Pantera no traicionaría nunca nuestra confianza.

—¿Lo sabemos? —preguntó Chris.

—¿Qué?

—No nos conocemos —dijo Chris—. De eso se trata en realidad. Y en circunstancias normales estaría de acuerdo con vosotros. Pensaría que hay muchas posibilidades de que el asesinato de Henry McAndrews no tenga nada que ver con nosotros. De hecho, hace una hora, calculé que habría entre un sesenta y un setenta y cinco por ciento de posibilidades de que Boomerang no estuviera implicado en absoluto en su muerte.

—¿Y qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión? —preguntó Jirafa.

—Venga, Jirafa —dijo Gatito, con su acento británico—. Es bastante evidente.

—¿El qué?

Fue Chris quien respondió.

—Pantera no está aquí. Es el único… —se detuvo y buscó palabras más neutras—… es la única persona que no se ha presentado.

—Pantera nunca se ha perdido ninguna reunión —añadió Jirafa.

—En todas las reuniones siempre hemos estado todos —constató Oso Polar—. Salvo aquella en que Gatito nos dijo que no podría asistir.

—Exacto —dijo Chris—. Este era un caso de Pantera. Y ahora

Pantera no responde a nuestros mensajes.

Silencio.

—¿Bueno, y qué hacemos?

—Tenemos un protocolo muy específico para estos casos —dijo Chris.

—¿Quieres decir que debemos romper el cristal?

—Sí.

—Estoy de acuerdo —dijo Gatito.

—Me parece muy drástico —observó Jirafa.

—Yo también lo pienso —dijo Oso Polar—. Prometimos romper el cristal solo en caso de emergencia extrema. Tenemos que estar de acuerdo todos. No puede ser cuatro de cinco.

—Lo sé —dijo Chris.

Ese había sido el elemento de seguridad máxima de Boomerang desde el principio. Ninguno de ellos conocía a los demás. Era algo esencial. Si atrapaban a uno del grupo, nadie podría delatar a sus compañeros, aunque quisiera, por mucho que lo presionaran. No había modo de seguirles el rastro.

A menos que «rompieran el cristal».

Sus nombres estaban en un archivo seguro con todas las protecciones posibles. Cada miembro de Boomerang había creado un código de seguridad personal de veintisiete dígitos. Si los cinco introducían sus códigos en un plazo de diez segundos, los cinco animales podían ver el nombre del sexto miembro de Boomerang. Era el único modo. Los cinco tenían que introducir sus códigos al mismo tiempo. Y, aun así, solo sabrían la identidad del sexto miembro.

—Analicemos esto paso a paso un momento —propuso Chris—. Tenemos a uno de nuestros objetivos, Henry McAndrews, que ha sido asesinado.

—No era uno de nuestros objetivos —puntualizó Oso Polar—. Era un objetivo potencial. Al final decidimos no proceder.

—Tienes razón. Un objetivo potencial. Nos presentó su caso

Pantera, que ahora mismo no responde a nuestros mensajes. Hay diversas posibilidades, y varias de ellas podrían significar una misma cosa: que se trata de una coincidencia. Tratamos con mucha gente que actúa con precipitación. El hecho de que uno muera asesinado no significa necesariamente que tengamos algo que ver.

—Eso es justo lo que estábamos argumentando, sin demasiada convicción —dijo Gatito— antes de darnos cuenta de que el caso de Henry McAndrews lo defendió el único miembro que falta.

—Correcto. Yo creo que, para poder analizar bien el caso, debemos dejar de lado la posibilidad de la coincidencia. Pongamos que el asesinato de Henry McAndrews está relacionado directamente con nosotros. Pongamos, para ser más exactos, que el asesinato está relacionado directamente con la desaparición de Pantera.

—Bueno, eso es un poco fuerte —dijo Oso Polar—. ¿Desaparición? Eso no lo sabemos. ¿Hace ya 24 horas? Mira, todos estamos muy metidos en el mundo de la tecnología. Si no, no estaríamos aquí. No sé vosotros, pero yo, cuando necesito un descanso —y a veces me ocurre—, desconecto del todo. Me subo a un barco y me pongo a navegar por algún sitio donde no haya cobertura de móvil ni de internet. Tal vez Pantera haya hecho eso mismo.

—¿Sin decírnoslo? —replicó Gatito—. Y menuda coincidencia que lo haya hecho justo en este momento, ¿no?

—¿Entonces qué es lo que planteas, Gatito? ¿Que Pantera ha matado a un jefe de policía porque molestó a un famosillo ganador de un reality?

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces cuál es tu teoría?

Intervino Chris:

—Yo creo que lo que dice Gatito o, al menos, es lo que pienso yo, es que tenemos que saber qué ha pasado aquí.

—¿Descubriendo a Pantera?

—Obteniendo el nombre de Pantera, sí. De esta manera podremos

investigar y asegurarnos de que está bien.

—Estoy de acuerdo —dijo Gatito.

—Yo me opongo —dijo Oso Polar—. Por diversos motivos.

—Oigámoslos.

—En primer lugar, lo siento, pero es demasiado pronto. Si fuera yo, si yo ocupara el lugar de Pantera en este caso, no querría que me pusierais en evidencia. Así que me cuesta ponerlo en evidencia a él.

—¿Qué más?

—Si estás en lo cierto, León, si esto está relacionado directamente con Pantera, solo veo dos posibilidades: una, que Pantera estuviera tan molesta por nuestra decisión de no castigar al tal McAndrews que se tomara la justicia por su mano. Lo sé, ya sé que debería decir «molesto». Pero Pantera es femenino y me cuesta hablarlo todo en masculino, ¿vale? Bueno, así que esa es una posibilidad. Que a Pantera se le fuera la cabeza y matara a McAndrews, y que ahora nos esté evitando.

—Vale.

—Solo que me parece muy improbable. Sí, Pantera nos presionó para que le diéramos un correctivo a McAndrews, pero no pareció que le molestara especialmente que no accediéramos. De haber sido así, si Pantera hubiera insistido realmente en que castigáramos a McAndrews, yo creo que habríamos cedido. Pero no lo hizo. Así pues, ¿por qué iba a ir a matarlo por su cuenta?

—Bien pensado —concedió Chris.

—Así que dejadme que vaya un paso más allá. Si Pantera hubiera decidido realmente matar a McAndrews y desaparecer… Bueno, ella sabía que podríamos romper el cristal. Que obtendríamos su nombre real. Que podríamos llegar a localizarlo. Así que no tiene sentido que nos evite.

Chris asintió, y vio en la pantalla que la cabeza del León también asentía.

—¿Eso adónde nos lleva? —preguntó Oso Polar—. Bueno, hay una

posibilidad, quizá la más evidente de todas: que Pantera bajara la guardia. Quizá ese tal Peter Bennett consiguiera seguir el rastro a Pantera y a su contacto.

—Imposible —dijo Chris—. Tenemos demasiadas protecciones, a varios niveles.

—Sí, pero no somos infalibles. Hay un motivo por el cual introdujimos la posibilidad de romper el cristal, así como todos los demás protocolos. Porque sabíamos que existía la posibilidad de que alguien viniera a por nosotros. Ideamos este sistema de modo que si sucedía —y quizá haya sucedido— pudiéramos poner a salvo al resto. Así que pongamos que alguien ha llegado hasta Pantera. No sé ni cómo ni por qué. Pero pongamos que han llegado hasta él. O ella. Pongamos que, en el peor de los casos, Pantera ha perdido el conocimiento, está herido o muerto. Si es así, yendo en su ayuda podríamos exponernos a nosotros mismos a un mal mayor.

Todos se quedaron pensando en los argumentos de Oso Polar.

—Lo que dices tiene sentido —dijo Chris—, pero han asesinado a un hombre. Mi voto sigue siendo a favor de obtener la identidad de Pantera.

—Yo estoy de acuerdo con León —dijo Gatito.

—Yo también, y somos tres —dijo Alpaca.

—Yo aún no lo tengo claro —dijo Jirafa.

—No importa —dijo Oso Polar—. Tiene que habar unanimidad y, lo siento, pandilla, pero yo quiero esperar uno o dos días más. Démosle a Pantera la ocasión de responder. Démosle a la policía local la ocasión de resolver el asesinato. Esperar unos días no cambiará nada. No estamos en peligro por no actuar.

Chris no estaba tan seguro.

—¿Estás bloqueando oficialmente la posibilidad de romper el cristal, Oso Polar?

—Pues sí.

—Muy bien —dijo Chris—. Pues es definitivo. Mientras tanto,

mantengámonos en contacto y estemos atentos al caso McAndrews. Alpaca, quizá podrías echar un vistazo a lo que había encontrado Pantera. A lo mejor encuentras algo en ese archivo que esté relacionado con el asesinato.

—Lo haré.

—¿Cuánto tiempo quieres esperar, Oso Polar?

—Cuarenta y ocho horas —dijo Oso Polar—. Si pasados dos días no tenemos noticias de Pantera, rompemos el cristal.

21

—Vale —le dijo Hester a Wilde—. Veamos en qué punto nos encontramos.

Estaban sentados en el Tony's Pizza and Sub, un lugar con exactamente el mismo aspecto que uno se imaginaría de un local con ese nombre. Dos tipos de brazos peludos lanzaban pizzas al aire. El mantel era de vinilo, con cuadros blancos y rojos. En cada mesa había un dispensador de servilletas de papel y un bote de parmesano rallado, otro de orégano y otro de guindilla en polvo.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Wilde.

—No querrás que te diga «por el principio», ¿verdad?

—No, por favor.

—Bueno, pues vamos a ver… En primer lugar, Peter Bennett fue adoptado… hará unos veintiocho años. La hermana… ¿cómo se llamaba?

—Vicky Chiba.

—¿Te ha dicho qué edad tenía él en ese momento?

—No, solo que era un bebé.

—Bueno, supongo que tampoco importa que tuviera dos o diez meses. Es adoptado. Se cría cerca de la Penn State. ¿Tal vez eligieron una zona rural como esa porque no querían intromisiones?

—Quizá. Antes de eso vivían en Memphis.

—Vale, así que Peter crece sin saber que es adoptado. Toda la familia miente sobre eso. Es un poco sospechoso, ¿no crees?

—Sí.

—Pero dejemos eso de momento. Peter crece y bla, bla, bla. Se presenta a un reality show y se entera de que es adoptado. Está contrariado, por supuesto. Introduce su nombre en diversos sitios de

análisis de ADN esperando encontrar alguna coincidencia. Y una de las que encuentra eres tú. —Hester se detuvo—. Bueno, eso nos lleva a una pregunta obvia.

—¿Y cuál es?

—Tú solo introdujiste tu ADN en un banco de datos, ¿verdad?

—Exacto.

—Peter Bennett puso el suyo en varios, según la hermana. Así que quizá hallara otras coincidencias. Tienes que investigar eso, Wilde. Quizá encontrara otros parientes biológicos. Quizá se pusiera en contacto con ellos.

—Bien pensado.

—Volviendo a la línea cronológica: Peter va al programa. Gana. Se casa con la atractiva Jenn. Se vuelve famoso. Se hace rico. Está en la cresta de la ola. No sabemos cómo lleva el hecho de haber descubierto que fue adoptado. Quizá se haya olvidado de eso. Quizá tenga noticias de otros parientes. Lo que sea. Peter está a tope, viviendo la buena vida y de pronto, bum, el pódcast acaba con todo. Cae en picado. Le hacen el vacío, lo borran de todas partes, lo pierde todo. Sabemos que está destrozado, no solo por lo que dicen los demás, sino también por el mensaje que te envió a través de ese sitio web. Así que todo se junta: el subidón y luego la caída en picado, la confusión, el perderlo todo, incluido su matrimonio. Se hunde cada vez más. Se está ahogando. Intenta aguantar, pero entonces McAndrews o ese DogComosellame le da otro mazazo. Ya está. Está acabado. Así que (y esto ya es solo una hipótesis) Peter encuentra a McAndrews, lo mata para vengarse, se da cuenta de lo que ha hecho, va corriendo a ese barranco y se suicida.

Wilde asintió.

—No parece improbable.

—Pero no te convence.

—No me convence.

—Porque ves algún fallo en el planteamiento lógico o porque no

quieres que te convenza.

Wilde se encogió de hombros.

—No importa.

—Vas a ir hasta el final.

—Sí.

—Porque tú eres así.

—Porque en realidad no sabría hacer otra cosa. Ahora no veo motivo para parar. ¿Tú sí?

—No. Otra cosa.

—¿Qué?

—Hay algo extraño en lo de ese pódcast de Reality Ralph.

—¿Como qué?

—Como que quizá Marnie, la hermana de Jenn, mienta.

—¿No confesó Peter?

—Si creemos a Jenn, sí.

—¿Y tú no la crees?

Hester puso cara de «quizá sí, quizá no».

—En cualquier caso, necesitamos hablar con la hermana. Y me parece que yo ya he gastado mis balas al hablar con Jenn.

Wilde asintió.

—Puedo intentar contactar con Marnie.

Ambos cogieron otro trozo de pizza.

—Es raro —dijo Hester, dando un bocado—. Te encuentran en el bosque cuando eras niño. No tienes recuerdos de cómo llegaste hasta allí. Te abandonaron, sin más. Y tú estás convencido de que te pasaste años en ese bosque…

—No volvamos a eso otra vez.

—Déjame decir esto, ¿vale? Sé que he cuestionado tus recuerdos en el pasado. Al igual que muchos expertos. La mayoría llegaron a la conclusión de que no habrías podido sobrevivir tanto tiempo solo, que debieron de abandonarte solo unos días o unas semanas antes, pero que el trauma te hizo pensar que había sido más tiempo. Yo también

lo creía. Tiene sentido, si lo piensas bien.

—¿Y ahora?

—Y ahora, más de treinta años después de que te encontraran, nos enteramos de que un familiar de sangre tuyo fue adoptado en secreto en un estado vecino: otro niño aparentemente sin pasado. Así que tenemos a dos niños sin pasado que aparecen sin más, de la nada. Eso es raro, Wilde. Así que sí, esta investigación empezó por curiosidad. Siempre he deseado conocer la historia de tus orígenes, aunque a ti no te hiciera ninguna gracia. Pero ahora, bueno… Ahora podría tratarse de algo más importante. Algo monstruoso.

Wilde se recostó en la silla y asimiló lo que le decía.

Hester cogió un pedazo de pizza más grande. Sin dejar de masticar, dijo: —Ahora en serio, esta pizza está buenísima.

—Muy buena.

—El secreto es la miel.

—¿Dónde está la miel?

Hester asintió.

—Miel, *soppressata* calabresa picante, mozzarella.

—Pues funciona.

—Tony lleva aquí toda la vida. Ya lo sabes.

Wilde asintió.

—Y tú ya habías estado aquí antes, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿También de niño?

Wilde no tenía ni idea de adónde quería llegar.

—Sí.

—Pero nunca con David.

Bum. Tal cual. Wilde no respondió.

—Mi hijo era tu mejor amigo. Salíais mucho juntos. Pero nunca viniste aquí con David, ¿verdad?

—A David no le gustaba la pizza —respondió Wilde.

—¿Eso es lo que te dijo? —Hester hizo una mueca—. Venga ya,

Wilde. ¿A quién no le encanta la pizza?

Wilde no dijo nada.

—Cuando Ira y yo llegamos al pueblo —quiero decir, el primer día — trajimos a los chicos a cenar aquí. El local estaba atestado, y la camarera nos lo puso difícil porque uno de los chicos, creo que Jeffrey, solo quería un trozo de pizza y la empleada insistía en que teníamos que pedir una cena completa. Una cosa llevó a otra. Ira empezó a perder la paciencia. Había sido un día muy largo y todos teníamos hambre y estábamos de mal humor. El encargado nos dijo que no podíamos sentarnos a la mesa a causa de ese trozo de pizza. Ira se puso furioso. Los detalles ahora no importan, pero nos fuimos sin comer. Ira volvió a casa y escribió una queja a máquina. De dos páginas, a un solo espacio. La envió, pero nunca obtuvo respuesta, de modo que se estableció la norma familiar de que nunca pediríamos pizza en Tony's, ni vendríamos nunca más.

Wilde sonrió.

—Guau.

—Ya.

—Recuerdo cuando nuestro equipo de béisbol ganó la liga —dijo Wilde—. David y yo íbamos a octavo. Vinimos aquí a celebrarlo, pero David se inventó una excusa para no venir.

—Mi David era un muchacho muy leal.

—Sí que lo era —dijo Wilde, asintiendo.

Hester cogió una servilleta del dispensador y se secó los ojos. Wilde esperó.

—¿Quieres comer algo más? —le preguntó.

—Ya he acabado.

—Yo también. ¿Estás listo?

Él asintió. Ya habían pagado la cuenta. Hester se puso en pie, y Wilde hizo lo mismo. Una vez fuera, Tim arrancó el coche. Hester le puso la mano en el brazo a Wilde.

—Nunca te culpé por lo que sucedió —dijo Hester—. Nunca.

Wilde no dijo nada.

—Aunque ahora sé que me mentiste.

Wilde cerró los ojos.

—¿Cuándo vas a contarme lo que le pasó de verdad a mi hijo, Wilde?

—Ya te lo he contado.

—No. Oren me llevó al lugar del accidente. ¿Te lo había dicho? Fue justo antes de que huyeras a Costa Rica. Me enseñó el lugar por el que se salió de la carretera el coche de David. Recorrimos la zona a pie. Oren dice que siempre ha sabido que no contaste la verdad.

Wilde se quedó en silencio.

—David era tu mejor amigo —dijo ella en voz baja—. Pero también era mi hijo.

—Lo sé. —Wilde la miró a los ojos—. Nunca me atrevería a ponerlo en el mismo plano.

Tim salió del coche y dio la vuelta para abrirle la puerta a Hester.

—Esto no vamos a resolverlo hoy —le susurró Hester a Wilde—. Pero pronto lo haremos. ¿De acuerdo?

Wilde no dijo nada. Hester le besó en la mejilla y se subió al asiento trasero. Cuando el coche desapareció de su vista, Wilde se dio la vuelta y echó a caminar por la carretera. Envió un mensaje a Laila.

Wilde: Hey.

Los puntitos bailarines le indicaron que ella estaba respondiendo.

Laila: ¿Cómo podría resistirse una mujer a un mensaje así?

Wilde no pudo evitar sonreír, y volvió a escribir.

Wilde: Hey.

Laila: Tú sí que sabes. Ven aquí.

Se metió el teléfono en el bolsillo y aceleró el paso. Laila fue la esposa de su mejor amigo. Eso no podía pasarlo por alto. David y ella habían sido el uno para el otro. Wilde y Laila se habían pasado años, probablemente demasiados, intentando apartar al fantasma que flotaba en la habitación, en lugar de dejarlo en paz.

El teléfono volvió a vibrar, indicando la llegada de otro mensaje.

Wilde miró la pantalla: **Laila:** Ahora en serio, ven cuando puedas. Ya va siendo hora de que hablemos de esto.

Estaba leyendo el mensaje por segunda vez, con la cabeza gacha y el rostro iluminado por la pantalla del teléfono, cuando aparecieron dos coches que frenaron haciendo chirriar las ruedas.

—¡Policía! ¡Al suelo, enseguida!

Wilde se puso tenso y se planteó qué hacer. Podía salir corriendo. Probablemente lograra escapar, pero le acusarían de huida y resistencia a la autoridad, aunque fuera inocente. Eso le obligaría a permanecer oculto, justo ahora que la búsqueda de Peter Bennett empezaba a dar resultados prometedores.

Y no quería que ocurriera eso.

—¡AL SUELO, CAPULLO!

Cuatro hombres —dos de uniforme y dos de paisano— le apuntaron directamente con sus pistolas. Todos llevaban pasamontañas.

Aquello no pintaba bien.

—¡ENSEGUIDA!

Tres fueron corriendo hacia él, el otro siguió apuntándolo. Aún con el teléfono en la mano, Wilde se echó en el suelo lentamente, no tanto para demostrar que se rendía sin oponer resistencia, sino para tener tiempo de poner el teléfono en silencio con el pulgar y luego apretar el botón de llamada. No iba a poder escoger el número. El de Laila había sido el último. La llamada la recibiría ella.

Los tres hombres se lanzaron hacia él en estampida.

—No me estoy resistiendo —dijo Wilde, intentando atinar los botones del teléfono—. Me estoy rindien…

A los tres hombres aquello no les importó. Cayeron con fuerza, derribándolo sobre el asfalto. Luego le dieron la vuelta, poniéndolo boca abajo. Uno dio un salto y cayó con la rodilla sobre sus riñones, provocándole un *shock* en el hígado y en los órganos internos. Los otros dos le agarraron de los brazos y tiraron con una fuerza excesiva

hacia atrás. Wilde sintió que se le desencajaban los manguitos de los hombros, pero aquello quedó eclipsado por el insufrible dolor que aún le provocaba el golpetazo en los riñones. Los hombres le retorcieron la muñeca y le arrancaron el teléfono de la mano. Le esposaron, apretando tanto las anillas que sintió que se le cortaba la circulación.

Uno de los polis de uniforme —con tan poca luz resultaba imposible verle el número de placa ni ninguna otra cosa— pisoteó el teléfono una y otra vez. El móvil se rompió en mil pedazos.

Tendido boca abajo, con la cara apretada contra el asfalto, Wilde consiguió ver que el primer coche, el que se encontraba más cerca, tenía todo el aspecto de un coche de policía camuflado: un Ford Crown Vic con matrícula del ayuntamiento, varias antenas, cristales tintados, luces en los espejos y rejas que ocultaban las sirenas. El segundo vehículo era un coche patrulla estándar. En el escudo lateral, Wilde consiguió distinguir tres palabras: Policía de Hartford.

El cuerpo donde había servido Henry McAndrews. Vaya, aquello desde luego no auguraba nada bueno.

El poli que le había dado el rodillazo bajó los labios hasta la altura del oído de Wilde.

—¿Sabes por qué estamos aquí?

—¿Para servir y proteger?

El puñetazo en el occipucio le dejó atontado y le hizo ver las estrellas.

—Prueba otra vez, asesino de polis.

Le pusieron una bolsa negra en la cabeza, sumergiéndole en la más profunda oscuridad, y le metieron a empujones en el asiento trasero, asegurándose de que se golpeaba la cabeza al entrar.

—Adelante —dijo uno de los hombres, y se pusieron en marcha.

—Me gustaría saber de qué se me acusa —dijo Wilde.

Silencio.

—También me gustaría llamar a mi abogada.

—Más tarde.

—No quiero ser interrogado hasta que hable con mi abogada.

Más silencio. Volvió a intentarlo:

—He dicho que no quiero…

Alguien le hizo callar con un contundente puñetazo en el estómago. Wilde se dobló en dos, abriendo la boca desesperadamente, sin aire en los pulmones. Si alguna vez os han dado un puñetazo de esos que te dejan sin aire, sabréis lo horrible que es la sensación, como de ahogo, como si te estuvieras muriendo y no pudieras hacer nada para evitarlo. Wilde tenía la suficiente experiencia como para saber que aquello pasaría, que no era más que un espasmo del diafragma, que lo mejor que podía hacer era levantar la cabeza e intentar respirar despacio.

Tardó medio minuto más o menos, quizá uno, pero se le acabó pasando.

Wilde habría querido preguntar adónde se dirigían, pero el puñetazo en el plexo solar aún le dolía. ¿Importaba acaso? Si se lo llevaban a Hartford serían más de dos horas de incomodidad. Aún llevaba puestas las esposas. Había un poli en el asiento trasero, con él, y otro conduciendo, obviamente. Quizá hubiera un tercero. Era imposible saberlo con la bolsa en la cabeza. Valoró sus opciones y vio que no tenía ninguna. Cualquier movimiento sería una locura. Aunque pudiera anular al tipo del asiento de atrás —pese a la bolsa en la cabeza y las esposas— la puerta trasera no se abriría desde dentro.

No había nada que hacer.

Diez minutos más tarde el coche se paró. Aquello no era Hartford, estaba claro. No era Connecticut. La puerta del coche se abrió. Unas manos fuertes lo agarraron y lo sacaron a rastras. Wilde se planteó hacerse el muerto, dejarse caer al suelo, pero supuso que con eso solo se ganaría una patada en las costillas. Se mantuvo erguido y siguió el paso de los hombres, dejando que le guiaran.

Pese a la bolsa en la cabeza, respirando hondo detectó un aroma de

pino y lavanda. Wilde escuchó. No se oía tráfico. Ni el bullicio de la calle, ni voces, ni zumbidos mecánicos. Al caminar, de vez en cuando pisaba alguna raíz. No había modo de saberlo con seguridad, pero estaba convencido de que se encontraba en algún lugar rural, poco transitado, probablemente en el bosque, o cerca.

Eso no era bueno.

Le hicieron subir tres escalones —arrastró los pies, tanteando el suelo y dándose cuenta de que era de madera— y luego oyó el crujido de una puerta de mosquitera. El aire olía levemente a moho. Eso no era una comisaría. Una cabaña, quizá, en algún lugar remoto. Dos manos, una sobre cada hombro, le llevaron hasta una silla dura. Nadie dijo nada. Oía a los hombres moviéndose, susurrando. Wilde esperó, intentando no alterarse. Aún llevaba la bolsa negra en la cabeza, así que le era imposible ver o identificar a sus agresores.

Los murmullos cesaron. Wilde se preparó para lo peor.

—Te llaman Wilde —dijo una voz ronca—. ¿Es correcto?

No vio motivo para callar.

—Sí.

—Vale, bien —dijo la voz ronca—. Voy a saltarme lo del poli bueno, Wilde, y pasaré al modo poli malo. Somos cuatro. Eso ya lo sabes. Solo queremos justicia para nuestro amigo. Eso es todo. Si la conseguimos, todo irá bien. Pero, si no, tú, Wilde, acabarás sufriendo una muerte muy lenta y dolorosa y te enterraremos donde nadie pueda encontrarte nunca. ¿Me he expresado con claridad?

Wilde no dijo nada.

Fue entonces cuando sintió algo frío y metálico contra el cuello. Tras un momento de vacilación se oyó un zumbido. Una corriente eléctrica le recorrió todo el cuerpo. Los ojos se le hincharon, el cuerpo se le tensó como un alambre. Las piernas se le pusieron rígidas. El dolor era insoportable, le hacía perder el control. Solo podía desear que acabara.

—¿Me he expresado con claridad? —dijo de nuevo la voz ronca.

—Sí —consiguió decir Wilde.

Y entonces sintió de nuevo el contacto del frío metal en el cuello.

—Bien, me alegro de que nos entendamos. Es una picana para ganado, por cierto. Ahora mismo la tengo a su mínima potencia. Pero eso va a cambiar. ¿Me entiendes?

—Sí.

—¿Sabes quién es Henry McAndrews?

—Sí.

—¿De qué lo conoces?

—He leído en el periódico que ha sido asesinado.

Silencio. Wilde cerró los ojos y apretó los dientes, anticipando la descarga de alto voltaje. Pero claro, ellos sabían que se la esperaba. Y no era lo que querían. Querían desquiciarle.

—Sabemos que estuviste en su casa, Wilde. Entraste por la puerta corredera. Hurgaste en su ordenador. Tenía un moderno sistema de cámaras de circuito cerrado. Lo sabemos todo.

—Si lo sabéis todo —dijo Wilde—, también sabréis que yo no lo maté.

—Justo lo contrario —dijo la voz ronca—. Sabemos que lo hiciste. Queremos saber por qué.

—Yo no lo maté.

Sin aviso previo, la picana para ganado volvió a soltarle una sacudida. Wilde sintió que todos los músculos se le tensaban involuntariamente. Cayó de la silla al suelo, agitándose como un pez en el muelle.

Dos manos fuertes lo agarraron y volvieron a colocarlo en la silla.

—Esto es lo que hay, Wilde —dijo la voz ronca—. Queremos jugar limpio. Vamos a darte una oportunidad, no como tú hiciste con Henry. Solo queremos saber lo que ocurrió. Luego buscaremos las pruebas que respalden los hechos. Serás arrestado. Tendrás un juicio justo. Sí, claro, tú intentarás hablar a la gente de esta pequeña reunión, pero no habrá ninguna prueba. No afectará al juicio. Aun así, es tu mejor

opción. Nos cuentas lo que le pasó a Henry. Te soltamos y encontramos las pruebas. Todo limpio y justo. ¿Entiendes?

Wilde sabía que no le convenía contradecir a Voz Ronca: —Sí.

—No nos interesa cargarte el muerto si no lo hiciste tú.

—Bien, porque yo no lo hice. Y antes de que me sueltes otra descarga, sé que no me tenéis grabado en vídeo. Si McAndrews tuviera ese tipo de vigilancia, también habríais visto al asesino semanas antes.

—Te colaste en la casa.

Tenía de nuevo el metal contra el cuello. Se estremeció.

—¿Lo niegas?

—No.

—¿Por qué entraste?

—McAndrews estaba acosando a alguien anónimamente.

—¿A quién?

—A una estrella de un reality show. Usaba bots y cuentas falsas.

Otra voz:

—¿De verdad crees que puedes seguir soltando mierda sobre Henry?

La picana eléctrica debía de estar ahora a más potencia, porque Wilde tuvo la sensación de que el cráneo le había estallado en mil pedazos. No dejaba de convulsionar. Cayó de nuevo al suelo, pero esta vez quienquiera que le estuviera aplicando la picana no la retiraba. El voltaje seguía atravesándolo. Las piernas y los brazos se le movían espasmódicamente. Tenía los ojos en blanco. Sentía una sobrecarga en los pulmones y otros órganos internos, el corazón le iba a explotar como un globo demasiado hinchado.

—¡Vas a matarlo!

A lo lejos, y a pesar del estruendo, Wilde oyó el zumbido de un teléfono. La picana dejó de hacer ruido pero él seguía convulsionando. Se plegó en dos y vomitó.

Desde una distancia que le pareció enorme, una voz dijo: —¿Qué? ¿Pero cómo?

Todo se detuvo, salvo Wilde, que seguía retorciéndose incontroladamente, intentando superar aquella agonía, aquella electricidad que le quemaba las venas. Los oídos le pitaban. Empezaban a cerrársele los ojos. No trató de evitarlo. Quería desmayarse, lo que fuera para sentir alivio. Entonces notó que las mismas manos fuertes volvían a agarrarlo. Wilde intentó colaborar, pero las piernas ya no le respondían.

Al poco volvía a estar en el coche.

Quince minutos más tarde el coche se detuvo. Alguien le quitó las esposas. Volvió a abrirse la puerta. El mismo par de manos fuertes lo sacaron al exterior. El cuerpo de Wilde impactó contra el asfalto y cayó rodando.

—Si le cuentas esto a alguien —dijo la voz ronca— volveremos y te mataremos.

22

Cuando Oren Carmichael abrió la puerta y vio a Wilde, abrió los ojos como platos.

—Por Dios, ¿qué demonios te ha pasado?

Oren Carmichael estaba allí aquel día, treinta y cinco años antes, cuando encontraron a Wilde, el pequeño «niño salvaje», en el bosque. Fue el primero en hablar con él, bajando la cabeza hasta el niño y diciéndole, con la voz más tranquilizadora posible: «Hijo, nadie va a hacerte daño, te lo prometo. ¿Me dices tu nombre?». Oren Carmichael llevó al pequeño Wilde en su propio coche hasta su primera casa de acogida, se quedó en la habitación hasta que se durmió y estaba allí cuando se despertó por la mañana. Oren Carmichael había tratado incansablemente de descubrir cómo había acabado Wilde en aquel bosque y al mismo tiempo le había ayudado muchísimo en su adaptación a aquel mundo nuevo. Oren Carmichael había entrenado a Wilde en varios deportes, lo había metido en sus equipos, lo había cuidado, se había asegurado de que se sintiera parte de la comunidad, al menos en la medida en que podía un niño como él. Oren Carmichael le había dado consejo cuando le parecía que lo necesitaba, e incluso le había ayudado a resolver sus problemas durante los años rebeldes de la adolescencia. Oren Carmichael fue también el primer agente en llegar al lugar del accidente que acabó con la vida de David.

Oren siempre se había mostrado amable, bueno, fuerte, mesurado, profesional, inteligente. Wilde admiraba su modo de comportarse, y se había puesto muy contento cuando Oren y Hester habían empezado a salir. Hester era lo más parecido a una madre para él, y aunque no se hubiera atrevido a decir que Oren fuera una figura paterna, sí era un ejemplo a quien seguir.

—¿Wilde? ¿Estás bien?

Al igual que le habían hecho a él apenas una hora antes, Wilde golpeó a Oren en el plexo solar con la base de la mano, paralizándole temporalmente el diafragma y dejándolo sin respiración. Oren soltó un uf y trastabilló, retrocediendo. Wilde entró y cerró la puerta a sus espaldas. Escrutó la sala. Oren no iba de uniforme ni llevaba su pistola. Tampoco había armas en las proximidades. Wilde inspeccionó con la vista cajones o rincones donde pudiera tener su arma. No había nada.

Oren miró a Wilde con un gesto de dolor tal —no habría podido decir si era más físico o emocional, pero podía imaginárselo— que tuvo que girarse. El golpe era necesario; eso fue lo que se dijo a sí mismo cuando se cuestionó su conveniencia, recordando que Oren Carmichael tenía ya setenta años.

Wilde le tendió la mano para ayudarle. Aún jadeando, Oren la apartó de un manotazo.

—Respira hondo —dijo Wilde—. Intenta erguir el cuerpo.

Tardó un minuto o dos más. Wilde esperó. Había intentado no golpearle con demasiada fuerza, solo lo justo, pero también era cierto que nunca había pegado a un setentón. Cuando Oren pudo hablar de nuevo, dijo: —¿Quieres explicarte?

—Tú primero —dijo Wilde.

—No sé de qué demonios estás hablando.

—Cuatro polis de Hartford acaban de pararme en la calle, me han puesto una bolsa negra en la cabeza y han estado divirtiéndose dándome descargas con una picana para ganado.

Oren se dio cuenta de lo que había pasado y se le vio en la cara.

—Oh, Dios mío.

—¿Quieres decirme qué ha ocurrido?

—¿Qué te han hecho, Wilde?

—Te lo acabo de decir.

—¿Y te han soltado sin más?

—¿Tú crees que eso mejora las cosas? —Wilde meneó la cabeza—. Conseguí llamar a Laila antes de que me cogieran. Ella avisó a Hester, que telefoneó a alguien en Hartford, vertiendo amenazas de las que ninguno de los dos queremos saber nada. Eso provocó que alguien hiciera una llamada y me soltaron.

—Oh, mierda. —Oren se vino abajo—. ¿Hester? ¿Está al corriente?

—No sabe que estoy aquí.

—Tú lo dedujiste —dijo Oren—. ¿Cuánto tiempo crees que tardará ella?

—No es mi problema.

—Tienes razón. Es el mío. —Se frotó la cara con las manos—. He metido la pata, Wilde. Lo siento.

Wilde esperó. No tenía que insistirle para que se sincerara. Lo haría por sí solo. Estaba seguro.

—Necesito una copa —dijo Oren—. ¿Quieres una?

No sonaba nada mal en aquel momento. Oren sirvió dos vasos de Macallan.

—Lo siento mucho —repitió—. Sé que esto no te va a bastar, pero habían asesinado a un poli.

—Dime qué ha pasado.

—Como ya sabes, Hester comunicó el hallazgo del cadáver de Henry McAndrews en nombre de —Oren trazó unas comillas en el aire— «un denunciante anónimo protegido por el privilegio cliente-abogado». No puedes ni imaginarte cómo les ha tocado eso las narices a los del Departamento de Policía de Hartford. Uno de los suyos es asesinado con tres balas en la nuca en su propia casa y una abogada bocazas de la gran ciudad no les quiere decir quién ha encontrado el cadáver. Estaban rabiosos. Como es natural. Debes entenderlo.

Oren miró a Wilde. La expresión de Wilde no decía nada.

—¿Y?

—Y entonces los polis, furiosos, han investigado a Hester y… sorpresa, sorpresa, se han enterado de que está saliendo con un colega

policía.

—Tú.

Oren asintió.

—Así que acudieron a ti.

—Sí.

—Y tú traicionaste el privilegio cliente-abogado.

—En primer lugar, no eres un cliente, Wilde. No le pagas. Sois amigos.

Wilde frunció el ceño.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Y en segundo lugar, y más importante, Hester no me dijo que eras tú. No se lo pregunté. No la espié. No obtuve la información de ningún modo ilegal. Supuse que la persona a la que Hester estaba protegiendo de forma poco ética tenías que ser tú, sin que ello tuviera nada que ver con mi relación privada con ella.

Wilde se limitó a menear la cabeza.

Oren se inclinó hacia delante.

—Pongamos que esto hubiera ocurrido antes de que Hester y yo empezáramos a salir. Los polis de Hartford vienen y me dicen: «Esa abogada pija de Nueva York está protegiendo a alguien que se coló en la casa de un poli que ha muerto. ¿Tienes alguna idea de quién puede ser?». Incluso entonces habría supuesto que eras tú, Wilde.

—Muy bonito —dijo Wilde.

—¿Bonito el qué?

—Que busques excusas. «Aunque no hubiera sabido lo que sabía, podría haber sabido lo que dije que sabía».

—Fue un error de cálculo.

—Les diste mi nombre, ¿verdad?

—Sí que lo hice, pero también les dejé claro que teníamos una relación. Les dije que hablaría contigo y que te pediría que cooperaras, porque no eres de los que quieren que un asesino campe a sus anchas. Nunca imaginé que actuarían por su cuenta.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Aunque la víctima sea «uno de los suyos»?

Oren asintió.

—Tienes razón. Mira, Wilde, ahora quiero saber quién te ha hecho esto. Quiero que reciban su castigo.

—Eso no ocurrirá —replicó Wilde—. Llevaban las placas tapadas. Me pusieron una bolsa en la cabeza, así que no les vi la cara. Lo hicieron en una calle sin tráfico ni cámaras. Y aunque consiguiera deducir quiénes eran, sería mi palabra contra la suya. Sabían lo que hacían. —Wilde dio un sorbo y se quedó mirando a Oren por encima del vaso—. Y tú ya sabes que los polis se protegen los unos a los otros.

—Mierda. Lo siento, de verdad.

Wilde esperó. Sabía cuál era el siguiente paso. Solo tenía que llevárselo a su terreno.

—Pero tienes que escucharme —dijo Oren.

«Ya llega», pensó Wilde.

—Un policía, padre de tres hijos, ha sido asesinado. Tienes información sobre el caso. No puedes esconderte, sin más. Es tu responsabilidad declarar.

Wilde se planteó el siguiente movimiento. Luego le preguntó: —¿Los polis han buscado en el ordenador de McAndrews?

—Están trabajando en ello —respondió Oren—. Tiene un sistema de seguridad bastante sofisticado y hay un montón de información. ¿Qué deberían buscar?

—¿Qué tal si hacemos un intercambio?

—¿Un intercambio? —dijo Oren.

—Tú me dices qué sabe la policía sobre el asesinato de McAndrews —dijo Wilde—. Y según lo que sea, yo te indico lo que creo que deberíais hacer o dónde deberíais mirar.

—¿Hablas en serio?

—Tienes otras opciones —dijo Wilde—. Por ejemplo, podrías

pedirles a tus colegas que me torturen otra vez.

Oren cerró los ojos.

Wilde estaba furioso, pero a fin de cuentas quería que pillaran al autor del asesinato de Henry McAndrews. Si la información que tenía podía servir para que lo encontraran, no tenía problema en darla. Lo que quería era encontrar a Peter Bennett, no protegerlo.

—Fui a la casa de McAndrews —dijo Wilde— porque estaba buscando a alguien.

—¿A quién?

—A Peter Bennett. Es una estrella de reality shows que ha desaparecido, aparentemente está muerto.

Oren hizo una mueca.

—¿Y por qué lo buscas?

Wilde no vio motivo para no responder.

—Introduje mi nombre en un sitio web de análisis de ADN. Resultó que estamos relacionados genéticamente.

—Un momento. ¿Eso quiere decir…?

—Sí, estoy intentando descubrir cómo acabé en el bosque. Sé que llevas mucho tiempo insistiéndome en que lo haga. Así que me he decidido.

—¿Y?

—Pues que he encontrado a mi padre. Vive a las afueras de Las Vegas.

—¿Qué? —Oren abrió los ojos como platos—. ¿Y qué te dijo?

—Es una larga historia, pero no me llevó a ningún sitio. Así que lo volví a intentar, esta vez con un pariente de la rama de mi madre biológica.

—Y esa estrella de reality…

—Peter Bennett.

—¿Está relacionado con tu madre?

—Sí. Pero después de contactar conmigo desapareció.

—¿Qué quieres decir con desapareció?

—Puedes buscar su nombre en Google y encontrarás todos los detalles —dijo Wilde—. Es famoso. Si está implicado en este asesinato, quiero que le pillen. Aquí no hay amor ni lealtad familiar. Mi único interés es localizarlo para saber algo más de mi madre biológica.

—¿Así que estabas buscando a ese Peter Bennett y de algún modo diste con McAndrews?

—Exacto.

—¿Y por eso te colaste en su casa?

—Pensaba que no había nadie.

—Bueno, y si todo eso es cierto, ¿por qué no declaraste? ¿Por qué tenía que hacer la llamada Hester?

Wilde se lo quedó mirando.

—No cuesta tanto de entender.

—Habrían sospechado al saber que te habías colado en la casa…

—Habrían sospechado… Venga ya, Oren. Sabes perfectamente lo que habrían pensado.

Oren asintió, viéndolo claro por fin.

—Lo sé. Un excéntrico solitario… —no te lo tomes a mal, Wilde— … se cuela en la casa de un policía y el poli acaba muerto.

—Nunca recibiría un trato justo.

—Podrías haber acudido a mí.

—No.

—¿Por qué no?

—Tú eres el policía más íntegro que conozco —dijo Wilde—, y mira cómo te has saltado las normas solo porque la víctima es un poli.

Oren frunció los párpados.

—Supongo que me lo merezco.

«Ya es suficiente», pensó Wilde. Había que seguir adelante.

—McAndrews era poli, ¿verdad?

—Jubilado, sí.

—La mayoría de polis siguen trabajando cuando se jubilan. ¿A qué se dedicaba?

—Era detective privado.

Justo lo que pensaba Wilde.

—¿Por su cuenta o para una gran empresa?

—¿Qué más da? —Oren vio la cara de Wilde y soltó un suspiro—. Por su cuenta.

—¿Tenía alguna especialidad?

—No me siento cómodo hablando de esto —dijo Oren.

—Y yo aún tengo ganas de vomitar después de recibir varias descargas con una picana para ganado —dijo Wilde—. Por tu respuesta deduzco que en el trabajo de McAndrews había algo turbio.

Oren se quedó pensando.

—¿Tú crees que hay alguna relación entre su trabajo y su asesinato?

—Sí, lo creo. ¿Cuál era su especialidad?

—La mayor parte de su trabajo podría calificarse, poniéndole buena voluntad, como «seguridad corporativa».

—¿Y sin buena voluntad?

—Cubrir de mierda a la competencia usando internet.

—Explícate —dijo Wilde.

—Hoy Hester y tú habéis cenado en Tony’s, ¿verdad?

—¿Y eso qué tiene…?

—Pongamos que en tu pueblo hay una pizzería de toda la vida que tiene mucho éxito. Tú, Wilde, decides abrir otra pizzería no muy lejos. El problema es que la clientela es fiel a Tony’s. ¿Y cómo le quitas la clientela hoy en día?

—Supongo que la respuesta es cubriéndole de mierda.

—Exacto. Contratas a un tipo como McAndrews. Él crea cuentas falsas, bots, que publican opiniones negativas de Tony’s. Los bots llenan ciertos sitios web de comentarios sobre una supuesta falta de higiene, asegurando que la comida está en mal estado o que se presta un mal servicio. Lo que sea. Eso, por supuesto, bajará la puntuación de Tony’s en Yelp o en cualquier otro sitio donde la gente busque opiniones. Los bots podrían mencionar de paso que hay una nueva

pizzería en el pueblo y que es mucho mejor, y luego otras cuentas falsas se unirían a esas voces, diciendo «Sí, ese local nuevo es genial» o «Tienen una pizza de masa fina estupenda». Como te he dicho, es un ejemplo a pequeña escala. Pero corporaciones importantes también lo hacen a gran escala.

—¿Y eso es legal?

—No, pero es prácticamente imposible de perseguir. Alguien escribe una opinión falsa sobre ti en internet. ¿Sabes qué probabilidades hay de que se pueda llegar a rastrear la verdadera identidad del autor, especialmente con todo ese software para proteger el anonimato y las VPN?

—Cero —dijo Wilde.

—Y aunque alguien consiguiera descubrir la identidad que se esconde tras uno de esos bots, ¿qué? Esa persona podría decir: «Oh, eso es lo que me pareció de verdad, pero tenía miedo de que, si ponía mi nombre real, Tony pudiera ir a por mí».

Wilde se quedó pensando en ello.

—¿McAndrews hacía algo más, aparte de ese trabajo corporativo?

—¿Qué quieres decir?

—Supongo que algunos clientes quieren ir contra personas, no solo contra empresas.

—Desde el origen de los tiempos —dijo Oren—. ¿Por qué lo preguntas?

—Cuando busques información sobre Peter Bennett —dijo Wilde—, verás la gran cantidad de trols que han escrito en sus redes sociales, destrozando su reputación e indignando a sus antiguos fans. Cada vez que el escándalo perdía fuerza, los trols volvían y encendían de nuevo la mecha. Gran parte de los mensajes de odio lanzados contra Bennett procedían del ejército de bots de Henry McAndrews.

—¿Así que alguien iba a por Bennett?

—Sí.

—¿Y contrató a McAndrews para que lo hiciera?

—Podría ser.

—¿Cómo descubriste que era McAndrews?

—Eso es confidencial. No ayudará a encontrar al asesino.

—Claro que sí —replicó Oren—. Es evidente que McAndrews no era tan hábil ocultando su identidad como pensaba. Tú lo descubriste. Y no es por quitarte mérito, pero si tú pudiste rastrear la identidad de McAndrews, también pudo hacerlo Peter Bennett. ¿Y quién tendría más motivos que él para estar furioso con McAndrews?

—Quizá —concedió Wilde—. Mira, Oren, necesito el nombre de la persona que contrató a McAndrews para cargarse a Peter Bennett.

—Aun suponiendo que alguien contratara a McAndrews con ese fin —y eso ya es mucho suponer— habría un problema para darte esa información.

—¿Cuál es el problema?

—Uno de los hijos de McAndrews es abogado. Para curarse en salud, McAndrews declaraba que todo su trabajo eran servicios legales, así que quedaba protegido por el privilegio cliente-abogado. Los clientes no le pagaban directamente: facturaba a través del bufete de su hijo. —Oren lo miró fijamente—. Ya ves, hay quien utiliza el privilegio cliente-abogado como más le conviene. Algunos son capaces de retorcer el espíritu original de esa cláusula de un modo que a otros podría parecerles poco ético.

—Aquí uno de los dos es el malo, Oren. Y no soy yo.

Eso dolió. Los dos se quedaron en silencio un momento, sin mover ni un dedo.

—¿Alguien ha denunciado la desaparición de Peter Bennett? —preguntó Oren.

—Quizá lo haya hecho su hermana, pero no creo que lo hayan investigado. Al fin y al cabo es un adulto que se ha ido de casa. No había indicios de juego sucio.

—Hasta ahora —dijo Oren—. Gracias, Wilde, agradezco tu cooperación. Lo investigaré. Y te ayudaré en todo lo que pueda. Los

dos queremos encontrar a Peter Bennett.

De pronto sonó el teléfono de Oren, que miró la pantalla para saber quién era.

—Mierda. Es Hester.

Wilde se puso en pie. Tenía más cosas que decirle: que le había fallado, que solía considerarle una de las pocas personas del mundo en las que podía confiar, y que esa confianza había quedado hecha añicos para siempre. Pero no era el momento. Se fue hacia la puerta.

—Más vale que respondas.

23

Wilde cogió otro teléfono de prepago de una de sus cajas de seguridad y llamó a Laila.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí.

—Si no llegas a llamarme…

—No habría pasado nada —dijo Wilde—. Solo querían asustarme.

—Por favor, no lo hagas, Wilde.

—¿El qué?

—Oí cómo se te echaban encima y luego, puf, el teléfono murió. No me ofendas con tópicos.

—Tienes razón. Lo siento. Gracias por llamar a Hester.

—Faltaría más.

—Sé que querías hablar esta noche…

—¿Estás de broma? Ya no, después de lo que ha pasado. Aún estoy temblando.

—Entonces creo que me voy a la cápsula a dormir un poco.

—No, Wilde.

—¿No?

—No hablaremos —dijo Laila—. Tampoco follaremos. Pero te necesito aquí. Necesito abrazarte esta noche, o no podré dormir. ¿Vale?

Wilde asintió, aunque sabía que no le veía nadie. Necesitaba ese segundo.

—Voy para allá, Laila.

A la mañana siguiente, a primera hora, Wilde estaba en Amsterdam

Avenue entre las calles 72 y 73, observando a Marnie Cassidy, la hermana de Jenn, la que había lanzado las acusaciones más graves contra Peter Bennett en el pódcast de Reality Ralph. Se sentaba junto a la ventana en el Utopia Diner, al otro lado de la calle, desayunando con alguien que debía de ser una amiga. Marnie estaba animada, sonreía y hacía aspavientos al hablar.

—Marnie parece una aburrida de campeonato —observó Rola.

Wilde asintió.

—Tiene pinta de ser de esas que se creen divertidas y van gritando «uuu, uuu» en la pista de baile.

Wilde volvió a asentir.

—Es como la típica novia pesada de un colega que insiste en ir con los chicos al bar a ver el fútbol, se viste con el uniforme completo del equipo y se pasa todo el partido animando a voz en grito hasta que te dan ganas de hacerla callar de un puñetazo.

Wilde se volvió y miró a Rola. Rola se encogió de hombros.

—Es algo que no soporto.

—Ya veo.

—Mírala —dijo Rola—. Dime que me equivoco.

—No te equivocas.

—Wilde, quiero encontrar a esos polis de Hartford y darles su merecido.

—Olvídate.

Marnie y su amiga se levantaron y se dirigieron a la caja para pagar la cuenta.

—¿Estás seguro de que quieres ocuparte de esto tú solo? —preguntó Rola.

—Sí.

—¿Nos vemos luego en Central Park?

—Sí.

Rola le dio un beso en la mejilla.

—Me alegro de que estés bien.

Se marchó calle abajo justo en el momento en que Marnie salía al exterior. Marnie se despidió con un beso y un gran abrazo de su compañera de desayuno y se puso a caminar. Gracias a las investigaciones de Rola, Wilde sabía ahora que se dirigiría a los estudios de la ABC en Columbus Avenue, entre la calle 66 y la 67. Wilde había planificado la ruta. Quería encontrarse con Marnie antes de que los estudios estuvieran a la vista. Dio la vuelta a la manzana, acelerando el paso. Cuando Marnie giró por la calle 67, Wilde se la encontró de frente.

Se detuvo de golpe.

—Perdona —dijo Wilde, mostrando su mejor sonrisa y mirándola con admiración—. ¿No eres Marnie Cassidy?

Si le hubieran hecho entrega de un cheque millonario, Marnie Cassidy no habría estado más contenta.

—¡Sí, soy yo!

—Oh, vaya, lamento mucho molestarte. La gente debe agobiarte todo el día por la calle.

—Oh —dijo Marnie, quitándole importancia con un gesto de la mano—, no pasa nada.

—Es que soy muy fan tuyo.

—¿De verdad?

Wilde sabía que, a la hora de hincharle el ego a un famoso de medio pelo, todo es poco.

—Mi hermana y yo te vemos siempre en… —Se le había olvidado el nombre del programa, así que siguió adelante—. El caso es que los dos pensamos que eres divertidísima.

—¡Eres muy amable!

—¿Te importaría firmarme un autógrafo y tal vez hacernos un selfi? Jane…, es mi hermana, se volverá loca cuando lo vea.

Jane. Sí, vale. Inventarse nombres bajo presión no era uno de los grandes talentos de Wilde.

—¡Por supuesto! —exclamó ella, pletórica—. ¿Qué quieres que

ponga?

—Oh, pon… «A Jane, mi mayor fan», o algo así. ¡Te juro que se va a volver loca! —Wilde se pasó las manos por los bolsillos, como buscando algo con lo que escribir—. Vaya, mierda. Creo que no llevo ningún bolígrafo.

—¡No te preocupes! —dijo Marnie. Cada frase que salía de su boca parecía ir entre signos de admiración—. ¡Yo tengo uno!

Ahora que Marnie había parado por fin y se había puesto a buscar en el bolso, Wilde se movió, situándose justo delante y cortándole el paso. No es que fuera a detenerla si ella decidía esquivarlo. Era todo cuestión de lenguaje corporal.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Wilde.

—¡Por supuesto!

—¿Por qué mentiste sobre Peter Bennett?

Bum. Tal cual.

La sonrisa se quedó congelada en los labios de Marnie, pero desapareció de sus ojos, y toda aquella euforia se desvaneció. Wilde no esperó, no le dio tiempo a recuperarse, de reaccionar. Siguió adelante.

—Trabajo para CRAW Securities. Lo sabemos todo, Marnie. Tienes una única opción. Puedes hablar conmigo ahora y mantenerte alejada de todo… o podemos destrozarte de todos los modos posibles. Tú decides.

Marnie no dejaba de parpadear. Ese era el riesgo que Wilde había decidido correr. Si se hubiera dirigido a ella de un modo normal, Marnie Cassidy se habría aferrado a la historia que había contado en el pódcast de Reality Ralph. El único modo de lograr algo era sacándola de su zona de confort, y así conseguir que, tal vez, cambiara algo de su historia. Así Wilde tendría material con el que trabajar. Con aquel acercamiento directo no tenía nada que perder. Si la interrogaba directamente, no obtendría nada. Si ahora ella huía, tampoco ganaría nada, así que la situación no cambiaba.

Pero si su reacción dejaba entrever el engaño, quizá tuviera la posibilidad de descubrir algo.

Marnie irguió la cabeza, poniéndose bien recta.

—No sé qué quieres decir.

—Sabes exactamente qué quiero decir —dijo Wilde, usando un tono que no dejaba margen a ninguna concesión—. Déjame que te lo exponga claramente. Estamos hablando solos. Nadie nos escucha. Somos solo tú y yo. Te lo prometo. Si me cuentas la verdad ahora mismo, no saldrá de aquí. Nadie sabrá nunca que me has dicho nada. Será un secreto entre nosotros. Puedes seguir tu camino hacia el estudio, ir a que te peinen y te maquillen, y seguirás siendo una estrella. Y antes no bromeaba. Te he visto, Marnie. Tienes talento. Tienes ese algo. La gente te adora. Tu estrella va en ascenso. Eso te lo garantizo. Y si me ayudas, tu fama seguirá ascendiendo como si no nos hubiéramos encontrado, tan solo me tendrás como aliado de por vida. Y eso te conviene, Marnie. Te conviene tenerme a tu lado.

Abrió la boca, pero no emitió ningún sonido.

Wilde apretó un poco más, cambiando la zanahoria por el palo.

—Pero si te vas sin hacerme caso, me aseguraré de que caigas tan estrepitosamente que desearás ser Peter Bennett. No seré tu amigo, Marnie. Mi misión en la vida será conseguir tu ruina.

—¿Por qué eres tan cruel? —dijo ella, con una lágrima surcándole la mejilla.

—No estoy siendo cruel. Estoy siendo honesto.

—¿Por qué crees que miento?

Wilde le mostró un lápiz de memoria. No había nada dentro. No era más que atrezo, un ingrediente más de aquella charada.

—Lo sé, Marnie.

Y entonces picó:

—Si lo sabes, ¿para qué me necesitas?

Ahí estaba. La confesión. Si hubiera dicho la verdad no hubiera reaccionado así, ni tendría de qué preocuparse. No había sido del todo

honesta en ese pódcast. Ahora Wilde lo tenía claro.

—Porque necesito una confirmación. Solo para mí. Para poner los puntos sobre las íes. No puedo hacer todo esto a la ligera. Sé que no dijiste la verdad en el pódcast. Tengo la prueba. Y me bastaría con esto para arruinar tu carrera.

—¡Deja de decir eso!

Marnie tenía razón. Wilde estaba echándose un farol y no le estaba saliendo demasiado bien. Además, de pronto cayó en que esos polis de Hartford le habían hecho algo parecido a él. Se sintió mal por usar sus mismas técnicas, pero no tan mal como para parar.

—Además, hice lo correcto —dijo Marnie—. Si lo sabes todo, también sabrás eso.

¿Lo correcto? Vaya por Dios. Tendría que ir con cuidado con ese punto.

—No, Marnie. Eso no lo sé. No lo sé en absoluto. Tal como yo lo veo, eres culpable, y voy a hacértelo pagar —rebatió Wilde, con la mano aún levantada—. Pero si hay algo que no sé, si hay algo que se me escapa, más vale que me lo cuentes enseguida, Marnie. Porque ahora mismo, sin más datos, no veo cómo puede ser que hicieras «lo correcto».

Los ojos verdes de Marnie miraron a todas partes mientras consideraba sus opciones. Ese era el momento más delicado, y Wilde lo sabía. Si la presionaba demasiado podía echar a correr, sin más. Pero, al mismo tiempo, si dejaba de atosigarla con amenazas podía recobrar la compostura y darse cuenta de que todo ese interrogatorio no era más que palabrería.

—No importa —dijo Wilde.

—¿Qué?

Wilde se encogió de hombros.

—Todo esto no me gusta.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a emitir la información en el pódcast de Reality Ralph.

—Un momento. ¿Qué?

—No vale la pena salvarte, Marnie. Te mereces caer en el ostracismo.

El rostro se le llenó de lágrimas otra vez.

—¿Por qué eres tan cruel?

Otra vez con esas.

—Ya sabes por qué.

—¡Yo solo quería ayudar!

—¿Ayudar a quién?

Marnie siguió lloriqueando.

—Mira, te he dado la ocasión de salvarte, Marnie. No tenía que haberlo hecho. Pero como mi hermana y yo somos fans, de verdad… qué falso, pues he decidido darte una oportunidad. Mi jefe me dijo que no valía la pena. Ya veo que tenía razón.

Wilde se arriesgó y se dio media vuelta. Ella lloró con más ganas.

De pronto una voz de mujer dijo:

—Cariño, ¿estás bien? ¿Te está haciendo algo ese hombre?

«Mierda», pensó Wilde.

Se dio la vuelta de golpe. La mujer era menuda, arrugada, empujaba un carrito de la compra y parecía quererlo matar con la mirada.

—Cariño, ¿quieres venir conmigo? Podemos ir a algún lugar seguro.

Wilde decidió tentar un poco la suerte:

—No se preocupe. Ya habíamos acabado de hablar.

—¿Qué? —Marnie se giró hacia la mujer arrugada y le mostró una sonrisa enorme pero triste.

—No, no, estoy bien. De verdad. Es un buen amigo.

La mujer arrugada no se lo tragaba.

—Un buen amigo, ¿eh?

—Sí. Su hermana Jane y yo éramos compañeras de residencia en la universidad. Él solo… Estoy llorando porque me acaba de dar malas noticias sobre el cáncer de Jane. Está en fase cuatro.

Una actuación de Oscar, sin duda. La mujer arrugada miró a Wilde,

y luego de nuevo a Marnie. Un segundo más tarde, se encogió de hombros y siguió su camino. Cosas que pasan en Nueva York.

—Ya basta —dijo Wilde cuando volvieron a estar solos—. Cuéntamelo.

—¿Mantendrás tu promesa?

—Sí.

—¿No se hará público?

—Prometido.

—¿No me borrarán de todas partes?

Wilde no tenía ni idea de las consecuencias de aquello.

—Te lo prometo.

Marnie respiró hondo y parpadeó entre lágrimas.

—Se lo hizo a otra, no a mí. Peter, quiero decir.

—¿Se lo hizo a alguien…?

—Ya vale —soltó ella—. Ya sabes de qué estoy hablando. Peter acosó a otra chica. Le envió fotos desnudo y cuando tuvo ocasión, la drogó y… —No pudo seguir.

—¿Qué chica?

—Eso es lo que me dijeron.

—¿Quién te lo dijo?

—Para empezar, la chica en cuestión. No quería revelar su identidad. Eso formaba parte del acuerdo que hicimos. Si ella hacía esas acusaciones, su vida cambiaría para siempre. Millones de personas lo sabrían, y no podría soportar la presión. Ella no es famosa. Necesitaban que alguien contara la historia en su lugar.

Ahora Wilde ya lo veía claro.

—Tú.

—Su historia era horrible. Horrible. Lo que le hizo Peter, mi propio cuñado. Lloré mucho. Tenía que recibir un castigo. Todos lo vimos claro. Esa chica… pensó en ir a la policía, pero tampoco quería. Así que se nos ocurrió una idea.

—Que lo contaras tú en el pódcast —dijo Wilde—, y que dijeras que

te había ocurrido a ti.

«Por Dios», pensó Wilde. Era lo suficientemente retorcido como para que tuviera lógica.

—Yo quería ayudar a esa chica… y quería que mi hermana supiera con quién se había casado.

—¿Y quién es? ¿Esa «chica» a la que Peter agredió?

—No te lo puedo decir. Lo prometí.

—Marnie…

—No, puedes amenazarme todo lo que quieras, pero no voy a poner en evidencia a una víctima.

Wilde decidió no seguir por ahí de momento.

—¿Pero por qué tenías que ir al pódcast?

—Te lo acabo de decir. Para ayudar a la chica. Para ayudar a Jenn.

—Podías habérselo contado a Jenn, sin más, ¿no? No hacía falta que lo dijeras en público.

—¿Tú crees que yo quería hacerlo así?

Ahí la respuesta era obvia. Sí. Claro que quería hacerlo así. Tenía que hacerlo. Quería atraer todas las miradas, ser famosa, y vaya si le funcionó. Hester tenía razón. Marnie buscaba la fama, sin importarle quién pagara el precio, y lo había conseguido.

—De todos modos tampoco tenía elección —dijo Marnie—. Estaba sujeta al contrato.

—¿Con quién?

—Con el programa. Así es como funciona la telerrealidad. Firmas un contrato. Los productores te dan instrucciones y tú las sigues para potenciar el guion.

—Pero tú no eras concursante.

—Aún no. Pero me había presentado al proceso de selección y había llegado lo suficientemente lejos como para firmar. Si quería superar el corte la temporada siguiente, era importante dar la mejor imagen posible.

Wilde no podía creerse lo que estaba oyendo, y aun así todo

encajaba.

—¿Un productor te pidió que mintieras a cambio de entrar en el programa?

—Oye, que el sitio en el programa me lo había ganado yo sola —dijo Marnie, profundamente indignada—. Con mi talento. Y no era mentira. Ocurrió, tal como te he dicho.

—Pero no a ti.

—¿Y eso qué importa? Sucedió. Hablé con esa chica yo misma. Tenía pruebas.

—¿Qué tipo de pruebas?

—Fotografías. Montones de ellas.

—Podrían haber sido manipuladas.

—No —dijo Marnie, suspirando y meneando la cabeza—. Mira, Jenn y yo antes estábamos muy unidas. A veces nos emborrachábamos juntas, y hablábamos… Ya sabes, de Peter. Es algo embarazoso, pero en realidad yo sabía qué aspecto tenía. No es que cogieran la cabeza de Peter de una foto y la pegaran en otro cuerpo.

—Antes estabais unidas —dijo Wilde.

—¿Qué?

—Has dicho «Jenn y yo antes estábamos muy unidas».

—Y aún lo estamos. Quiero decir, ahora lo estamos otra vez. Peter… no era bueno para nuestra relación.

—¿Por qué no?

—No lo sé. No lo era, y ya está.

—¿A ti te gustaba?

—¿Qué? No. —Le vibró el teléfono, y leyó la pantalla—. Mierda, por tu culpa voy a llegar tarde a maquillaje y peluquería. Tengo que irme.

—Una última cosa.

Marnie suspiró.

—Vale, pero recuerda tu promesa.

—¿Alguna vez le has llegado a contar la verdad a Jenn?

—Ya te lo he dicho. Es la verdad…

Wilde intentó no levantar la voz.

—¿Alguna vez le has dicho a Jenn que lo que dijiste de Peter le sucedió a otra mujer, no a ti?

Marnie no dijo nada, pero se quedó pálida. Wilde no podía creérselo.

—Así que tu hermana aún piensa…

—No se lo puedes decir —dijo Marnie, tensando la voz—. Lo hice por Jenn. Para protegerla de ese monstruo. Y Peter confesó. ¿No lo entiendes? Era todo cierto. Ahora déjame en paz.

Marnie se secó los ojos, dio media vuelta y se fue a toda prisa.

24

Dejadme que os cuente qué tipo de persona es Martin Spirow.

Cuando una «modelo de fitness» de veintiséis años llamada Sandra Dubonay murió en un accidente de coche el año pasado, su familia colgó una necrológica en sus redes sociales, con un retrato conmovedor, en el que aparecía luciendo una gran sonrisa, y el epitafio: «Siempre estarás en nuestros corazones». Bajo aquel post, en la sección de comentarios, Martin Spirow, usando una cuenta falsa, escribió lo siguiente: Es una lástima que un coñito caliente como este se eche a perder.

Y yo os pregunto: ¿necesitáis saber más?

Boomerang investigó el caso y acabó dándole una reprimenda a Martin. En las redes, Martin Spirow sigue a numerosas «modelos de fitness» —curioso eufemismo— de complexión fuerte, pero afirma que no recuerda haber escrito esas palabras tan crueles y terribles, y que debió de hacerlo en un momento en que estaba absolutamente borracho.

Sí, ya.

Ahora vamos a creernos lo de la borrachera que te ha nublado la mente, Martin.

O sea que Spirow era consciente de que tenía que usar su cuenta falsa en lugar de la cuenta que llevaba su propio nombre. Supo que debía mantener el anonimato en internet. ¿Y todo ello a pesar de haber perdido la cabeza a causa de sus problemas con el alcohol?

No me lo creo.

Y aunque me lo creyera, en realidad no me importa.

Tal como dijo Katherine Frole en relación con Henry McAndrews, Martin Spirow probablemente no deba ser castigado con la pena de muerte. De eso me doy cuenta. Pero tampoco merece vivir. Soy consciente de que estoy justificando lo que deseo hacer, pero eso no significa que mis justificaciones no tengan fundamento.

No soy en absoluto una autoridad en eso de matar a gente. La mayor parte de lo que sé lo he aprendido en las películas policiacas de la tele, como cualquiera. Sé que debería esperar un tiempo antes de volver a matar, o que debería cambiar de arma. Sé que debería pasar días, semanas o meses planeándolo, que hay cámaras de vídeo por todas partes, que con la más pequeña fibra o el mínimo resto de ADN (y ¿quién sabe mejor que yo lo mucho que te puede cambiar la vida el ADN?) pueden seguir el rastro del asesino. Tomaré precauciones, pero… ¿serán suficientes?

Yo creo que sí. Tengo un plan. Tengo pensado un desenlace. Si me sale bien, lograré una resurrección nunca vista desde…

Sería una blasfemia decirlo.

He comprado un silenciador (o «supresor», tal como repetía una y otra vez el tipo de la tienda de armas) por 189 dólares.

Martin Spirow vive con Katie, su esposa, en un pequeño rancho no muy lejos de Rehoboth Beach, en Delaware. Hay un coche aparcado en la puerta. A las 9:45, Katie sale de la casa. Lleva vaqueros azules y un uniforme de empleada de Walmart. Para llegar al trabajo, en el Walmart más cercano, solo debe recorrer 400 metros. Su marido, Martin, no tiene trabajo, y asiste a reuniones de Alcohólicos Anónimos dos veces al día.

Todo eso estaba en los archivos de Boomerang.

En Walmart la mayoría de turnos son de siete a nueve horas. Eso me da mucho tiempo. No quiero desperdiciarlo. Cuando Katie se aleja y dejo de verla, me acerco a la puerta. Voy de marrón de los pies a la cabeza, incluida la gorra. No llevo ninguna insignia de UPS, pero no creo que me haga falta. Llevo un paquete vacío. Es un disfraz

primitivo pero efectivo y tampoco voy a estar mucho rato a la vista.

Para mí, el principal problema es el vehículo. Sé que con la tecnología moderna hay cámaras en todos los peajes, y muchos otros sistemas de rastreo. He aparcado a varias manzanas, frente a un anodino edificio de despachos donde hay consultas de médicos, bufetes de abogados y cosas así. No he visto ninguna cámara de seguridad. He localizado un contenedor de basura verde por el camino donde puedo tirar la ropa marrón y quedarme con la camisa azul y los vaqueros que llevo debajo.

Vamos, que tengo un plan básico. ¿A prueba de errores? Seguro que no. Pero de momento debería bastarme.

Llamo al timbre. No hay respuesta. Llamo otra vez. Y otra.

Una voz cansada y malhumorada responde: —¿Quién es?

—Un paquete.

—Por Dios, ¿no es pronto? Déjelo junto a la puerta.

—Necesito una firma.

—Vaya, mira qué bien.

Martin Spirow abre la puerta. No me lo pienso. Saco la pistola y le apunto directamente.

—Atrás —digo.

Martin abre los ojos como platos, pero hace lo que le digo. Hasta levanta las manos, aunque no le he dicho que lo haga. Puedo oler su miedo en el momento en que entro y cierro la puerta.

—Si has venido a robarnos…

—No, para nada.

—¿Entonces qué quieres?

Le apunto a la cara.

—Es una lástima que un coñito caliente se eche a perder.

Espero un segundo para asegurarme de que asimila mis palabras. Cuando se lo veo en los ojos, decido que no tengo por qué perder un segundo más.

Aprieto el gatillo tres veces.

25

Wilde se dirigió a la calle 72 y caminó hacia el este, entrando en Central Park. Rola se estaba comprando un helado de vainilla en un puesto ambulante.

—¿Quieres uno? —le preguntó.

—Son las diez de la mañana.

—Es un helado, no tequila.

—Paso.

Rola se encogió de hombros, como diciendo «tú mismo». Pasaron junto a un grupito de agresivos conductores de bicitaxis y siguieron el sendero que llevaba hasta Strawberry Fields.

—No tienes buen aspecto —dijo Rola.

—Gracias.

—Esos polis.

—Déjalo.

—Vale. ¿Qué tal te ha ido con Marnie Cassidy?

La puso al día mientras caminaban junto a los turistas, que se arremolinaban en torno al mosaico de «Imagine» para rendir homenaje a John Lennon. Cuando acabó, Rola dijo: —Me tomas el pelo.

—Para nada.

—¿Alguien la empujó a que lo hiciera?

—Por lo que parece —dijo Wilde—, la telerrealidad parte de historias reales y las convierte en relatos emocionantes, que no tienen por qué ser verdad. Su único objetivo es que te enganches. La mayoría de sus estrellas participan del juego. Tienes que alimentar al monstruo del drama. Pero Peter, el personaje de reality, se había vuelto un poco anodino. Llevaba un tiempo casado. No había tenido hijos. Yo

supongo que alguien en el programa montó todo esto para atizar un poco el fuego. Para generar interés en el espectador.

—Y lo consiguió —dijo Rola.

—Y lo consiguió.

—Además, los productores sabían que la hermana de Jenn haría lo que fuera por un poco de fama.

—Sí.

—Bueno, pues ahora la gran pregunta es: ¿Peter abusó o drogó a otras mujeres o no?

—¿Hay alguna prueba de que lo hiciera?

—El material que descargaste del ordenador de Henry McAndrews —dijo ella.

—¿Qué le pasa?

—Encontramos más fotos de Peter.

—¿Y?

—Se lo he pasado a un experto, y parecen reales. También eran bastante explícitas.

Wilde se quedó pensando.

—¿Alguna idea de quién le envió las fotos a McAndrews?

—No. ¿Te acuerdas del detalle de que facturaba a través del despacho de abogados de su hijo?

—Sí.

—Pues parece que todos los correos electrónicos se enviaban primero al bufete, usando una VPN y una cuenta de correo anónima. Eso no es difícil, ya lo sabes. El bufete luego reenviaba los correos y los archivos adjuntos a Henry McAndrews.

Pasaron junto al monumento de bronce de Daniel Webster. Ambos se pararon a leer la inscripción en la base: «Libertad y unión, ahora y para siempre, unidas e inseparables».

—Profético —dijo Rola.

—Sí.

—Pero supongo que cabe esperar algo así del tipo de los

diccionarios.

El de los diccionarios Webster era Noah, no Daniel, pero Wilde no hizo comentarios.

—Si te he entendido bien —prosiguió Rola—, tú crees que los productores decidieron acabar con Peter Bennett, y cuando digo «acabar» lo hago en los dos sentidos de la palabra. Acabar con él para defenestrarlo. Y también para sacarlo del programa.

—Quizá.

—Me parece muy fuerte que jueguen así con la vida de la gente.

—Es lo que hacen todos estos programas. ¿Alguna vez has visto alguno? Cogen a jóvenes fácilmente manipulables y sedientos de fama y les complican la vida. Es una cacería. Los emborrachan. Crean historias destructivas. Los concursantes, ya inseguros de por sí, se ven sometidos a un tormento emocional, y no están preparados para soportarlo.

—Entiendo lo de la manipulación —dijo Rola—, pero no pueden inventarse situaciones sin más.

—Sí, sí que pueden.

—No, no entiendes lo que te digo. Una cosa es decirle a alguien: «Peléate con ese concursante» o incluso «Rompe con ese tipo». Lo que sea. Pero otra cosa es montar un teatro en el que acusas a un hombre de cometer un delito como este, destrozándole la reputación para siempre. No me importa lo que diga el programa: podría denunciarlos por daños y perjuicios.

Eso estaba bien pensado.

—A menos… —dijo Wilde—… que sea verdad.

—Ahí es donde quiero llegar. Supón que efectivamente una mujer se dirige a los productores, o a quien sea, y les cuenta que la han drogado para aprovecharse de ella. Y que tiene pruebas. Las fotos, los mensajes de texto, lo que sea. De manera que los productores pueden hacerlo público e incluso decir que no solo es por el bien del programa, sino por la seguridad de sus otras concursantes.

Wilde frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó Rola.

—Que tiene sentido. Un sentido horrible, pero lo tiene.

—¿Verdad? Y después añadimos a Marnie, que haría lo que fuera por entrar en el programa, y que es fácilmente manipulable. Tal como has dicho, todos los concursantes lo son. Tu primo también parece un cándido de narices. De pronto el bueno de Peter se convierte en el villano definitivo. No solo ha engañado y ha agredido sexualmente, sino que se lo ha hecho nada menos que a la hermana de nuestra querida Jenn.

—Eso atrae muchísimo la atención.

—Sí.

Wilde meneó la cabeza.

—Es asqueroso.

—También. Sí.

—¿Entonces cuál es el paso siguiente? ¿Hablar con los productores?

—¿Y qué te van a decir? No van a reconocer nada de todo esto. Y además, ¿de qué serviría? ¿Cómo nos ayudaría eso a encontrar a Peter Bennett? —Rola se detuvo y se quedó mirando a Wilde—. Porque estamos intentando encontrarlo, ¿verdad?

—Sí.

—Tengo la impresión de que lo que estás intentando realmente es rehabilitar su imagen.

—Rehabilitar la imagen de una estrella de un reality —dijo Wilde—. ¿Tú crees que eso podría interesarme?

—Exacto. Así que centrémonos en cosas más importantes, porque esto es raro. Muy raro. He conseguido una copia de la partida de nacimiento de Peter Bennett. Nació el 12 de abril de hace veintiocho años. Según consta, sus padres son Philip y Shirley Bennett.

Wilde frunció el ceño.

—Pero esos son sus padres adoptivos.

—Exactamente. No hay ningún indicio de que Peter fuera adoptado.

Según la documentación, lo tuvieron en el Lewistown Medical Center, que está a una media hora de la universidad de Penn State. Consta el nombre de un médico. Curtis Schenker. Aún está vivo. He contactado con él personalmente.

—¿Y qué te ha dicho?

—¿Tú qué crees que ha dicho?

—¿Secreto profesional?

—Más o menos. Que sería una violación de la Ley de Responsabilidad de los Seguros de Salud, aparte del hecho de que ha traído al mundo a cien millones de bebés y que no puede acordarse de todos. Pero hay algo más: dos años después de que naciera Peter Bennett, al doctor Schenker le retiraron la licencia profesional durante cinco años por fraude.

—Así que es un personaje algo turbio.

—Sí.

—¿Piensas que es lo suficientemente turbio como para haber aceptado un soborno y haber firmado una partida de nacimiento?

—Podría ser. Pero vamos a repasar toda la historia. La familia Bennett vive en los alrededores de Memphis: mamá, papá y dos niñas. Se trasladan a las proximidades de la universidad de Pensilvania y de pronto tienen un bebé, al que llaman Peter.

Entonces fue cuando Wilde lo vio.

—Escúchame atentamente —dijo Wilde.

—¿Qué pasa?

—Sigue caminando como si nada.

—Oh, mierda, ¿qué? ¿Nos sigue alguien?

—Tú sigue caminando. Y háblame. Como si nada.

—Vale, ya lo pillo. ¿Qué pasa?

—He visto a tres. Probablemente haya más.

—¿Dónde están?

—No es importante. No los busques con la mirada, ni disimuladamente. No quiero que sepan que los hemos visto.

—Vale —dijo Rola—. ¿Son polis?

—No estoy seguro. Pero de algún cuerpo de seguridad sí. Y bastante buenos.

—Así que no es probable que sean de la policía de Hartford esta vez.

—Probablemente no. Pero también podría ser que les estuvieran haciendo un favor.

—¿Tienes un plan?

Lo tenía. Siguieron cruzando el parque. A la izquierda, un montón de turistas caminaban por el suelo de ladrillo rojo de la terraza de Bethesda, a la orilla de un lago que, en un alarde de originalidad, todo el mundo llama El Lago. Muchos selfis, palos de selfi y fotografías hechas con el móvil para colgar en las redes. Wilde y Rola atravesaron la multitud, fingiendo que charlaban despreocupadamente. Quienes les perseguían no lo tendrían fácil para seguirles la pista y ocultarse entre los turistas. Wilde tuvo la precaución de no girarse a mirar. Ahora que sabían que estaban allí no tenía sentido arriesgarse.

Cogió el teléfono y marcó el número de Hester. Ella respondió al tercer tono.

—Habla.

—Estoy en Central Park y me están siguiendo —dijo Wilde.

Wilde y Rola tomaron el sendero de la izquierda de la fuente y cruzaron el Bow Bridge, en dirección a la espesura de The Ramble.

—¿Crees que van a detenerte?

—Sí.

—Pásame tu posición.

—Rola está conmigo.

—Que me pase también la suya. Déjame que investigue un poco. Te llamo enseguida.

Rola y Wilde habían entrado por la calle 72 Oeste, no muy lejos del garaje donde había aparcado Rola. Los policías —o quienquiera que fueran— les debían estar esperando también allí, pensando que Wilde

y Rola darían un paseo por el parque y luego volverían al garaje. Una suposición que habría sido correcta si no llega a ser porque Wilde les había descubierto. Así que ahora, a medida que seguían los sinuosos senderos de The Ramble, alejándose del punto de partida, les iba a costar más seguirlos.

—Tiene que estar relacionado con el asesinato de McAndrews, ¿no? —dijo Rola.

—No lo sé.

—¿Tal vez han encontrado algo más que te relacione con el crimen?

—Lo dudo.

Le vibró el teléfono. Era Hester.

—No te entregues —dijo Hester.

—¿Tan malo es?

—Sí —dijo Hester—. ¿Puedes llegar a mi despacho?

—Creo que sí.

—¿Tienes un plan?

—¿Confías en Tim? —preguntó Wilde.

—Pondría mi vida en sus manos.

Wilde le dijo lo que pretendía hacer. Rola también escuchaba y asintió. Aceleraron el paso. No querían permanecer entre la vegetación demasiado tiempo. Allí los policías podían rodearlos y detenerlos fácilmente. La buena noticia era que entre los árboles había bastante gente. Ya habían dejado atrás a dos grupos numerosos de observadores de aves. ¿Se arriesgaría la policía a hacer una detención con tanta gente alrededor? Improbable. Esperarían a encontrarse en una zona más despejada, como en las proximidades del coche de Rola.

—¿Mujer con capucha gris y Adidas blancas?

Wilde asintió mientras ambos compartían su ubicación con Hester. Esta, a su vez, les pasó la de Tim. Wilde calculó que Tim tardaría aproximadamente unos quince minutos en llegar al lugar de encuentro. Tenían que hacer tiempo. Repasó el plan con Rola. Como ocurre con la mayoría de planes más o menos decentes, era

tremendamente simple. Tenían que hacerles creer que Rola y él estaban charlando, sin más. Se aseguró de situarse en lugares donde hubiera muchos transeúntes, de modo que sus perseguidores no pudieran dar un paso adelante. También intentó entrar y salir repetidamente de senderos con árboles, suponiendo que alguien les estaría observando desde lejos y que así le dificultarían el seguimiento.

—Tipo con gorra de béisbol azul y gafas de sol que finge estar concentrado mirando la pantalla del móvil —dijo Rola.

Wilde asintió.

Siguieron hacia el norte, pasando por delante del Teatro Delacorte y de sus gradas en forma de herradura, escenario del famoso festival de teatro Shakespeare in the Park con el espectacular Estanque de las Tortugas al fondo.

—¿Recuerdas cuando vimos aquí *La tempestad*?

Lo recordaba. Era en la época en que iban al instituto, y la fundación de acogida de niños sin hogar había conseguido entradas para la gente «desfavorecida» del condado de Bergen. Wilde se sentó en las gradas con Rola al lado. En aquella época vivían en casa de los Brewer, y los dos esperaban un espectáculo algo aburrido —¿Shakespeare en el parque?—, pero aquella producción, con el Estanque de las Tortugas de fondo, les fascinó.

—Chica joven con cola de caballo y mochila North Face.

—Eres buena —observó él.

—Es muy joven. Debe de ser nueva.

—Podría ser.

—Ah, y el hombre de negocios con el periódico. Periódico: es muy de la vieja escuela.

—Ese se me ha pasado. Pero no me lo señales.

—Por favor, Wilde… ¿Me tomas por una novata?

—No.

—Llevo haciendo esto más tiempo que tú.

—Tienes razón —reconoció Wilde.

Se paró un momento y miró el Teatro Delacorte. Recordaba *La tempestad* perfectamente. Patrick Stewart, el de *Star Trek*, interpretaba a Próspero. Carrie Preston era Miranda, Bill Irwin y John Pankow estaban divertidísimos haciendo de Trínculo y Stefano.

—¿Conservas el programa? —preguntó Wilde.

—¿De *La tempestad*? Sabes que sí.

Él asintió. Rola lo guardaba todo.

—Lo siento mucho, de verdad —dijo Wilde.

—¿El qué?

—No haber estado siempre ahí. Te quiero. Eres mi hermana. Siempre serás mi hermana.

—¿Wilde?

—¿Qué?

—¿Te estás muriendo?

Sonrió. Era un pensamiento extraño, teniendo en cuenta todas las cosas raras que le estaban pasando últimamente, pero tal vez aquella fuera la única ocasión que tenía de ser honesto consigo mismo. En momentos de calma le resultaba sencillo descartar esas reflexiones y dejarlas aparcadas. Pero en plena vorágine de sucesos descontrolados a veces le resultaba más fácil examinarse a sí mismo y ver lo evidente.

—Ya sé que me quieres —dijo Rola.

—Y yo sé que lo sabes.

—Aun así es agradable oírtelo decir. ¿Piensas desaparecer otra vez?

—No creo.

—Si lo haces, mándame un mensaje una vez por semana. Es lo único que te pido. Si no lo haces, pensaré que no me quieres.

Echaron a caminar hacia el este, en dirección al Museo Metropolitano de Arte. Cuanto más se acercaban, más gente había. Ya casi estaban fuera del parque. El camino les llevaba a la Quinta Avenida, donde quedarían expuestos si la policía estaba allí, esperándolos. Wilde dudaba de que estuvieran preparados, pero una

vez en la Quinta Avenida aceleraron el paso y fueron zigzagueando por entre la multitud. Se metieron en la entrada «solo para miembros» del Met. Rola compraba el abono cada año para contribuir a la labor del museo. Llevaba mucho a sus hijos. Pasaron el control de seguridad. Una vez superado el pasillo, Rola dijo «Adiós» y se puso en la cola de la taquilla. Wilde no perdió un instante. Tomó las escaleras y bajó hasta el aparcamiento subterráneo. No le seguía nadie.

Un minuto más tarde, Wilde estaba tumbado en el suelo del asiento trasero de la limusina de Hester. Tim arrancó. Veinte minutos más tarde aparcaba en el garaje del edificio de Hester. Ella les estaba esperando.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Vale. Oren está arriba, en mi despacho. Quiere hablar contigo.

26

Hester señaló una silla.

—Siéntate ahí, por favor —le dijo a Oren Carmichael—. Wilde, tú siéntate aquí, a mi lado.

Oren Carmichael se colocó a un lado de la larga mesa de reuniones, y Hester y Wilde se situaron en el otro. Era un despacho rodeado de cristales, con vistas de los rascacielos de Manhattan. Lo utilizaban sobre todo para declaraciones formales, y Hester se había asegurado de que Oren se sentara donde solía hacerlo el declarante. Wilde tenía la sospecha de que aquella distribución de asientos no era accidental.

—Necesito que los dos me escuchéis —dijo Oren—. Un poli ha sido asesinado…

—¿Oren?

Era Hester.

—¿Qué?

—Shh. Dinos por qué estaban siguiendo a Wilde por el parque.

—Un momento —dijo Wilde—. ¿Aún no te lo ha dicho?

—Todavía no. Solo me ha dicho que era algo malo.

Wilde se giró hacia Oren.

—¿Cómo de malo?

—Malo malo. Pero primero necesito que me digas…

—Tú no necesitas nada primero —le espetó Hester—. Violaste la confidencialidad de mi cliente…

—Ya te lo he dicho, Hester, yo no la violé.

—Lo hiciste, maldita sea. —Wilde notó algo diferente en el tono de Hester. Desafiante, como siempre, pero también con un punto de tristeza—. ¿De verdad no sabes lo que hiciste?

Oren también percibió aquel tono, e hizo una mueca como de dolor,

pero siguió adelante: —Necesito que me escuchéis. Los dos. Porque esto es muy gordo. Tenemos a un poli asesinado…

—No paras de decirlo —le interrumpió Hester.

—¿El qué?

—Eso de «policía asesinado». Policía asesinado. ¿Por qué importa que sea un poli?

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio. ¿Por qué es más importante la muerte de un poli que la de cualquier otro ciudadano?

—¿De verdad, Hester? ¿Es ahí donde quieres ir a parar?

—Los cuerpos de seguridad deberían defender a todo el mundo por igual, independientemente de su posición o estatus. Un poli asesinado no debería ser una prioridad mayor que si se tratara de cualquier otro ciudadano.

Oren abrió las manos y levantó las palmas hacia el techo.

—Vale, muy bien, olvidemos que es un poli. Es un hombre asesinado. ¿Contenta? Tú… —Se giró hacia Wilde—… encontraste el cuerpo.

—Anoche te conté todo lo que sabía —dijo Wilde.

—Correcto —añadió Hester—. ¿Y cuándo fue eso, exactamente? Ah, sí, ahora me acuerdo: justo después de que tus colegas polis secuestraran y torturaran a mi cliente. —Levantó una mano para silenciarlo—. Y no te atrevas a decirme que Wilde es un amigo, no un cliente, o lo lamentarás. Por cierto, yo no me pondría tan cómodo, señor mío. Eres cómplice de lo que le hicieron a Wilde aquellos hombres.

Eso a Oren le hizo daño, y se le vio en la cara.

—Lo eres, Oren —prosiguió Hester, que no aflojaba, y lo cierto era que se la veía desolada—. Puedes poner todas las excusas que quieras, como haría cualquier delincuente, pero les diste la información que propició el secuestro y la agresión. Por cierto, ¿cómo sabían que estaríamos en Tony's?

—¿Qué? —Oren se puso rígido—. No pensarás…

—¿Se lo dijiste?

—Por supuesto que no.

—¿Entonces por qué había polis persiguiendo a Wilde en Central Park?

—No eran polis.

—¿Entonces qué eran? —preguntó Wilde.

—Agentes del FBI.

Silencio.

Hester se sentó y se cruzó de brazos.

—Más vale que te expliques.

Oren soltó aire y asintió.

—Los resultados del examen balístico del asesinato de McAndrews determinaron que le habían disparado con una pistola de nueve milímetros. El técnico de Hartford introdujo los datos del informe en la base de datos nacional, y encontraron una coincidencia. Otro asesinato con la misma pistola. Mira qué casualidad, y además un asesinato reciente.

—¿Cómo de reciente? —preguntó Wilde.

—Mucho. Con dos días de diferencia.

—¿Después de lo de Henry McAndrews?

—Sí. La misma pistola que mató a Henry McAndrews se usó en otro asesinato. Pero ese no es el titular de la noticia.

Hester le indicó con un gesto que continuara.

—Te escuchamos.

—La víctima —prosiguió Oren— era una agente del FBI llamada Katherine Frole. —Miró a Hester—. Así que ya no es solo un «poli asesinado». Ahora también es una agente federal asesinada. En un mundo de fantasía tal vez no pasaría nada porque dos agentes de la ley fueran asesinados, quizá a manos del mismo criminal. El caso sería tratado igual que si hubieran sido dos ciudadanos de a pie. Pero en el mundo real…

—¿Y qué relación hay entre ellos?

—Por lo que sabemos hasta ahora, ninguna, salvo que los dos recibieron tres disparos en la cabeza con la misma pistola.

—¿No trabajaron en los mismos casos?

—Parece que no. McAndrews era un poli jubilado de Connecticut. Frole trabajaba en su despacho del forense del FBI en Trenton. Hasta ahora la única anomalía es… Bueno, eres tú.

Hester hizo la pregunta siguiente adoptando un tono muy de abogada: —¿Tienen algo que vincule a mi cliente con Henry McAndrews o con Katherine Frole?

—¿Quieres decir aparte del hecho de que se coló en la casa de McAndrews y que encontró el cadáver?

Hester se llevó la mano al pecho y se fingió impresionada.

—¿Y cómo saben eso, Oren?

Él no dijo nada.

—¿Tienen sus huellas? ¿Tienen testigos? ¿Qué pruebas tienen de que mi cliente…?

—¿Podemos dejar eso, por favor? —preguntó Oren—. Dos personas han sido asesinadas.

Hester estaba a punto de replicar, pero Wilde le puso una mano sobre el brazo. La disputa personal entre los dos se estaba convirtiendo en una distracción, y él quería seguir adelante.

—¿Y qué hay de Peter Bennett? —preguntó Wilde.

—Ah —dijo Oren—, ese es el otro motivo por el que quería verte.

—¿Y eso? —preguntó Hester.

Oren dirigió la mirada hacia ella. Establecieron contacto visual y por unos momentos era como si estuvieran solos. Wilde lo notó. Casi le daban ganas de salir del despacho. Esas dos personas habían encontrado el amor y ahora se estaban produciendo fisuras. Y aunque hubiera asuntos importantes sobre la mesa, Wilde quería asegurarse de que la sangre no llegaba al río.

Sin apartar la vista de Hester, Oren dijo:

—Anoche le prometí a Wilde que buscaría información sobre Peter Bennett.

Hester asintió lentamente.

—Adelante, pues —dijo, suavizando la voz—. Cuéntanos.

Oren parpadeó y pasó a mirar a Wilde.

—Con los datos que me diste, Peter Bennett pasa a ser una persona de interés en el caso de Henry McAndrews. Le conté lo que me dijiste al inspector de homicidios encargado del caso, un tipo llamado Timothy Best. Por cierto, no creo que Best haya tenido nada que ver con lo que te ocurrió anoche. La policía de Hartford no se ocupa del caso, y él es de la policía estatal. El asesinato de McAndrews quedaba fuera de la jurisdicción de los agentes de Hartford, y además habría un conflicto de intereses.

Wilde asintió. Todo eso ahora no le importaba.

—¿Y Peter Bennett?

—Estaba ayudándole a investigar a Peter Bennett, pero cuando llegó el informe de balística y encontraron la coincidencia con Katherine Frole, el asunto pasó a manos del FBI. Así que anoche, antes de que habláramos, solo tú tenías interés en Peter Bennett. Ahora también lo buscan el FBI y la policía del estado de Connecticut.

—¿Y han encontrado algo?

—Sí, mucho.

—Ve al grano —intervino Hester otra vez.

Oren se puso las gafas de leer y sacó un pequeño cuaderno.

—Mencionaste la última foto de Instagram de Peter Bennett en el barranco Adiona.

—Sí.

Oren leyó con un tono impersonal: «Tres días antes de que fuera tomada la foto, según los registros de vuelos y de control de pasaportes, Peter Bennett voló del aeropuerto de Newark a la Polinesia francesa. Se alojó dos noches en un pequeño hotel cerca del barranco Adiona. La mañana en que fue tomada la fotografía le dio la

mochila y su ropa a la dueña de un hotel y le dijo que se las podía quedar. Pagó la cuenta y tomó un taxi hacia la base de la montaña. El conductor del taxi declaró que vio a tu primo subiendo por el camino que lleva a lo alto del barranco».

Oren cerró el cuaderno de golpe.

—Y eso es todo.

—¿Qué quieres decir con que eso es todo? —preguntó Hester.

—Nadie más ha vuelto a ver a Peter Bennett. No hay indicios de que volviera a bajar por ese camino. Su pasaporte no se ha usado. Sus tarjetas de crédito y de débito no tienen movimientos. No aparece en la lista de pasajeros de ningún vuelo ni en ningún registro de fronteras.

—¿Tienen alguna teoría? —preguntó Wilde.

—¿Sobre Peter Bennett? El FBI cree que efectivamente se suicidó.

—O lo simuló —sugirió Hester.

—El FBI no lo cree —dijo Oren.

—¿Por qué no?

—¿Aparte de lo que ya os he dicho? Por dos cosas más: una, que Peter Bennett arregló sus cuentas antes de marcharse. Hablamos con su asesor financiero, un tipo llamado Jeff Eydenberg, del Bank of USA. Al principio Eydenberg no quería hablar por respeto al compromiso de confidencialidad, pero los federales le obligaron con una orden del juzgado. A partir de entonces cooperó, en parte porque él también estaba preocupado por su cliente. Según Eydenberg, Peter Bennett se presentó un día y dividió sus propiedades entre sus dos hermanas por voluntad propia. Ahora mismo todo está en fideicomiso porque su divorcio con Jenn Cassidy aún no está zanjado. Pero el tal Jeff Eydenberg vio a Peter Bennett en persona, y dijo que parecía abatido y deprimido.

Hester se quedó pensando en eso.

—Aun así podría ser la actuación de un hombre que está fingiendo su suicidio.

—Todo es posible, supongo.

—Has dicho que había dos cosas más. ¿Cuál es la segunda?

Fue Wilde quien respondió:

—No hay nota de suicidio.

Oren asintió. Hester parecía confundida.

—Un momento —dijo Hester—. ¿Por qué el hecho de que no haya una nota de suicidio puede hacernos pensar que sí fue un suicidio?

—Si quisieras fingir un suicidio —dijo Wilde—, dejarías una nota seguro. Si Peter Bennett se tomó la molestia de colgar esa foto en las redes, ocuparse de sus propiedades y volar hasta esa isla para fingir un suicidio, sería lógico que hubiera dejado una nota escrita de su puño y letra para sustentarlo.

—Ya veo —dijo Hester—. Pero entonces tengo otra pregunta. En cualquier caso, tanto si lo fingió como si no, ¿por qué no hay una nota de suicidio?

Wilde también se lo había preguntado.

—Si lees su último post en Instagram —dijo Oren—, hay algo que es prácticamente una nota de suicidio.

—¿Qué es lo que escribió? —preguntó Hester.

—«Solo quiero paz» —respondió Wilde.

Todos callaron.

—Una amiga mía solía citar mucho a Sherlock Holmes —dijo Hester, rompiendo el silencio—. No recuerdo las palabras exactas, pero venía a decir que no debes formular teorías antes de contar con los hechos, porque entonces retuerces los hechos para que se adapten a la teoría en lugar de hacerlo al revés. Vamos, que aún no sabemos lo suficiente.

—Exactamente —dijo Oren—. Motivo por el cual tenéis que cooperar con el FBI y quitaros esto de encima.

—Ahora tú ya lo sabes todo —dijo Wilde—. No hay nada más que pueda añadir yo.

—Lo sé. Pero insisten. Y no te van a dejar en paz hasta que lo

hagas.

—En otras palabras —dijo Hester—, acosarán ilegalmente a mi cliente.

—Quizá.

—¿Qué quieres decir con eso de quizá?

—Yo no soy más que un jefe de policía de pueblo —dijo Oren—. El FBI no me cuenta sus cosas.

—No tengo muy claro qué se supone que significa eso —replicó Hester.

—Significa que sospecho que hay algo más, algo gordo, algo que no me están contando.

—¿Y aun así sugieres que nos presentemos ante ellos tranquilamente y les contemos todo?

—Yo creo que tienes dos opciones —dijo Oren, girándose otra vez hacia Wilde—. La primera es presentarte y cooperar, con la asistencia de tu abogada.

—¿Y la segunda?

—Huir.

27

La colección de animales de Boomerang se conectó en el orden siguiente: Alpaca, Jirafa, Gatito, Oso Polar. Y por último el León de Chris Taylor. Una vez estuvieron todos preparados, se quedaron en silencio, y a Chris de pronto le pareció que tenían un aspecto muy tonto, con aquellos disfraces digitales, esperando, con la esperanza de que Pantera se uniera al grupo.

Pero Pantera no se conectó.

Chris fue el primero en hablar.

—Tenemos que descubrir a Pantera.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa? —preguntó Oso Polar.

—Me doy cuenta.

—Es el fin de Boomerang —dijo Gatito—. Era parte de nuestro acuerdo. Cuando se rompe el cristal de seguridad, se acabó. Desbandada. No volvemos a comunicarnos entre nosotros.

Chris-León asintió.

—¿Recordáis otro caso de Pantera sobre un trol acosador que se llamaba Martin Spirow?

—Me suena —dijo Alpaca.

—Voy a poneros en pantalla el resumen del caso.

Chris Taylor apretó el botón de compartir.

—Oh, ya me acuerdo —dijo Oso Polar.

—Es el monstruo que atormentó a aquella pobre familia que estaba de duelo —añadió Gatito.

—Exacto —dijo Chris—. Al final solo fue un post. Lo comprobamos. No hubo otros. Descubrimos que tal vez Spirow estaba borracho como una cuba cuando colgó el comentario.

—Algo que yo nunca me creí —dijo Gatito—. Si cuelgas algo

cuando estás borracho como una cuba, no tomas la precaución de hacerlo desde una cuenta anónima nueva.

—Y eso fue lo que alegó Pantera. Al final A Spirow solo le aplicamos una respuesta de categoría 1.

—León, ¿por qué sacas esto a colación ahora?

—Porque Martin Spirow fue asesinado. También le dispararon en la cabeza.

Silencio.

—Dios mío —dijo por fin Oso Polar.

—¿Qué demonios está sucediendo? —preguntó Gatito.

—No lo sé —dijo Chris—. Pero creo que ya no tenemos opción. ¿Oso Polar?

—Ahora sí, estoy de acuerdo. Tenemos que conocer la identidad de Pantera.

—No podemos engañarnos más —añadió Alpaca—. Es el fin de Boomerang.

—Yo no estoy tan seguro —alegó Chris.

Oso Polar se aclaró la garganta.

—Son las normas que acordamos. Si alguien descubre una de nuestras identidades —ya sea la policía, los perpetradores, las víctimas o nosotros mismos— tenemos que desaparecer por nuestra propia seguridad.

—Yo no veo tan claro que podamos hacer eso, sin más —dijo Chris —. Alguien ha asesinado a dos personas.

—Una vez más —insistió Oso Polar—, esa es una conclusión que estás sacando tú, sin pruebas.

—¿Tú crees que es una coincidencia?

—No, no lo creo. Pero no sé si fue la misma persona quien cometió ambos asesinatos. ¿Tú lo sabes? ¿Con seguridad?

—¿Y qué es lo que estamos diciendo, exactamente? —preguntó Jirafa—. Ambas víctimas de asesinato eran acosadores investigados por Pantera. Acordamos que ambos eran culpables. A uno de ellos

decidimos que no valía la pena castigarlo. Al otro le dimos un palmetazo en la muñeca.

—Ahora Pantera está imitándonos —añadió Gatito.

—O bloqueándonos —dijo Alpaca.

—O admitámoslo —dijo Jirafa—, lo más probable es que Pantera se esté tomando la justicia por su mano.

—En cualquier caso —dijo Chris—, tenemos que descubrir a Pantera.

—Estoy de acuerdo —dijo Alpaca.

—Yo también —dijo Gatito.

—Y yo —dijo Jirafa.

Oso Polar suspiró.

—Es lo correcto, así que sí, estoy con vosotros. Pero, en cuanto lo hagamos, el grupo se rompe, así que solo quería deciros que ha sido un honor…

—Aún no —le interrumpió Chris.

—Pero eso…

—Si Pantera está detrás de esto, tenemos que detenerla. O detenerlo. En cuanto conozcamos su identidad, tenemos que ir en su busca.

—Demasiado peligroso —objetó Oso Polar.

—No podemos dejarlo así, sin más —dijo Chris.

—Es lo que acordamos —replicó Oso Polar—. No somos policías. No voy a ir a la caza de uno de los míos para pararle los pies.

—¿Así que Boomerang va a por gente que acosa a otra por internet, pero no vamos a ir a por los asesinos?

—Exacto —dijo Oso Polar—. Nuestra misión es muy específica. Los protocolos están para protegernos. No estamos aquí para resolver el cambio climático, la guerra ni los asesinatos. Boomerang no era más que eso: hacer frente a los que acosan, molestan y abusan con su mal karma utilizando internet.

—Nosotros creamos esto —dijo Chris—. No podemos marcharnos,

sin más.

—¿León?

Era Gatito.

—¿Sí?

—Descubramos su identidad. Y luego cada uno puede escoger si quiere dejarlo o no.

—No —dijo Oso Polar—. No podemos salirnos por la tangente. Eso no es lo que acordamos en un principio.

—Las cosas han cambiado —alegó Gatito.

—Para mí no —replicó Oso Polar.

—Está bien —dijo Chris—. Descubramos su identidad y luego decidimos qué hacer. No prevenimos esta complicación. Fallo nuestro. Tened el código listo para la petición que voy a enviar. ¿Todos preparados?

Todos confirmaron que lo estaban.

—Vale, tenemos diez segundos. Cuando diga «tres», todos introducimos nuestros códigos y apretamos Pantera. Uno, dos… tres.

Fue muy rápido. El nombre apareció en la pantalla de León. Chris no se lo había dicho, pero les había puesto un retraso de siete segundos, así que él vio el nombre primero: Katherine Frole.

Pantera era una mujer. O se identificaba como mujer. O tenía nombre de mujer. Lo que fuera. Por algún motivo, probablemente sexista, Chris siempre había pensado que Pantera sería un hombre. ¿Importaba? En absoluto. Ya estaba introduciendo el nombre de Katherine Frole en el ordenador, y le apareció una noticia.

Chris volvió a abrir el micrófono al resto del grupo.

—Oh, no.

28

Antes de presentarse en el FBI, Hester se aseguró de que Wilde tendría inmunidad total por haber entrado en la casa de los McAndrews y por cualquier otro delito derivado, aparte del asesinato. Hester también insistió en que la entrevista tuviera lugar en su bufete, no en el cuartel general del FBI, y que el cámara y la taquígrafa del despacho la registrarían, aunque la grabación y las notas no estarían a disposición del FBI.

Le llevó unas horas arreglar todos los detalles, pero al final el FBI aceptó las condiciones de Hester. Ahora Hester y Wilde estaban sentados en las mismas sillas de antes, mientras una agente del FBI, que se presentó como Gail Betz, ocupaba la silla donde se había sentado Oren. Un hombre, que se identificó como George Kissell, se quedó de pie, apoyado en la pared.

Betz hacía las preguntas, mientras Kissell guardaba silencio, con aspecto aburrido. Wilde no vio motivo para esconder ningún dato sobre su búsqueda de Peter Bennett, ni cómo esta le había llevado hasta la casa de McAndrews. Hester le hizo parar varias veces, especialmente cuando Betz le pedía detalles sobre cómo había entrado en la casa. A continuación, Betz pasó a centrar el interrogatorio en Katherine Frole. Le preguntó a Wilde si la conocía. La respuesta fue no. Betz buscaba posibles vínculos. Frole trabajaba en Trenton: ¿había visitado Wilde Trenton alguna vez? No, desde que había ido de excursión con el colegio, cuando estaba en séptimo. Frole vivía en Ewing, Nueva Jersey. Wilde no había estado nunca allí. Su cuerpo había aparecido en una oficina que tenía alquilada en Hopewell. ¿Había estado allí Wilde alguna vez?

—¿Qué tipo de despacho? —preguntó Wilde.

—¿Perdón? —dijo Gail Betz, levantando la vista.

—Katherine Frole era una agente del FBI que trabajaba en Trenton, ¿no?

—Sí.

—¿Y por qué tenía alquilado un despacho en Hopewell?

Kissell abrió la boca por primera vez:

—Aquí somos nosotros los que preguntamos.

—Anda, mira —dijo Hester—. ¡Si habla! Estaba a punto de felicitar al FBI por haber contratado a un mudo.

—No tiene gracia —dijo Kissell.

—Vaya, eso me duele. De verdad. Pero en serio, mi cliente está intentando colaborar. Quiere que el asesinato de la agente especial Frole sea llevado ante la justicia. ¿Por qué no pueden responder a su pregunta?

Kissell suspiró y se separó de la pared. Miró a Betz.

—¿Ha acabado, agente especial Betz?

Betz asintió. Kissell cogió una silla de al lado de la mesa y se sentó pesadamente, como si llevara todo el peso del mundo sobre los hombros. Luego se acercó a la mesa hasta tocarla con la barriga. Cruzó los dedos de las manos lentamente. Luego se aclaró la garganta.

—¿Alguna vez ha estado en Las Vegas, Wilde?

En la mente de Wilde sonó una alarma. También en la de Hester, que le puso una mano sobre el brazo, indicándole que no respondiera.

—¿Por qué quiere saber eso? —preguntó Hester.

—Esperaba que pudiera aconsejarme un hotel —respondió Kissell. Y luego—: Es relevante para la investigación.

—Quizá podría explicarnos por qué.

—Su cliente sabe por qué. Y usted, señora Crimstein, probablemente también lo sepa. Pero no tengo ganas de jugar, así que déjeme ser más directo. Sabemos que estuvo en Las Vegas hace cuatro meses. Más exactamente, sabemos que visitó la casa de Daniel y Sofia Carter. Querría saber por qué.

Wilde se quedó perplejo.

Hester seguía con la mano sobre su brazo. Se lo apretó levemente.

—¿Qué relación tiene con el caso? —preguntó.

—¿Cómo?

—¿Qué relación hay entre esa línea de investigación y los asesinatos de McAndrews y Frole?

—¿Por qué no me lo dicen ustedes?

—Porque nosotros no tenemos ni idea.

—Bueno, señora Crimstein, yo tampoco. Todavía. Por eso hago la pregunta. Espero que, si me responde, quizá pueda hallar una conexión. Y entonces podré hacer más preguntas y hallar más conexiones. O también puede pasar que haga preguntas, no encuentre conexiones y siga adelante. Así es como funcionan las investigaciones. Así que quizá podría sugerirle a su cliente que nos diga qué hacía en Las Vegas hablando con los Carter, y de este modo todos podremos ver si es relevante o no.

—No me gusta —dijo Hester.

—Eso me entristece —dijo Kissell—. Yo quiero que le gusten mis preguntas.

Hester se señaló el pecho.

—Mire, colega, escúcheme bien. Aquí la listilla mordaz soy yo, ¿vale?

—No pretendía arrebatarle su papel, señora Crimstein. ¿Está negándose a permitir que su cliente responda?

—Querría hablar en privado con mi cliente.

Kissell se encogió de hombros.

Hester le susurró al oído a Wilde:

—¿Alguna idea de adónde quiere ir a parar?

Wilde negó con la cabeza.

—No me gusta que respondas a preguntas a ciegas —susurró.

Wilde hizo un cálculo rápido. Si ya sabían que había visitado a Daniel Carter, ¿qué de malo tenía que supieran por qué?

Le hizo un gesto a Hester para indicarle que estaba dispuesta a responder y lo hizo: —Daniel Carter es mi padre biológico.

Kissell era veterano, y estaba curtido, acostumbrado a oír respuestas disparatadas sin inmutarse. Echó una mirada a Betz, que no se molestó en ocultar su sorpresa.

Kissell esperó un momento y preguntó:

—¿Puede darnos más datos?

—¿Más datos sobre qué? —preguntó Hester.

—Todos estamos al corriente de la historia de Wilde —dijo Kissell —. Es de dominio público. Tenía entendido que nadie conocía la identidad de sus padres.

—Y así era —dijo Wilde.

—¿Cómo descubrió…?

—A través del mismo sitio web de análisis de ADN.

—Un momento. —Kissell volvió a acercar el cuerpo a la mesa—. ¿Me está diciendo que el sitio web halló una coincidencia de ADN con Daniel Carter?

—Sí.

—A ver si le sigo. Usted envía una muestra de ADN a ese sitio web, y el sitio web le dice: «Hey, hemos encontrado una coincidencia; este es su padre».

—Lo hacen por porcentajes, pero sí.

—¿Así que contactó con él y fijaron una entrevista?

—No —dijo Wilde.

—¿No?

—Al encontrar la coincidencia, intenté contactar con él, pero el servidor me devolvió el mensaje.

Kissell se recostó y cruzó los brazos.

—¿Alguna idea de por qué sucedió?

—El mensaje decía que la cuenta había sido eliminada.

—Ya veo. Así que contacta con él, pero evidentemente él no quiere saber nada de usted, así que cierra la cuenta.

—Mi cliente no ha dicho eso —protestó Hester—. Ha dicho que la cuenta había sido eliminada. No sabe ni cuándo ocurrió ni por qué.

—Tomo nota de la puntualización —dijo Kissell—. ¿Qué hizo a continuación?

—Cogí un vuelo a Las Vegas.

—¿Así que tenía su dirección?

—La conseguí, sí.

—¿Cómo?

—No es relevante —respondió Hester.

—Y una mierda no es relevante. Conozco esas bases de datos de ADN. No te dan la dirección. Si había cancelado su cuenta, necesito saber cómo localizó a Daniel Carter.

Hester se inclinó hacia delante.

—Agente Kissell, ¿tiene idea de cómo funciona internet?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa —dijo— que en la web no hay secretos. Nos engañamos si pensamos que todo lo que hacemos es anónimo. Siempre hay una manera, si tienes recursos. Y yo, agente Kissell, tengo recursos.

—¿Encontró usted la dirección, señora Crimstein?

Hester se limitó a abrir los brazos.

—¿Cómo?

—¿Le parece que soy una experta informática? Hipotéticamente, digamos que tengo a gente. Hipotéticamente, digamos que la base de datos de ADN tiene a gente. En realidad, todos esos sitios web están gestionados por gente. Y lo que motiva a la gente es su interés personal.

—En resumen, que sobornó a alguien.

—En resumen, que si usted es tan cándido que cree que es difícil conseguir una información como esa —replicó Hester—, no debería ser agente del FBI.

Kissell se quedó pensando en eso un momento.

—Muy bien. ¿Así que tomó un vuelo a Las Vegas?

—Sí.

—¿Y habló con su padre biológico?

—No inmediatamente. Esperé unos días.

—¿Por qué?

—Estaba abriendo una puerta que había mantenido cerrada toda la vida —dijo Wilde, sorprendiéndose a sí mismo con su espontaneidad—. No estaba seguro de querer ver qué había detrás.

—¿Y qué es lo que había detrás?

—¿Qué quiere decir?

—Supongo que en algún momento se presentaría ante Daniel Carter.

—Sí.

—¿Y qué le dijo?

—Que no tenía ni idea de mi existencia. Me contó que había pasado un verano en Europa mientras servía en las fuerzas aéreas. Dedujo que habría dejado embarazada a una chica durante un lío de una noche.

—¿Y le dijo quién podría ser esa chica?

—Dijo que se había acostado con ocho chicas de varios países. Solo se acordaba de algún nombre de pila.

—Ya veo. ¿Así que no tiene pistas sobre su madre?

—No.

—Por eso respondió después al mensaje de Peter Bennett.

—Sí.

Kissell apoyó las manos en el vientre.

—¿Cómo reaccionó Daniel Carter a la noticia de que tenía un hijo?

—Yo diría que se quedó descolocado.

—¿Le pareció que se alegrara?

Hester se giró a mirar a Wilde.

—No. Dijo que aquel verano había sido la única época de su vida en que había engañado a Sofia, y que ahora tenían tres hijas. Le preocupaba que mi aparición causara el efecto de una bomba en sus vidas.

—Supongo que lo entiendo —dijo Kissell, asintiendo—. ¿Qué pasó después?

—Me pidió que le diera un día para pensar en ello. Me sugirió que nos viéramos a la mañana siguiente para desayunar y seguir hablando de ello.

—¿Y cómo fue ese desayuno?

—No me presenté. Cogí un avión de vuelta a casa.

—¿Por qué?

—No quería ser una bomba.

—Admirable —dijo Kissell, que echó una mirada a Betz antes de seguir—. ¿Ha tenido algún contacto con la familia Carter desde entonces?

—No.

—¿Ninguno?

—Ya ha respondido —dijo Hester—. ¿Qué tiene que ver todo esto con los asesinatos que investigan?

Kissell sonrió y se puso en pie. Betz también.

—Gracias por su colaboración. Estaremos en contacto.

29

Katherine Frole.

Cuando Chris Taylor buscó el nombre en Google, la información que encontró fue peor de lo que imaginaba.

En primer lugar, Katherine Frole —Pantera— era del FBI. Chris Taylor no sabía muy bien qué pensar. Siempre le había preocupado que un agente del orden pudiera infiltrarse en su grupo, pero al mismo tiempo sospechaba que al menos un miembro de la familia de animales podía pertenecer a algún cuerpo de seguridad. Alguien que fuera consciente de las limitaciones del sistema de justicia criminal y que supiera que la ley no estaba actuando contra aquellos agresores. No hacía falta ser un vengador para ver los agujeros del sistema y querer corregirlos. Además, por lo que veía, Katherine Frole no era una agente de campo, lo que significaba que probablemente tuviera un trabajo técnico. Y eso, según pensaba, era algo que compartían todos los miembros del grupo. Uno no se apuntaba a Boomerang sin saber a ciencia cierta lo que se esconde en los rincones más oscuros de internet.

Pero aquello no era en realidad el centro de la cuestión.

Katherine Frole había sido asesinada.

Cuando Chris vio aquello, cuando se dio cuenta de lo gordo que era, hizo algo que probablemente dejaría atónitos a Oso Polar, Alpaca, Gatito y Jirafa, el resto de miembros de Boomerang.

Eliminó Boomerang.

Todo. Cada archivo. Toda la correspondencia. Todos los contactos entre miembros. ¿Seguía confiando en los otros animales? No lo tenía muy claro. Pero eso era irrelevante. Uno había sido asesinado. Había que borrar cualquier rastro que pudiera conducir a los otros

miembros.

¿Cabía la posibilidad de que otro de los miembros de Boomerang fuera el asesino?

Era una idea espantosa, pero Chris tenía que considerar esa posibilidad.

En cualquier caso, lo que estaba claro era que el FBI investigaría el caso enseguida, y que le asignaría sus mejores agentes. Si tenían el ordenador de Katherine Frole, los federales lo analizarían a fondo, con todos los recursos disponibles. Chris había levantado un montón de barreras de protección. Todos los miembros seguían un protocolo muy estricto. Pero a la vista estaba que no había funcionado. O Pantera había roto el protocolo o alguien había encontrado el modo de entrar. Y eso significaba, a la fuerza, que Boomerang podía quedar expuesto.

En pocas palabras, que era imprescindible cortar todos los vínculos.

Ahora que estaba solo, ¿cuál debía ser el siguiente paso?

Cayó en la cuenta de que quizá él tuviera más información que el FBI. ¿Habrían relacionado ya el asesinato de Pantera con el de Henry McAndrews o el de Martin Spirow? Seguramente no. No había nada en las noticias ni en internet que los vinculara a los tres, aunque no podía saberlo con seguridad.

Esa era otra gran complicación.

Por mucho que hubiera en juego, Chris no podía acudir a las fuerzas del orden. Eso significaría romper el protocolo de la peor manera posible. Si el FBI descubría a alguno de los miembros de Boomerang, esa persona acabaría en una prisión federal, o algo peor. De eso no le cabía ninguna duda. Y si las víctimas de Boomerang descubrían quién estaba detrás del grupo, reclamarían una venganza lo más violenta posible.

Había señales de peligro por todas partes. Pero eso no significaba que Chris fuera a dejar que un asesino se saliera con la suya.

Tendría que ocuparse de él personalmente.

La pregunta era: ¿cómo?

Una vez Betz y Kissell se hubieron marchado, cuando se encontraron de nuevo solos en el bufete, Hester dijo: —¿Qué demonios, Wilde?

Wilde no dijo nada. Buscó un número en el teléfono y presionó el botón de llamada.

—¿Tu padre?

Wilde se llevó el teléfono al oído y oyó el tono.

—Peter Bennett está relacionado contigo por parte de madre, ¿verdad?

Wilde asintió. El teléfono seguía sonando. No respondía nadie.

—¿Y entonces qué tiene que ver tu padre en todo esto?

Wilde colgó.

—No responden en su lugar de trabajo.

—¿El lugar de trabajo de quién?

—El de mi padre. Daniel Carter. DC Dream House Construction.

—¿Tienes su móvil?

—No.

—¿El de su casa?

Wilde negó con la cabeza.

—Le pediré a Rola que lo busque.

—¿Alguna pista de por qué podrían estar interesados en él los federales?

—Ninguna.

—¿O de por qué les podría parecer sospechoso que lo visitaras?

—Solo hay una posibilidad —dijo Wilde.

—¿Y cuál es?

—Que Daniel Carter me mintiera.

—¿Sobre qué?

Wilde no tenía ni idea. Llamó a Rola y la puso al corriente. Se la imaginó como cuando era una joven estudiante responsable, tomando notas en aquella habitación que compartía con otras niñas de acogida, que iban pasando por la casa. Rola prestaba mucha atención a los

detalles, era meticulosa y perseverante. Por eso había llegado a ser una gran investigadora. Era de esas personas que quieres en tu equipo.

Cuando acabó, ella exclamó: —¡Menuda mierda, Wilde!

—Lo sé.

—Tengo a alguien en Las Vegas. Te informaré cuando sepa algo.

Wilde colgó. Hester se había levantado y miraba por la ventana. Contemplando la imponente vista de los rascacielos de Manhattan.

—Dos asesinatos —dijo.

—Ya.

—Y el FBI parece estar convencido de que tu primo también está muerto. —Hester se apartó de la ventana—. ¿Tú qué crees?

—No lo sé.

—¿Las tripas no te dicen nada?

—Yo nunca me dejo llevar por las tripas —dijo Wilde.

—¿Ni siquiera en el bosque?

—Eso es instinto de supervivencia. Eso es escapar del fango y aprender a seguir vivo. A eso sí le hago caso. Pero si eres tan cándido y narcisista como para creer que debes obedecer un impulso que te sale de dentro en lugar de examinar fríamente los hechos, eso es una opinión sesgada, no un instinto.

—Interesante.

—Y ahora mismo, tal como decías cuando citabas a Sherlock, no sabemos lo suficiente como para lanzar teorías.

—Estoy de acuerdo, pero lo que está claro es que no podemos investigar los asesinatos. El FBI les va a dedicar la máxima atención. Eso sí, ahora mismo tú y yo somos los únicos que sabemos que Marnie Cassidy mintió con respecto a Peter Bennett. Eso nos da una clara ventaja.

—¿Qué sugieres?

—¿Te apetece un poco de marcha?

—Sí. ¿Por dónde empezamos?

Hester ya estaba de camino a la puerta.

—Diciéndole a Jenn lo que hizo su hermana.

30

La recepcionista del Sky llamó al apartamento donde se alojaba Jenn Cassidy.

—Ha venido a verla Hester Crimstein —dijo, y luego miró a Wilde —. ¿Su nombre, por favor?

—Wilde.

—Y también el señor Wilde.

La recepcionista se quedó escuchando un momento. Se giró como si quisiera ser discreta. Hester veía a dónde conducía aquello, así que gritó lo suficientemente alto como para que Jenn pudiera oírla: —Te interesa vernos antes de que se haga pública la noticia, créeme.

La recepcionista se puso rígida. Un momento más tarde colgó y dijo: —El ascensor les llevará al apartamento de la señorita Cassidy. Disfruten de la visita.

La puerta del ascensor se abrió. El botón de la segunda planta ya estaba iluminado. Cuando la puerta se abrió, se encontraron a Jenn Cassidy, vestida de Versace, esperando en la puerta del apartamento dos. No parecía contenta de ver otra vez a Hester. A Hester eso le daba igual.

Jenn miró a Wilde y frunció los párpados.

—¿De qué te conozco? Un momento. Tú eres el niño Tarzán. Vi un documental sobre ti hace unos años.

—Me llamo Wilde —dijo él, tendiéndole la mano.

Ella se la estrechó, aunque no muy convencida.

—Miren —dijo Jenn, bloqueando el acceso a su apartamento y mirando a Hester a los ojos—, no sé lo que quieren, pero creo que la última vez ya dije todo lo que tenía que decir.

—Nosotros no —dijo Hester.

Jenn señaló a Wilde.

—Y él está aquí porque…

—Wilde es pariente de Peter.

—¿Mi Peter?

—Bueno, ya no es tuyo, ¿no? De hecho es por eso por lo que estamos aquí.

—No lo entiendo.

Fue Wilde quien habló:

—Marnie mintió. Peter nunca la agredió.

Al oír eso, Jenn sonrió. Con ganas.

—Eso no es posible.

—He hablado con ella —dijo Wilde—. Lo ha reconocido.

La sonrisa empezó a disiparse.

—Marnie te ha dicho…

—¿De verdad queremos seguir con esta discusión en el rellano? —preguntó Hester.

Jenn siguió sonriendo, pero era una sonrisa vacía, un mecanismo de defensa, un reflejo. Nada más. Entró en su apartamento con paso incierto. Hester fue tras ella con decisión, seguida de Wilde.

—Vamos a sentarnos todos —dijo Hester—. Ha sido un día largo, y estoy hecha polvo.

Lo hicieron. Jenn se dejó caer en el sofá. La sonrisa ya había desaparecido. Su expresión mostraba que se había hundido por dentro, como una casa cuando ceden las vigas. Se aclaró la garganta.

—Por favor, díganme qué ha pasado.

Wilde le contó cómo le había salido al paso a Marnie en plena calle. Ella escuchaba atentamente, pero de vez en cuando cerraba los ojos, como si estuviera recibiendo un golpe. Cuando Wilde acabó, Jenn preguntó: —¿Por qué tendría que creerte?

—Llama a Marnie —dijo Hester.

Jenn soltó una risa sin una gota de humor.

—No hace falta.

—¿Qué quieres decir?

—Marnie viene hacia aquí. Vamos a probar una hamburguesería nueva en Tribeca.

Diez minutos después, la recepcionista llamaba anunciando la llegada de Marnie. Hester empleó ese tiempo en hablar con su despacho. El jurado de Richard Levine aún no había vuelto, y el juez parecía dispuesto a declarar nulo el juicio. Wilde recordó su visita a Daniel Carter en Las Vegas. ¿Cómo podía tener su padre biológico algo que ver con todo lo que estaba ocurriendo con Peter Bennett? ¿Qué relación podía existir entre aquello y los asesinatos de Henry McAndrews y Katherine Frole?

Por su parte, Jenn se limitó a mirar fijamente al frente.

Cuando oyeron llamar a la puerta, los tres se pusieron en pie. Jenn fue rápidamente hacia la puerta. Cuando abrió, Marnie ya estaba parloteando.

—Deberías darme una llave, Jenn. Es ridículo que no lo hagas. Imagínate que necesitas que venga alguien cuando no estás, no tienes por qué levantarte y venir a abrir la puerta cada vez, oh, y esa hamburguesería, mi amigo Terry, ¿te acuerdas, ese tipo alto con la nuez tan rara? Me ha dicho que es genial y que pagan muy bien por fotos con influencers…

Entonces fue cuando vio a Wilde, y abrió los ojos como platos.

—¡No! —le gritó—. ¡Lo prometiste! ¡Prometiste que no se lo dirías a nadie!

Wilde no dijo nada.

—¿Por qué eres tan cruel? —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas.

Jenn habló con una voz hasta demasiado suave: —¿Qué es lo que hiciste, Marnie?

—¿Qué? ¿Tú le crees?

—Marnie.

—¡No hice nada! —Y luego—: ¡Lo hice por ti! ¡Para protegerte!

Jenn cerró los ojos.

—¡Y era verdad! ¿No lo ves? ¡Peter era un monstruo! ¡Confesó! Eso es lo que me dijiste, ¿no?

Jenn parecía exhausta cuando repitió la pregunta: —¿Qué es lo que hiciste, Marnie?

—¡Hice lo correcto!

La voz de Jenn se volvió pétrea:

—¿Qué-hi-cis-te?

Marnie abrió la boca, probablemente para seguir protestando, pero cuando vio la cara de su hermana se dio cuenta de que seguir negándolo sería inútil, o quizá hasta peor. De pronto ablandó el tono, como una niña agazapada en un rincón: —Lo siento, Jenn, lo siento mucho.

Marnie confesó.

Llevó su tiempo, por supuesto. Con muchos *Lo hice por ti* y *Peter era un monstruo*, pero al final la historia fue saliendo. Mientras Marnie relataba los hechos que la habían llevado a hacer aquellas acusaciones en el pódcast, Jenn se mantenía en silencio y con la mirada fija en la pared.

—Estaba en Los Ángeles, yendo a montones de audiciones. Pero no salía nada. Aunque no es que eso importe. Oh, caray, no estoy contando bien la historia, ¿verdad? Bueno, el caso es que sabes que fui finalista en *El amor es un campo de batalla*, pero no acababan de encontrar una línea argumental que encajara con mis puntos fuertes. Decían que tenía muchísimo potencial, pero que, como era tu hermana, sería raro lanzar una subtrama separada. En cambio, si podían enlazar nuestras historias, sería un filón.

—¿Quiénes decían? —preguntó Hester.

—Yo sobre todo hablaba con Jake.

Hester miró a Jenn. Jenn cerró los ojos y dijo: —Un productor.

Marnie contó lo mismo que le había dicho a Wilde, que la habían

llamado, que había oído la dramática historia de una mujer (una mujer, precisó, que nunca había visto antes y con la que no había vuelto a coincidir), que había accedido a ir al pódcast para «ayudar» a la mujer a contar su historia. Fue en ese momento, más o menos, cuando Jenn se puso en pie y dijo: —Tengo que hablar con él.

—¿Con quién? —preguntó Marnie.

—¿Tú quién crees? —le espetó Jenn.

—¡Pero Peter lo reconoció!

Jenn marcó el número de teléfono de Peter. El teléfono estaba desconectado. Los mensajes de texto no le llegaban. Wilde vio que Jenn estaba cada vez más agitada. Marcó otro número, y cuando alguien respondió, Jenn dijo: —¿Vicky? ¿Dónde está? Necesito hablar con él.

Cerró los ojos y escuchó cómo Vicky le decía que no sabía dónde estaba su hermano.

Marnie tenía las mejillas bañadas en lágrimas.

—¡Jenn, él confesó! ¡Me lo dijiste tú! ¡Tú dijiste que lo había reconocido!

—No —dijo Jenn.

—Un momento —intervino Hester—. A mí me contaste lo mismo: que Peter se sinceró contigo, que lo confesó en este mismo sofá.

—¿Pero es que no lo ve?

—¿Ver el qué?

—Lo que vi en el rostro de Peter… no era culpa. Era traición. Mi traición. Traicioné su confianza al no creerle. Es todo culpa mía.

—¿Y esas fotos horribles? —gritó Marnie—. ¡Eran suyas! ¡No estaban trucadas!

—Tengo que hablar con él —Jenn se pellizcó el labio inferior, que le temblaba—. Tenemos que hacerlo público.

—¿Hacer público el qué? —Marnie se puso a llorar—. ¡No puedes decírselo a nadie!

—Tenemos que hacerlo, Marnie.

—¿Has perdido el juicio?

—Y también tengo que postearlo en Instagram ahora mismo.

—¿Qué? ¡No!

—Tenemos que asegurarnos de que Peter ve el mensaje y vuelve a casa.

—¿Vuelve a casa? —repitió Marnie—. Probablemente esté muerto.

Jenn se puso rígida de golpe.

—Eso no lo sabemos.

—Por favor, Jenn, para un momento y respira, ¿vale? ¡No puedes culparme de todo esto! Yo hablé con esa mujer, a la que Peter drogó…

—Venga ya, Marnie —le espetó Jenn—, no te hagas la tonta. Era un cebo. Probablemente otra productora interpretando un papel.

Marnie juntó las manos en posición de oración.

—Por favor, Jenn, te lo ruego. No puedes…

—¿Marnie?

Marnie dejó de hablar, como si acabara de recibir una bofetada.

—Te quiero. Eres mi hermana. Pero ya has hecho bastante daño, ¿no crees? Lo mejor que puedes hacer —lo único que puedes hacer— es intentar aportar algo bueno.

Marnie se quedó allí sentada, con las manos cruzadas sobre las piernas, aparentemente perdida.

Wilde se giró hacia Jenn.

—Peter te dijo que era adoptado.

El cambio de tema descolocó a Jenn. Tardó un segundo, pero luego respondió: —Sí. ¿Y qué? ¿Qué tiene que ver con todo esto? Y a propósito, no te ofendas, pero… ¿qué tienes tú que ver con todo esto?

—¿Sabes que Peter mandó su ADN a un sitio web de búsqueda genealógica?

—¿Eso qué…? Sí, lo sabía. Cuando descubrió que había sido adoptado, naturalmente quiso encontrar a su familia biológica. Se dio de alta en varios de esos sitios web de ADN, pero creo que se borró de todos cuando descubrió la verdad.

Wilde lanzó una mirada a Hester, que le indicó con un gesto que preguntara lo obvio: —¿Estás diciendo que Peter encontró a su familia biológica?

—Sí.

—¿Y quiénes eran?

—Nunca me lo dijo.

—¿Pero los encontró? ¿Estás segura?

Jenn asintió.

—Averiguó la verdad. Eso es lo que me dijo. Y eso le bastaba, supongo. Una vez lo descubrió, no quiso saber nada más de ellos.

31

Hester tuvo que volver al juzgado. Corrían rumores de que el jurado había tomado una decisión en el juicio a Richard Levine. Wilde se volvió a Nueva Jersey. Cuando estaba a la altura de la salida de Sheridan Avenue, en la carretera 17, le sonó el teléfono. Vio que era Matthew.

—¡Vaya movida! —dijo Matthew.

—¿Qué?

—¿No te has enterado de lo del post de Jenn Cassidy? Sutton está como loca. ¿Todo aquello de Peter Bennett se lo inventó Marnie?

Wilde suspiró.

—¿Qué dice el post de Jenn?

—Que las acusaciones sobre Peter eran falsas, y pide ayuda a la gente para que vuelva a casa. Colega, ahora todo el mundo está buscando a Peter. ¿Has tenido algo que ver con esto?

—Tangencialmente, supongo.

—¡Lo sabía! Sutton está superexcitada. Los foros de *La batalla* sacan humo. Tu nombre aún no ha aparecido.

—Bien. ¿Dónde estás?

—En casa.

Wilde tuvo una idea:

—¿Te importa si vengo y uso el ordenador?

—Claro. Tenemos mi portátil y el Mac del salón…

—Ambos, si puede ser.

—Sin problemas. Sutton no va a venir hasta más tarde.

—¿Y tu madre?

—¿Por qué no le preguntas a ella, Wilde? —Al ver que Wilde no respondía, Matthew suspiró y dijo—: No sé cuándo volverá. ¿Por qué?

¿La estás evitando?

—Estaré ahí en quince minutos. ¿Puedo pedirte que mientras tanto me hagas un favor?

—¿Cuál?

—Buscar sitios web de bases de datos de ADN.

—¿Quieres decir como 23andMe?

—Exactamente. A ver cuántos de los más importantes me puedes encontrar.

Quince minutos más tarde, Matthew le abrió la puerta a Wilde y le llevó hasta el Mac del salón. Había colocado su portátil en el otro lado de la mesa. Wilde se sentó frente al Mac, y Matthew frente al portátil.

—Vale —dijo Matthew—. ¿De qué se trata?

—¿Tienes la lista de las bases de datos de ADN?

—Sí.

—Pues tenemos que intentar iniciar sesión en todas ellas.

Wilde le dio la dirección de correo electrónico de Peter y la contraseña LoveJenn447 que había descubierto en su primera visita a casa de Vicky Chiba.

Matthew lo intentó con la primera.

—No me deja entrar. Dice «contraseña incorrecta». —Intentó otra—. Lo mismo. ¿Estás seguro de la contraseña?

—No. —Wilde recordó cómo había entrado en el perfil de Instagram usando la dirección de correo electrónico de Peter Bennett—. Mira, vamos a probar esto. Dale al vínculo «He olvidado mi contraseña» para que podamos cambiarla.

Mientras Matthew lo hacía, Wilde entró en el correo electrónico de Peter Bennett. Miró la bandeja de entrada y no vio nada nuevo. Pasó de la carpeta «Principal» a una que se llamaba «Promociones» y, en cuanto lo hizo, le apareció un mensaje de MeetYourFamily con instrucciones sobre cómo conseguir una nueva contraseña, en caso de haber olvidado la anterior. Wilde siguió las indicaciones del correo. Matthew siguió con lo suyo. En la bandeja de entrada del correo de

Peter apareció un nuevo correo de otra base de datos de ADN con instrucciones sobre cómo cambiar la contraseña. Wilde seleccionó el vínculo una vez más Al intentar entrar con las nuevas contraseñas se encontraron con un problema aún mayor. El sitio web BloodTies23 les llevó a una página que decía: **ERROR:** has solicitado el borrado definitivo de tus datos. Una vez confirmado el proceso, no puede deshacerse, cancelarse o revertirse. Te pedimos disculpas por cualquier inconveniente. Si lo deseas, puedes crear una nueva cuenta y enviarnos otra muestra de ADN.

—Mierda —dijo Wilde.

—¿Qué?

—Peter borró todas sus cuentas.

—Pues busca la copia de seguridad.

—Dice que el borrado es irreversible.

Matthew meneó la cabeza.

—Debe de haber un modo de recuperarlas.

—Aquí dice que no.

Encontraron 10 sitios web importantes que hacían análisis de ADN para buscar lazos genealógicos, entre ellos 23andMe, DNAYourStory, MyHeritage, BloodTies23, Family Tree DNA, MeetYourFamily y Ancestry. Por lo que Wilde y Matthew pudieron ver, Peter Bennett había abierto un perfil y lo había borrado en todos ellos. Siete de los diez dejaban claro que la cancelación era irreversible. Otros dos ofrecían la posibilidad de «solicitar» que el material personal, que había sido «borrado pero conservado en un archivo» —fuera lo que fuera lo que significara eso— pudiera recuperarse y volviera a estar «disponible online». Para hacerlo, Wilde tenía que rellenar formularios y responder a correos electrónicos con códigos y, por supuesto, pagar una «comisión de gestión».

Sutton llegó mientras estaban trabajando. Cogió una silla y se sentó junto a Wilde.

—Los foros de *La batalla* están que arden —le dijo Sutton a Wilde—.

Ya puedes empezar.

Wilde arqueó una ceja.

—¿Empezar a qué?

—A contarnos todos los detalles —dijo Matthew, mientras seguía introduciendo datos—. ¿Mintió Marnie? ¿Acaso intentó seducir a Peter y él la rechazó?

—¿Es eso lo que dice la declaración?

—¿Qué declaración? —replicó Sutton—. Lo único que hay es un post de Jenn en Instagram en el que dice que no era cierto y que quiere encontrar a Peter. Los batalladores se están volviendo locos intentando descubrir qué pasó realmente, pero de momento no hay declaraciones ni del programa ni de Marnie.

Wilde consiguió la autorización para entrar de nuevo en el primer sitio web, BloodTies23. Volvió a identificarse como Peter Bennett y seleccionó el vínculo de «familiares». No había ninguna relación superior al dos por ciento. Nada que le ayudara.

—¿Quieres oír la teoría más rara que se está difundiendo? —dijo Sutton.

Wilde seguía tecleando.

—Claro.

—En los foros, cada vez hay más batalladores que creen que Peter está detrás de todo.

Wilde paró y levantó la vista.

—¿Y eso?

—Pues la cosa iría así. —Sutton se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Wilde miró a Matthew, que sonreía como un bobo o, dicho de otra manera, como un universitario de primero con su primera novia seria—: La estrella de Peter se había apagado bastante. Había tenido mucho éxito. Un éxito tremendo. Pero al cabo de un tiempo, los chicos buenos acaban volviéndose aburridos, y eso no va por ti, Matthew…

Matthew se sonrojó.

—… y cuando eso ocurre —añadió—, los fans desconectan. Así que la teoría es que Peter vio los dientes al lobo. Se cansó de jugar a ser el chico bueno y aburrido y montó todo esto para convertirse en el malo de la película.

Wilde frunció el ceño.

—Pues no es muy buen plan. ¿Ahora no le odia todo el mundo?

—Sí, es justo lo que dicen algunos, pero no sé… Peter no calculó el alcance de sus acciones. Fue demasiado lejos, dicen otros. Una cosa es ser un malo divertido como Big Bobbo. Incluso ponerle los cuernos a Jenn, tal vez habría sido un giro de guion interesante, aunque no lo sé, porque Jenn es muy querida por los fans. ¿Pero un violador que ha drogado a su propia cuñada?

—Sería demasiado —añadió Matthew.

—Exacto.

—¿Entonces, según esa teoría, dónde estaría Peter ahora? —preguntó Wilde.

—Oculto en algún lugar. Lo agobiaron tanto que fingió su propia muerte. Ahora que ya ha pasado un tiempo suficiente, intenta que la gente piense que fue tratado injustamente. Eso creará expectación. Y así, cuando vuelva —probablemente con una buena puesta en escena—, Peter Bennett será la mayor estrella de reality que haya pasado por la tele.

Wilde no habría tenido ningún problema en descartar esa teoría por estrambótica, pero entonces se acordó de lo que había llegado a hacer Marnie con tal de ser famosa. Aun así, aquella teoría creada por los fans, a base de darle vueltas al asunto en los foros, planteaba varios problemas que sus autores no podían tomar en consideración, ya que no estaban al corriente de los asesinatos de McAndrews y Frole, de la conexión genética con Wilde, o del misterio de la adopción de Peter cuando era un bebé, o…

Aun así… ¿podría haber algo de cierto en ello? ¿Sería posible que de alguna manera Peter Bennett estuviera detrás de todo aquel

asunto? ¿Tenía sentido?

Había algo que se le estaba pasando por alto.

Le vibró el teléfono. Era Oren Carmichael. Le temblaba un poco la voz.

—¿Conoces a alguien llamado Martin Spirow?

—No —dijo Wilde.

—Vive en Delaware. Treinta y un años. Casado con una mujer llamada Katie.

—No, no sé quién es. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es la tercera víctima. Le han disparado con la misma pistola que mató a Henry McAndrews y Katherine Frole.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

Wilde no dijo nada.

—¿Wilde?

—¿Es poli o algo así?

—Desempleado. No ha sido nunca poli, ni federal, ni siquiera guardia de seguridad.

—¿Entonces qué relación tiene con los otros?

—Los federales no ven ninguna, pero acaban de llegar las pruebas de balística. Hay quien empieza a decir que podría tratarse de un asesino en serie y que no tiene nada que ver con todo este asunto.

Wilde no dijo nada.

—Ya —dijo Oren—, yo tampoco me lo trago.

—Háblame del asesinato de Spirow.

—Lo han matado de tres balazos en su casa, junto a la puerta de la entrada. Probablemente a primera hora del día. Su mujer lo encontró a la hora del almuerzo, cuando volvió del trabajo. Es una calle bastante tranquila, pero ahora mismo están comprobando las grabaciones de vídeo y preguntando a los vecinos.

—Tres balazos.

—Sí.

—Igual que las otras víctimas —señaló Wilde.

—Exacto. Eso es lo que hace que los federales se planteen que pueda ser un asesino en serie. Una vez más, Wilde intentó combinar las piezas. El mundo de los realities. La misteriosa adopción de Peter. El abandono de Wilde. Tres asesinatos cuyo único elemento en común era el arma. Aun así, no veía los puntos de contacto.

El teléfono volvió a vibrarle. Wilde no estaba acostumbrado a recibir más de una llamada a la vez, pero aquel tampoco era un día normal.

—Tengo otra llamada —dijo Wilde.

—Ya te pondré al día si me entero de algo más —dijo Oren antes de colgar.

Cuando Wilde respondió a la nueva llamada, Vicky Chiba estaba sollozando.

—Oh, Dios mío.

—Vicky…

—¿Marnie mintió? ¿Se lo inventó todo?

—Eso parece. ¿Cómo te has enterado?

—No deja de sonarme el teléfono. Silas lo ha oído en la radio.

—¿También en la radio?

—En un programa de entretenimiento, o algo así. —Vicky se echó a llorar otra vez—. ¿Por qué? ¿Por qué haría Marnie algo así?

Wilde no respondió.

—¿Sabe lo que ha hecho? Ha matado a un hombre inocente. Lo ha matado a sangre fría. Igual que si lo hubiera apuñalado en el corazón. Debería ir a la cárcel, Wilde.

—¿Dónde estás? —le preguntó él.

—En casa.

—Me pasaré por allí y así hablamos.

—Silas vendrá dentro de unas horas.

—¿Está en la zona?

—Tiene una entrega en Newark. Se quedará a dormir antes de salir

para otro trabajo por la mañana. Wilde…

—Sí.

—Tengo que decírselo a Silas, ¿no? Lo de que Peter fue adoptado.

Wilde recordó que Silas era aún un bebé cuando la familia se mudó a Pensilvania y apareció el niño misterioso.

—Depende de ti.

—Son demasiados secretos durante demasiado tiempo. Tiene que saberlo.

—Vale.

—Silas piensa que eres su primo.

—Pero no lo soy.

—Eso también podemos decírselo, si quieres.

A Wilde no le gustaba que hablara por los dos.

—Me gustaría que estuvieras aquí cuando le cuente la verdad a Silas.

Wilde no dijo nada.

—Creo que puede ayudar tener aquí a una tercera persona.

Wilde siguió sin decir nada.

—También querría… Significaría mucho para mí… Para nosotros, supongo, para Silas y para mí… que nos dijeras qué le ocurrió realmente a Peter. La verdad de todo esto. No está bien que nos enteremos por los rumores de los sitios webs de fans.

En eso tenía razón. Se lo debía.

—Vale —dijo—. Iré.

—Y gracias, Wilde. —Vicky se echó a llorar otra vez—. No solo por acceder a venir esta noche, sino por creer en Peter. Quizá sea demasiado tarde, pero ahora al menos puede que el mundo se dé cuenta del tipo de hombre que era.

Cuando Wilde colgó, tanto Matthew como Sutton estaban mirando la pantalla del ordenador con los ojos como platos.

—¡La hostia! —dijo Matthew.

—Haaala —añadió Sutton.

—¿Qué? —preguntó Wilde.

—Hemos encontrado un pariente de Peter Bennett. Cercano.

32

Levanto la pistola —sí, la misma pistola— y, una vez más, disparo tres veces.

Cierro los ojos y dejo que la sangre me salpique la cara. Una parte me alcanza la lengua. No soy caníbal, ni nada parecido, pero hay algo en el sabor metálico de su sangre que me excita. No es algo sexual. O quizá sí. No lo sé. Aunque os habéis quedado con eso, ¿verdad? «El sabor de la sangre». Ahora lo entiendo. Lo entiendo, a muchos niveles diferentes.

Su cadáver yace en el asiento de atrás. Aún tiene los ojos abiertos.

Los ojos de Marnie Cassidy.

La he hecho venir hasta este lugar enviándole un mensaje desde un teléfono de prepago, a través de una app privada que usan las celebrities (la mayoría, gente del mundo de los realities). ¿Que cómo he conseguido que viniera? Ofreciéndole la salvación. Ofreciéndole un salvavidas en un momento en que el mundo se tambaleaba bajo sus pies. Sabía que Marnie no podría resistirse, que encontraría el modo de escapar y venir a mi encuentro. Su mundo se estaba desmoronando. La verdad, lo que había hecho se estaba empezando a filtrar por todas partes.

Estamos en mi coche. Una vez más, he robado una matrícula y luego la he alterado para que resulte prácticamente ilegible. Llevo un disfraz. Marnie también. Desde el post de Jenn los fans rodean su edificio, y también hay algún periodista, así que ha salido por una puerta trasera. Si la policía quisiera investigar a fondo, supongo que podrían localizarla a través de varias cámaras de la calle, hasta llegar al metro. ¿Podrían verla tomando la línea 1 en la calle 72 hacia el sur? Probablemente. ¿Podrían encontrarla saliendo en Christopher Street,

caminando tres travesías y subiéndose al asiento trasero de este coche?

No lo sé.

Les llevaría su tiempo. La televisión nos ha lavado el cerebro, haciéndonos pensar que los cuerpos de seguridad son prácticamente infalibles. Y la experiencia me ha enseñado que eso es una soberana tontería. Cometen errores. Tardan mucho en conseguir información y en cribar todos los datos. Tienen un personal limitado, y la tecnología no es infalible.

Muchos asesinatos nunca se resuelven.

Dicho esto, soy consciente de que toda esta historia tiene un final. Si sigo adelante, me pillarán. Negarlo sería una tontería. Tengo el coche aparcado en Manhattan, cerca de la West Side Highway. He encontrado un lugar tranquilo —lo suficientemente tranquilo, al menos—. Está cerca de un edificio en obras y ahora mismo no hay nadie trabajando. No me ha llevado mucho tiempo.

Marnie entra. Me giro y le disparo tres veces a la cara, esa cara patética de embustera.

¿Arriesgado? Seguro. Pero a veces los mejores lugares para esconderse están a la vista de todos.

Marnie tenía el teléfono en la mano cuando he disparado. Desde el asiento del conductor, alargo el brazo y lo recojo del suelo. Intento desbloquearlo con el reconocimiento facial poniéndoselo frente a la cara, pero el móvil ha sufrido desperfectos y no se abre. Lástima. Esperaba poder enviarle un mensaje a Jenn, tal vez haciéndome pasar por Marnie y diciéndole que iba a desaparecer unas semanas, hasta que se calmaran las cosas. Ahora no va a poder ser.

¿Podrían rastrear su teléfono hasta este lugar?

No lo tengo claro. Voy a destruirlo. ¿Pero podrían llegar a saber cuándo ha salido de su apartamento y adónde se ha dirigido? Yo apostaría a que sí. Bueno, vale. También tengo un plan para eso.

Echo una manta sobre el cuerpo, aunque no creo que ninguna

cámara ni ningún peatón pudieran ver gran cosa por la ventanilla trasera. La sangre no ha llegado a manchar los cristales, así que no tengo que molestarme en limpiarlos. Ahora atravieso el Lincoln Tunnel y tomo la salida de Boulevard East en dirección a Weehawken. No puedo resistir la tentación y cojo el desvío a la derecha hacia Hamilton Avenue. Las vistas de Manhattan desde este lado del río —el de Nueva Jersey— son imponentes. La ciudad de los rascacielos luce en todo su esplendor. No hay vistas de la ciudad de Nueva York como las que se ven desde Nueva Jersey, al otro lado del río.

Pero este no es el motivo por el que me gusta venir a este sitio.

Aquí, en una calle sin pretensiones, con casas sin pretensiones, hay un busto de piedra sin pretensiones en lo alto de una columna. Es el busto de Alexander Hamilton. A su lado, una placa recuerda el duelo que enfrentó a Alexander Hamilton y Aaron Burr y que resultó en la muerte de Hamilton. La placa también rememora que el hijo de Hamilton, Philip, había muerto en este mismo campo de duelo tres años antes. Antes de que la historia se hiciera famosa gracias al musical, ya me encantaba caminar por aquí. Nunca entendí por qué. Entonces pensaba que era por la vista de los rascacielos, pero no era eso. Eran los fantasmas. Era la sangre. Era la muerte. Hombres que venían aquí a «defender su honor» y que muchas veces morían en los duelos. Aquí se derramaba sangre, tal vez aquí mismo, quizá en el mismo lugar donde, cuando estás disfrutando de un agradable paseo por el bulevar, te encuentras por casualidad con la estatua.

Pero lo más macabro de todo es que detrás del busto de Alexander Hamilton, casi oculta por la columna de mármol, hay una gran roca de color marrón rojizo. Con una inscripción en el lado que da a Manhattan que dice:

SOBRE ESTA PIEDRA DESCANSÓ
LA CABEZA DEL PATRIOTA,
SOLDADO, ESTADISTA Y
JURISTA ALEXANDER HAMILTON
TRAS EL DUELO CON
AARON BURR.

Eso siempre me atrajo. Bueno, ¿y a quién no? La roca está rodeada por una valla de barrotes, pero los barrotes están bastante separados. Se puede meter la mano por entre ellos y tocar la roca. Pensad en eso. Podéis poner la mano sobre la roca en la que —si nos creemos la leyenda— Alexander Hamilton quedó tendido, herido de muerte, hace más de dos siglos.

Es algo morboso y macabro, pero a mí me parece fascinante. Siempre me lo ha parecido. Y lo cierto es que, evidentemente, a vosotros también. A todos nos lo parece.

Por eso tenemos monumentos conmemorativos como este, ¿no? No es un recuerdo de una época llena de peligros, aunque eso es lo que nos decimos a nosotros mismos. Es porque nos sentimos atraídos a un nivel mucho más primitivo. Nos ponen. Quizá, pensándolo bien, esta fuera mi primera droga. Es lo que dicen. Una droga que te lleva a la siguiente y a la siguiente hasta que acabas siendo un yonqui de la heroína.

¿Pasará lo mismo con el asesinato?

No freno. Solo quiero pasar por este modesto monumento y por el campo de duelo. Impregnarme de esa sensación. Eso es todo. Y hay una ventaja añadida: si de algún modo la policía consiguiera trazar los movimientos exactos del teléfono de Marnie, este pequeño desvío, aunque solo me haya hecho perder unos minutos, les hará dudar sobre el estado mental de Marnie. Eso podría ayudarme.

Vuelvo a salir al Boulevard East y sigo hasta el aeropuerto de Newark. Hoy la terminal más tranquila es la B. Cuando llego a la zona de descarga de pasajeros, saco el martillo y rompo el teléfono de Marnie en mil pedazos. Cuando rastreen sus movimientos, la información les conducirá hasta un aeropuerto. Eso me será útil. Me doy cuenta de que probablemente haya cámaras grabando. Al final quizá lleguen a buscar si bajó realmente del coche o no. Pero eso también les llevará un tiempo.

Ahora que el teléfono ya es ilocalizable, rodeo el aeropuerto y visito

las otras terminales, solo para confundir. Tomo la carretera 78 hacia el este. He alquilado un pequeño almacén en Chatham. Con mi disfraz puesto, bajo la cabeza, salgo del coche y abro la puerta basculante. Vuelvo al coche, lo meto en el almacén y cierro la puerta. El local tiene un potente sistema de aire acondicionado. Ya me he asegurado de que estuviera a máxima potencia. He leído mucho sobre cuerpos en descomposición y olores. Tengo tiempo. Días, por lo menos. Probablemente más. Luego ya encontraré el modo de librarme del cuerpo. Ahora hago una limpieza superficial y dejo a Marnie en el asiento trasero. Si me deshiciera del cuerpo, la policía la relacionaría inmediatamente con los otros asesinatos. Ah, pero si la pobre, la atribulada Marnie simplemente ha desaparecido, en medio del caos en que se ha convertido su vida, resultará de lo más plausible que haya decidido huir y ocultarse durante un tiempo. No tengo muy claro cuánto debo alargarlo, pero conozco la norma básica: si no hay cuerpo, no hay homicidio.

Estos movimientos deberían servirme para ganar unos días, si no semanas. En realidad es todo lo que necesito.

Aún tengo trabajo por hacer.

33

Wilde miró por encima del hombro de Matthew y vio el perfil de Usuario32894, que tenía un veintitrés por ciento de coincidencia con Peter Bennett en el sitio web de MeetYourFamily.

—¿Has comprobado si Usuario32894 y Peter han tenido alguna comunicación? —preguntó Wilde.

—Ningún mensaje. Según los protocolos del sitio web, cuando borras el perfil desaparecen todos los mensajes. Pero si te estás preguntando qué significa ese veintitrés por ciento… —Matthew hizo clic en el link y apareció una explicación: Si tienes una coincidencia de un 25 % aproximadamente (entre un 17 y un 34 %), significa que tu relación genética responde a alguno de los siguientes parentescos: Abuelo/nieto

Tío/tía

Sobrino/a

Hermanastro

—Qué raro que no den más explicaciones —dijo Matthew.

—Así es como funciona el ADN —le dijo Sutton—. Lo hemos visto en Biología, con el señor Richardson, ¿no te acuerdas? Un cien por ciento significa gemelo. Cincuenta por ciento sería un hermano o una madre —el padre es un poco menos, el cuarenta y ocho por ciento, o algo así. No recuerdo por qué.

—Sigue siendo raro —dijo Matthew—. Si Wilde obtuviera un cincuenta por ciento, por ejemplo, no sabría si es su madre, su padre, un hermano… Un momento, cuando encontraste a tu padre en Las Vegas, ¿cómo lo supiste? Quiero decir, cuando viste el resultado en el sitio web de análisis de ADN, ¿cómo supiste que no era tu madre, o un hermano o algo por el estilo?

—Al principio no lo supe —dijo Wilde—. Pero luego descubrí que

era un varón y que era más de veinte años mayor que yo.

—Aun así podría ser tu hermano.

Wilde no se lo había planteado.

—Supongo que sí.

—No es probable —objetó Sutton—. Si tienes un cincuenta por ciento, significa hermano, no hermanastro. Y sí, claro, hay madres que tienen hijos con más de veinte años de diferencia, pero las probabilidades son mínimas. Lo más probable es que sea tu padre.

—Vale, es cierto —dijo Matthew—, pero afrontémoslo: nada en la vida de Wilde es estándar. Fue abandonado en el bosque cuando era tan pequeño que ni siquiera se acuerda. ¿Tú qué crees, Wilde? ¿Ese hombre podría ser tu hermano?

—Nunca me lo había planteado —respondió Wilde.

—Y así era. No lo había pensado. Sutton tenía razón. Lo más probable era que Daniel Carter, con una coincidencia de aproximadamente el cincuenta por ciento, fuera su padre. Pero las mujeres pueden dar a luz a edades muy tempranas, desde que empiezan a ovular. Pongamos que su madre hubiera tenido dieciséis o diecisiete años cuando nació Daniel Carter, o incluso veintipocos años; en ese caso, también podría haber dado a luz a Wilde.

Cogió el teléfono y llamó a Rola.

—¿Tienes algo sobre Daniel Carter?

—Aún no.

—Cuando dices «nada»…

—Quiero decir eso exactamente. Nada, *nothing, niente, nichts, nic, bubkes*, pero te voy a dar un titular: Daniel Carter no es su nombre real.

—Ese hombre tiene familia, un negocio.

—La DC Dream House Construction. Es propiedad de una empresa pantalla. Nadie responde al teléfono de su casa. Nadie en la empresa quiere decirnos dónde está. Nadie abre la puerta de su casa.

—Tiene hijas.

—De momento no nos conviene que un detective privado que no conocemos se ponga a hurgar en sus vidas. Al menos hasta que sepamos más. Es pronto, Wilde.

—Asígnale esto al mejor investigador que tengas, Rola.

—Ya lo he hecho.

—Gracias.

—Me encargo yo.

—¿Qué?

—Voy a volar a Las Vegas.

—No tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo. Los críos me están volviendo loca. Necesito una pausa. Desconectar un poco. Investigando quién abandonó a un niño en el bosque, por ejemplo. O jugando a las tragaperras. O viendo un show de magia. Y… ¿Wilde?

—Sí.

—Sea lo que sea lo que está pasando con tu biopadre y los federales, es un buen marrón.

—Cabe la posibilidad de que Daniel Carter no sea mi padre.

Wilde enseguida le explicó lo de los porcentajes de ADN. Había algo en todo aquello de las relaciones genéticas que no le convencía del todo. Algo se le estaba pasando por alto. Pero otras cosas empezaban a encajar. Se acordó de la charla telefónica con Silas Bennett. Silas le había dicho que él había obtenido una coincidencia del veintitrés por ciento en MeetYourFamily.com. Ahora que Wilde había visto que Peter Bennett también tenía una coincidencia del veintitrés por ciento, parecía lógico suponer que los dos «hermanos» —uno de ellos supuestamente adoptado— tenían alguna relación genética, que probablemente fueran hermanastros. No había nada seguro, pero encontraría el modo de confirmar esa hipótesis.

Llamó a Vicky Chiba.

—¿Silas ya está ahí?

—No.

—¿A qué hora lo esperas?

—Se ha retrasado. Probablemente tarde otra hora, u hora y media.

—¿Aún tienes pensado decirle que Peter fue adoptado?

—Sí. Estarás aquí cuando lo haga, ¿verdad?

—Sí.

—Oh, gracias. Te lo agradezco mucho. ¿Has sabido algo más de Peter?

—Te pondré al corriente cuando nos veamos.

—Vale. Te enviaré un mensaje si tengo novedades de Silas.

Wilde colgó. Aún estaban esperando dos autorizaciones más de sitios web de ADN. Intentó encajar las piezas. Peter Bennett descubre que ha sido adoptado. Se apunta a un montón de sitios web de análisis de ADN en busca de coincidencias. Vale, bien. Eso tiene sentido. Encuentra una coincidencia importante: su propio hermano, Silas. ¿Es entonces cuando concluye que ya sabe lo suficiente? No parece lógico. ¿Encontró a alguien más? ¿Por qué lo borró todo cuando halló la verdad? ¿Es que se enteró de algo que no quería que supiera nadie más?

El teléfono de Wilde vibró dos veces, indicando una llamada. Qué raro. La doble vibración indicaba que era alguien que no estaba en su corta lista de contactos. Nadie más tenía ese número. Nadie más sabía su número. Estaba a punto de dejar que saltara el buzón de voz cuando vio en la pantalla un nombre: PETER BENNETT.

Wilde se puso en pie y se dirigió a una esquina, al tiempo que se llevaba el teléfono al oído.

—¿Sí?

—Tenemos que vernos.

34

Cuando Hester volvió a su apartamento, Oren estaba allí esperándola. La recibió con un abrazo. A Hester le encantaban sus abrazos. Era un hombre grande y abrazaba a lo grande. La hacía sentir pequeña, segura y reconfortada. ¿A quién no le gusta eso? Cerró los ojos y aspiró. Oren olía a hombre, por tonto que sonara, y eso también la hacía sentir feliz y segura.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó Oren.

—El jurado está bloqueado. El juez Greiner quiere darles un día o dos más.

Se soltaron y se dirigieron al salón. El estilo de decoración de Hester podría describirse como clásico americano frenético. Cuando Ira y ella se habían mudado a Manhattan, habían llenado el apartamento «temporalmente» con una cantidad excesiva de muebles y cachivaches de la casa de Westville. Los muebles no combinaban, por supuesto, ni en tamaño ni en forma ni en color ni en nada, pero ya tendrían tiempo para cambiarlos.

No lo habían hecho.

—Si el jurado no llega a un veredicto —dijo Oren—, ¿tú crees que volverán a procesarlo?

—Quién sabe.

Se sentó en el sofá. Oren le sirvió una copa de vino. Estaba cansada. Eso antes no le ocurría, pero últimamente sentía los huesos pesados.

—Cuando acabe esto —dijo— quiero tomarme unas vacaciones.

Oren levantó una ceja.

—¿Tú?

—¿A dónde vamos?

—A donde tú quieras, mi amor.

—Antes odiaba las vacaciones —dijo Hester.

—Lo sé.

—El trabajo nunca me cansaba. Me cargaba de energía. Cuanto más jaleo, más viva me sentía. Cuando Ira y yo nos íbamos a algún sitio, acababa sintiéndome agotada. Me ponía ansiosa. Echarme en una tumbona de playa no me cargaba las pilas. Me hacía entrar sueño.

—Un objeto en posición de descanso permanece en descanso —dijo Oren.

—Exactamente. Si me haces parar, me paro. Pero si me mantienes en movimiento…

—¿Y ahora?

—Ahora quiero irme contigo. Estoy cansada.

—¿Tienes idea de por qué?

—No quiero ni pensarlo, pero quizá sea la edad.

Oren no respondió inmediatamente. Le dio un sorbo al vino y dijo:

—Quizá sea el caso Levine.

—¿Qué te hace pensar eso?

—A ti nunca te han gustado demasiado los casos de defensa propia. Sé que tu trabajo consiste en ofrecer la mejor defensa posible, a expensas de la verdad, pero…

—Oh, oh, oh, un momento. ¿A expensas de la verdad?

—No es eso lo que quería decir. Quiero decir que tienes que distanciarte emocionalmente. Tienes que ofrecer la mejor defensa posible, independientemente de lo que sientas realmente.

—¿Y qué te hace pensar que no estoy haciendo eso con Richard Levine?

—Ejecutó a un hombre —dijo Oren—. Ambos lo sabemos.

—Disparó a un nazi.

—Que no suponía una amenaza inminente.

—Los nazis siempre son una amenaza inminente.

—¿Así que te parece bien lo que hizo?

—Sí, por supuesto.

—Está bien disparar a un nazi —dijo Oren.

—Sí.

—¿Y qué tal a uno del Ku Klux Klan?

—También.

—¿Dónde pones la frontera de los que pueden ser ejecutados?

—En los nazis y los del Klan.

—¿Nadie más?

—Preferiría que les dieran un puñetazo. Me encanta cuando les dan puñetazos en la cara a los nazis.

—Tu cliente no le dio un puñetazo en la cara a un nazi.

—No, pero si lo hubiera hecho también lo habrían detenido, y también lo estaría defendiendo. Si algún ser abyecto incluye entre sus creencias enfermizas el exterminio de los que no son de su raza, a mí me parece bien que alguien acabe con él.

—No hablarás en serio.

—Pues sí.

—Entonces quizá debiéramos cambiar las leyes, y dejar claro que se abre la veda para nazis y miembros del Klan.

—Te pones muy mono cuando intentas debatir conmigo —dijo Hester—. Pero no, no es eso lo que sugiero. Ya me van bien las leyes tal como están escritas ahora mismo.

—Pero las leyes no permiten hacer lo que hizo Richard Levine.

Hester ladeó la cabeza hacia la derecha.

—¿No? Bueno, eso ya lo veremos. De hecho, el sistema actual podría funcionar y lograr la libertad de mi cliente. Podría tener la elasticidad suficiente para hacer lo correcto.

—¿Y si no? ¿Si el jurado da un veredicto de culpabilidad?

Hester se encogió de hombros.

—Entonces el sistema habrá hablado.

—¿De modo que el sistema siempre tiene razón?

—No, será que el sistema quizá no sea tan elástico como yo creo que debería ser. Al menos, no con este jurado. No con la defensa que

he hecho. Yo creo en el sistema. También creo que está bien matar a nazis. ¿Por qué insistes en que esas dos cosas deben ser contradictorias?

Él sonrió.

—Me encanta como piensas, ya lo sabes.

—A mí también, aunque no tanto como tu cuerpo.

—Como debe ser —dijo Oren.

Hester le apoyó una mano en el pecho.

—¿Entonces a dónde nos vamos de vacaciones?

—Al Caribe —dijo Oren.

—¿Te gusta el calor?

—Me gusta la idea de verte en bikini.

—Qué descarado. —Hester no pudo evitar ruborizarse—. No me he puesto un bikini desde finales del gobierno de Carter.

—Otra víctima de la Reaganomics —dijo Oren.

Hester le puso una mano en el hombro.

—Aún sigo enfadada contigo.

—Lo sé.

—Una parte de mí quería dejarlo —dijo.

Oren no dijo nada.

—Por mucho que te quiera, mi trabajo siempre será lo primero. Que les dijeras a otros policías que Wilde encontró el cuerpo…

—Inadmisible —reconoció Oren.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

—Porque quería que pillaran al que mató a ese poli. Porque a veces soy tonto. Porque soy un jefe de policía de pueblo que nunca ha trabajado en un homicidio y quizá me dejara llevar por el orgullo.

—¿Una oportunidad de ser importante?

Oren se encogió.

—Sí.

—Te estás justificando —dijo ella.

—Eso no convierte lo que hice en correcto.

—No.

—¿Entonces por qué me perdonas?

Hester se encogió de hombros.

—El sistema puede ser elástico. Yo también.

—Tiene sentido.

—Y además no quiero perderte. Todos encontramos justificaciones para nuestros actos. Tú, yo, Richard Levine. La cuestión es si el sistema es lo suficientemente elástico como para soportarlo.

—¿Y en este caso?

—En mi caso sí, está bien.

—Oh, bueno.

—Pero en el de Wilde no estoy tan segura. No entrega su confianza tan fácilmente.

—Lo sé —dijo Oren—. Intentaré arreglarlo.

Hester no pensaba que pudiera, pero eso no se lo dijo.

—Han encontrado otro cuerpo —dijo Oren—. Asesinado con la misma pistola.

—Vaya. ¿Wilde es sospechoso?

—No. Le dispararon en Delaware más o menos en el momento en que Wilde estaba bajo vigilancia en Nueva York. Está libre de sospecha.

—Bien —Hester se puso en pie y le dio un sorbo al vino—. En ese caso, ¿te parece bien si no hablamos de eso esta noche?

—Más que bien.

—Quiero descansar.

—Vale.

—O quizá unos achuchones —dijo Hester.

Oren sonrió.

—Eso podría llevarnos a otras cosas.

Ella dejó el vaso y fue a su lado.

—Podría.

—Pensaba que solo querías descansar.

Hester se encogió de hombros.

—El sistema puede ser elástico.

35

El nombre en la pantalla del teléfono decía «peter bennett».

—Me llamo Chris —dijo la voz.

—Ese no es el nombre que aparece en el teléfono.

—Lo sé. Quería llamar tu atención.

—¿Cómo has conseguido mi número?

—Eso no es relevante. Tenemos que hablar.

—¿Sobre qué?

—Peter Bennett, Katherine Frole, Henry McAndrews, Martin Spirow.

El tal Chris esperaba una respuesta. Wilde no se la dio.

—Espero que la lista acabe aquí —dijo Chris—, aunque sin duda habrá más si no actuamos.

—¿Quién eres tú?

—Ya te lo he dicho. Me llamo Chris.

—¿Y por qué debería confiar en ti?

—La pregunta en realidad tendría que ser: ¿por qué debería yo confiar en ti? Yo soy el que más tiene que perder.

—¿Desde dónde me llamas?

—Mira por la ventana de delante.

—¿Qué?

—Estás en casa de los Crimstein, al final de una calle sin salida. Mira hacia el jardín.

Wilde se dirigió al ventanal junto a la puerta. Miró al exterior. En la oscuridad vio la silueta de un hombre bajo la farola. El hombre levantó el brazo y le saludó.

—Sal —dijo Chris—. Tal como te he dicho, tenemos que hablar.

Wilde colgó y se giró hacia Matthew y Sutton.

—¿Quién era? —dijo Matthew.

—Voy a salir al jardín. Cerrad todas las puertas con llave. Subid al piso de arriba. Observadnos desde la ventana de tu dormitorio. Si me pasa algo, llamad al 911, a tu madre y a Oren Carmichael. En ese orden. Y luego escondeos.

—¿Quién es? —preguntó Sutton.

—No lo sé. Echad el pestillo en cuanto salga.

Chris era un tipo pálido y flaco con el cabello rubio fino. En lugar de caminar parecía que pateaba el suelo apagando pequeños incendios. Al acercarse Wilde se detuvo.

—¿Qué quieres? —le preguntó Wilde.

Chris sonrió.

—Llevaba un tiempo sin hacer esto.

Esperó a que Wilde preguntara «¿Hacer el qué?». Pero al ver que Wilde no preguntaba, siguió adelante.

—Antes yo también soltaba bombas en la vida de la gente. No quiero decir literalmente. Bueno, quizá sí. Revelaba secretos terribles a personas tranquilas que no sospechaban nada. Una vez, en la fiesta de despedida de soltera de una mujer, le conté que su novio había colgado un vídeo porno suyo en internet. Le dije a un hombre casado y con dos hijos que su mujer había fingido su tercer embarazo para que no la dejara. Cosas así. Pensaba que tenían derecho a saberlo. Revelar un secreto es un destruir un secreto. Creía que hacía lo correcto.

Dejó de hablar y miró a Wilde.

—Me imagino que tienes un montón de preguntas, así que déjame ir al grano. Sé lo bastante de ti como para imaginar que vives al margen, lejos de todo. Eres capaz de forzar el sistema. Podría fingir que todo esto son hipótesis para protegerme, pero en realidad no hay tiempo. Tengo que confiar en ti. Pero solo un recordatorio rápido antes de empezar: ya has visto lo fácil que me ha sido encontrarte. No es una amenaza. Es una advertencia amable, por si se te ocurre la idiotez de

ir a por mí. Tú vives fuera del radar, en parte por miedo a que te encuentren. Pues coge tus miedos y elévalos a la décima potencia: ese es mi caso. Hay mucha gente que me querría ver entre rejas o muerto. No quiero que seas mi enemigo. Pero tú tampoco quieres que yo sea el tuyo.

—¿Qué quieres? —preguntó Wilde.

—¿Alguna vez has oído hablar de una organización llamada Boomerang?

El nombre le sonaba de algo.

—La verdad es que no.

—Reúne a algunos de los mejores hackers del planeta. Gente con convicciones similares.

—Supongo que eres miembro.

—Lo era —dijo Chris—. El líder.

Chris esperó de nuevo a ver la reacción de Wilde. Para no perder el tiempo, Wilde dijo: —Vale.

—El objetivo de Boomerang era identificar a trols y acosadores en la red, gente de lo peor… Parar su actividad y castigarlos.

—Erais justicieros —dijo Wilde.

Chris echó la cabeza hacia atrás y luego hacia delante.

—Yo prefiero pensar que intentábamos mantener el orden en un territorio sin ley. Nuestro sistema de justicia aún no está al día con internet. La red sigue siendo el salvaje Oeste. No hay leyes ni normas; solo caos y ruina. Así que nosotros, un grupo de personas serias y con ética, tratábamos de introducir un poco de orden, con la esperanza de que un día las leyes y las normas se pusieran al día y nos dejaran obsoletos.

—Muy bien —dijo Wilde—. Ahora que has disculpado tu labor como justiciero, ¿qué tiene todo esto que ver conmigo?

—¿No lo sabes?

—Digamos que no.

—Podrías contribuir un poco, Wilde. Me estoy exponiendo mucho.

Wilde recordó el mensaje que enviaron al perfil de DogLufegnev: «Te he pillado, McAndrews. La vas a pagar».

—Supongo que tu grupo dio con Henry McAndrews. Era un acosador en serie, solo que a sueldo.

—Dimos con él, sí.

—¿Y lo matasteis?

—¿Matarlo? Por Dios, no. Nunca matamos a nadie. Nunca funcionó así. Cualquier ciudadano —cualquier víctima, en realidad— podía dirigirse a Boomerang pidiendo ayuda. Por internet. Tenemos un sitio web. Si alguien quería que le ayudáramos tenía que rellenar un formulario —nombre, datos de contacto, qué tipo de acoso recibía, todos los detalles—. Es un proceso bastante largo. Lo hacíamos a propósito. Si alguien te ha hecho tanto daño que necesitas que Boomerang actúe, deberías estar dispuesto a pasar unas horas rellenando una solicitud. Por otra parte, si lo dejas a medias, eso quiere decir que tu caso no es lo suficientemente grave como para merecer nuestra atención.

Chris volvió a parar.

—Tiene sentido —dijo Wilde, de nuevo para que siguiera adelante.

—Las solicitudes que llegaban hasta el final se repartían entre los miembros, y luego las sometíamos a un proceso de selección. La mayoría eran rechazadas. Solo las más graves conseguían toda nuestra atención. ¿Empiezas a atar cabos, Wilde?

—Peter Bennett.

—Exactamente. Recibimos una solicitud por el acoso implacable al que se estaba viendo sometido. No sé si fue él quien la rellenó, o si lo hizo alguien cercano, como su hermana, o algún fan entregado, o alguien haciéndose pasar por él.

—¿La petición te llegó a ti directamente? —preguntó Wilde.

—No. Se encargó Pantera.

—¿Pantera?

—Todos los miembros de Boomerang eran anónimos. Así que

teníamos apodos con nombres de animal.

Wilde recordó el remitente del mensaje «Te he pillado, McAndrews». Firmaba PantherStrike88.

—Pantera, Oso polar, Jirafa, Gatito, Alpaca y León. Ninguno de nosotros conocía la identidad de los demás. Teníamos protocolos de seguridad muy estrictos. En ese momento yo solo sabía que era Pantera. No conocía su nombre ni su género. El caso es que Pantera fue la que se encargó del caso de Bennett. Decidió presentarlo al grupo. Somos seis: cinco tienen que estar de acuerdo para infligir un castigo.

—¿Y lo hicisteis?

—No. Decidimos que no valía la pena el esfuerzo.

—¿Por qué?

—Tal como te he dicho, no podemos ocuparnos de todos los casos, y varios de nosotros consideramos que Peter Bennett no era una víctima que cayera bien, con todas esas acusaciones de abusos y cuernos en su contra.

Tenía sentido, pensó Wilde.

—¿Así que lo dejasteis?

—Sí. Y normalmente ahí acaba la cosa. Caso cerrado. Pasamos al siguiente asunto. Es lo que hicimos todos. Salvo Pantera.

—¿Qué sucedió?

—Lo que yo no sabía de Pantera —lo que no podía ni imaginarme— era que fuera una gran fan de *El amor es un campo de batalla*. Lo seguía a diario. Por eso insistió en que nos ocupáramos del caso. Es difícil predecir los gustos de la gente, ¿no? Pantera era una técnica del FBI veterana, muy buena en su trabajo, pero le gustaba el mundo de los famosillos.

Wilde lo entendió de pronto.

—Pantera era Katherine Frole.

Chris asintió.

—Aún estoy reuniendo las piezas, pero, en cuanto supe que se

trataba de Katherine, conseguí hackear alguna de sus cuentas. No todas. Ni siquiera la mayoría. No olvides que ella también era una experta. Pero también era una fan acérrima de ese insípido reality show. Así que mi teoría es que, cuando Boomerang rechazó el caso Bennett, Katherine no pudo resistir la tentación de romper el protocolo y ponerse en contacto directamente con el solicitante.

—Con Peter —dijo Wilde.

—Son especulaciones, pero tal vez Katherine le llamara y le dijera lo mucho que sentía que Boomerang hubiera rechazado su solicitud. Quizá dio un paso más y quedó con él. O quizá le diera el nombre de su principal acosador.

—Henry McAndrews —dijo Wilde.

Chris asintió.

—El resto ya te lo puedes imaginar. Poco después, alguien asesina a Henry McAndrews. Cuando descubren el cuerpo, quizá Katherine Frole se da cuenta de lo que ha hecho. Quizá se enfrenta a Peter. O quizá Peter se da cuenta de que tiene que silenciarla.

—Son muchos quizás.

—El caso es que Katherine Frole acaba asesinada.

—Eso explica lo de Henry McAndrews y Katherine Frole —dijo Wilde—. ¿Pero cómo encaja ahí Martin Spirow?

—Spirow era otro trol del que recibimos denuncias en Boomerang.

—¿Acosó a Peter Bennett?

—No. Colgó un post realmente cruel en el obituario de una mujer fallecida. La familia de la difunta se puso en contacto con nosotros.

—¿Y tú aceptaste o rechazaste la solicitud?

—Yo no —le corrigió Chris—. Boomerang. Lo hacemos todo en grupo. Pero en este caso aceptamos. Hay que tener en cuenta que Boomerang tenía estipulados diversos niveles de castigo. Este fue leve. Déjame que vaya al grano, Wilde. Yo creo que alguien —Peter Bennett o quienquiera que presentara la solicitud, tal vez alguien próximo a él o un fan enloquecido— decidió tomar cartas en el asunto al ver que

Boomerang no actuaba.

—¿Matando a Henry McAndrews?

—Sí. Y luego a Katherine Frole para tapar el rastro o… no sé… Para castigarla. Su cuerpo apareció en un pequeño despacho que tenía cerca de casa. Un lugar secreto. Ahí es donde trabajaba para Boomerang. Yo creo que quienquiera que matara a Pantera la obligó a darle nombres y documentación, y ahora se ha lanzado a matar desenfrenadamente.

—¿Qué nombres le daría? —le preguntó Wilde.

Chris meneó la cabeza.

—Pantera se ocupó de más de cien casos.

—¿Y por qué acudes a mí?

—No hay nadie más.

—¿Por qué no a las autoridades?

Chris soltó una risita.

—Estás de broma, ¿no?

—¿Tengo pinta de estar de broma?

—Boomerang es un objetivo prioritario para el FBI, Seguridad Nacional, la CIA… —Chris observó el gesto escéptico de Wilde y añadió—: Sí, ya sé que parece que me estoy dando importancia. Pero ese es el motivo por el que teníamos todos esos protocolos de seguridad. Tú has dicho que éramos justicieros. Para el Gobierno somos algo peor. Nos hemos infiltrado en las bases de datos de la policía, en sitios web protegidos del Gobierno, en los ordenadores centrales del ejército, en todas partes… Algunos de los acosadores cibernéticos a los que hemos castigado son personas muy poderosas, de alto nivel. Quieren venganza. El Gobierno también nos busca. Quizá creas que las prisiones secretas ya no existen. Pero te equivocas. Nos llevarían a uno de esos sitios en un abrir y cerrar de ojos. Y en el mejor de los casos nos pasaríamos años recluidos.

Wilde sabía que probablemente tenía razón: los federales los arrestarían en cuanto pudieran.

—Pero al mismo tiempo —dijo Chris, y de pronto se le humedecieron los ojos— esto lo puse en marcha yo. No puedo apartarme y dejarlo todo sin más, ¿no? Tengo que pararlo antes de que muera más gente. Así que estoy haciendo todo lo posible, recurriendo a todos mis conocimientos y recursos. Dispongo de rastreadores, software de interceptación y, sobre todo, la herramienta principal de cualquier hacker: gente. Todo el mundo piensa que lo que hacemos los hackers es magia, pero siempre se olvidan de que detrás de cada cortafuegos, contraseña o paquete de seguridad, lo que sea, hay seres humanos con los que puedes intercambiar favores.

Muy curioso, pensó Wilde. Hester Crimstein, que no sabía nada de tecnología, había llegado a una conclusión similar al decir que, en internet, su recurso era la gente. Todo cambia, nada cambia.

—Cuando me puse a investigar, me encontré con un nombre inesperado que no dejaba de aparecer. El tuyo, Wilde. Cuando, hace una hora, has llamado a Vicky Chiba, he estado escuchando. Ya sé por qué estás implicado. Tienes habilidades y estás fuera de todo. Entiendes lo que intento hacer. No puedo acudir a la policía. No puedo poner en peligro a los otros miembros de Boomerang. No puedo traicionarlos, ni tampoco a todos los que rellenaron solicitudes y confiaron en nosotros para que les ayudáramos. Cualquier revelación podría ser catastrófica.

—¿Entonces qué sugieres?

—Que pongamos nuestros recursos en común. Yo te cuento lo que sé. Tú me dices lo que sabes. Nos mantenemos al día. Y atrapamos a ese asesino antes de que vuelva a matar. Y de paso quizá consigamos descubrir qué te pasó realmente cuando eras un niño y acabaste en ese bosque.

Wilde no dijo nada.

—Ninguno de los dos confía en la gente, Wilde. Por eso hemos acabado aquí. Pero eso ahora mismo no importa. Yo no te puedo traicionar. Aunque quisiera hacerlo, ¿qué iba a decir?

—Pero yo sí te puedo traicionar.

—Es cierto —dijo Chris—. Pero, uno, no te saldría nada bien. Soy demasiado peligroso. Tengo un sistema de protección. No quieras saber lo que podrías llegar a desencadenar.

—¿Y dos?

—Que sabes que lo que te estoy contando es cierto, hasta la última palabra. ¿Por qué ibas a hacerlo?

Wilde asintió.

—Vale —dijo—. Veamos qué podemos hacer.

36

De camino a la casa de Vicky Chiba, Wilde llamó a Hester y le contó su conversación con Chris de Boomerang. Cuando acabó, Hester le preguntó qué quería que hiciera ella con esa información. Wilde le dijo que le hablara a Oren de las conexiones de Boomerang y que él decidiera qué contarles a los federales.

—Podrías decírselo tú mismo a Oren —dijo Hester.

—Podría.

—Entiendo —dijo ella—. Sigues cabreado con él.

—No estoy cabreado.

—Simplemente no confías en él.

Wilde no dijo nada.

—¿Te importa si yo sigo confiando en él? —preguntó ella.

—¿Necesitas mi permiso?

—Y tu bendición, sí. Estoy chapada a la antigua.

—Tienes ambos.

—Gracias. Antes yo era implacable.

—¿Y ahora?

—Ahora soy más mayor y más sabia —respondió Hester—. Y además le quiero.

—Me alegro —dijo Wilde.

—¿De verdad?

Él le garantizó que lo decía de verdad, y colgaron.

Cuando Wilde detuvo el coche frente a la casa de Vicky, ella estaba en la puerta de entrada, caminando de un lado a otro.

—Silas debería llegar en cualquier momento —le dijo Vicky—. Gracias por venir.

Wilde asintió. Justo cuando subían el escalón de la entrada, un

camión sin remolque paró a poca distancia. Un hombre con barba que Wilde supuso que sería Silas Bennett sacó la cabeza por la ventanilla, sonrió e hizo sonar una estruendosa bocina.

—Estoy muy nerviosa —dijo Vicky, mientras sonreía y le saludaba—. Hemos estado manteniendo esto en secreto desde que era un bebé.

Silas aparcó el camión frente a la casa y bajó del asiento del conductor. Era un hombre robusto y se podría decir que tenía un cierto atractivo rústico. Llevaba una camisa de franela arremangada, mostrando unos antebrazos dignos de Popeye. Tenía algo de barriguita cervecera, pero Wilde notó que era un hombre fuerte. Sus músculos no eran de gimnasio, ni para figurar. Silas caminó hacia su hermana a paso ligero y con una gran sonrisa. Le dio un enorme abrazo del oso, que la levantó en el aire.

—¡Vicky! —exclamó, con la misma voz profunda que Wilde recordaba de su conversación telefónica.

Vicky cerró los ojos y por un momento disfrutó del abrazo de su hermano. Cuando Silas la puso en el suelo se giró hacia Wilde.

—A ti casi también te daría un abrazo, primo.

Wilde se lo pensó un momento, pero luego —¡qué demonios!— los dos hombres se abrazaron brevemente, pero con ganas. Wilde se preguntó cuánto hacía que no abrazaba a otro hombre. Matthew era demasiado joven y no contaba. Pensándolo bien, hacía más de una década, con el padre de Matthew, el marido de Laila, el hijo de Hester.

David.

—Me alegro mucho de conocerte, primo —dijo Silas.

Wilde echó una mirada a Vicky, que tenía la vista puesta en el suelo.

—Lo mismo digo —respondió.

Silas se giró hacia su hermana.

—Bueno, ¿qué pasa?

Vicky no pudo seguir sonriendo.

—¿Quién ha dicho que pasara algo?

—Bueno, me has dicho que no viniera enseguida. Supongo que estarías haciendo tiempo para que llegara Wilde. ¿Me equivoco?

—No te equivocas.

—¿Entonces?

Vicky se puso a dar vueltas al anillo que llevaba en el índice.

—¿Entramos?

—Me estás preocupando, hermanita. ¿Alguien está enfermo?

—No.

—¿Alguien se muere?

—No, no es eso. —Ella apoyó las manos en los anchos hombros de su hermano y le miró a la cara—. Quiero que me escuches, ¿Vale? No reacciones enseguida. Tú escúchame. En cierto modo, no es gran cosa. No cambia nada.

Silas le echó una mirada a Wilde antes de volver a ponerla en su hermana.

—Chica, ahora mismo me estás acojonando.

—No quería… No quiero… —Miró a Wilde.

—Empieza por cuando os fuisteis de Memphis —le sugirió él.

—Vale, bien, gracias. —Vicky se giró hacia su hermano—. Tú no te acuerdas de cuando nos mudamos a Pensilvania, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo Silas, insinuando una risita—. Tendría dos años.

—Ya, bueno. Papá nos llevó en coche. Nos recogió de casa de la señora Tromans. Tú no la recuerdas, por supuesto. Era una anciana encantadora. Te adoraba, Silas. Me estoy yendo por las ramas, lo siento. Esto me cuesta. Papá nos recogió. Y cuando llegamos a nuestra nueva casa, Peter ya estaba allí con mamá.

Vicky paró.

—Vale —dijo Silas—. ¿Y?

—Mamá no lo parió.

Silas frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Mamá no estaba embarazada. Papá y mamá estuvieron fuera una semana más o menos. De vacaciones, dijeron. Luego nos fuimos de nuestra casa de Memphis y nos mudamos a un lugar en medio de la nada. Y de pronto teníamos un nuevo hermanito.

Silas empezó a menear la cabeza.

—No puedes acordarte bien. Eras joven.

—No éramos tan jóvenes. Kelly y yo… Debería haberle dicho que te iba a contar esto. ¿Cómo he podido olvidarme? Tendría que haberle pedido a Kelly que viniera. Quizá pueda llamarla. Conectar con FaceTime. Ella te lo podrá corroborar…

—Tú… —La interrumpió Silas, levantando ambas manos—. Tú dime qué pasó.

—Como te decía, teníamos un hermanito nuevo. Así, de pronto. Cuando les preguntamos, al principio papá y mamá fingieron que era suyo. Pero al final reconocieron que Peter era adoptado, pero nos dijeron que teníamos que mantener el secreto.

Vicky le contó a Silas el resto de la historia del mismo modo que se la había relatado a Wilde, en el interior de aquella misma casa, no hacía mucho tiempo.

—Eso no tiene sentido —dijo Silas cuando ella hubo acabado. Se puso a caminar de un lado a otro, exactamente igual que lo había hecho su hermana unos minutos antes. Genética. Sus grandes manos se cerraron en sendos puños—. Si Peter era adoptado, ¿por qué no decirlo? ¿Qué interés tendrían nuestros padres en fingir que era suyo?

—No lo sé.

—No tiene sentido —repitió.

Wilde, que hasta entonces había guardado silencio, hizo una pregunta por fin: —¿Tú sospechabas algo, Silas?

—¿Eh? —Frunció el ceño—. No.

—¿Ni siquiera un poco? ¿Inconscientemente?

Silas negó con la cabeza.

—Antes habría creído lo contrario.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vicky.

—Que el adoptado era yo, no Peter —Silas hablaba en voz baja—. Peter era el favorito de todos. —Levantó una mano para evitar que Vicky hablara—. No finjas que no era así, Vicky. Los dos lo sabíamos. Era el niño mimado. También para ti. Él no podía hacer nada malo. —Meneó la cabeza otra vez, y una lágrima le surcó la mejilla—. No sé por qué estoy triste. Esto no cambia nada. Peter seguirá siendo… o seguiría siendo mi hermano. Esto no cambia lo que siento por él. —Miró a Vicky—. Ni por ti. Fue muy duro para ti. Papá pasaba mucho tiempo fuera. Trabajando hasta tarde, de viaje con los amigos. Mamá estaba ebria la mitad de las veces. Tú nos vestías para ir al colegio. Nos preparabas la bolsa del almuerzo.

Ahora Vicky también lloraba.

—No lo entiendo —prosiguió Silas—. Ya tenían tres hijos a los que no deseaban demasiado. ¿Por qué iban a adoptar a otro?

Nadie tenía la respuesta. Los tres se quedaron en silencio por un momento. Entonces Silas se giró hacia Wilde y dijo: —Un momento. Si Peter era adoptado y tu coincidencia era con Peter, entonces… Bueno, no somos parientes, ¿no?

—Exacto —dijo Vicky—. No tiene ninguna obligación para con nosotros. No somos familia.

—Solo que… sí lo somos.

Eso les sorprendió. Vicky reaccionó:

—Quieres decir que… Bueno, ¿que una adopción cuenta como familia? Supongo que en ese caso sí, pero genéticamente…

—Genéticamente —dijo Wilde— estamos relacionados.

Silencio.

—¿Quieres explicarme lo que quieres decir con eso?

—Silas, dijiste que te habías apuntado a MeetYourFamily-punto-com, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y te dieron un número de usuario?

—Sí.

—¿Lo recuerdas?

—De memoria no. Empezaba con tres-dos. Pero puedo mirarlo.

—¿Era 32894?

—Podría ser.

—¿Y dices que te notificaron una coincidencia con alguien al veintitrés por ciento?

—Wilde —dijo Vicky—, ¿qué está pasando aquí?

—Es correcto —dijo Silas.

—Y cuando te pusiste en contacto con el perfil coincidente, ¿le diste tu nombre?

—Claro. ¿Por qué no? No tenía nada que ocultar.

—¿Y esa persona no respondió?

—No.

—Esa persona era tu hermano Peter.

Ninguno de los dos dijo nada. Se limitaron a mirarlo fijamente.

—¿Los hermanos no dan una coincidencia del cincuenta por ciento? —preguntó Vicky.

—Sí —respondió Wilde.

—Oh, Dios mío —dijo Silas—. Ahora todo tiene sentido.

—¿Ah, sí? —dijo Vicky, girándose hacia él.

—Todo el sentido. Es lo que sospeché cuando me comunicaron la coincidencia. Solo que no pensé que fuera Peter.

—¿Me lo podrías explicar? —preguntó Vicky.

—Veintitrés por ciento —respondió Silas—. Eso es un hermanastro.

Vicky no parecía entender.

—Venga, Vicky —dijo Silas—. Se trata de papá. Tuvo un lío. Se tiraría a alguien. ¿No lo ves? El ADN no miente. Papá dejó embarazada a una mujer. Que dio a luz a Peter. Y papá y mamá decidieron quedárselo.

Vicky empezó a asentir lentamente.

—Papá dejó embarazada a una mujer —repitió—. Mamá aceptó

quedárselo. Eso explica muchas cosas.

—Peter se nos parecía en algo —dijo Silas—. Era más guapo, de eso no cabía ninguna duda. Supongo que su madre de verdad estaría muy buena.

—¡Silas!

—¿Qué? Intento tomármelo a risa porque si no… —Silas se detuvo —. Ahora toda mi infancia me parece una mentira. —Se giró hacia Wilde—. Antes me has preguntado si alguna vez había tenido sospechas. No. Pero ahora que lo pienso, había algo que no era del todo normal. Supongo que pasa en todas las familias. No he conocido ninguna que no tenga líos de algún tipo. Pero ahora, bueno… ¿Qué demonios, Vicky? ¿Por qué nos mudamos? Supongo que mamá quiso evitarse la vergüenza. Aquello hubiera despertado rumores. Nuestros padres eran bastante religiosos. —Silas abrió los brazos—. Bueno, y ahora ¿quién va a hacer la pregunta del millón de dólares?

Nadie dijo nada.

—Vale —dijo Silas—. La haré yo: ¿quién era la madre de Peter?

—Ella tiene que ser la conexión contigo —añadió Vicky, girándose hacia Wilde.

—Un momento —dijo Silas, mirando a su hermana—. ¿Peter sabía que era adoptado?

—Sí.

—¿Ya de niño?

—No.

Vicky le explicó cómo se enteró Peter de la verdad a través de *El amor es un campo de batalla*.

—No lo entiendo —dijo Silas—. Peter se entera de que es adoptado. Pone su nombre en una serie de sitios web de examen de ADN. Lo mantiene en secreto porque… no sé, porque es una gran estrella y la gente se vuelve loca con las grandes estrellas. Hallan la coincidencia con tu perfil, Wilde. Se pone en contacto contigo. De forma anónima. Vale, eso lo entiendo. ¿Pero y yo? Supo que éramos hermanastros. Le

escribí. Puse mi nombre.

—Así que sabía que eras tú —dijo Vicky.

—Sí. ¿Por qué no se puso en contacto conmigo? ¿Por qué cerro su cuenta y no respondió?

Vicky parecía haber envejecido de golpe, se la veía abatida, desgastada.

—Yo creo que fue demasiado para él.

—¿Qué quieres decir?

—De pronto se lo quitaron todo. Su familia era una mentira. Su vida con Jenn era una mentira. Había sido traicionado por Marnie y por sus fans. Fue un golpe muy duro. Traiciones por doquier. Todo aquello se acumuló. Peter era un buen chico. Tú lo sabes. Fue demasiado para él.

Silencio.

—Tú crees que se suicidó —dijo Silas.

—¿Tú no?

—Sí —dijo Silas—. Supongo que sí.

Vicky se giró hacia Wilde.

—Prometiste contarnos más sobre lo que le hizo Marnie —dijo, con un tono entre la tristeza y la rabia—. Lo único que sabemos es a través de los rumores que corren por ahí, que Marnie mintió sobre Peter, que él nunca la drogó ni le envió fotos. ¿Marnie mintió, Wilde?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué demonios iba a mentir Marnie?

Wilde se planteó la posibilidad de contarle toda la historia que Marnie le había explicado a él, sobre aquella mujer a la que había conocido y que afirmaba ser víctima de Peter. Pero no le pareció lo mejor, así que decidió simplificar: —Es lo que me dijiste tú cuando nos conocimos —dijo Wilde—. Algunas personas hacen lo que sea por la fama.

—Dios mío —exclamó Vicky—. ¿Qué le pasa a la gente?

Silas se quedó inmóvil, congestionado.

—¿De modo que eso es todo? —preguntó Vicky—. Marnie mintió sobre Peter. Jenn la creyó. Le arruinaron la vida. Y si a eso le sumamos que descubrió que había sido adoptado…

—Corre otra teoría por ahí —dijo Wilde.

—¿Por ahí? ¿Dónde? —preguntó Silas.

—En los foros, supongo. Pero os advierto de que no os va a gustar.

—Te escuchamos —dijo Silas.

Wilde se giró hacia Vicky:

—¿Cuánto había caído la popularidad de Peter al final? En el último año, por ejemplo. Antes de que Marnie apareciera en ese pódcast.

—No lo entiendo.

—He visto sus posts de Instagram —prosiguió Wilde—. Los *me gusta* del último año: iban en descenso, quizá un diez o un quince por ciento menos que al principio. Le pedí a una amiga que solicitara un informe de impacto en redes. Eso lo puede hacer cualquiera. Hay sitios web que te lo hacen gratis, pero yo pagué diez dólares por uno en profundidad. Las cifras de Peter en las principales plataformas se estaban hundiendo.

—Eso es normal —dijo Vicky, dando un paso atrás—. Yo también te lo dije. Aun así, no sé qué estás sugiriendo.

—Yo no sugiero nada —le corrigió Wilde—. Pero algunos de los fans tienen una teoría.

—¿Qué teoría?

—Que Peter está detrás de todo esto.

Silas se quedó boquiabierto. Vicky miró a Wilde como si acabara de recibir un bofetón.

—Eso es una locura.

—Un momento —dijo Silas—. ¿Quieres decir que le habría pedido a Marnie que mintiera sobre él?

—Algo así.

—¿Diciendo que la había drogado? —añadió Vicky—. ¿Tú te estás escuchando? Ahora todo el mundo odia a Peter. Lo han cancelado.

—Quizá Peter calculara mal las repercusiones —dijo Wilde—. En cualquier caso, esa es la teoría. Ya sabéis cómo funcionan los realities. La polémica vende. Quizá Peter se cansara de esa imagen de buen chico. Como cuando el luchador profesional que hace el papel de «héroe» se convierte en el malo.

—Eso es una locura —dijo Vicky, agitando las manos al aire—. Tú no lo viste. Estaba desolado. Deprimido. Él nunca haría algo así.

Wilde asintió.

—A mí tampoco me convence esa teoría. Pero quería saber qué os parecía a vosotros, si le dabais algún crédito.

—No, ninguno —replicó Vicky con firmeza.

Silas elevó la mirada al cielo un momento. Luego parpadeó.

—Ojalá fuera cierto.

Vicky lo miró, perpleja:

—¿Qué?

—Si fuera cierto —explicó Silas—, si Peter realmente planeó todo esto, significaría que no está muerto. Significaría que solo quería que la gente pensara que estaba muerto. Significaría que, ahora que ha sido exonerado, incluso habiéndolo fingido todo, tal vez podría regresar. Piénsalo, Vicky. Supón que mañana aparece. Con lo mal que lo han tratado, sería más popular que nunca, sería el personaje más grande en la historia de la telerrealidad. Si volviera con Jenn… imagínate: el regreso de PB&J. ¿Qué audiencia crees que tendría la retransmisión de su segunda boda?

Vicky negó con la cabeza.

—Él no hizo eso. Nunca lo haría. No tiene ningún sentido.

—¿Y qué es lo que tiene sentido? —preguntó Silas.

—Que Marnie mintió —respondió Vicky con los ojos húmedos—, y que eso provocó que todo el mundo le diera la espalda. Y que su propia familia —yo, en realidad— le había mentido toda la vida sobre su propio nacimiento. Se sintió maltratado y traicionado por todos los que le rodeaban. Quizá Marnie fuera la gota que colmó el vaso. O

quizá lo fuera Jenn, por no creerle. Quizá fuera ese tal McAndrews, al amenazarle con hacer públicas más fotografías, o vete a saber. O quizá… —Se echó a llorar—. Quizá encontrara a su madre biológica y no lo pudiera soportar.

Se quedaron ahí, en silencio.

—Wilde —dijo Vicky por fin—. Tienes que dejar de buscarle. Ya es suficiente.

—No puedo.

—Peter no tiene las respuestas que estás buscando.

—Puede que no —dijo Wilde—, pero hay alguien que va por ahí matando gente. Tenemos que pararlo.

Wilde inició el camino de regreso a los montes Ramapo. Pensó que una noche bajo las estrellas, cerca de la ecocápsula, le sentaría bien, pero también quería ver a Laila.

Laila.

Ella no le había dicho que pasara a verla, y él nunca daba nada por sentado en ese sentido. No era justo hacia ella. Si Laila quería que fuera, bien. Pero, si no, ¿quién era él para meterse en su vida con Darryl o con quien fuera? Estaba dándole vueltas a eso cuando le vibró el teléfono. Una vez más, la pantalla decía «peter bennett». Wilde respondió.

—Tengo algo para ti.

Era Chris, de Boomerang.

—Te escucho.

—Me pediste que analizara las fotos comprometidas de Peter Bennett: las que ya circulan por ahí y las que McAndrews amenazaba con difundir.

—Sí.

—En primer lugar, por lo que parece, McAndrews intentaba sacar tajada por partida doble.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes que alguien contrató a McAndrews para hundir a Peter Bennett, mediante insinuaciones y acosándolo a través de internet.

—¿Alguna idea de quién era?

—No, aún no. Eso será más complicado. Tal como dijiste, McAndrews recibía los pagos a través del bufete de su hijo, para así protegerse con el secreto profesional. No es una práctica rara, pero añade un nivel más de dificultad. Lo único que te puedo decir es que quien contrató a McAndrews también le envió las fotografías comprometedoras por correo electrónico.

—Vale.

—Así que eso es la primera cosa. La segunda es más misteriosa.

Wilde esperó.

—Las fotos son de verdad. En su mayoría, quiero decir. No están manipuladas.

—¿Qué quiere decir eso de «en su mayoría»?

—No están corrompidas: no hay errores de sombras, ni deformaciones. Hasta los metadatos son coherentes. Pero alguien difuminó intencionadamente los bordes y las recortó de un modo extraño.

—¿Cómo de extraño?

—Bueno, quizá no sea tan extraño. Es Peter. De eso no hay duda. Pero quien envió las fotos no quería que se le viera.

—¿Quieres decir la persona con la que tiene relaciones sexuales en las fotos?

—Sí.

—Eso tendría sentido. Querría mantener el anonimato.

—Quizá —dijo Chris.

—Has dicho que McAndrews quería sacar tajada por duplicado —dijo Wilde.

—Sí.

—¿Quieres decir que intentó venderle las fotos a Peter?

—Exactamente.

—¿Y quedaron?

—¿Peter Bennett y Henry McAndrews? Aún no lo sé. Seguiré escarbando.

Colgaron. Wilde se quedó mirando el bosque. Había caído la noche. Dejó que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Echó a caminar hacia la ecocápsula. Eran más de tres kilómetros. Pero no era un problema. La luz de la luna remarcaba el perfil de las ramas de los árboles. El aire era fresco y no había viento. Sus pisadas resonaban en la oscuridad. A Wilde le gustaban las noches así. Había conocido miles en toda su vida. Aquella calma le ayudaba a pensar, a relajar la mente y soltar los músculos. Veía y razonaba de un modo que les resulta imposible a quienes están delante de pantallas iluminadas, rodeados de ruido, energía e incluso de otros seres humanos.

Entonces, ¿por qué no se sentía a gusto?

¿Por qué de pronto, en las mejores condiciones posibles, no podía concentrarse, él que se había pasado toda la vida sumergiéndose en la oscuridad, que disfrutaba con la soledad?

Cuando le sonó otra vez el teléfono, aquella interrupción, que solía ser para él la más desagradable de las molestias, fue como un alivio, como un salvavidas. Vio que el que llamaba era Matthew.

—¿Hola?

—¿Vas a volver?

—Se me ha hecho tarde, así que…

—Tienes que venir.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Me he metido en el último sitio de análisis de ADN. DNAYourStory.

Ese era el sitio en el que Wilde había encontrado la coincidencia con Peter, donde había empezado todo.

—¿Has encontrado una coincidencia?

—Sí.

—Podría ser yo —dijo.

—No, no eres tú. Es más cercana. Se trata de la madre o del padre de Peter Bennett.

37

Wilde se sentó junto a Matthew mientras él abría el vínculo de DNAYourStory.

—Vale, mira, aquí está —dijo Matthew—. Una coincidencia del cincuenta por ciento. Ahora sabemos que eso significa o un hijo o un progenitor.

—¿Por qué estás tan seguro de que es un progenitor? —preguntó Wilde.

—Mira aquí —dijo Matthew, señalando la pantalla—. El perfil tiene las iniciales RJ, pero lo más importante es que revela la edad: sesenta y ocho. Un poquito mayor para ser su hijo, ¿no?

—Tienes razón.

—Así que la conclusión más probable es que RJ sea la madre o el padre de Peter Bennett.

Wilde recordó que Vicky y Silas habían deducido que el padre de Peter tenía que ser también el suyo. Eso quería decir que, muy probablemente, RJ era la madre de Peter Bennett.

—Hay otra cosa —dijo Wilde.

—¿El qué?

—Que yo estoy en el banco de datos de DNAYourStory.

—¿Y?

—Pues que no han hallado ninguna coincidencia entre el perfil de esta tal RJ y el mío. Pero con el de PB sí. Así que si es la madre de PB, yo estoy relacionado con él por parte de padre.

—¿Y eso es bueno o malo?

—No estoy seguro —dijo Wilde, apoyando la espalda e intentando analizar la situación—. Pongamos que RJ es la madre de Peter Bennett. Entonces lo más probable sería que yo estuviera relacionado

con la familia Bennett (Vicky, Silas y Peter) por parte de padre.

Matthew meneó la cabeza.

—La cosa se pone complicada.

—Eso es porque necesitamos más respuestas —dijo Wilde—. Enviémosle un mensaje a RJ.

Matthew asintió.

—¿Qué quieres decirle?

Redactaron un mensaje a RJ firmando como PB, donde PB señalaba que tenían un vínculo muy cercano y que él —PB— había estado buscando a sus padres, y que era urgente que contactara con él. Hicieron énfasis en la urgencia, apuntando a una emergencia médica, con la esperanza de obtener así una respuesta más rápida.

—Dale mi número de teléfono a RJ —dijo Wilde—. Dile que puede llamar a cualquier hora del día o de la noche, lo antes posible.

Matthew asintió sin dejar de escribir.

—Vale.

Cuando ambos consideraron que el mensaje decía todo lo que tenía que decir, Matthew apretó el botón de enviar. Era tarde. Laila aún estaba fuera de casa. Wilde no quiso preguntar dónde. No era asunto suyo. Iba a volver al bosque, pero Matthew le preguntó si quería quedarse a ver el partido de los Knicks. Lo hizo, pero sobre todo porque quería pasar más tiempo con Matthew.

Ambos se sentaron en el sofá y se dejaron llevar por la emoción del partido.

—Me encanta el baloncesto —dijo Matthew en un momento dado.

—A mí también.

—Tú eras un gran atleta, ¿no?

Wilde arqueó una ceja.

—¿Era?

—Quiero decir… cuando eras joven.

—¿Era?

Matthew sonrió.

—Aún conservas unos cuantos récords en nuestro instituto.

—Tu padre también era bastante bueno. Tenía una zurda impresionante.

—Siempre haces eso —dijo Matthew, meneando la cabeza.

—¿Qué es lo que hago?

—Meter a mi padre en la conversación.

—Fue el mejor hombre que he conocido nunca.

—Ya sé que piensas eso de él.

—No, no lo pienso. Lo sé. Y quiero que tú lo sepas.

—Ya, ya lo pillo. Sueles repetirlo a menudo, sin demasiada sutileza. —Matthew irguió un poco la espalda—. ¿Por qué es tan importante para ti?

—¿Hablar sobre tu padre?

—Sí.

—Porque quiero que lo conozcas. Quiero que sepas el tipo de hombre que era. Quiero hablar de tu padre porque quiero que siga vivo para ti.

—¿Puedo hacer una observación? —preguntó Matthew.

Wilde le indicó que sí con un gesto.

—No quiero llevarte la contraria, pero…

—Oh-oh…

—… pero yo creo que hablas tanto de él porque lo echas de menos.

—Por supuesto que lo echo de menos.

—No, quiero decir… yo creo que hablas tanto de él no por mí, sino para mantenerlo vivo para ti.

Wilde no dijo nada.

—Yo era un crío cuando murió —dijo Matthew—. Y no me malinterpretes, Wilde. Ya eras un buen padrino antes de eso. Sé que me quieres. Pero creo que después de que muriera papá empezaste a pasarte más por aquí, no solo por sentimiento de culpa, ni de responsabilidad, sino porque te daba miedo dejarlo marchar, y para ti estar conmigo era lo más parecido a seguir estando con él.

Wilde se lo pensó un momento.

—Puede que tengas algo de razón.

—Al poco de morir tu padre, era como dices, es verdad. Tú y yo salíamos por ahí juntos. Íbamos a ver un partido o una peli, y cuando te dejaba en casa volvía al bosque a pie y era como si… —Wilde tragó saliva—. Me ponía a pensar: «Me muero de ganas de contarle esto a David». ¿Tiene sentido?

Matthew asintió.

—Yo creo que sí.

—Hablaba con tu padre mientras volvía caminando a casa. Le contaba lo que habíamos hecho y lo mucho que nos habíamos divertido. Sé que suena raro…

—No suena raro.

—Así era… al principio.

—¿Y ahora no?

—No, ahora no. Ahora me gusta estar contigo, sin más. Tal vez porque eres como tu padre. Podría ser eso. Pero no por tu padre. Ya no hablo con él cuando te dejo. No me siento obligado en absoluto. Quiero pasar tiempo contigo. Y perdona si te hablo tanto de él. Si no lo hago, es como si se hubiera… ido.

—No se irá nunca, Wilde. Pero a él tampoco le gustaría que nos quedáramos estancados en el duelo, ¿no?

—No, no le gustaría.

Matthew sonrió con ganas.

—¡Bueno!

—¿Qué?

—Nunca te habías abierto tanto con este tema.

Wilde volvió a recostarse en el sofá.

—Sí, bueno, últimamente no parezco yo mismo.

Ambos se pusieron cómodos mientras los Knicks iniciaban una remontada, justo en el último cuarto. Durante un tiempo muerto, Matthew se tumbó boca abajo en el sofá y miró a Wilde.

—¿Qué vas a hacer con lo de mi madre? —preguntó Matthew.

—Estás abusando de tu buena suerte, muchacho.

—Oye, que yo tampoco parezco yo últimamente. Bueno, ¿qué piensas hacer?

Wilde se encogió de hombros.

—No depende de mí.

—No puedes usar siempre la misma excusa.

—¿Qué?

—Pues todas esas cosas que dices siempre, Wilde. Ya lo hemos pillado: no puedes echar raíces, te cuesta confiar en la gente, te resulta complicado comprometerte, no quieres vincularte, necesitas estar solo en el bosque. Pero una relación es una calle de dos sentidos. No puedes estar siempre diciendo que es cosa de ella. Ella no puede decidirlo todo sola.

Wilde meneó la cabeza.

—Caray, chico. Un año en la universidad y ya parece que tienes todas las respuestas.

—¿Sabes dónde está mamá esta noche?

—No.

—Ahora mismo mamá está por ahí con Darryl. Actúas como si no te importara. Si realmente no te importa, deberías hacérselo saber. Y si te importa, deberías hacérselo saber. ¿Tu numerito del «hombre silencioso del bosque»? No es justo para ella.

—Mi relación con tu madre… no te concierne.

—Y una mierda no me concierne. Es mi madre. Su marido está muerto. Soy todo lo que tiene. No me digas que no me concierne. Y deja de esconderte detrás de ese rollo de «depende de ella». Eso no es más que una excusa muy práctica.

En ese momento dejaron de hablar. Los Knicks pidieron tiempo muerto cuando iban dos por debajo, a doce segundos para el final. El teléfono de Wilde sonó. No reconocía el número.

—¿Sí?

—Sí, esto… Perdona. Me pediste que te llamara. Decías que era urgente.

La voz era de hombre, ruda, parecía algo mayor. Wilde separó la espalda del respaldo.

—¿Es usted RJ?

El hombre vaciló un momento.

—Sí. He recibido tu mensaje.

—Entonces somos familia —dijo Wilde—. Familia cercana.

—Eso parece —dijo la voz—. ¿Cómo te llamas?

Wilde recordó que habían escrito a RJ usando las iniciales PB.

—Paul —dijo Wilde—. Paul Baker.

Wilde sabía que Paul y Baker siempre estaban en la lista de nombres y apellidos más comunes en Estados Unidos. Sería difícil seguirle el rastro.

—¿Dónde vives, Paul?

—En Nueva York. ¿Y usted?

—Yo también, en la zona —dijo la voz de hombre.

—¿Podríamos quedar?

—Sí, me gustaría, Paul. Has dicho que era urgente, ¿verdad?

Aquel tono, y que estuviera tan dispuesto… a Wilde no le gustó.

—Sí.

—¿Conoces el parque de Washington Square?

—Sí.

—¿Qué tal debajo del arco mañana por la mañana a las nueve?

—Me parece bien —dijo Wilde—. ¿Puedo preguntarle su nombre?

—Soy Robert. Robert Johnson.

Otro nombre común. Wilde tuvo la impresión de que estaba jugando con él.

—Robert, ¿tiene idea de cuál es el vínculo que nos une?

—¿No es evidente? —dijo—. Soy tu padre.

Colgó antes de que Wilde pudiera decir nada más. Wilde intentó devolver la llamada, pero no funcionó. A continuación llamó a Chris.

—¿Aún tienes algún mecanismo de rastreo conectado a mi número?

—Sí.

—¿Quién me acaba de llamar?

—Un momento. Ejem.

—¿Qué?

—Un número de teléfono de prepago. Como el tuyo. No es fácil descubrir el titular. Dame un segundo. —Wilde le oyó teclear en el ordenador—. No sé si te servirá de ayuda, pero la llamada procedía de algún lugar en Tennessee. Parece Memphis.

Memphis. Ahí es donde vivía la familia Bennett antes de su repentina mudanza a Pensilvania. Oyó el sonido de un coche parando frente a la casa. Era casi medianoche. Se acercó a la ventana.

Era Laila.

Esperó a verla salir del coche. No lo hizo. No enseguida. ¿Había alguien con ella? No podía distinguirlo. Se quedó mirando unos segundos más. Luego, sintiendo que estaba invadiendo su intimidad, se dio la vuelta.

—Mejor me voy —le dijo a Matthew.

—No hagas eso —respondió Matthew.

—¿El qué?

—Huir.

—Estoy intentando ponérselo fácil.

—No es cierto. Estás haciendo el gallina. —Matthew se puso en pie. Ya era más alto que Wilde. Se parecía a su padre. Y ya era un hombre. ¿Cuándo había cambiado tanto? Matthew le puso la mano en el hombro—. No te ofendas.

—No me ofendo.

—Yo voy arriba —dijo Matthew—. Tú quédate.

Matthew apagó el televisor y subió las escaleras. Entró en su dormitorio y cerró la puerta. Wilde se quedó. Cinco minutos más tarde Laila entró en la casa. Parecía agotada. Tenía los ojos rojos, era evidente que había estado llorando. Pero al mismo tiempo estaba

impresionante. Era algo habitual. Cada vez que Wilde la veía, se sorprendía de lo guapa que era, como si fuera una novedad, como si no pudiera llegar a comprenderlo o a asimilarlo, de modo que cuando la tenía delante sentía una especie de nudo en la garganta.

—Hey —dijo él.

—Hey.

No estaba muy seguro de qué hacer —abrazarla, besarla—, así que para no meter la pata se quedó donde estaba.

—Si quieres estar sola…

—No, no quiero.

—Vale.

—¿Tú quieres estar aquí?

—Sí.

—Bien —dijo Laila—. Porque esta noche he roto con Darryl.

Wilde no dijo nada.

—¿Qué te parece? —le preguntó Laila.

—¿La verdad?

—¿Normalmente me mientes?

—Nunca.

—¿Y bien?

—Me hace feliz —dijo Wilde—. Egoísta pero inmensamente feliz.

Ella asintió.

—Tienes los ojos rojos —añadió.

—¿Y?

—¿Has estado llorando?

—Sí.

Wilde dio un paso hacia ella.

—No quiero que llores. No quiero que llores nunca más.

—¿Tú crees que tienes el poder para lograrlo?

—No. Pero eso no quiere decir que no quiera intentarlo.

Laila sacudió los pies y se quitó los zapatos de tacón.

—¿Sabes de qué me he dado cuenta esta noche?

—Dime.

—No dejo de intentar meter una pieza redonda en un agujero cuadrado. Siempre he creído que necesitaba un compañero de vida, un hombre a mi lado, alguien con quien compartir los días, con quien viajar, con quien envejecer… Todo eso. Eso lo tenía con David, pero él está muerto. Así que intento encontrar lo mismo con otra persona, pero… —Laila paró de hablar y meneó la cabeza—… no es lo que tiene que ser.

—Lo siento.

—No pasa nada. De eso se trata. Hoy me he dado cuenta de que no pasa nada.

Wilde se acercó a ella.

—Te quiero.

—Pero tampoco puedes estar aquí todo el rato.

—Puedo —dijo—. Lo haré.

—No, Wilde, no es eso lo que quiero. Ya no. Eso sería seguir intentando meter la pieza redonda en el agujero cuadrado. —Suspiró y se sentó en el sofá—. Así que esto es lo que te propongo. ¿Te lo cuento?

Wilde asintió.

—Tú y yo seguimos estando juntos cuando podemos. Ven cuando quieras, quédate en tu ecocápsula cuando quieras.

—¿No es eso lo que ya tenemos?

—¿Estás contento con lo que ya tenemos? —preguntó ella.

Él estuvo a punto de decir «Si tú lo estás», pero las palabras de Matthew le resonaron en los oídos: —Quiero más.

Laila sonrió, sonrió de verdad y, cuando lo hizo, Wilde sintió que el corazón se le disparaba y que algo se le hinchaba en el pecho.

—¿Quieres oír el resto de mi proposición?

—Más de lo que te imaginas.

—¿Qué te pasa hoy, Wilde?

—Tú dime qué me propones.

—Que seamos pareja. No tengo demasiadas exigencias, pero si vamos a seguir con esto, tengo que hacerte algunas peticiones.

—Adelante.

—No puedes desaparecer sin dejar rastro como siempre.

—Vale.

—Estoy cansada de fingir que no me duele. Si te agobias o necesitas huir… Si tienes que desaparecer en el bosque o lo que sea… primero me lo tienes que decir.

—Trato hecho. Siento haberte hecho daño. No pensaba…

Laila levantó la mano.

—Disculpas aceptadas, pero aún no he acabado.

Wilde asintió para que siguiera.

—Tú y yo somos pareja cerrada. Nadie más. Si quieres seguir jugando por ahí…

—No quiero.

—Sé que te gusta ir al bar de ese hotel.

—No —dijo Wilde—. No quiero hacer eso.

—También quiero tener a alguien que me cuide cuando lo necesite. Y quiero a alguien a quien poder cuidar.

Wilde tragó saliva.

—A mí también me gustaría. ¿Qué más?

—De momento es todo. —Miró el reloj—. Es tarde. Yo estoy muerta, tú estás muerto. Quizá sea el agotamiento, pero vamos a ver qué pinta tiene todo esto por la mañana.

—Vale. ¿Quieres que me quede o…?

—¿Tú quieres quedarte, Wilde?

—Mucho.

—Respuesta correcta —dijo Laila.

38

A las dos de la mañana sonó el teléfono de Wilde.

Estaba despierto, mirando el techo del dormitorio de Laila, pensando en ella y en lo que se habían dicho, y dándose cuenta de que habían hablado más de su relación en esos tres minutos que en diez años.

Haciendo gala de sus grandes reflejos, Wilde cogió el teléfono nada más empezó a sonar y puso los pies en el suelo, sentándose en la cama. Era Rola.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Estoy bien. ¿Por qué susurras? Oh, ya. No estás solo, ¿verdad?

Él se levantó y se dirigió al baño.

—Realmente eres una detective de primera.

—Estoy en Las Vegas —dijo—. Daniel Carter no está en su domicilio. La casa está vacía. Nadie les ha visto ni a él ni a su mujer recientemente. Pero tengo una teoría.

—El agente del FBI que te interrogó sobre tu padre. Dijiste que se llamaba George Kissell.

—Sí.

—¿Te mostró la placa?

—No.

—Eso es porque no es un agente del FBI.

—La otra agente, Betz. Ella sí me mostró la placa.

—Vale. Pero he investigado a Kissell. Y ahí está la gracia del asunto. George Kissell no es un federal. Es un US Marshal.

Wilde se quedó helado.

—Sí, ya sé. Salgo de aquí a primera hora de la mañana. Pero no es por eso por lo que te llamo a las dos de la madrugada. Eso podría

haber esperado a mañana.

—¿Entonces, qué?

—¿Te acuerdas del rastreador que colocamos? Tenías razón. Acaba de llegar a un hotel.

—¿A cuál?

—Al Mandarin Oriental, en el edificio Time Warner.

Wilde no dijo nada.

—¿Por qué iba a ir a un hotel a las dos de la mañana? —preguntó Rola.

—Ambos lo sabemos —dijo Wilde.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy para allá ahora mismo.

El Mandarin Oriental es un hotel de cinco estrellas con un aire de lujo asiático situado en Columbus Circle, junto a Central Park. El hotel ocupa de la planta treinta y cinco a la cincuenta y cuatro de un rascacielos, de modo que todas las habitaciones tienen unas vistas envidiables de Manhattan. Y además, tal como observó Wilde, es muy caro. Para poder atravesar los diversos controles de seguridad, Wilde reservó la habitación más barata que pudo, que salía a mil dólares la noche, a los que había que sumar toda una serie de extraños impuestos y recargos que, según parece, suelen cargar los hoteles.

Wilde se registró en la recepción, en la planta treinta y cinco. Había pedido una habitación en la planta cuarenta y tres porque ahí era donde se alojaba ella, y así su tarjeta de acceso le permitiría salir del ascensor en el mismo piso. Cuando le dijeron que todo estaba en orden, casi a las cuatro de la mañana, pudo dirigirse a su habitación, después de rechazar la amable oferta del recepcionista de acompañarlo personalmente. Subió al ascensor, encontró la puerta que buscaba y llamó.

Wilde apoyó el dedo en la mirilla, para que no pudieran verlo.

—¿Quién es? —dijo una voz masculina.

—Servicio de habitaciones.

—No he pedido nada.

—Champán gratis. Un regalo del director.

—¿A esta hora?

—Es culpa mía —dijo Wilde—. Tenía que habérselo traído hace horas. Por favor, no se lo diga a nadie. Me despedirían.

—Déjalo junto a la puerta.

Se planteó la posibilidad de fingir que hacía caso y aguardar a que abrieran la puerta, pero no quería arriesgarse a tener que esperar hasta la mañana.

—No puedo hacer eso.

—Pues vete.

—Podría irme —dijo Wilde—. Podría irme y llamar a la prensa, para que acampen junto a esta puerta. O podrías probar a hablar conmigo.

Unos segundos más tarde un grandullón con un albornoz de rizo abrió la puerta. Tenía el pecho depilado.

—Hola, Big Bobbo —dijo Wilde.

—¿Quién demonios eres tú?

—Me llamo Wilde. ¿Puedo entrar? Me gustaría hablar con tu compañera.

—¿Qué compañera? Estoy solo.

—No, no lo estás.

Big Bobbo frunció los párpados.

—¿Estás llamando mentiroso a Big Bobbo?

—¿De verdad acabas de referirte a ti mismo en tercera persona?

Big Bobbo arrugó el gesto. Luego alargó la mano para darle un empujón en el pecho. Wilde le agarró del dedo y lo barrió con la pierna. Big Bobbo cayó al suelo. Wilde entró en la habitación y cerró la puerta tras él. De pie, en la esquina contraria, vestida con un albornoz de rizo idéntico, cortesía del Mandarin Oriental, estaba Jenn Cassidy.

—Fuera de aquí —gritó Jenn, ajustándose el albornoz—. Déjanos en paz.

—Yo creo que no —dijo Wilde.

Big Bobbo se puso en pie de un salto, de un modo casi cómico.

—¿Qué demonios, colega? Eso ha sido un truco muy cutre.

—¿Qué quieres? —preguntó Jenn.

—Sí —repitió Big Bobbo—. ¿Qué quieres? Un momento, ¿quién es este tipo?

—Es un familiar de Peter.

Big Bobbo suavizó el gesto.

—Ah, hermano, ¿de verdad? Lo siento, tío. Me caía bien el colega.

—No es asunto tuyo con quién me veo —dijo Jenn.

—Eso es cierto —dijo Wilde.

—Tengo derecho a vivir mi vida.

—También es cierto.

—Pues sal de aquí.

Big Bobbo sacó pecho:

—Hey, hermano, ya has oído a la señorita.

Wilde hizo caso omiso de Bobbo y mantuvo la vista fija en Jenn.

—No me importa con quién sales, ni tu reality show ni lo que dicen tus seguidores ni nada de eso. Pero necesito saber la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó Jenn—. Peter y yo hemos terminado. Ahora estoy con Bob.

—Sí —dijo Bob—. Estamos enamorados.

—Un momento —dijo Jenn—. ¿Cómo me has encontrado?

Wilde no podía decirle que, cuando estaban en su apartamento, unas horas antes, le había metido uno de esos rastreadores de Rola en el bolso. Era así de simple. Wilde siempre había tenido sospechas: algo no cuadraba en la actitud de Jenn, en toda aquella historia con su hermana, el pódcast y las fotografías.

—Mira, hermano —dijo Big Bobbo—. No quiero problemas, ¿vale? Jenn y yo estamos enamorados. Hace mucho tiempo que estamos

enamorados…

—Bob.

—No, nena, déjame decir esto, ¿vale? —Se giró hacia Wilde—. Te preocupas por el pobre Peter. Vale, genial, lo pillo. Pero se pasó un montón.

—¿Se pasó un montón en qué?

—Bob —dijo Jenn.

—Ya oíste el pódcast —dijo Big Bobbo—. Viste las fotos.

Wilde no podía creérselo. Meneó la cabeza y miró a Jenn.

—¿Big Bobbo no lo sabe?

—¿No sabe el qué? —dijo Bobbo—. Oh, ¿que Marnie mintió? Me he enterado hoy, y es terrible. Estoy completamente de acuerdo. Pero aun así el pobre Peter la lio: esas fotos suyas haciendo guarradas con otras chicas, y todo eso…

—Bob —dijo Wilde, que aún no salía de su asombro al ver que el hombretón no estaba al tanto—, se lo inventó todo ella.

—Ya lo sé. Marnie…

—No, Marnie no —dijo Wilde. Se giró y miró a Jenn.

Big Bobbo parecía confuso.

—¿Qué?

—Está mintiendo —se defendió Jenn.

No había necesidad de interrogar a Jenn ni de hacer preguntas capciosas para intentar pillarla. No era necesario dejar que siguiera mintiendo, ni hacerla llorar o recurrir a cualquier otra táctica. Wilde siguió adelante a todo tren: —Vuestra popularidad estaba cayendo en picado. La tuya y la de Peter. Habíais recorrido un gran trecho juntos. Erais una pareja encantadora, y eso tuvo éxito durante un tiempo, pero lo cierto es que ya le habíais sacado todo el partido posible. Bobbo, ¿cuánto tiempo lleva poniéndole los cuernos a Peter contigo?

Big Bobbo miró a Jenn.

—¿Desde el principio? —preguntó Wilde—. No vamos a fingir ahora que empezasteis hace poco. Aunque en realidad no importa. —

Volvió a girarse hacia ella—. Peter y tú intentabais seguir atrayendo la atención del público. Tener un bebé habría ayudado, pero no lo lograbais. Vuestros contratos con las redes sociales estaban empezando a fallar. Te hicieron dejar el ático y te colocaron en un apartamento más pequeño, y faltaba poco para que te echaran de allí. Así que, en algún momento, te diste cuenta de que seguir con Peter significaba la muerte de tu negocio.

—Si todo eso fuera cierto —dijo Jenn, apoyando las manos en las caderas—, ¿por qué no romper con él y ya está?

Wilde suspiró.

—¿De verdad quieres ir por ese camino? Vale, muy bien. Si hubieras roto con Peter, a quien todos consideraban el hombre más bueno del mundo, serías ahora la mala. Y eso no podías asumirlo. Pero en cuanto te convertiste en la traicionada —justo en el instante en que tu hermana acudió al pódcast— los fans se lanzaron en tu defensa en las redes, y arremetieron contra Peter. De pronto tus contratos con las redes sociales se volvieron a disparar. Eras más grande que nunca. Lo montaste todo tú, Jenn. Contrataste a Henry McAndrews. Tú, por supuesto, tomaste las fotos comprometidas de Peter. ¿Quién si no? No tuvo que resultarte muy difícil. Solo tuviste que esconder la cámara. Te borraste de las fotos. Fuiste incluso lo suficientemente lista como para no hacerlo en vuestro propio dormitorio: alguien podría haber reconocido el escenario. Pero aquí es donde la cagaste un poco: los metadatos demuestran que dos de las fotos se tomaron en Scottsdale. No ha sido complicado comprobarlo. Peter y tú estabais en Scottsdale en esas fechas. Conseguiré que alguien compare el fondo de las fotos con el mobiliario de la habitación de hotel en la que estuvisteis esa noche. Habrá más pruebas. Pagaste a Henry McAndrews a través de un bufete de abogados, pero ahora que ha sido asesinado los polis querrán saber quiénes eran sus clientes.

Big Bobbo se la quedó mirando.

—¿Nena?

—Cállate, Bob —dijo Jenn—. Todo esto no son más que tonterías.

—Los dos sabemos que no lo son. Los dos sabemos que todo esto va a salir a la luz. Aunque debo decir que estoy algo sorprendido. Al principio pensaba que tú —Wilde se giró hacia Big Bobbo— estabas en el ajo. Pero, por supuesto, ella no podía confiar en ti. Ni en nadie. Ni siquiera en Marnie. —Se giró de nuevo hacia Jenn—. Sabías que Marnie haría lo que fuera por la fama: en eso sois iguales. Así que le tendiste una trampa junto a ese productor. La mujer que le contó a Marnie la historia de que Peter la había drogado, ¿también era productora? No importa. Pero me pregunto por qué no le pediste directamente a Marnie que cooperara. Esa parte me sorprendió. Aunque quizá ni siquiera Marnie se hubiera atrevido a llegar tan lejos. Tal vez te preocupaba que, si llegaba a saber la verdad, sería más vulnerable. No lo sé. Pero dime: cuando Peter te juró una y otra vez que era inocente, ¿qué le dijiste realmente?

Ahora Jenn sonreía. Aunque seguía negándolo, su voz también manifestaba un cierto alivio.

—Le dije que no le creía. Le dije que se fuera.

Wilde asintió.

—Y en gran parte tienes razón —añadió Jenn—. Peter y yo nos habíamos convertido en personajes aburridos para la tele. Pensé en cortar con él, sin más, pero, como dices, ¿cómo iba a seguir adelante? Me planteé pedirle que encontráramos una manera de separar nuestros caminos, pero no se me ocurría cuál, y a Peter no le gustaban los trucos.

—¿Nena? —dijo Big Bobbo.

Ella suspiró.

—No, no te lo dije, Bob. Tampoco se lo dije a Marnie. Porque ninguno de los dos sois lo suficientemente buenos actores como para sacar adelante algo así. Esto es un juego, Wilde. *Supervivientes*, *El soltero de oro*, *Gran hermano*, *El amor es un campo de batalla*… son concursos y entretenimiento. Nada más. Yo solía ver *Supervivientes*, y

de vez en cuando aparecía algún concursante patético al que le hacían la zancadilla y lo echaban. Siempre denunciaba que le habían traicionado, pero, claro, de eso va el juego, ¿no? Alguien tiene que ganar. Alguien consigue la fama y el dinero. Nuestra vida —la de Peter, la mía, la de Bob, joder— es un juego.

Se acercó a Big Bobbo y apoyó la mano en la suya.

—Me fijé en Bob el primer día del programa. ¿Sabes lo que me dijeron los productores? —Big Bobbo hinchó el pecho—. Me dijeron que me mantuviera alejada de ambos, pero que al final tenía que escoger a Peter.

—¿Así que nunca le quisiste? ¿Era todo una farsa?

—No era una farsa —dijo ella—. Nuestra vida entera es una representación. No es cuestión de separar entre lo que es real y lo que es falso: no hay líneas divisorias, no hay diferencias. Antes de entrar en *Campo de batalla* trabajaba de secretaria en un pequeño bufete de abogados. ¿Sabes lo aburrido que era eso? Todo el mundo quiere ser famoso. La gente honesta te dirá que lo desea. Hasta el perfil social más cutre querría tener más likes y más seguidores. ¿Tenía que resignarme a vivir una vida mundana sin pelear? De ningún modo. *Supervivientes, Solteros, Campo de batalla*… son concursos. La gente gana y pierde. Aquí he ganado yo. Y Peter ha perdido. Así es como funciona. Era o él o yo y, ¿sabes qué? Al final he sido yo. ¿Y qué es lo que he hecho en realidad? No es que Peter esté en la cárcel. No le han investigado ni le han detenido. Simplemente ha perdido fans. ¿Y qué? Sabía que las acusaciones contra él no eran ciertas. ¿No debería haberle bastado? Un puñado de perdedores le dijeron cosas horribles por internet. Vaya cosa. Retírate de las redes sociales si no sabes gestionarlo. Búscate otra chica. Vive una vida más sencilla. Peter podría haber elegido eso, ¿no?

Big Bobbo seguía ahí sin decir nada.

—Menuda racionalización —observó Wilde.

—Es la pura verdad.

—La hermana de Peter cree que se ha suicidado.

—Y si eso fuera cierto, sería terrible. Pero no me puedes culpar a mí. Cada semana le rompen a alguien el corazón en uno de esos programas. Si un concursante pone fin a su vida, ¿es culpa del otro? Mira, yo no esperaba que los mensajes de odio se descontrolaran tanto, pero una persona sana no se suicida por recibir unos tuits crueles.

Wilde estaba atónito ante la vehemencia con que se justificaba.

—En el caso de Peter quizá hubiera algo más que unos tuits crueles.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que estuviera realmente enamorado. Que la mujer que amaba no le creyera cuando él negó haber drogado a su hermana con el objetivo de aprovecharse de ella. O quizá, que unos meses más tarde descubriera la verdad: que su querida mujer le había tendido una trampa. ¿Alguna vez le quisiste?

—Eso no tiene nada que ver —dijo ella—. Cuando ves a dos personas enamoradas en una película, ¿importa si están enamoradas fuera de la pantalla?

—Tú no estabas en una película.

—Sí, sí que lo estaba. Jenn Cassidy de Waynesville, Ohio, no vive en el bloque de apartamentos más caro de Manhattan. No la invitan a la Met Gala ni se codea con los ricos y famosos, ni promociona marcas de lujo, ni cena en los restaurantes más de moda. A la gente no le importa adónde va ni qué ropa se pone. Los protagonistas de los realities hemos decidido convertir nuestras vidas en una película. ¿Es que no lo ves?

Wilde ya estaba cansado de escucharla.

—¿Dónde está Peter? —le preguntó

—No tengo ni idea.

39

No iba a sacarle nada más a Jenn Cassidy, así que salió de la habitación. Había pagado un precio considerable por la suya, así que pensó que más valía que la usara. Se tendió en la cama del hotel y se quedó mirando al techo. Shakespeare había escrito: «El mundo es un escenario y todos los hombres y mujeres simples actores». Era un poco forzado, pero quizá Jenn tuviera algo de razón. Peter había escogido aquella vida. La fama es una droga. Todo el mundo quiere ser famoso: el poder, la riqueza, la buena vida. Jenn estaba perdiendo ese estatus. Y Peter también. Así que ella le dejó caer para salvarse.

Pero eso no le decía dónde estaba Peter Bennett.

Peter no había engañado a Jenn ni había abusado de Marnie, pero eso Wilde ya lo sabía antes de hablar con Jenn. El hecho de que ella hubiera montado todo aquel tinglado no cambiaba demasiado el escenario. No revelaba quién había matado a Henry McAndrews, a Katherine Frole y a Martin Spirow. No desvelaba quién era la madre de Wilde ni por qué había acabado abandonándolo en el bosque.

En resumen, lo único que Wilde había averiguado era que una estrella de realities había mentido. Nada especialmente revelador. Pero no conseguía dormir, así que salió a Columbus Circle y se dirigió hacia el sur. Atravesó Times Square, porque sí, y siguió hasta el parque de Washington Square. En total fueron casi cinco kilómetros. Wilde se tomó su tiempo. Se paró a tomar un café y un cruasán. Le gustaba la ciudad por la mañana. No sabía por qué. El hecho de que ocho millones de almas estuvieran preparándose para empezar el día le animaba. Quizá se debía a que su vida habitual —una vida que Jenn probablemente consideraría indigna— no tenía nada que ver con todo aquello.

No podía dejar de pensar en Laila. No podía dejar de pensar en cómo sería aquel paseo teniéndola a ella al lado.

Wilde llegó al parque de Washington Square. Central Park era su favorito, pero aquel lugar representaba la esencia de Nueva York en todo su esplendor. El monumento de mármol era un clásico arco de triunfo romano, diseñado por el famoso arquitecto Stanford White, que murió asesinado en 1906 en el Madison Square Theatre a manos del millonario Harry Kendall Thaw, «mentalmente inestable» (según alegó su defensa) por una cuestión de celos relacionada con su esposa, Evelyn Nesbit. Fue el primer «Juicio del Siglo». El arco contenía dos imágenes en relieve de Washington: una en la guerra, en una columna, y la segunda en tiempo de paz, en la otra. En ambas esculturas Washington aparecía flanqueado por dos figuras. En *Washington en la guerra*, las dos figuras representaban la Fama y el Valor —la presencia de la Fama le pareció irónica a Wilde, especialmente al pensar en Peter y Jenn—, mientras que las dos figuras que acompañaban al *Washington en tiempo de paz* eran la Sabiduría y la Justicia.

Mientras estaba contemplando la escultura de *Washington en tiempo de paz*, sintió que alguien se situaba a su lado. Una voz de mujer le dijo: —Mira atentamente la figura del extremo derecho.

La mujer tendría poco más de sesenta años. Era baja, rellenita, y llevaba una chaqueta marrón, un suéter negro de cuello de cisne y vaqueros azules.

—Vale —dijo Wilde.

—¿Ves el libro que sostiene sobre la cabeza de Washington?

Wilde asintió y leyó en voz alta la inscripción que se veía en el libro: —«*Exitus acta probat*».

—Es latín —dijo la mujer.

—Sí, ya. Gracias.

—Sarcasmo. Me encanta. ¿Sabes qué significa?

—El fin justifica los medios —dijo Wilde.

La mujer asintió, ajustándose las gafas de montura de carey.

—Es asombroso, si lo piensas. Construyes este monumento enorme en honor al padre de nuestro país. ¿Y qué cita usas para recordar su obra y rendirle homenaje? Básicamente, «el fin justifica los medios». Y aún más curioso: ¿quién le está dando ese consejo que podría considerarse inmoral? —Señaló a la figura situada sobre el hombro izquierdo de Washington—. La Justicia. La Justicia no nos está diciendo que seamos justos, honestos o sinceros, que cumplamos la ley o seamos imparciales. La Justicia le está diciendo a nuestro presidente y a los millones de visitantes que vienen al parque que el fin justifica los medios.

Wilde se giró hacia ella.

—¿Eres RJ?

—Solo si tú eres PB.

—Yo no soy PB —dijo Wilde—. Pero eso ya lo sabes.

La mujer asintió.

—Sí que lo sé.

—Y tú no eres RJ.

—Eso también es correcto.

—¿Quieres decirme quién eres? —preguntó Wilde.

—Tú primero.

—Yo diría que PB se puso en contacto contigo —¿o debería decir con RJ?— antes de cancelar su cuenta. Luego cortó el contacto con RJ igual que lo cortó con todo el mundo. Cuando yo envié el mensaje, anoche, desperté la curiosidad de RJ.

—Todo cierto —dijo la mujer.

—¿Entonces tú quién eres?

—Digamos que soy una colega de RJ. ¿Tú sabes quién es realmente PB?

—Sí. ¿Tú no?

—No —dijo ella—. Insistió en mantener el anonimato. Nosotros le dijimos la verdad. Aunque no debería decir «nosotros». Yo en realidad no hice nada. Fue mi colega.

—¿RJ?

—Sí.

—Tu colega de Memphis.

—¿Eso cómo lo sabes?

Wilde no respondió.

—¿Por qué no nos dejamos de rodeos? —sugirió la mujer—. Mi colega le dijo a PB lo que quería saber. A cambio, tu amigo PB prometió cooperar.

—Pero no lo hizo.

—Exacto. En lugar de eso, cerró su cuenta. Nunca volvimos a saber de él.

—¿Qué le dijisteis? —preguntó Wilde.

—Oh, no vamos a caer dos veces en la misma trampa… ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Me llamo Wilde.

La mujer sonrió.

—Yo soy Danielle. —Sacó una placa de policía—. Agente Danielle Sheer, de la Policía de Nueva York. Retirada. ¿Quieres cooperar con nosotros?

—¿Es una investigación oficial?

Danielle Sheer negó con la cabeza.

—Ya te he dicho que estoy retirada, ¿no? Estoy ayudando a mi colega.

—El colega de Memphis. Y PB también prometió ayudarle.

—Exacto. Pero no he dicho que fuera un hombre.

—¿Es una mujer?

—No, es un hombre. Te diré lo que vamos a hacer, Wilde. Tú me das el nombre de PB y yo te lo cuento todo. Créeme, te interesará.

—¿Y si no te doy el nombre?

—Pues adiós muy buenas.

—Peter Bennett.

—Un momento. —Danielle tecleó algo en el teléfono—. Estoy

enviándole el nombre a mi colega.

—¿Ahora quieres hablarme de RJ?

Ella acabó de escribir el mensaje de texto, levantó la cabeza en dirección al sol y sonrió.

—¿Sabes que se puede entrar dentro del arco? Hay una puerta en el lado este de la otra columna. No está abierto al público, pero cuando era poli… Bueno, había ciertos trucos. De hecho puedes entrar y subir por la escalera de caracol hasta lo más alto. Tiene unas vistas estupendas.

—¿Agente Sheer?

—Retirada. Llámame Danielle.

—Danielle, ¿qué está pasando?

—¿Cuál es tu interés en todo esto, Wilde?

—Es una larga historia. Pero en pocas palabras, estoy buscando a Peter Bennett. El mismo sitio web encontró una coincidencia entre nosotros dos.

—Interesante. ¿Pero no te dio una coincidencia con RJ?

—No.

—Así que para ti esto es como un callejón sin salida. Quiero decir, en la búsqueda de familiares. Y lo cierto es que yo estoy aquí porque mi colega ya no necesita a PB. Es demasiado tarde.

Wilde se quedó pensando en eso.

—Por algún motivo. RJ no quería que nadie supiera su nombre… pero sí que quería que las personas con coincidencias supieran su edad.

—¿Eso te hace deducir algo, Wilde?

—Tú eres agente de la ley.

—Retirada.

—Pero tu colega no. A mí me parece que tu colega se está haciendo pasar por otra persona y está usando un sitio de análisis de ADN para encontrar parientes. Como en el caso del asesino del Golden State. El asesino dejó su ADN en el escenario del crimen. Los polis lo metieron

en bases de datos de ADN como si fuera una persona cualquiera buscando a sus familiares. Cuando encontraron coincidencias —familiares con parte de su carga genética— usaron esa información para encontrar a Joseph DeAngelo.

Danielle asintió.

—Te has acercado bastante. ¿Has oído hablar de un tal Paul Sinclair?

—No.

—¿Y del pastor Paul, de la Iglesia de la Verdadera Fundación Cristiana?

Wilde negó con la cabeza.

—Dirigió una comunidad religiosa en la zona de Memphis durante casi cuarenta años hasta el mes pasado, cuando murió plácidamente mientras dormía. Vivió noventa y dos años con buena salud. Quizá el karma exista realmente, pero aquí en la Tierra no tiene ningún efecto.

—¿Y eso qué significa?

—Violó y dejó embarazadas a muchas de sus seguidoras. Jóvenes fieles. Él lo negaba, por supuesto, pero una serie de personas descubrieron por internet que compartían el mismo padre. Así que mi colega RJ, de la Policía del Estado de Tennessee, obtuvo el ADN del pastor Paul y lo envió a varias bases de datos de internet. Quería saber a cuántas personas había engendrado. Solo en esta base de datos encontró a diecisiete. De ellas, doce fueron dadas en adopción. A las otras cinco les dijeron que su padre era otro. Como a tu amigo PB. Ninguna supo nunca la verdad.

—Así que el padre biológico de PB es…

—El pastor Paul. ¿Te ayuda en tu investigación?

Wilde se lo quedó pensando.

—Supongo que sí.

Wilde volvió a cruzar Manhattan a pie hasta el piso de Hester. Cuando llegó, Hester le dijo: —Jenn Cassidy te está buscando. Ha dicho que

era importante.

—¿Tienes su número?

Lo tenía. Wilde la llamó.

—No podías dejarme en paz —dijo Jenn cuando respondió.

—¿Qué pasa?

—Marnie ha desaparecido. Todo el mundo cree que ha huido por toda esa mala prensa, pero ella y yo compartimos la ubicación a través de una app del teléfono, por seguridad. Y su teléfono está apagado. Nunca está apagado.

—A lo mejor ha huido de verdad…

—No, Wilde, no ha huido. No hay actividad en sus tarjetas de crédito, nada. Marnie no huiría. Tampoco sabría cómo hacerlo.

Wilde cerró los ojos.

—¿Cuándo la vieron por última vez?

—Cuando se fue de su apartamento, supongo. Nadie lo sabe con certeza.

—¿Puedes comprobar sus mensajes? ¿Su correo?

—¿Qué crees, que no lo he hecho ya? No hay nada.

—¿Dónde estás?

—En mi apartamento, en el Sky.

—Espera un momento.

Wilde le pidió a Hester con un gesto que le dejara su teléfono. Cuando lo tuvo en la mano, marcó el número de Rola.

—Necesito que envíes a alguien al apartamento de Jenn Cassidy en el Sky. Su hermana ha desaparecido.

—Lo haré yo.

—¿No estabas en Las Vegas?

—Conseguí plaza en un vuelo privado a Teterboro. Hemos aterrizado hace media hora. Voy para allá.

Wilde la puso en espera y volvió a hablar con Jenn: —Quédate ahí —le dijo—. Mi amiga Rola Naser va para allá. Avisa a recepción para que la dejen subir en cuanto llegue.

Colgó y llamó a Vicky Chiba.

—¿Sí?

—¿Silas sigue ahí?

—Se acaba de ir. Tiene que recoger un cargamento cerca de Newark y luego se va a Georgia. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Quería que los dos lo supierais.

—¿Saber qué?

—Jenn.

—¿Qué le pasa?

—Lo organizó todo ella.

Silencio. Y luego:

—¿De qué estás hablando?

—Jenn le tendió una trampa a Peter. Fue ella quien contrató a McAndrews.

—No…

—Las fotos comprometedoras las hizo ella. Y engañó a Marnie para que mintiera sobre él.

—No —dijo Vicky otra vez, pero esta vez con menos fuerzas. Así que Wilde siguió hablando. Le contó toda la historia. Se la contó con la voz más tranquila y neutra posible.

Vicky empezó sollozando, pero acabó llorando a mares.

Cuando por fin colgaron, Wilde cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Respiró hondo.

—¿Wilde? —dijo Hester.

—Creo que ya sé lo que ha pasado.

40

¿Podría dejarlo?

Una más. Solo una más.

Luego puedo descansar.

¿Lo descubrirán con el tiempo? Quizá. Probablemente. Pero no tengo mucho miedo. Habría completado lo que me he propuesto hacer.

Una más.

¿Y luego qué?

Tengo la lista de ciberacosadores del ordenador de Katherine Frole. ¿Debería seguir adelante? Todos merecen morir, ¿no? Tal como yo lo veo, tengo dos opciones.

Una: podría huir y ocultarme después del próximo asesinato. Quizá me libre. ¿Quién sabe?

O dos: puedo seguir matando.

Había un hombre llamado Lester Mulner que vivía en Framingham, Massachusetts, que se hacía pasar por adolescente para acosar a la rival de su propia hija, hasta el punto de que la pobre chica se suicidó. Podría matarlo. Luego podría matar a Thomas Kramer, de Framingham, y después quizá visitar a Ellis Stewart, en Manchester, Vermont, y seguir con la lista de Frole, en lo que la prensa sin duda calificaría de «oleada de asesinatos». Podría continuar hasta que me encerraran, me mataran o me detuvieran de algún otro modo, porque lo cierto es que yo no voy a parar.

Tendrá que ser otro quien me pare.

Me gusta este plan. Pone fin a todo esto. Hacer justicia, venganza o como quieras llamarlo. Y luego, cuando haya acabado con ella, matar hasta que me maten.

Tampoco tengo nada por lo que vivir.

Lo he perdido todo.

Estoy otra vez en el almacén. Aún no huele. He dejado seis meses pagados de alquiler. Saco a Marnie Cassidy del asiento trasero del coche y envuelvo su cuerpo en bolsas de basura de plástico negro. He comprado una caja de cincuenta bolsas gruesas de 360 litros, y uso las cincuenta y todo un rollo de cinta adhesiva para empaquetar a Marnie. El aire acondicionado sigue encendido a máxima potencia.

¿Cuándo la encontrarán?

No lo sé.

¿Será por el olor, o porque habré dejado de pagar el alquiler?

Una vez más, no lo sé y no me importa demasiado. Cuando llegue el momento, todo esto habrá acabado hace mucho.

Cuando acabo de envolver a Marnie, arrastro su cuerpo hasta la esquina del almacén. Le pongo unas mantas encima. Luego me subo al coche y me dirijo otra vez hacia Manhattan por el túnel Lincoln. Esta vez no me molesto en cambiar las matrículas. Sigo llevando las de cuando maté a Marnie, pero la policía aún no me busca. Tal como había previsto, todo el mundo cree que Marnie ha huido.

Todo el mundo salvo Jenn. La desesperada de Jenn.

Le he enviado un mensaje no muy diferente del que le envié a Marnie.

Le he dicho que podía salvarla. Le he dicho que también podía salvar a Marnie. Le he dicho dónde podíamos vernos.

Ahora me dirijo allí, para poner fin a esto.

George Kissell trabajaba en la Oficina de los US Marshals de Walnut Street, en Newark. Wilde se había limitado a dar su nombre y le había dicho a la recepcionista que le comunicara a George Kissell que estaba allí y que quería verle. La recepcionista le dijo a Wilde que se sentara, pero no tuvo que esperar mucho. George Kissell salió vestido con un traje marrón sucio y con cara de pocos amigos.

—Ven conmigo.

Aquella oficina de los Marshals, como la mayoría, estaba en el tribunal federal. Bajaron por la gran escalinata hasta la planta baja, haciendo resonar sus pisadas en el mármol, y acabaron otra vez en las calles de Newark. Cuando estuvieron cerca de la acera y lejos de los oídos curiosos, Kissell le dijo: —¿Qué quieres?

—¿Por qué fingió ser del FBI?

—No lo fingí. Tú lo supusiste. ¿Por qué estás aquí?

—Los dos lo sabemos.

Kissell introdujo la mano en el bolsillo de la americana y sacó un paquete de cigarrillos. Se metió uno en la boca y lo encendió con un mechero dorado. Aspiró con fuerza y soltó el humo.

—Tanto el FBI como los US Marshals son agencias federales —dijo, como si lo leyera de un manual—. A menudo cooperamos en casos importantes.

—La oficina de los US Marshals también gestiona el programa de protección de testigos.

Kissell estaba un poco calvo, pero se dejaba los cabellos de un lado largos y se los peinaba hacia el otro lado, en un triste intento de disimular su alopecia. Prosiguió: —Los US Marshals son el cuerpo de seguridad federal más antiguo de los Estados Unidos. Protegemos a jueces y funcionarios judiciales, perseguimos a fugitivos, custodiamos y transportamos a prisioneros federales y, sí, gestionamos el Programa de Protección de Testigos, conocido como WITSEC.

—Me preguntó por Daniel Carter, mi padre biológico.

Kissell no dijo nada.

—He intentado contactar con él —añadió Wilde.

—¿Y lo has conseguido?

—No ha dejado ni rastro.

—Pues como diría mi hija adolescente, «¿a mí qué me cuentas?».

—Podría seguir buscando —dijo Wilde.

—Supongo que sí.

—Podría aumentar el nivel de ruido. Ir a los medios. ¿Usted cree que es buena idea, US Marshal Kissell?

—¿Quieres decir que irías más allá de enviar a algún detective a su casa y a su trabajo, como cuando tu colega Rola Naser llamó a su puerta ayer? —Se encogió de hombros—. No sé qué más puedes hacer.

Sus ojos se encontraron. Wilde sintió aquel cosquilleo en las venas.

—¿Qué es lo que quieres, Wilde?

—Quiero conocer mejor a mi padre.

—Pues como todos, ¿no? —Kissell dio otra calada profunda, aguantó el humo un momento y luego lo soltó con tanto gusto que parecía más bien algo sexual—. Te voy a decir qué vamos a hacer. No voy a fingir que no sé de quién me estás hablando, porque sería una pérdida de tiempo. Ya estás demasiado al corriente. También sabes que no voy a confirmarte ni a negarte nada.

—Yo no pretendía ponerlo en peligro a él ni a su familia —dijo Wilde—. Quiero que sepa… Quiero que él sepa… que lo he entendido. Lo encontré a través de un sitio de análisis de ADN, pero no voy a seguir tirando del hilo.

Kissell se quitó el cigarrillo de la boca y se lo quedó mirando como si contuviera alguna respuesta.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

—¿Daniel Carter… o comoquiera que se llame en realidad… me mintió?

Kissell no dijo nada. ¿Acaso esperaba algo más?

—¿De verdad no sabe quién es mi madre o por qué acabé en el bosque?

Kissell miró el reloj con un gesto ampuloso.

—Más vale que me vaya.

—Tengo una petición.

Wilde le pasó una nota.

—¿Qué es esto? —dijo Kissell.

—Es para él. Me pasaré por aquí de vez en cuando para traerle

alguna nota sellada. Usted y yo podemos encontrarnos en este mismo sitio, si quiere. Usted dirá «No tengo ni idea de qué me estás hablando», pero aceptará mis notas. Se las entregará. Quizá en algún momento él le dé un sobre cerrado para mí. O quizá no. En cualquier caso, es lo que vamos a hacer.

Kissell se quedó mirando al infinito.

—¿Nos entendemos? —preguntó Wilde.

Kissell le dio una palmadita en la espalda.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

41

Aparco. Es la última vez. Necesito matar a Jenn. Si me pillan justo después, pues que así sea. Si tienen la grabación del mismo coche aparcado en el mismo solar apartado, pues que así sea. Para entonces ya todo habrá acabado. Cualquier otro asesinato estará de más.

Tengo la pistola en la mano.

La mantengo baja, oculta. Jenn llegará en unos diez minutos. Me pregunto cómo hacerlo. ¿La mato enseguida? Tres disparos. Mi *modus operandi*. Seguro que los grandes expertos en asesinatos en serie formularán grandes teorías sobre por qué disparo tres veces. Pero lo cierto es que no hay ningún motivo. O al menos no hay una razón demasiado interesante. Cuando disparé a Henry McAndrews, mi primera víctima, lo hice tres veces. ¿Por qué? No lo tengo claro, pero creo que hasta el tercer disparo no me di cuenta de que ya era suficiente. En cualquier caso, no fue premeditado. Habría podido dispararle dos veces o cuatro. Pero fueron tres. Así que ahora me he quedado con este número.

Ahí no hay mucho que rascar, expertos. Lo siento.

Cierro los ojos unos segundos. Pienso en la pistola que llevo en la mano.

Quiero aliviar mi dolor.

Porque así es como empezó todo, ¿no? Con dolor. El dolor te consume. Te anula el pensamiento. Solo quieres que acabe. Pensé que matar a los que tanto daño habían hecho me ayudaría a aliviar el dolor.

Y —¡sorpresa!— lo hizo. Es más: aún lo hace.

Pero no dura mucho.

Ese es el problema. El asesinato es para mí un calmante, pero solo

funciona durante un tiempo. Su poder curativo acaba difuminándose. Así que cada vez aplicas más calmante en el lugar donde te duele.

Y es justo en ese momento, cuando pienso en aliviar mi dolor, cuando veo a Jenn doblando la esquina.

Bajo la vista y miro la pistola, luego miro de nuevo a Jenn, con esos famosos tirabuzones rubios enmarcando su espléndido rostro.

¿Le disparo enseguida? ¿O la dejo que suba al coche, que vea que soy yo y luego bum, bum, bum, acabo con esto? Yo creo que sí. Quiero que sufra. Eso es nuevo. Con los otros solo quería que murieran. Lo que habían hecho era horrible, cruel. Pero lo que ha hecho Jenn, toda la trama, la traición…

Jenn está a apenas unos metros.

Sabía que vendría. Al igual que su hermana, no ha podido dejar escapar esta oportunidad.

Ahora frunce los párpados, intentando ver quién está al volante. Pero aún no me puede ver.

Cuando está a solo unos metros, levanto el arma.

Estoy en el asiento del conductor y veo cómo alarga la mano hacia la puerta del acompañante. Desbloqueo las puertas para que pueda subir.

Pero no es eso lo que ocurre.

En cuanto le doy al botón, en cuanto oigo el clic que indica que las puertas del coche están desbloqueadas, mi puerta se abre de golpe. Me giro, levantando la pistola, pero una mano se mete en el coche y me arranca la pistola de la mano.

Levanto la vista y veo los grandes ojos azules de Wilde.

—Se acabó, Vicky.

Wilde se sentó en el asiento del copiloto. Vicky se quedó en el asiento del conductor.

Miraba fijamente hacia delante, a través del parabrisas.

—Me has tendido una trampa. Me has contado lo de Jenn para ver

si actuaba.

Wilde no vio motivo para responder.

—¿Cómo has sabido que era yo?

—No estaba seguro.

—Deberías haber dejado que la matara, Wilde.

Wilde no respondió. Miró por la ventanilla. Rola estaba al lado de Jenn, junto a la puerta de alambrada del solar en obras. Había otras dos personas, pero Wilde no las había necesitado.

—¿Qué es lo que me ha delatado? —preguntó Vicky.

—¿Qué es lo que siempre delata a la gente? Las mentiras.

—¿Cuál en particular?

Wilde seguía mirando por la ventanilla.

—Para empezar, mentiste sobre tu relación con Peter. No eres su hermana. Eres su madre.

Ella asintió lentamente.

—¿Cómo lo has descubierto?

—Del mismo modo que Peter. Por la base de datos de ADN.

—No fue culpa mía —dijo, con un hilo de voz.

—¿Esa parte? No, Vicky, esa parte no fue culpa tuya.

—Me violó, ya lo sabes.

Wilde asintió.

—Tu familia vivía a las afueras de Memphis.

—Sí.

—Eras la mayor —dijo Wilde—. En aquel momento no caí, pero me dijiste que tu hermana Kelly se enfadó cuando os mudasteis porque iba a perderse la fiesta del undécimo cumpleaños de una amiga en el Chuck E. Cheese.

—Eso era verdad.

—No lo dudo. Pero me hizo pensar. Kelly tenía once años. Tú eras mayor. ¿Cuántos años mayor?

Vicky tragó saliva.

—Tres.

Wilde asintió lentamente.

—Solo tenías catorce años.

—Sí.

—Siento mucho lo que te ocurrió —dijo Wilde.

—Empezó a violarme cuando tenía doce años.

—¿El pastor Paul?

Asintió.

—No se lo dije a mis padres. No podía, al menos al principio. Para ellos era Dios. Luego lo intenté, pero no quisieron escucharme. Cuando les dije que estaba embarazada, me llamaron puta. Mis propios padres. Querían saber con qué chico había estado follando. ¿Puedes creértelo, Wilde? Les dije la verdad. Les conté lo que había hecho el pastor Paul. Mi madre me pegó. Me dio un bofetón. Dijo que era una mentirosa.

Paró y cerró los ojos.

—¿Y qué pasó luego?

—¿No lo adivinas?

—Os mudasteis.

—Algo así. Mis padres decidieron que el único modo de proteger el buen nombre de la familia era que mamá y yo dijéramos que nos íbamos a un peregrinaje religioso en cuanto empezara a notárseme. Mamá le diría a todo el mundo que era ella la que estaba embarazada. Y cuando volviéramos a nuestra comunidad, criaríamos al bebé como si fuera suyo.

—Y tú fingirías ser la hermana del bebé.

—Sí.

—¿Y cómo acabasteis en Pensilvania? Lo he comprobado. Efectivamente, tu padre trabajaba en la universidad. Os mudasteis a aquella zona.

—Cambiaron de idea. Mis padres.

—¿Al fin te creyeron?

—Nunca lo reconocieron —dijo—. Pero sí.

—¿Por qué?

En los ojos le apareció una lágrima.

—Kelly.

—¿Tu hermana?

—El pastor Paul empezó a mostrar interés por ella. —Cerró los ojos un buen rato—. Eso hizo reaccionar a mis padres. No eran mala gente. Pero les habían lavado el cerebro con la religión. Lo hacían lo mejor que podían. La idea de que el hombre al que literalmente adoraban pudiera deshonrar a sus propias hijas… —Respiró hondo—. Supongo que has llegado al pastor Paul a través del ADN de Peter.

—Sí.

—¿Cómo has sabido que era la madre de Peter?

—Del mismo modo que lo supo Peter. La coincidencia con Silas. Silas compartía una cuarta parte de su ADN con Peter, lo que significaba que eran hermanastros. Pero no podía ser. Los hermanastros solo comparten un progenitor. ¿Cabía la posibilidad de que el pastor Paul fuera padre de los dos, con madres diferentes? Eso me parecía muy improbable, sobre todo porque Silas había encontrado otras coincidencias por parte de tu padre. La clave es que, si tienes una coincidencia del veintitrés por ciento del ADN con alguien, no tiene por qué significar que seáis hermanastros. El sitio web de DNAYourStory lo deja bien claro. Podríais tener una relación abuelo-nieto. O, como en este caso, tío-sobrino. Era lo único que tenía sentido. Tú eres la madre de Peter, lo que convierte a Silas en su tío.

Vicky asintió.

—¿Quieres que te cuente algo raro?

Wilde esperó.

—Tener a Peter fue lo mejor que me ha ocurrido nunca. Después de todo ese horror, de tantos abusos y crueldad, al final me encontré con ese bebé perfecto, un niño de oro, demasiado bueno para este mundo. Nada de lo que te dije de él era mentira. Peter era especial.

Wilde quería saber más.

—¿Fue Peter quien se puso en contacto con Boomerang, o fuiste tú?

—Los dos. Peter seguía pensando que era su hermana. Y estaba destrozado después de lo de Marnie y Jenn, y con todo lo sucedido en el programa. Estaba obsesionado con demostrar su inocencia. Así que, cuando vio que ese tal DogLufegnev afirmaba que tenía más fotos, aún peores, quiso ir más allá. Yo le convencí para que pidiéramos ayuda a Boomerang. Y entonces un día, quizá un mes más tarde, alguien de Boomerang me escribió un email para decirme que nuestro caso había sido rechazado. Volví a escribir en nombre de Peter, diciendo que estaba desolado y que seguíamos necesitando su ayuda. Al final la persona de Boomerang me dijo que se llamaba Katherine Frole. Empezó a contarme lo mucho que le gustaba el programa, que adoraba a Peter, todo eso. Dijo que nos ayudaría.

—¿Katherine Frole te dio el nombre de Henry McAndrews?

—Sí, me lo dio ella. Pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir que era demasiado tarde?

—Peter ya había desaparecido.

—Pero fuiste igualmente a casa de McAndrews.

—Sí.

—Y lo mataste.

Asintió.

—Pensé que así acabaría todo.

—Cuando encontré el cuerpo de McAndrews, cuando se hizo público su asesinato, ¿Katherine Frole contactó contigo?

—Sí.

—Sospecharía que o tú o Peter teníais algo que ver.

—Quedamos en su despacho a una hora que sabía que no habría nadie más. Le dije que Peter y yo se lo explicaríamos todo.

—¿Tenías miedo de que hablara?

—No era eso lo que me decía a mí misma —aseguró Vicky—. Y creo que al final lo habría hecho. Pero Katherine Frole también tenía mucho que perder. Era una agente del FBI que trabajaba para un

grupo ilegal de justicieros. No voy a detenerme mucho en esta parte, porque en realidad no es importante. Pero después de haber matado a McAndrews, me di cuenta —y sé cómo sonará esto— de que me gustaba matar. —Sonrió otra vez, pero esta vez era una sonrisa que ponía los pelos de punta—. Podrías achacarlo a mi infancia, al trauma de la violación, aunque eso es un cliché, ¿no? O quizá sea una secuela de algún suceso de una vida anterior, o un simple desequilibrio químico de mi cerebro. ¿Quieres saber qué es lo que yo pienso, Wilde?

Él no dijo nada.

—Hay muchos asesinos en serie en potencia. No uno por millón, como se dice. Yo diría más bien uno de cada veinte, o quizá uno de cada diez. Pero si nunca lo haces, si no matas por primera vez, no llegas a experimentar esta sensación tan adictiva. Muchos de nosotros podríamos estar enganchados a la heroína, por ejemplo, pero si nunca la probamos, si no llegamos a saber lo que es…

—Y eso explica lo de Martin Spirow.

Vicky asintió.

—Hay mucha gente mala por ahí, Wilde. ¿Viste lo que colgó Martin Spirow entre los comentarios del obituario de aquella pobre chica muerta? A través de Katherine Frole obtuve una lista de Boomerang, una lista de gente tan patética y miserable que lo único que tenían en la vida era decir cosas crueles y malvadas para hacer daño a gente que no conocían. Piénsalo. Martin Spirow un día se despierta y ve una familia destrozada que llora la muerte de su hija menor. ¿Y qué hace? Escribe: «Es una lástima que un coñito caliente como ese se eche a perder». ¿Qué vida horrible puede haber tenido una persona para acabar haciendo algo así? —Sacudió la cabeza, asqueada—. Le hice un favor al mundo.

—¿Y dónde está Peter? —preguntó Wilde.

—Te lo dije la primera vez que nos vimos. —Sonrió—. Ya lo sabes, Wilde. Lo has sabido siempre. Mi hijo, mi precioso hijo, puso sus cosas en orden. Se compró un billete de avión y se fue a esa isla. Pasó el

control de pasaportes y se registró en ese hotel, y a la mañana siguiente se fue. Cogió un taxi rumbo al sendero donde empieza la ascensión al acantilado. Me dejó un mensaje en una de esas apps que los eliminan dos minutos después de escucharlos. Se despidió. Se oían las olas de fondo. Y luego mi hijo saltó hacia la muerte.

Wilde no dijo nada.

—Ya sabes cómo le estaban atacando y acosando, metiéndose con él, insultándolo. Nadie le perdonaba algo que no había hecho. Había perdido a su esposa, al supuesto amor de su vida, su carrera profesional y, sí, su fama. Todo eso, y nadie le creía. Ponte por un momento en su piel. Todo el mundo piensa que has drogado a tu cuñada para abusar de ella y ni siquiera tu mujer te defiende. Te han quitado todo lo que tenías. Pero la cosa no se acaba ahí, Wilde. A eso añádele que la persona que durante más tiempo quiso a Peter, la que le crio y le cuidó y, tal como señaló Silas, la que lo ponía a él por delante de todas las cosas, la persona en quien más confiaba en este mundo, se había pasado toda la vida mintiéndole, que en realidad no era su hermana, sino su madre, que él mismo era el producto de una violación. ¿Te das cuenta, Wilde? ¿Ya te entran las dudas? Bien. Porque ahora, después de tu llamada, puedo añadir una cosa más. Hacia el final Peter se mostraba muy críptico, de pronto estaba triste y taciturno. Ahora sé por qué. Lo había descubierto. Se había dado cuenta de que todo fue un montaje de Jenn. Él quería a esa mujer, Wilde. Imagínate el dolor. El golpe final. Así que dime: ¿de quién fue la culpa? ¿Fue Marnie? ¿Fue la telerrealidad? ¿McAndrews? ¿La crueldad de los fans? ¿Fue culpa mía? Dímelo, Wilde. ¿Quién mató a mi niño?

Wilde no tenía respuesta para eso, así que abrió la ventanilla y le hizo un gesto con la cabeza a Rola, que asintió e hizo la llamada.

Cinco minutos más tarde llegó la policía y se llevó a Vicky.

42

Un mes más tarde, cuando Chris ya había desaparecido de su vida y el cuerpo de Marnie había sido hallado en aquel almacén, Wilde recibió una llamada del US Marshal George Kissell.

—Quieren hablar contigo.

Wilde agarró el teléfono con más fuerza.

—¿Cuándo?

—Tiene que ser ahora. Si se lo cuentas a alguien, desaparecerá. Si tardas más de una hora en llegar, se irá. Te estoy mandando la ubicación ahora mismo.

Wilde sintió que el corazón se le aceleraba. Miró la pantalla del teléfono. El mapa mostraba una ubicación justo al oeste de East Shore Road, cerca del lago Greenwood, en Nueva York. Podía ir a pie, pero probablemente tardaría tres o cuatro horas.

«¿Por qué ahí?».

—¿Estás bien? —preguntó Laila.

Estaban sentados en el salón. Era domingo, y en la televisión echaban fútbol americano. Laila era una incondicional de los New York Giants y nunca se perdía un partido. Wilde estuvo a punto de decir: «Creo que mi padre quiere verme», pero de pronto tuvo un momento de lucidez y se calló.

—¿Te importa dejarme el coche?

—Ya sabes que no tienes que pedírmelo.

Wilde se puso en pie.

—Gracias.

Laila le escrutó el rostro.

—¿Me lo contarás luego?

Él se agachó y la besó. Le dio la respuesta más honesta posible: —Si

puedo.

Arrancó y se dirigió al oeste. Unas semanas antes, después de que todo acabara, Silas había ido a verle.

—Tú y yo aún somos familia —le dijo—. Lejana, lo sé. Pero tampoco tenemos a nadie más.

Se encontraron dos semanas después. Silas quería enseñarle los álbumes familiares, que abarcaban varias generaciones, pero Wilde no estaba preparado para eso. Quizá más adelante, pero en aquel momento quería concentrarse en el futuro, no en el pasado. Le pidió a Silas que lo dejara estar, y Silas respetó sus deseos. Pero eso no significaba que Wilde lo hubiera olvidado.

Tardó media hora en llegar. Aparcó en la esquina de East Shore Drive y Bluff Avenue. Había varios coches negros estacionados en la zona. Cuando Wilde bajó del coche, el Marshal George Kissell también salió del suyo.

—¿Te importa si te registro?

Wilde levantó las manos. Kissell lo cacheó a fondo y luego hizo un movimiento con la cabeza en dirección a una casa en la esquina. Era la clásica casita de Nueva Inglaterra, de dos plantas, con la chimenea y la puerta centradas en la fachada y dos ventanas perfectamente simétricas. Lástima que hubiera perdido parte de su encanto colonial con el revestimiento de aluminio, de un gris demasiado plateado.

Wilde vaciló. De pronto se sintió raro.

—La puerta está abierta —dijo Kissell—. Te están observando. Si das un paso en falso, eres hombre muerto.

Wilde se lo quedó mirando.

—Sí, ya sé, pero nada de todo esto entra en el protocolo. Están de los nervios.

—Gracias —dijo Wilde.

Se tomó su tiempo antes de recorrer el sendero que conducía a la puerta. No sabía por qué. Había estado esperando aquel momento toda su vida. Cuando llegó a la entrada, se paró un momento y se

planteó dar media vuelta y marcharse. No necesitaba respuestas. Ya no. Nunca se había sentido mejor consigo mismo y con su vida. Estaba construyendo algo con Laila. Había logrado detener a una asesina en serie. En la vida lo importante es el equilibrio, y ahora mismo él sentía que pisaba terreno firme.

Giró el pomo y entró.

Esperaba encontrar a Daniel Carter, pero en lugar de él, sentada en el recibidor, junto a la escalera, mirándole con la cabeza bien alta, estaba Sofia Carter, la esposa de Daniel.

Por un momento los dos se quedaron ahí, sin decir nada. Wilde notó que le temblaba el labio inferior.

—¿Está bien… —Wilde no sabía muy bien cómo llamarle—… está bien su marido?

—Está bien.

Se sintió aliviado. Aquello no se lo esperaba.

—Sin embargo, había muy poco de verdad en las cosas que te explicó mi Danny —añadió ella.

Wilde no dijo nada.

—Es tu padre biológico. Eso es lo más importante que tienes que saber. Y es un buen hombre. El mejor que he conocido. Es bueno y fuerte, magnífico como padre y como marido, y espero por tu bien que hayas salido a él.

—¿Dónde está?

Sofia no respondió.

—Dedujiste que estábamos en el programa de protección de testigos.

—¿Corren peligro?

—Hemos cambiado de identidad.

—¿Qué hay de sus hijas?

—Al final tuvimos que decirles la verdad. Al menos en parte.

—¿No lo sabían?

Sofia negó con la cabeza.

—Nos convertimos en Daniel y Sofia Carter antes de que ellas nacieran. Tus hermanas son unas chicas fantásticas. Hemos tenido mucha suerte. Ellas siempre preguntaban sobre nuestras familias, pero por supuesto Danny tuvo que mentir al respecto. Fingimos que no sabíamos nada. Estar en el programa tiene eso. ¿Y sabes qué hicieron esas chicas fantásticas? ¿Esas chicas que querían tanto a su padre? Le sorprendieron enviando su ADN a una base de datos para que pudiera saberlo todo sobre su familia y su legado. Usaron uno de nuestros test caseros de COVID para obtener su ADN y lo enviaron a ese sitio. Muy listas, nuestras chicas. Tus hermanas. Cuando le entregaron su regalo a Danny, ambos nos quedamos pálidos. Aquello suponía un gran riesgo. Danny fue corriendo al ordenador y borró el perfil. Pero… bueno, demasiado tarde, por supuesto.

—Lo siento —dijo Wilde—. No pretendía causarles problemas. Si hubiera sabido que mi padre estaba en el programa de protección de testigos…

—Danny no es el motivo de que estemos en el programa —dijo Sofia—. El motivo soy yo.

Wilde sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—Pero antes de que entremos en eso —dijo Sofia—, ¿te importa si te hago una pregunta?

Wilde asintió.

Sofia Carter era una mujer pequeña, guapa, con los pómulos altos y los ojos duros. Levantó la barbilla.

—Leí un viejo artículo sobre ti. Decía que a veces tenías recuerdos del pasado…

—No exactamente —dijo Wilde, con la boca seca—. A veces tengo sueños, algo así como *flashes*.

—Ves imágenes, como fotogramas.

—Sí.

—Como una barandilla roja, decía el artículo. Una habitación oscura. El retrato de un hombre con bigote.

Wilde era incapaz de moverse, pero empezaba a notarlo.

Sofia levantó la mano y la apoyó en la barandilla blanca que llevaba al primer piso.

—Era de un rojo oscuro —dijo—. Rojo sangre, en realidad. El interior de esta casa estaba decorado con maderas oscuras. Los nuevos dueños lo pintaron todo de blanco.

Señaló hacia la pared de la izquierda, de donde ahora colgaba un tapiz azul y amarillo.

—Ahí antes había un retrato de un hombre con bigote.

Wilde sintió que la cabeza le daba vueltas. Cerró los ojos un momento, intentando recuperar la calma. En su mente volvieron a sonar los chillidos de la mujer, y luego volvió a ver aquellas imágenes familiares —barandilla, paredes, retrato— como una ráfaga de *flashes*, como luces estroboscópicas. Abrió los ojos.

Fue allí. En aquel mismo vestíbulo. Había vuelto.

—Los gritos —dijo Wilde, con un gran esfuerzo—. Oí gritos.

Sus miradas se encontraron.

—Eran míos —dijo ella.

—Así que usted es…

Ella no se molestó en asentir.

—Soy tu madre, Wilde.

Ahí estaba. Después de tantos años, Wilde tenía a su madre justo delante. La miró y sintió que el corazón le estallaba en el pecho.

—Este lugar en el que estoy —dijo Sofia, con voz ausente—, este preciso lugar, es donde me encontraba la última vez que te vi. Abrí esta puertecita —dijo, señalando el pequeño trastero bajo la escalera— y le hice prometer a mi niño que no hiciera ningún ruido hasta que yo volviera. Luego cerré la puerta y no volví a verte.

Wilde sintió que se mareaba.

—No puedo darte nombres. No puedo indicarte lugares ni detalles. Tampoco a tus hermanas. Es parte del trato que hemos hecho para poder concertar este encuentro. Y no tenemos demasiado tiempo.

Tengo miedo de que, cuando oigas esta historia, acabes odiándome. Lo entendería. Pero ya es hora de que sepas la verdad.

Él esperó, sin atreverse a mover ni un dedo. Era como uno de esos sueños en los que de pronto te das cuenta de que estás durmiendo e intentas por todos los medios no despertarte.

—Cuando era adolescente llamé la atención de un hombre horrible y cruel. Un psicópata enfermo y trastornado nacido en una familia de delincuentes enfermos y trastornados. Ese hombre horrible se obsesionó conmigo, y cuando un hombre así decide que eres suya, o consientes o mueres. No hay alternativa.

Levantó la vista hacia las escaleras. Wilde seguía sin mover ni un músculo.

—Quizá te preguntes por qué mis padres no me ayudaron. Mi padre estaba muerto. Mi madre, bueno, ella lo fomentaba. No quiero hablar de mi familia ni de mi infancia. Baste con decir que no tenía a nadie que pudiera ayudarme. Era una cautiva. Aquel hombre horrible me hizo pasar un infierno. Intenté escapar una o dos veces, pero eso solo sirvió para empeorar las cosas. Estaba atrapada en esta gran finca, vigilada por tres generaciones de la familia de aquel hombre horrible: sus abuelos, su padre y sus dos hermanos. Una familia de jefes mafiosos.

Sofia seguía mirando hacia arriba.

—Tenían un horno en la parte de atrás de la finca. Cuando cumplí dieciocho años, el hombre horrible me llevó hasta allí y me enseñó las cenizas. Me dijo que ahí era donde su abuelo solía deshacerse de los cadáveres. El abuelo dejó de incinerarlos porque la abuela se quejaba del olor. Pero el horno aún funcionaba. Si alguna vez intentaba dejarle, me metería en ese horno, lo pondría al mínimo y volvería al cabo de dos semanas, cuando yo también me hubiera convertido en cenizas.

Sofia miró a Wilde a la cara. Wilde abrió la boca para decir algo —no sabía muy bien qué—, pero ella se lo impidió con un movimiento

de la cabeza.

—Déjame que acabe, ¿vale?

Wilde asintió.

—Un día conocí a tu padre. No es importante ni el cómo ni el porqué. Me enamoré de él. Estaba muy asustada. Por mí. Por él. Pero… —Sonrió—. Era demasiado egoísta como para renunciar a aquello. Empecé a vivir una doble vida. Dios, éramos tan jóvenes los dos. A tu padre no le dije la verdad. Debería haberlo hecho, por supuesto. Pero de todos modos él se iba a Europa con el ejército. Aquello no podía durar, y yo lo había asumido. Solo tendríamos dos meses para estar juntos. Era más de lo que podía pedir. Después de eso, me quedaría con el hombre horrible y viviría de mis recuerdos. —Sonrió y meneó la cabeza—. Esa es la clásica memez que te dices a ti misma cuando eres joven. ¿Te imaginas qué pasó después?

—Te quedaste embarazada —dijo Wilde.

—Sí. No se lo dije a tu padre. Entenderás por qué. Tu padre no había elegido nada de todo aquello. Tenía miedo que quisiera hacer lo correcto, casarse, y que luego el hombre horrible y su horrible familia descubrieran la verdad. Tu padre era —y aún lo es— un hombre fuerte, pero no era rival para una familia así. Nadie lo es.

—¿Así que fingiste que el hombre horrible era el padre?

Sofia Carter asintió.

—Me dije a mí misma que era lo mejor. Rompería con tu padre para protegerle. Tendría a su bebé y diría que era del hombre horrible, y así siempre me quedaría un pedacito de tu padre. —Sofia meneó la cabeza con una sonrisa triste en el rostro—. Era la fantasía de una jovencita. Menuda locura, ahora que lo pienso.

—¿Y qué pasó?

—Intenté seguir con mi plan, pero dos años más tarde, cuando tu padre acabó en el ejército, volvió a por mí. Intenté mantenerme apartada, pero los sentimientos no se pueden controlar. Le conté la verdad. Toda la verdad. Pensé que eso le haría alejarse, cuando

supiera quién era realmente, lo que había hecho. Pero no lo hizo. Quería que huyéramos los dos. Quería enfrentarse al hombre horrible. Pero no teníamos ninguna posibilidad. Lo entiendes, ¿verdad?

Wilde asintió.

—El FBI buscaba constantemente contactar con alguien próximo a la familia. Nadie aceptaba nunca, porque todos sabíamos que la familia acabaría enterándose. Y si sucedía, matarían al soplón a fuego lento. Pero tu padre y yo estábamos locamente enamorados. Decidí arriesgarme. ¿Qué otra opción tenía? Así que fui al FBI. Me prometieron que, si les daba más información, a tu padre y a mí nos reubicarían mediante el programa de protección de testigos. Me enviaron de nuevo a vivir con el hombre horrible. Llevaba un micrófono. Robé documentos. Les conseguí más información. Pero entonces pasó algo. Algo muy malo.

—¿Descubrieron que estabas pasando información?

—Peor —dijo Sofia—. El hombre horrible descubrió que no era tu padre.

Se hizo el silencio. A lo lejos, Wilde oyó el murmullo de un cortacésped.

—¿Cómo?

—Alguien del FBI se lo chivó.

—¿Y qué hiciste?

—Me habían puesto sobre aviso, así que me subí al coche contigo y hui. Llamé a tu padre. Un amigo suyo tenía una casa junto al lago que nos podía prestar. Nadie nos encontraría. Eso es lo que yo pensaba. Así que tú y yo vinimos corriendo hasta aquí. Me daba miedo llamar al FBI. La filtración procedía de ellos. Para entonces ya conocíamos a George Kissell, y al llegar a esta casa lo llamé. Él dijo que no nos moviéramos, que enseguida vendría. Y eso hice. Solo que el hombre horrible nos encontró antes. Se presentó con otros tres hombres. Los vi pararse ahí mismo, justo donde está ahora George. El hombre horrible se plantó en la puerta y se puso a aporrearla. Tenía un cuchillo en la

mano. Se puso a gritar que…

Se paró, respirando agitadamente.

—… que iba a abrirte en canal delante de mí. Estaba aterrada, desesperada. No tienes ni idea. Estaba aquí mismo, justo donde estoy ahora…

Miró a lo lejos, como si hubiera regresado a aquel momento y estuviera reviviéndolo todo.

—El hombre horrible está intentando tirar la puerta abajo. ¿Qué puedo hacer? Te escondo debajo de las escaleras. Te digo que no hagas ruido. Pero con eso no basta. La puerta cede. El hombre horrible entra. Lo único que se me ocurre es que tengo que apartarlo de donde estás tú. Grito todo lo fuerte que puedo y corro al piso de arriba. El hombre horrible me sigue. Eso es bueno, pienso. No está abajo. Se aleja de mi hijo. Me dirijo a la ventana de un dormitorio. Lo tengo pegado a los talones. Así que salto sobre los setos. Quiero que se alejen de ti. Tú estás seguro en el trastero. Cruzo la calle a la carrera y me meto en el bosque. El hombre horrible y sus secuaces me siguen corriendo. Eso es bueno. No te encontrarán. Quizá piensen que vienes conmigo. Está oscuro. Hay momentos en los que pienso que podría dejarlos atrás. ¿Pero luego qué? No puedo irme muy lejos, porque entonces quizá vuelvan a la casa y te encuentren. Así que sigo corriendo y de vez en cuando incluso hago algún ruido para mantenerlos cerca. No me importa demasiado que me pillen. Porque, si lo hacen, aunque me maten, tú seguirás vivo. No sé cuánto dura aquello. Hasta que… Hasta que me atrapan.

Wilde se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—El hombre horrible empieza a pegarme. Me rompe la mandíbula. Aún hoy, de vez en cuando me hace un ruidito. No dejaba de golpearme, preguntándome dónde estabas. Yo le dije que te había perdido en el bosque. Que siguiera buscándote, porque ibas corriendo por delante de mí. Lo que fuera… Lo que fuera con tal de que no regresaran a aquella casa. No sé cuánto tiempo me tuvieron allí. Me

desmayé. En un momento dado llegaron tu padre y los *marshals*. El hombre horrible y sus secuaces salieron corriendo. Recuerdo que tu padre me rodeó con sus brazos. Los *marshals* querían llevarme al hospital, pero yo les dije que no, que tenía que volver a la casa, contigo…

Sofia Carter meneó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas.

—Te buscamos. Pero te habías ido. El hombre horrible nos acechaba. Los marshals dijeron que teníamos que irnos. —Miró a Wilde, y se le partió el corazón—. Se nos llevaron. Al final dejé que lo hicieran. Nos dieron nuevas identidades y nos reubicaron. Eso ya lo sabes. Tuvimos a nuestras hijas. Así es como funciona la condición humana, por raro que parezca. Debemos seguir adelante. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Ahora las lágrimas le cubrían el rostro.

—Pero yo había abandonado a mi hijo. Tendría que haberme quedado. Debería haber peinado el bosque hasta encontrarte. Aunque me hubiera costado semanas, meses o años. Mi niño estaba solo, perdido en el bosque, y yo había renunciado a buscarlo. Debería haberte encontrado. Debería haberte rescatado…

Entonces Wilde se acercó meneando la cabeza, y dejó que se desmoronara entre sus brazos.

—No pasa nada —le susurró.

Entre sollozos, ella no dejaba de repetir:

—Debería haberte salvado.

—No pasa nada —dijo Wilde, abrazándola más fuerte. Y luego—: No pasa nada, mamá.

Y cuando Sofia oyó la palabra «mamá» lloró aún con más fuerza.

43

Oren se encargaba de la barbacoa, aunque tampoco habría permitido que nadie más lo hiciera. Laila estaba en la cocina. Wilde se sentaba en una silla de madera en el patio trasero, con Hester. Ambos miraban hacia el bosque desde el jardín de la casa que Hester e Ira habían construido hacía más de cuarenta años.

Hester bebía un chablis blanco. Wilde se estaba tomando una cerveza Absbury Park.

—Bueno, ahora ya lo sabes —dijo ella.

—La mayor parte.

—¿Qué quieres decir?

—Algunas de las cosas que me dijo… Había lagunas.

—¿Como cuáles?

La conversación de Wilde con su madre se había alargado un poco más, pero de pronto George Kissell había irrumpido diciéndoles que se les había acabado el tiempo. Sofia aún corría peligro. Wilde no sabía hasta qué punto creérselo, como tampoco se creía que sus padres no hubieran oído la noticia de cuando lo encontraron en el bosque, ni que no hubieran sacado sus propias conclusiones.

—No importa —dijo Wilde—. Sabemos lo importante.

—Tu madre te abandonó para salvarte —dijo Hester.

—Sí.

—Eso es lo único que importa.

Wilde asintió y le pasó una vieja foto Polaroid. Hester la cogió, se puso las gafas de leer y la estudió. Los colores de la foto se habían saturado con el tiempo.

—Parece un baile en una boda antigua.

Wilde asintió.

—Silas encontró montones de fotos viejas que su madre había guardado en el sótano. Muchas estaban estropeadas, pero las repasé todas. Esta es de principios de los años setenta.

—Vale.

—¿Ves la chica de atrás, junto a la batería?

Hester frunció los párpados.

—Hay tres chicas al lado de la batería.

—La que lleva el vestido verde y la cola de caballo.

Hester la localizó.

—Sí. —Y luego—: Un momento, ¿es…?

—Mamá, sí.

—¿Silas sabía quién era?

Wilde negó con la cabeza.

—No la recuerda. La boda se celebró antes de que naciera él.

Hester le devolvió la fotografía. Cerró los ojos y buscó el sol con la cara.

—Últimamente pasas más tiempo aquí, ¿verdad? —preguntó Hester.

Laila volvió con una gran bandeja vacía. Oren empezó a sacar una cantidad enorme de comida de la barbacoa y la puso en la bandeja.

—Espero que tengáis hambre —gritó.

Hester se giró a mirarlos a los dos e hizo un gesto con la mano.

—Tú y yo hemos tenido mucha suerte.

—Sí. Los dos hemos apuntado alto, y nos ha salido bien —aseguró Wilde—. La quiero.

—Lo sé —respondió Hester, poniéndole la mano sobre el brazo. Y me parece bien. Él estaría contento.

Se recostaron en sus sillas. Wilde cerró los ojos y respiró hondo.

—Hay algo que quiero preguntarte —dijo, pero antes de que pudiera seguir adelante oyó a Matthew a sus espaldas: —Hey, Wilde, joder, tienes que ver esto.

Matthew se acercó corriendo, con Sutton a su lado. Sutton tenía el móvil en la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Hester.

—Es la página de fans de *El amor es un campo de batalla* —dijo Matthew—. Últimamente está que arde. Marnie se ha convertido en una mártir. Han convertido el almacén en el que apareció su cuerpo en un enorme santuario. Y Jenn aún está trabajándose sus disculpas, pero ya tiene a un montón de gente defendiéndola. Hay quien dice que simplemente jugó bien sus cartas. Otros creen que abusaron de ella en el pasado, así que no es culpa suya.

—Pero esa no es la noticia bomba —dijo Sutton, pasándole el teléfono a Wilde—. Mira, déjame apretar este vínculo.

Sutton apretó el vínculo y se cargó una página de Instagram.

La página de Instagram de Peter Bennett.

La última vez que la había visto Wilde, el post más reciente era el del suicidio en el barranco Adiona.

Ahora había un vídeo. De hacía veintidós minutos. El marcador de ubicación, en la esquina superior derecha, simplemente decía Polinesia francesa.

Sutton apretó el play.

Peter Bennett apareció en pantalla. Llevaba una barba larga y descuidada. Sonreía a la cámara.

—Estoy vivo, batalladores —anunció, mirando a la cámara con una gran sonrisa—, y ahora que ya sabéis la verdad, vuelvo a casa.

El teléfono de Sutton recibió una llamada justo en ese momento, y el vídeo desapareció. Ella cogió el teléfono y se fue a un lado, llevándoselo a la oreja.

—Acabo de verlo —le dijo, emocionada, a quienquiera que le hubiera llamado—. Ya, increíble, ¿verdad? ¡Está vivo!

Matthew miró a Wilde.

—¿A ti qué te parece?

—¿El qué?

—¿Tenían razón los foros de fans? ¿Peter estaba detrás de todo?

Wilde le dijo la verdad:

—No lo sé. Quizá.

Matthew miró a Hester, que se encogió de hombros.

—Pero ya que estás aquí —dijo Wilde, otra vez nervioso—, quiero preguntaros una cosa a los dos.

Matthew se acercó. Hester irguió la espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Tengo vuestro permiso para pedirle a Laila si quiere casarse conmigo?

Los dos sonrieron. Hester respondió: —¿Necesitas nuestro permiso?

—Y vuestra bendición —dijo Wilde—. Estoy chapado a la antigua.

Agradecimientos

No me extenderé mucho porque vosotros no queréis leer unos agradecimientos largos y yo no quiero escribirlos. Empezaré por Ben Sevier, que me ha editado y publicado ya más de una docena de libros. El resto del equipo incluye a Michael Pietsch, Wes Miller, Beth de Guzman, Karen Kosztolnyik, Autumn Oliver, Jonathan Valuckas, Matthew Ballast, Brian McLendon, Staci Burt, Andrew Duncan, Alexis Gilbert, Joseph Benincase, Albert Tang, Liz Connor, Flamur Tonuzi, Kristen Lemire, Mari Okuda, Rick Ball, Selina Walker (que dirige el equipo del Reino Unido), Charlotte Bush, Lisa Erbach Vance (una agente maravillosa), Diane Discepolo, Charlotte Coben y Anne Armstrong-Coben.

Quiero expresar un agradecimiento muy especial a la Persona a la que Estoy Olvidándome de Dar las Gracias Pero que Seguro que me Perdona. Tú sabes quién eres. Eres genial. Gracias por ser así.

También querría dar las gracias a Timothy Best, Jeff Eydenberg, David Greiner, George Kissell, Nancy Urban y Marti Vandevoort. Estas personas (o sus seres queridos) han hecho generosas contribuciones a organizaciones benéficas de mi elección a cambio de que sus nombres aparecieran en la novela. Si alguien quiere participar en el futuro, puede escribir a giving@harlancoben.com para obtener más información.

La foto del autor se tomó para el Inside Out Project, creación de JR. Para saber más acerca del proyecto y participar, podéis visitar insideoutproject.net.

Notas

*

En inglés suena exactamente igual que *wild*, «salvaje». (*N. del t.*)

HARLAN COBEN

MYRON BOLITAR

1. Motivo de ruptura

El agente deportivo Myron Bolitar está a las puertas de conseguir algo grande. El prometedor jugador de fútbol americano Christian Steele está a punto de convertirse en su cliente más valioso. Sin embargo, todo parece truncarse con la llamada de una antigua novia de Christian que todo el mundo cree muerta. Para averiguar la verdad, Bolitar tendrá que adentrarse en un laberinto de mentiras, secretos y tragedias.

2. Golpe de efecto

Parecía que la carrera de la tenista Valerie Simpson iba a ser relanzada de nuevo. Dejaría atrás su pasado fuera de las pistas. Pero alguien se lo ha impedido. A sangre fría. Como agente deportivo, Myron Bolitar quiere llegar al fondo del asunto y descubrir qué conexión hubo entre dos deportistas de élite en un pasado que cada vez se intuye más turbio.

3. Tiempo muerto

Diez años atrás, una lesión fatal acabó prematuramente con la carrera deportiva de Myron Bolitar. Ahora, una llamada del propietario de un equipo de baloncesto profesional le brinda la oportunidad de volver a la cancha. Pero esta vez no se trata de jugar profesionalmente, sino de infiltrarse de incógnito en el entorno del equipo para averiguar el paradero de un jugador misteriosamente desaparecido.

4. Muerte en el hoyo 18

En pleno apogeo del prestigioso Open estadounidense de golf, acaban de secuestrar a un adolescente. Se trata del hijo de una de las estrellas femeninas, Linda Coldren, y de su marido, Jack, otro golfista profesional que este año tiene posibilidades de ganar el torneo. El agente deportivo Myron Bolitar acepta el encargo de intentar encontrar al muchacho.

5. Un paso en falso

Brenda Slaughter es una estrella del baloncesto profesional. Como agente deportivo, Myron Bolitar tiene interés profesional por ella. Y también otro tipo de interés más personal. De repente, la vida de Brenda puede correr peligro, y Myron decide protegerla. El origen de la pesadilla que está viviendo la jugadora puede encontrarse en su pasado, así que Myron tendrá que desentrañar el misterio si quiere salvarla.

6. El último detalle

Myron Bolitar recibe una noticia inesperada: su socia Esperanza Díaz ha sido acusada del asesinato de uno de sus clientes, un jugador de béisbol profesional. Como es lógico, la intención inicial de Myron es ayudar a su socia en todo lo que pueda, pero el abogado de Esperanza le recomienda a esta no mantener ningún contacto con él.

7. El miedo más profundo

La visita de una exnovia sorprende a Myron Bolitar. Y trae noticias perturbadoras. Su hijo se está muriendo y necesita urgentemente un trasplante. El único donante ha desaparecido. Pero eso no es todo. Hay

algo más íntimo: el adolescente ¡es también hijo de Myron! Desde el momento en que conoce la noticia, para Myron el caso se convierte en el más personal de su vida.

8. La promesa

Hace seis años que Myron Bolitar lleva una vida tranquila. Por desgracia, eso va a cambiar por culpa de una promesa. Decidido a proteger a los alocados hijos de sus amigos, Myron cumple la promesa de ayudar a una chica que le pide que la lleve en coche. Él la deja en la dirección indicada y ella… desaparece misteriosamente sin dejar rastro.

9. Desaparecida

Hace una década que Myron Bolitar no sabe nada de Terese Collins, con la que mantuvo una relación. Por eso, su llamada desde París lo coge totalmente por sorpresa. Tras la larga desaparición de Terese se esconde una trágica historia y un turbio pasado. Ahora es sospechosa del asesinato de su exmarido.

10. Alta tensión, IV Premio RBA de Novela Policiaca

Suzze T es una famosa tenista retirada que se ha casado con una estrella de rock y además ahora está embarazada. Tras descubrir un mensaje anónimo en el que se pone en duda la paternidad de su hijo, el marido de Suzze T desaparece. Desesperada, la extenista recurre a Myron Bolitar.

11. Un largo silencio

Hace diez años, dos niños fueron secuestrados y jamás volvieron a ser vistos… hasta ahora. Win llama a su amigo Myron Bolitar porque cree

que ha aparecido uno de ellos. Pero encontrarlo no resuelve el caso, sino que plantea más dudas. ¿Qué ha pasado todo este tiempo? Y ¿dónde está el otro chico?

OTROS TÍTULOS DE HARLAN COBEN EN RBA

Sin un adiós

David Baskin es una estrella del baloncesto que juega en los Boston Celtics. Laura Ayars es una supermodelo con una carrera fulgurante. Ambos iban a convertirse en un matrimonio perfecto. Pero la tragedia se cruzó en sus caminos durante su luna de miel en Australia. Una mañana, David salió a nadar y ya no volvió. Laura se quedó sola y con muchas preguntas sin respuesta.

Factor de riesgo

Un laboratorio médico de Nueva York está a punto de descubrir la sorprendente cura a una de las mayores plagas médicas de las últimas décadas. Sin embargo, algunos de los pacientes que se están sometiendo al estudio están siendo asesinados. Ahora también acaba de morir uno de los doctores responsables. ¿Quién quiere acabar con esta investigación que tiene muchas implicaciones económicas, políticas, sociales e incluso religiosas?

No se lo digas a nadie El doctor David Beck y su mujer, Elizabeth, vivían desde muy jóvenes una idílica historia de amor. La tragedia acabó con todo. Elizabeth fue brutalmente asesinada, y el criminal, condenado a prisión. Sin embargo, David está lejos de encontrar la paz. Ocho años después de morir Elizabeth, la sangre vuelve a emerger, y David recibe un extraño mensaje que parece devolver a su esposa a la vida.

Por siempre jamás

De pequeño, Will Klein tenía un héroe: su hermano mayor, Ken. Una

noche, en el sótano de los Klein aparece el cadáver de una chica, asesinada y violada. Ante los indicios que señalan a Ken como culpable, el hermano de Will desaparece. Una década después, Will descubre unas cuantas cosas más sobre su hermano.

Última oportunidad

Marc Seidman despierta en el hospital. Hace doce días tenía una vida familiar ideal. Hoy ya no existe. Alguien le ha disparado, su esposa ha sido asesinada y su hija de seis meses ha desaparecido. Antes de que la desesperación más absoluta se adueñe de Marc, recibe algo que le da esperanza: una nota de rescate.

Solo una mirada

Cuando Grace Lawson va a recoger un juego de fotos, observa con sorpresa que hay una que no es suya. Se trata de una fotografía antigua en la que aparecen cinco personas. Cuatro de ellas son desconocidas, pero hay un hombre que es exactamente igual que Jack, su marido. Al ver la foto, Jack niega ser él, pero por la noche desaparece de casa llevándose esa foto.

El inocente

El destino cambió de repente la vida de Matt Hunter. Al presenciar una pelea, Matt quiso intervenir y acabó matando a un inocente de forma involuntaria. Nueve años después, ya como exconvicto, Matt intenta dejar atrás el pasado. Sin embargo, una simple llamada puede volver a cambiar el rumbo de su vida.

El bosque

Veinte años atrás, durante un campamento de verano, un grupo de jóvenes se adentró en el bosque y fueron víctimas de un asesino en serie. En ese grupo iba la hermana de Paul Copeland, y su cuerpo nunca apareció. Ahora, Copeland es el fiscal del condado de Essex y

tendrá que decidir cómo afrontar el pasado.

Ni una palabra

Tia y Mike Baye no sospechaban que acabarían espiando a sus hijos. Pero Adam, su hijo de dieciséis años, se ha mostrado muy distante desde el suicidio de su mejor amigo. Su actitud les preocupa. Cada vez más. Porque detrás de secretos y silencios se esconden algunas verdades inesperadas y una realidad trágica.

Atrapados

Haley McWaid es una buena chica de la que su familia se siente orgullosa. Por eso, es extraño que una noche no vuelva a dormir a su casa. La sorpresa da paso al pánico cuando la chica sigue sin aparecer. La familia de Haley se teme lo peor.

Refugio

Las cosas para el joven Mickey Bolitar parecen no ir demasiado bien. Tras la muerte de su padre, se ha visto obligado a internar a su madre y a irse a vivir con su tío Myron. Por suerte para él, ha conocido a una chica llamada Ashley. Sin embargo, la muchacha desaparece.

Quédate a mi lado

Megan, Ray y Broome notan el peso del pasado. Megan ahora es feliz con su familia, pero hace años caminó por el lado salvaje de la vida. Ray fue un talentoso fotógrafo al que el destino llevó a trabajar para la prensa amarilla. Y Broome es un detective obsesionado con un caso de desaparición archivado.

Seis años

Hace seis años, Jake vio cómo el amor de su vida, Natalie, se casaba con otro hombre llamado Todd. Jake nunca ha podido olvidarla. Por ello, al enterarse de la muerte de Todd, Jake no puede evitar asistir a

su funeral. Allí le espera una incomprensible sorpresa que cambiará completamente la imagen que él tenía de Natalie.

Te echo de menos

En un sitio web de citas, Kat Donovan, una policía de Nueva York, ve la foto de su exnovio Jeff, que le rompió el corazón hace dieciocho años. Al intentar ponerse en contacto con él, su optimismo se va transformando en sospechas y en un creciente terror.

No hables con extraños A Adam Price se le acerca un hombre desconocido en un bar y le anuncia algo que no esperaba sobre su mujer. Aunque al principio no quiere creerlo, sabe que no podrá ignorarlo y que intentará averiguar qué hay detrás de todo ello. ¿Quién podría tener algún interés en revelar secretos de los demás?

Engaños

Maya Burkett acaba de enterrar a su marido. Dos desconocidos le dispararon mientras ambos estaban en el parque. Apenas unos días después, Maya se lleva una siniestra sorpresa. A través de la cámara de vigilancia que ha instalado en el salón para poder observar a su pequeña hija Lily y a su niñera, ve a una persona que no debería estar ahí: Joe, su marido. No hay duda de que es él. ¿Cómo es posible?

No te rindas

En el último curso de instituto, Napoleon Dumas perdió a su hermano gemelo en un extraño accidente. Poco después, la chica de la que estaba enamorado Napoleon desapareció sin dejar rastro. ¿Estaban los dos sucesos relacionados? Napoleon está convencido de ello. Ahora es policía y, tras muchos años, ha aparecido una pista que puede desvelar los secretos de aquellos días.

En fuga

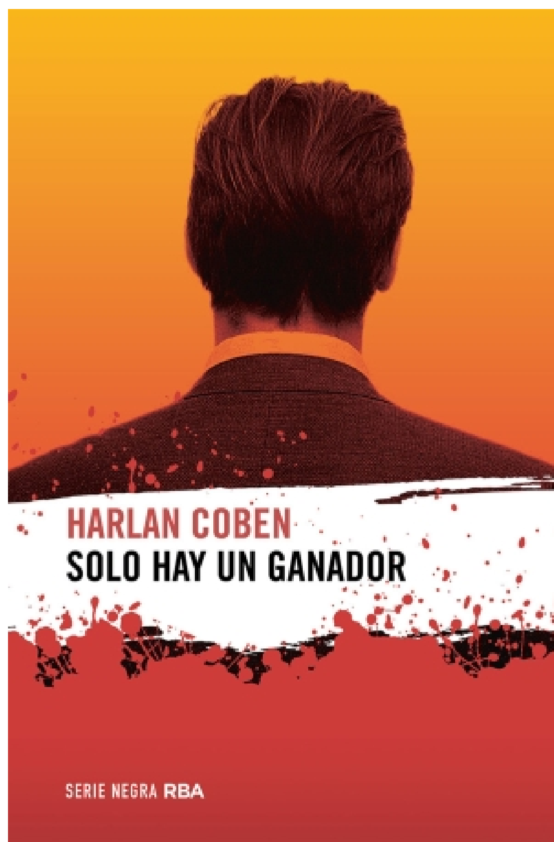
Simon Greene espera en un banco de Central Park a que aparezca su hija Paige. Ella es drogadicta y a veces pide dinero en el parque. En cuanto se encuentran, la chica huye y Simon no puede alcanzarla porque se interpone entre ellos Aaron, el siniestro joven que convirtió a Paige en yonqui. Meses más tarde, Aaron es asesinado y Simon teme por la vida de su hija huida. Tiene que encontrarla cueste lo que cueste.

El chico del bosque

Una chica del instituto de Matthew ha desaparecido misteriosamente. Como era impopular, a nadie parece importarle que ya no esté. A nadie, excepto a él, que siente que le debe algo a una compañera a la que nunca han tratado bien. El muchacho cuenta con dos ayudas excepcionales: la de su abuela —la mediática abogada Hester Crimstein—, y la de Wilde, un extraño amigo de la familia, que cuando era pequeño vivió solo en el bosque.

La coincidencia

Wilde nunca ha sabido cuáles eran sus orígenes, pero ha llegado el momento de averiguar algo de su familia, para lo cual recurre a una empresa de análisis de ADN. Los resultados le conducen hasta su padre biológico, pero su encuentro genera más preguntas que respuestas. La búsqueda de ADN acaba revelando otra coincidencia, otro familiar, un personaje mediático. Sin embargo, tan pronto como lo encuentra, este desaparece repentinamente. Wilde no se va a detener ahora: quiere averiguar la verdad por muy terrible que sea.



Solo hay un ganador

Coben, Harlan

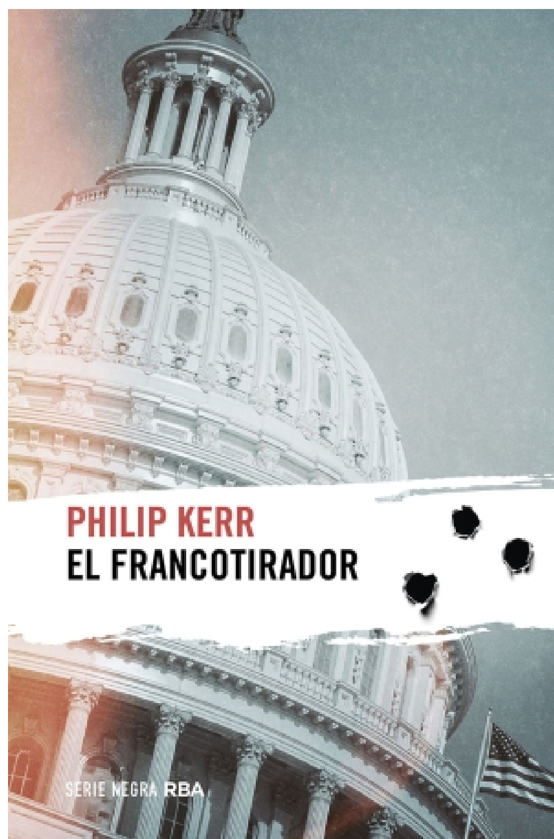
9788411323529

432 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Yo llegaré a donde no llegue la ley". Hace más de veinte años robaron un Vermeer y un Picasso a la familia Lockwood. Poco después, Patricia Lockwood fue secuestrada y su padre, asesinado. Ella pudo escapar tras cinco meses de cautiverio, pero los responsables del robo y del secuestro nunca aparecieron. El tiempo acabó enterrando estos episodios traumáticos hasta ahora. En lo más

alto de un edificio de Manhattan acaban de encontrar un cadáver, el cuadro de Vermeer y una maleta que perteneció a Windsor Horne Lockwood III, o Win, como le llaman sus amigos. Win, el primo de Patricia, tiene dinero, inteligencia, frialdad y un particular sentido de la justicia. Se enfreta a una situación delicada en la que el honor de su familia puede verse salpicado, pero él no es de los que perdonan, ni de los que esperan a que otros resuelvan sus problemas.



El francotirador

Kerr, Philip

9788411323567

432 Páginas

¿Y si la historia no es como nos la han contado?1960. Mientras Estados Unidos se prepara para saber si su próximo presidente será Richard Nixon o John F. Kennedy, el veterano de guerra Tom Jefferson se dedica a algo que sabe hacer bien: matar por encargo. Existen otros como él, pero Jefferson posee dos cualidades que lo distinguen del resto: está casado con una mujer que aprueba su

manera de ganarse la vida y es el mejor en lo suyo. Por eso, el crimen organizado y la CIA piensan que es la persona ideal para cometer un magnicidio, el de Fidel Castro. Tanto el gobierno como la mafia quieren recuperar la influencia en la isla caribeña que la Revolución cubana les ha arrebatado. Sin embargo, un fatal descubrimiento de Jefferson lo cambia todo. Castro deja de ser el objetivo para pasar a ser alguien aún más importante.



La mentalidad trágica

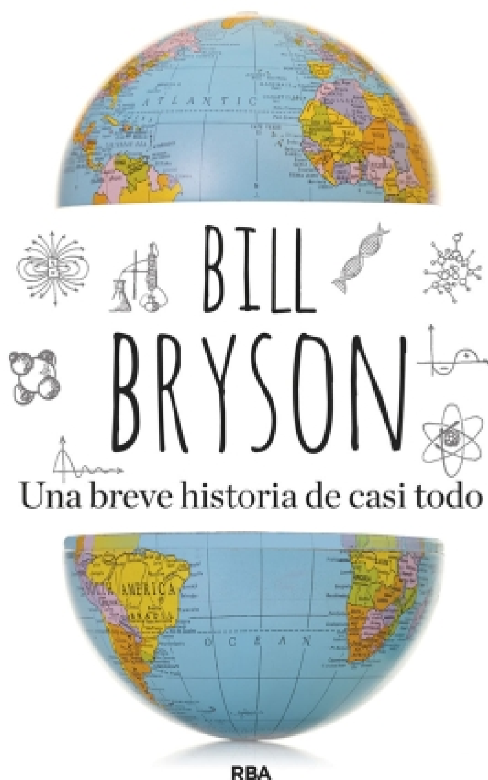
Kaplan, Robert D.

9788411323574

208 Páginas

La tragedia define los límites de la naturaleza humana y de los acontecimientos mundiales. Tras una larga experiencia como periodista internacional, corresponsal de guerra e influyente asesor de altos organismos estadounidenses, Robert D. Kaplan está convencido de que se precisa algo más que conocimientos geopolíticos para comprender cómo actúan los individuos y cómo deciden los

gobernantes. Para él, las claves para entender el espíritu humano y los entresijos de la política internacional nos las da la tragedia. En su máxima expresión, Shakespeare y los trágicos griegos nos muestran, entre otras muchas cosas, las consecuencias imprevisibles que acarrean las decisiones difíciles, el enfrentamiento entre orden y caos, la convivencia con el miedo y la lucha constante que determina el destino de las personas. Obra breve pero extraordinariamente rica en ideas y propuestas, La mentalidad trágica es una profunda reflexión sobre la tragedia política hecha desde la experiencia vivida en primera persona a la que se añade el conocimiento de los clásicos.



Una breve historia de casi todo

Bryson, Bill

9788411323680

640 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Puede un solo libro convertirse en la perfecta introducción para adentrarse en disciplinas tan dispares como la astronomía, la geología, la física, la química y la biología? ¿Puede un trabajo de divulgación científica ofrecer razonamientos y datos precisos, y al mismo tiempo ser tremendamente entretenido? ¿Puede una única obra narrar la historia de los grandes descubrimientos de la ciencia y

contarnos también divertidas anécdotas relacionadas con estos extraordinarios logros y con los hombres que los alcanzaron? Una breve historia de casi todo es, sin lugar a dudas, ese libro y mucho más. Viajero empedernido y divulgador brillante y entusiasta, Bill Bryson nos propone un fascinante recorrido por la historia del universo que nos rodea y los conocimientos que nos han llevado a comprenderlo un poco mejor. Con una curiosidad innata, una prosa fluida y una admirable capacidad de síntesis, Bryson logra explicar en Una breve historia de casi todo los grandes acontecimientos y las razones fundamentales que han llevado al cosmos, a nuestro planeta y a todos los seres vivos a ser como son.

tomar decisiones. A partir de una auditoría de tu vida y de tus deseos, te ayuda a contemplar los escenarios posibles, fijar prioridades, trazar metas realistas y diseñar un plan de acción. Y con los ejercicios del Cuaderno de ruta, descubrirás, paso a paso, el mejor modo de cambiar de vida, el camino hacia tu Buena Vida.